

Revista de
FILOSOFÍA
de la Universidad de Costa Rica

Número 148
Volumen LVII
Mayo-Agosto 2018

Consejo Asesor Internacional

Dr. Juan José Acero Fernández
Universidad de Granada, España

Dr. Peter Asquith
Michigan State University, EE. UU.

Dr. Marco Antonio Caron Ruffino
*Centro de Lógica e Epistemología (CLE-UNICAMP)
da Universidade Estadual de Campinas, Brasil*

Dra. M. L. Femenías
Universidad de la Plata, Argentina

Dra. Rachel Gazolla
Revista Hipnis, Brasil

Dra. Esperanza Guisán (†)
Universidad de Santiago de Compostela, España

Dr. Alejandro Herrera Ibáñez
*Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM,
México*

Dra. María Noel Lapoujade
Profesora jubilada de la UNAM, México

Dr. Andrés Lema Hincapié
Universidad de Colorado, Denver

Dra. María Teresa López de la Vieja
Universidad de Salamanca, España

Dr. Sergio F. Martínez
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, México

Dr. Sílvio José Mota Pinto
*Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma
Metropolitana, México, D. F.*

Dr. Manuel Pérez Otero
*Facultat de Filosofia de la Universitat de Barcelona,
España*

Dr. Xavier Roqué
*Centre d'Estudis en Història de la Ciència, Universitat
Autònoma de Barcelona, España*

Dr. Germán Vargas Guillén
Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

Director

Dr. George García Quesada
Universidad de Costa Rica

Directores honorarios

Dr. Phil. Rafael Ángel Herra R.
Lic. Luis Guillermo Coronado Céspedes

Asesor Dirección

Dr. Luis Camacho

Asesor Editorial, Dirección

Dr. Camilo Retana

Editor a.i.

Br. Pablo Villalobos Morera
Universidad de Costa Rica

Asesor Reseñas

Dr. Camilo Retana
Universidad de Costa Rica

Consejo Editorial

Mag. Sc. María Gabriela Arguedas Ramírez
Universidad de Costa Rica

Dr. Phil. Olga C. Estrada Mora
Universidad de Costa Rica

Dr. Alexander Jiménez
Universidad de Costa Rica

Dr. Phil. Jethro Masís Delgado
Universidad de Costa Rica

Dr. George García Quesada
Universidad de Costa Rica

Dr. Camilo Retana
Universidad de Costa Rica

Directores de la Revista de Filosofía:

Dr. Enrique Macaya	(Enero-junio) 1957
Dr. Constantino Láscaris	1957-1973
Dr. Rafael Ángel Herra	1973-1998
Lic. Guillermo Coronado	1999-2013
Prof. Juan Diego Moya Bedoya	2013-2016
Dr. George García Quesada	(junio) 2018-

Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica

Tel. (506) 2511-7257

Información editorial: revista.filosofia@ucr.ac.cr

Información de suscripciones y canjes: distribucionyventas@ucr.ac.cr

Descripción

Desde 1957, año de su creación, la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica ha publicado, sin interrupciones, artículos de gran calidad académica en todas las áreas de la filosofía. Actualmente la Revista publica tres números al año, cuatrimestralmente.

Las colaboraciones de académicos de cualquier parte del mundo son bienvenidas, siempre y cuando cumplan todos los requisitos, detallados en la hoja de Presentación de manuscritos, al final de este número.

Arbitraje e información

Los manuscritos presentados son evaluados de manera anónima. Los evaluadores, generalmente externos al Consejo Editorial, determinan si el artículo será publicado.

En los textos presentados como propuesta de publicación los autores deben incluir su dirección de correo electrónico, medio por el cual el editor mantendrá comunicación sobre el estado de los artículos (recibido, en evaluación, aprobado o rechazado, etc.). Direcciones de contacto

Suscripciones:

Editorial Universidad de Costa Rica
Apartado postal 11501
2060 Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
San José, Costa Rica

Canjes:

Universidad de Costa Rica
Sistema de Bibliotecas, Documentación
e Información
Unidad de Selección y Adquisiciones – CANJE
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
Costa Rica

Suscripción anual:

Costa Rica €12 000.00

Número suelto:

Costa Rica €3 000.00

Precios internacionales:

América Latina, Asia y África US\$ 20,00

Resto del mundo US\$ 90,00

Solo los asuntos estrictamente editoriales deben dirigirse directamente a la Revista, por cualquiera de los medios apuntados en esta página.

Diseño de cubierta: Mauricio Bolaños

Motivo de cubierta: ¡Golpead a los blancos con la cuña roja!, Lazar Markovich Lissitzky, alias El Lissitzky (Litografía, 1919).

Revista

105

R Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica. — Vol. 1.
(1957)- . — San José, C. R. : Escuela de Filosofía, 1957 –
v.

ISSN-0034-8252

1. Filosofía - Publicaciones periódicas. 2. Publicaciones periódicas costarricenses.

BUCR



La Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica aparece indizada en:

- *The Philosopher's Index*
- *Latindex*
- *Répertoire Bibliographique de la Philosophie*
- *Compludoc* (Universidad Complutense de Madrid)
- *CLASE* (Citas latinoamericanas en ciencias sociales y humanidades)
- *HAPI* (Hispanic American Periodicals Index)
- *Sociological abstracts*
- *FRANCIS* (Institut de l'information scientifique et technique)
- *Lechuza* (Biblioteca de la Fundación Gustavo Bueno)

www.philinfo.org
www.latindex.org
www.rbif.ucl.ac.be
http://europa.sim.ucm.es:8080/compludoc/
http://ahau.cichcu.unam.mx:8000/ALEPH
http://hapi.ucla.edu/0
www.csa.com/factsheets/socioabs-set-c.php
www.inist.fr/PRODUITS/francis.php
www.lechuza.org

Hecho el depósito de ley.

© 2018

Editorial Universidad de Costa Rica
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
Costa Rica

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511-5310 • Fax: 2511-5257 • E-mail: administracion.siedin@ucr.ac.cr • Pág. web: www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados.

Índice del Volumen LVII

Mayo - Agosto 2018

Número 148
ISSN - 0034-8252

Dossier A 100 años de la Revolución rusa

0. Motivo de Portada. “¡Golpead a los blancos con la cuña roja!” 7-8
1. Jorge Riechmann. “¿Podemos controlar nuestro destino?” 13-29
2. Juan José Álvarez Galán. “El violento regreso de la naturaleza objetiva” 31-43
3. Jaime Ortega Reyna. “Intervención y coyuntura: una aproximación a los usos de Lenin en América Latina” 45-56
4. Omar S. Herrera Rodríguez. “El problema del terrorismo contemporáneo: aportes para su comprensión desde la crítica trotskista-leninista a los movimientos terroristas antes y durante la Revolución rusa” 57-68
5. Kevin Murphy y Daniel Gaido. “De la dictadura democrática a la dictadura del proletariado: El debate en el Partido Bolchevique sobre las “Tesis de abril” de Lenin” 69-95
6. Rafael Plá León. “Pensar la revolución. Acerca del problema de la concepción teórica de la revolución en el pensamiento y la práctica de Lenin” 97-109
7. Roberto Ayala Saavedra. “Crisis civilizatoria y socialismo” 111-128
8. Daniel Zango Bulgarelli. “El constitucionalismo revolucionario: análisis de las primeras constituciones soviéticas desde la teoría marxista del Estado y del Derecho” 129-139
9. María Fernanda Quirós Moya. “El amor romántico, otra forma de opresión zarista y patriarcal” 141-148
10. Esteban Fernández. “El lugar de Alexander Luria en la historia de la dialéctica” 149-163
11. Adriana Monge Arias. “La Revolución rusa y la opresión de género” 165-175
12. Aldo Casas. “1917 – Revolución rusa – 2017” 177-189
13. Nicolás González Varela. “Materialismo *milicans*: La proto-Historia de Lenin 191-219

¡Golpead a los blancos con la cuña roja! Lazar Markovich Lissitzky, alias El Lissitzky (Litografía, 1919)

Por Pablo Hernández Hernández

“El artista construye un nuevo símbolo con su pincel. El símbolo no es una forma reconocible de nada que ya esté acabado, ya hecho, o ya existente en el mundo —es un símbolo de un mundo nuevo que se está construyendo y que existe por medio del pueblo.”
El Lissitzky, Autobiografía, 1941

Pintura, diseño gráfico, de libros y publicaciones, arquitectónico, tipográfico y de exposiciones. Montajes para fotografía, literatura, escultura, teatro, cine, espectáculos masivos, publicidad, metalurgia y procesos educativos. Diseños, materiales de trabajo y materiales de enseñanza, objetos, herramientas, planos, estructuras administrativas y organizativas, obras de arte. Лазарь Маркович Лисицкий (Lázar Márkovich Lissitzky, 1890-1941), El Lissitzky, hizo todo esto y posiblemente más. El siglo XX iniciaba y con él la portentosa, confusa y desordenada vida contemporánea con su concentración de población en los centros urbanos, su fragmentación y discontinuidad espacial y temporal, su proletarización y su masificación, sus novedosas formas de producción, abastecimiento, consumo y mercantilización, su nueva administración de los cuerpos y de la información, sus poderosos medios de conducción de la atención y producción de opinión, sus fantasmagorías y mitologías que sincronizaban pasado, presente y futuro.

El mundo era, en estos sentidos, nuevo, otro, y demandaba novedad, no tanto en los productos como meros objetos que se ofrecen acabados para su evaluación y uso, sino en la complejidad de los procesos de producción simbólica como formas de investigación y experimentación con la relación entre formas y sujetos, entre técnicas culturales, objetos, individuos y colectividades.

El diseño, las artes y la gestión de proyectos se reconoció y se entendió a sí misma como participante de un laboratorio social, como agente político. Ya no era necesario respetar los compartimientos que distanciaban y separaban la arquitectura de la ingeniería y del arte, la publicidad de la producción editorial literaria y la propaganda, la educación, la colectivización del trabajo y la creación artística. Este personaje, El Lissitzky, absolutamente central en esta época, permaneció toda su vida preocupado por generar espacios de trabajo, para él y sobre todo para otros, en la Unión Soviética, en Alemania y en los Países Bajos principalmente, que dieran lugar a “una creación orientada a una meta”, que reuniera todos los métodos y formas posibles de trabajo creativo. Se trataba, en algún sentido, de una necesaria concentración de fuerzas ante las batallas que el futuro anunciaba, o la recolección y concentración de todos los medios y técnicas posibles para las disputas y luchas que se avecinaban. El capitalismo precarizante y el fascismo aniquilador se unían al acecho de Europa. En el Este la Revolución Bolchevique había triunfado.

El número, la palabra y la imagen, las tres grandes técnicas culturales contemporáneas, debían ser reunidas, estudiadas e instrumentalizadas con un sentido social y político: no había forma de evadirlo. Клином красным бей белых! (¡Golpead los blancos con la cuña roja!), esta

litografía de 1919 de El Lissitzky, reúne estos propósitos, contiene los elementos que ilustran esta condensación histórica, mientras inauguraba esta nueva tarea para las artes y los oficios del diseño, al punto de llegar a convertirse en ícono, en estandarte de la expansión en el Oeste europeo de los procesos revolucionarios soviéticos y de

sus ideas. Gráficamente se nos presenta una concepción de la historia y, en ella, de la revolución; o mejor dicho, se nos presenta una concepción de la historia que coloca en su centro el acto revolucionario. Nos podría parecer hoy algo pasado y anticuado, pero no por eso podríamos negar que siga siendo necesario.

I.
DOSSIER

A 100 AÑOS
DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Este dossier de la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, aunque publicado en el año 2018 debido a algunos inconvenientes académico-administrativos, fue editado en el año 2017, un año particularmente importante en celebraciones para la tradición marxista pues coincidían los 100 años de la Revolución rusa y los 150 años de la primera edición de El Capital.

En este número hemos compilado una amplia gama de preocupaciones del marxismo contemporáneo, preocupaciones que también son atinentes para la práctica filosófica profesional. Hemos querido que la Revista fuera lo más representativa posible de los distintos momentos y preocupaciones del marxismo, por lo que hemos publicado a autores internacionales con muchos años de meditar sobre el marxismo, no solo a nivel intelectual, sino también desde la militancia; de igual manera, la revista presenta publicaciones de jóvenes investigadoras e investigadores del marxismo. Hemos querido así equilibrar la presencia de autores locales e invitados internacionales, algunos de ellos muy connotados.

La Revista pone en conocimiento de los lectores artículos de Jorge Riechmann y Jorge Álvarez Galán, intelectuales españoles preocupados por las relaciones entre marxismo, ética y ecología, tema clave este último en el proceso de relanzamiento del socialismo en el siglo XXI.

Un tema de indudable actualidad es el pensamiento leninista, en su multifacética pertinencia, estos temas están presentes en los textos de Jaime Ortega, estudioso mexicano y Rafael Pla, filósofo cubano, quienes exploran distintos aspectos de la práctica leninista y sus implicaciones para el pensamiento latinoamericano. Así mismo Nicolás González Varela, editor de los conocidos “Cuadernos Spinoza” al español nos regala un extenso estudio sobre el materialismo de Lenin. Omar Herrera investiga otro aspecto del pensamiento de Lenin y Trotsky, su reflexión acerca de los métodos terroristas en la acción política. Un tema clásico del pensamiento político, pero muy malinterpretado gracias a la acción desinformativa de los medios de comunicación de masas.

Dentro de los colaboradores internacionales de la Revista, tenemos también al antropólogo Aldo Casas, parte del equipo editor de la conocida revista marxista “Herramienta”, el artículo de Aldo busca realizar una lectura alejada del dogmatismo de la herencia de Octubre de 1917. Daniel Gaido y Kevin Murphy, dos de los más conocidos estudiosos de la Revolución rusa, explican la significación fundamental del “giro de abril”, de la exposición de las Tesis de Abril leninistas, para que la Revolución de Octubre pudiera ocurrir. Las mismas preocupaciones por encontrar una reivindicación actual y no dogmática del marxismo a la luz de los desafíos de la crisis civilizatoria es el punto de vista que desarrolla Roberto Ayala.

Aparecen aquí también dos artículos de dos jóvenes investigadores en temas marxistas Daniel Zango y María Fernanda Quirós, los cuales muestran la pluralidad de efectos que tuvo la Revolución rusa en la vida social y en el pensamiento. Zango usa la Revolución rusa para reflexionar sobre las características constitucionales del primer Estado Obrero, en tanto que las preocupaciones de Quirós tienen que ver más con la dilucidación del concepto de amor romántico, analizado desde la trama social desencadenada por la Revolución de Octubre.

Adriana Monge explora también la temática del impacto y la participación de las mujeres en la Revolución rusa, sobre todo a través de la obra de Alejandra Kollontai, mientras que, a su vez, Esteban Fernández presenta la obra de Alexander Luria en el contexto de desarrollo de la ciencia soviética.

Presentamos pues una amplia gama de temas que esperamos sean disfrutados por los lectores de la Revista y sobretodo sean material de apoyo para la actividad académica. El trabajo de edición de este dossier habría sido imposible sin la actividad rigurosa del Bachiller Daniel Zango Bulgarelli, quien fungió aquí como asistente de edición.

Lic. Roberto Herrera Zúñiga
Editor invitado

Jorge Riechmann

¿Podemos controlar nuestro destino?

Resumen: *El aprendiz de brujo que es el anthropos con su praxis, ¿es capaz de controlar las dinámicas autorreforzadas que resultan de esa praxis –señaladamente la tecnociencia y el capitalismo? Quizá lleguemos a ver que la paradoja máxima de la Modernidad occidental ha sido concebir la idea de autocontrol del destino humano –la autoconciencia de la Ilustración-- al mismo tiempo que ponía en marcha dinámicas sistémicas (digamos capitalismo y tecnociencia para abreviar) que imposibilitan esa autonomía colectiva.*

Palabras clave: Autocontrol (del destino humano). Modernidad. Ilusión de control. Alienación. Megamáquina. Coevolución.

Abstract: *That sorcerer's apprentice (who is the anthropos with his praxis): is he able to control the self-reinforcing dynamics that results from that praxis (specifically technoscience and capitalism)? Perhaps we can see that the ultimate paradox of Western Modernity has been to conceive the idea of self-control of human destiny -the Enlightenment's self-consciousness- while at the same time initiating systemic dynamics (let's say capitalism and technoscience, for brevity's sake) that preclude that collective autonomy.*

Keywords: *Self-control (of human destiny). Modernity. Illusion of control. Alienation. Megamachine. Coevolution.*

El Yes we can ¿es una propuesta seria?

En la primavera de 2017, en un acto electoral celebrado en Múnich, la canciller alemana

Angela Merkel advirtió de que Europa “[...] debe tomar las riendas de su propio destino porque ya no se puede confiar en EE UU ni en Reino Unido, algo que, aseguró, ella había comprobado tras las cumbres de la OTAN y del G7 [...]” (diario *El País*, 29 de mayo de 2017).

Un año antes, en la primavera de 2016, el actor y dramaturgo español Alberto San Juan nos animaba a desobedecer en su espectáculo *España ingobernable*. “Las cosas que hoy son como son, mañana serán como queramos”, dice. “Es hora de que los pueblos” –o las clases explotadas, o las minorías oprimidas...– “tomen las riendas de su destino”, escuchamos.

‘Recuperemos el control’ era una de las consignas principales de los partidarios del *Brexit* (la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea) en el referéndum de 2016. *Take back control*, reza la consigna, pero nos preguntamos inquietos: ¿acaso lo tuvimos alguna vez?

Entre las ‘ilusiones naturales’ del ser humano –que diría Giacomo Leopardi–, la del ‘yo controlo’ hay que ponerla en un lugar muy sobresaliente. La acogemos con ironía cuando oímos la frasecita en boca de un borracho, o alguien bajo el efecto de drogas estupefacientes... Pero en realidad casi toda nuestra cultura enuncia el ‘yo controlo’ plena de convicción. Se puede sostener que cuando Arcángel y Randy Nota Loka cantan su reguetón *Yo controlo*, están actuando como verdaderos oráculos culturales: “Okay, esto va a ser a mi modo/ Yo controlo to today, to today, to today, to today/ Okay, esto va a ser a mi modo, yo controlo, tú vas a ver /Yo controlo, tú vas a ver, yo controlo, tú vas a ver // Yo domino, yo mando, yo controlo...”

Se formula, de muchas formas distintas, una pregunta crucial: ¿podemos tomar las riendas

de nuestro destino? Sí, desearíamos controlar el devenir humano que hoy parece cada vez más escapárse nos de las manos, y quizá desembocar en un desenlace catastrófico (véase Tainter, 1988, Diamond, 2006, Bardi, 2014 y 2017, Puig Vilar, 2015, Santiago Muñío, 2015, Taibo, 2016, Casal Lodeiro, 2016 y Mosaddeq Ahmed, 2017): pero ¿es posible hacerlo? Se trata de una pregunta con muchas aristas...

Por ejemplo: ¿cómo entender el neoliberalismo y la crisis actual?

¿Podemos entender el neoliberalismo esencialmente como un *neocaciquismo*, según nos sugieren sabios economistas como José Manuel Naredo y Federico Aguilera Klink? El neoliberalismo sería esencialmente una máscara de poderosos neocaciques que imponen sus reglas y saquean lo público en nombre de la competencia y del mercado, como en realidad ya planteó Adam Smith. “Aquellos que tienen el mayor interés en defraudar y en imponerse al público son los que con frecuencia dictan la regulación del comercio”, escribía el fundador de la economía política burguesa en su carta 248 dirigida a Rochefoucauld (en 1785, refiriéndose a Gran Bretaña). Federico Aguilera aduce otros textos de Adam Smith, por ejemplo este paso de *La riqueza de las naciones*:

Cualquier propuesta de una nueva ley o regulación comercial de los empresarios debe siempre ser considerada con la máxima precaución, y nunca adoptada sino después de una investigación prolongada y cuidadosa. [...] Provenirá de una clase de hombres cuyos intereses nunca coinciden exactamente con los de la sociedad, que tienen generalmente un interés en engañar e incluso oprimir a la comunidad, y que la han engañado y oprimido en numerosas oportunidades. (Smith, 1776, p. 195)

¿Tenemos un problema de *El Padrino* —mafias poderosas que nos impiden perseguir el bien común— o tenemos además un problema, mucho más intratable, de *El aprendiz de brujo* —dinámicas sistémicas (como las de reproducción

ampliada del capital y expansión de la tecnología) que no podemos controlar? ¿Tenemos un problema de elites corruptas, elites extractivas, elites violentas y parasitarias —o tenemos, *sobrepuesto a ése*, otro problema mucho más serio e intratable?¹

Por ejemplo, a comienzos de los años cincuenta del siglo XX Dwight McDonald argüía que la guerra moderna se había convertido en un objetivo en sí mismo: “La máquina está fuera de control y funciona según una lógica propia. He aquí otro ejemplo de reificación (o cosificación): las creaciones del ser humano desarrollan una dinámica propia e imponen sus propias leyes a sus creadores” (McDonald, 2017, p. 111).² El ensayista estadounidense sugiere que, aunque Marx fue el primero en analizar la tendencia del capitalismo a funcionar con una dinámica autonomizada (el fetichismo de la mercancía), no llegó a comprender que pasaba algo parecido con la guerra moderna.

Una pregunta moderna

Notemos, de entrada, que la pregunta sobre el posible control de nuestro destino es característica de la Modernidad. En sociedades anteriores a la que alumbra Europa con la conquista colonial de América, el capitalismo mercantil, el Renacimiento y la ciencia moderna una pregunta así no hubiera tenido sentido. Lo esencial del proyecto de la Modernidad, señala Zygmunt Bauman, es “poner el control de los asuntos humanos bajo control humano” (Bauman, 2015, p. 32). La libertad en su connotación peculiarmente moderna de “capacidad para dominar nuestro destino” está relacionada, desde su origen, con la preocupación por el carácter artificial del orden social que fue una característica distintiva de los tiempos modernos. “La sociedad moderna difiere de sus predecesoras por una actitud, hacia sí misma, de jardinero en lugar de guardabosques” (Bauman, 1992, p. 20).

La Modernidad (miremos hacia el año 1492 como gozne entre épocas) está marcada por el despliegue de dos realidades sumamente problemáticas, despliegue lento al principio y

vertiginoso después: el capitalismo (comercial primero, industrial más adelante) y la técnica de base científica. En los últimos decenios, tras sus últimos cambios de fase, el primero se ha convertido en capitalismo global financiarizado, y la segunda en tecnociencia.

El capitalismo subordina todos los fines humanos al mecanismo ciego de la acumulación de capital; la tecnociencia ingenia medios sin preguntarse nunca por los fines. El funcionamiento acoplado de estas dos tremendas realidades parece haberse convertido en una gigantesca máquina fuera de control –la Megamáquina, podríamos decir con Lewis Mumford– movida por el superresorte de la acumulación de capital, que amenaza con devastar la biosfera y aniquilar las opciones de que alguna vez se materialice el secular proyecto de la emancipación humana.

La gran pregunta de nuestra época sería: pero ¿podemos, de forma realista, tomar las riendas de nuestro propio destino y controlar la Megamáquina tecnocapitalista? Pensadores como John Gray consideran absurda la idea de que los seres humanos puedan salvarse a sí mismos –o al planeta:

El humanismo es una doctrina de salvación: la creencia en que la humanidad puede hacerse con el control de su destino. Para los verdes, esto se ha traducido en una aspiración: la de que la humanidad se convierta en sabia administradora de los recursos del planeta. Pero cualquier persona que no cifre esperanzas vanas en su propia especie se dará cuenta de lo absurda que es la idea de que los propios seres humanos, a través de su acción, puedan salvarse a sí mismos o al planeta. Saben que el resultado final no está en manos humanas. (Gray, 2003, p. 25)³

Una pregunta ilustrada y socialista

“El socialismo se presenta con la pretensión de someter toda la economía a asertos teleológicos, producto de la responsabilidad humana”, afirmaba Lukács en 1967 (Lukács, 1971, p. 110). Ésta es la cuestión que se plantea con claridad desde la Ilustración europea (y que heredan

los socialismos/ anarquismos/comunismos de los siglos XIX y XX): ¿podemos introducir cierto grado de control racional en la historia humana, persiguiendo objetivos emancipatorios? Ernest Mandel, en su intervención en el congreso “Marxismo: las dos siguientes décadas”, celebrado en la Universidad de Manitoba (Winnipeg, Canadá) en 1983, formulaba así este asunto:

La revolución socialista será la primera revolución en la historia de la humanidad que intente cambiar la sociedad en una forma consciente y de acuerdo a un plan. Este no entrará en detalles específicos, puesto que esto dependerá de las condiciones concretas y la infraestructura cambiante de la sociedad. Pero por lo menos estará basado sobre el plan de cómo es una sociedad sin clases, y cómo alcanzarla. Es también la primera revolución en la historia, que necesita un alto nivel de actividad y de la propia organización de toda la población explotada, es decir, la gran mayoría de los hombres y mujeres de la sociedad [...]

Pero también los sectores anticapitalistas alternativos, hoy en día, siguen formulando esta tarea –aunque las esperanzas de éxito estén muy atenuadas. “Las previsiones del tiempo son catastróficas”, señala Emilio Santiago Muñío desde su experiencia en las luchas ecosociales de Móstoles, en la periferia de Madrid:

Y el único refugio son sociedades sostenibles, lo que implica necesariamente una nueva civilización poscapitalista conscientemente construida. Quizá la más grande y más difícil de las empresas humanas posibles. Que esta sea una crisis de civilización tiene una implicación fundamental: superarla exige mucho más que una serie de cambios en materia de política económica. Requiere otro paradigma. Esto es, un vuelco general del modo en que los seres humanos nos relacionamos, tanto con la naturaleza como entre nosotros, y también un giro radical en los valores, las cosmovisiones, las ideologías, la idea de felicidad que nos gobierna o la respuesta socialmente imperante a la pregunta por el sentido de la vida. (Santiago Muñío, 2016, pp. 18-19)

La idea prometeica de la Ilustración –prometeicamente continuada por Marx y diversos marxismos– era que la humanidad tomase en sus manos su propia historia y construyese su destino, configurando racionalmente el porvenir de la especie. Pero ¿era razonable esta propuesta, o apuesta? ¿Cabe seguir manteniéndola hoy?

Desde luego, no deberíamos confiar en ningún automatismo o ley histórica que conduzca a evitar lo peor y avanzar hacia la emancipación humana. Como afirma con elocuencia Anselm Jappe, no hay ninguna tendencia histórica hacia el comunismo, el socialismo, la revolución o la liberación: “ni teleología, ni corriente por la que las fuerzas de la emancipación pudieran dejarse llevar; nada que garantice su victoria, nada de estadios que se sucedan de forma natural” (Jappe, 2011, p. 17).

Los resultados de las acciones humanas ¿han de poder siempre ser controlados por esa misma praxis?

Las dinámicas estructurales puestas en marcha por las acciones humanas ¿pueden siempre ser controladas por esa misma praxis, o en cierto momento quizá se superen puntos sin retorno –y el asunto ‘se nos vaya de las manos’, como solemos decir en el español peninsular? Pensemos por ejemplo en cómo el llamado ‘imperativo tecnológico’ se relaciona con la competencia capitalista. Sentaba cátedra Thomas Friedman en *The World is Flat* (2005): “La historia del desarrollo económico nos enseña la misma lección una y otra vez: si puedes hacer algo, debes hacerlo; de lo contrario, lo hará la competencia” (citado por Almenar, 2011, p. 138). De manera muy paradójica, la misma gente que afirma que la libertad humana se desarrolla gracias al dominio técnico de la naturaleza presenta los avances tecnocientíficos de forma completamente determinista: “La llegada del coche autónomo es inevitable y mucho mejor que oponerse es adaptarse [...]” (Ratti, 2017).

No resulta difícil percatarse de que “si lo hemos hecho, podemos deshacerlo” es una manera falaz de razonar que no tiene en cuenta que

history matters (la historia cuenta: Tello, 2005).⁴ En realidad, la pregunta sobre si podemos hoy controlar nuestro destino es bastante más específica: ¿podemos escapar de las *trampas sistémicas* que la Modernidad occidental ha creado –y que llamamos capitalismo y tecnociencia, con su matriz energética fosilista?

Se diría que con la Modernidad europea –*grosso modo*, los últimos cinco siglos de historia del mundo– se ponen en marcha dos dinámicas históricas que van convirtiéndose lentamente al principio, y de forma impetuosa después, en “estructuras sin sujeto”: el capitalismo y la tecnociencia. Y si eso es así, nuestro problema básico es el del *aprendiz de brujo*...

El problema del aprendiz de brujo

El punto de partida para intuir este fenómeno puede ser aquel famoso poema de Goethe en 1797: *Der Zauberlehrling*.⁵ La balada de Goethe comienza así: “Hat der alte Hexenmeister/ sich doch einmal wegbegeben!/ Und nun sollen seine Geister/ auch nach meinem Willen leben./ Seine Wort und Werke/ merkt ich und den Brauch./ und mit Geistesstärke/ tu ich Wunder auch.// Walle! Walle/ Manche Strecke./ daß, zum Zwecke./ Wasser fließe/ und mit reichem, vollem Schwall/ zu dem Bade sich ergieße [...]”

El mismo aprendiz de brujo es el narrador en la balada de catorce estrofas. Su anciano *Hexenmeister* (mago o hechicero) lo ha dejado a solas, y él decide (exhibiendo eso que los griegos antiguos llamaban *hybris*) poner a prueba sus propias artes mágicas. Así, el aprendiz ordena a una vieja escoba cubrirse con unos trapos, adquirir una cabeza y dos brazos y, con un balde, prepararle un baño.

Pero la escoba viviente no solo llena la tina, sino cada recipiente y taza que encuentra en su camino; y el aprendiz de brujo ha olvidado la fórmula mágica para detenerla, lo que acaba provocando una terrible inundación. Para intentar hacer frente al caos, el aprendiz parte a la escoba en dos pedazos con un hacha... lo que da origen a dos hacendosas escobas nuevas. El problema se complica y multiplica. Finalmente, el *Hexenmeister* regresa y salva, literalmente, al aprendiz

de brujo. El anciano mago, que sí controla, rápidamente ordena a la escoba regresar al armario del que salió, con la prohibición de volver a hacerlo si no es bajo las órdenes exclusivas del verdadero maestro.⁶

La paradoja máxima de la Modernidad occidental

El aprendiz de brujo que es el *anthropos* con su *praxis*, ¿es capaz de controlar las dinámicas auto reforzadas que resultan de esa *praxis*—señaladamente la tecnociencia y el capitalismo? La respuesta breve que hasta hoy nos da la historia de la Modernidad es: no, todo indica que no lo es. Y no parece que haya ningún *Hexenmeister* para sacarnos del apuro.

Quizá lleguemos a ver que la paradoja máxima de la Modernidad occidental ha sido concebir la idea de autocontrol del destino humano —la autoconciencia de la Ilustración— al mismo tiempo que ponía en marcha dinámicas sistémicas (digamos capitalismo y tecnociencia para abreviar) que imposibilitan esa autonomía colectiva.

Interludio psicológico

Pero no anticipemos conclusiones. Antes de centrarnos en la cuestión fundamental —las dinámicas autorreforzadas colectivas que resultan de la *praxis* humana, las estructuras sin sujeto creadas por el aprendiz de brujo—, examinemos de momento algo más sencillo: el ‘yo controló’ en el plano de nuestras vidas individuales.

Por una parte, la psicología nos enseña que la sensación de falta de control deriva en problemas psicosociales importantes. A partir de 1967 el psicólogo Martin Seligman estableció que, tras someter a un animal a descargas eléctricas sin posibilidad de escapar de ellas, dicho animal no intentaba ya ninguna respuesta evasiva aunque, por ejemplo, la jaula hubiese quedado abierta. Es decir, había aprendido a sentirse indefenso, sin control ninguno sobre su situación dolorosa, y dejaba de luchar para cambiarla... Luego se comprobaron fenómenos similares en

el comportamiento humano. Cuando interiorizamos que no tenemos el control padecemos *inde-fensión aprendida*, con efectos que pueden ser nefastos: desaparición de la motivación futura, caída de la autoestima, mayor vulnerabilidad a enfermedades (por afección del sistema inmunológico) e incluso depresión clínica profunda (véase Schwartz, 2005, pp. 107-108).

Por otra parte, un sesgo cognitivo bien estudiado —por ejemplo, en los jugadores de azar— es la *ilusión de control*. Se trata de la tendencia innata de los seres humanos a creer que pueden controlar, o al menos influenciar, resultados en los que claramente no tienen ninguna influencia: por ejemplo, sucesos aleatorios.⁷

Tendemos a pensar que somos más dueños de nuestros actos que lo que lo son los demás. El 93% de los estadounidenses cree que conduce mejor que el promedio, según una de las múltiples investigaciones al respecto. Si preguntamos a alguien si él o ella no es libre, está condicionado por los medios de masas, vota a una opción política o consume de manera ostensiva en virtud de los efectos de la propaganda, la respuesta suele ser contundente: “no, no es mi caso, pero sí el de la mayoría de la gente” (Pronin y Kugler, 2010).

Pero varones y mujeres no padecen de la misma forma la ilusión de control: los primeros somos más propensos que las segundas. A las personas no les gusta creer que son del promedio: la ilusión de control se manifiesta también en una tendencia a afirmar que somos mejores que el promedio. Pero en comparación con las mujeres, los varones tendemos a pensar que somos mucho mejores que el promedio, y las mujeres se muestran más comedidas. Además, los hombres tendemos a sentirnos más confiados sobre nuestra inteligencia y capacidad de juicio que las mujeres, porque creemos —infundadamente— que las soluciones a las que llegamos son mejores de lo que realmente son. Esta arrogancia podría tener relación con los niveles de testosterona.⁸

Resulta interesante constatar que según diversos estudios, la gente con depresión parece tener una percepción más realista de su importancia, reputación, posibilidades de control o capacidades que la gente ‘normal’. Los no deprimidos son más propensos a funcionar con autoimágenes exageradamente positivas, y a mirar el mundo a través de

‘gafas de color de rosa’ (gracias a la *disonancia cognitiva* y a otra serie de mecanismos defensivos, entre ellos la ilusión de control). Este fenómeno se conoce como *realismo depresivo* o realismo de los depresivos.

¿Qué nos dicen las ciencias sociales?

Después del rodeo que hemos dado por algunos importantes fenómenos psicológicos, vamos por fin a lo más complejo: lo que cabe llamar las *estructuras sin sujeto*. Éste es el verdadero problema del aprendiz de brujo.

Desde los orígenes de las ciencias sociales, “la sociología busca las consecuencias involuntarias e inesperadas que tienen las acciones humanas en la sociedad” (Izquierdo Escribano, 1985, p. 19). Es sabido que muchos fenómenos sociales pueden ser, a través de la agregación, *resultados no intencionales de acciones intencionales*. Esto lo han analizado muchos sociólogos, incluyendo los clásicos como Max Weber (quien lo llamó la *paradoja de las consecuencias*) o Karl Marx (“los seres humanos hacen la historia, pero no saben que la hacen”). Raymond Boudon habló de los *efectos perversos* de la acción social: “los fenómenos sociales son efectos de agregación, y estos efectos pueden no ser buscados por los actores” (Boudon, 1979, p. 14). Éste es un asunto central para nuestra indagación.

Un elemento importante para la comprensión de esta clase de fenómenos sociales es la teoría marxiana de la *alienación o enajenación* del ser humano: nuestra propia actividad crea productos (la religión o el capital, pongamos por caso) que se nos aparecen como poderes ajenos y sustraídos a nuestro control... Marx y Engels se referían ya en 1845, en su manuscrito *La ideología alemana*, a cómo “esta plasmación de las actividades sociales, esta consolidación de nuestros propios productos en un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control, que levanta una barrera ante nuestra expectativa y destruye nuestros cálculos, es uno de los momentos fundamentales que destacan en todo el desarrollo histórico anterior [...]” (Marx y Engels, 1974, p. 33).⁹

El análisis de madurez de Marx (particularmente en los *Grundrisse* y en *El capital*) conduce a la conclusión de que el capitalismo, a causa de su estructura básica –la ciega compulsión a la acumulación de capital y la valorización del valor, explorada sobre todo bajo la figura del *fetichismo de la mercancía*– no puede propiciar una sociedad consciente. La alienación masiva está anclada en la misma estructura de la realidad capitalista. Sobre todo, teóricos de la *Wertkritik* (crítica del valor) como Robert Kurz, desde los años ochenta del siglo XX, han esclarecido esta cuestión (una iluminadora introducción en Jappe, 2016).

Más recientemente, Mark Hunyadi ha dado en el clavo al señalar que tenemos un grave problema práctico: incuestionables modos de vida impuestos sistémicamente (pensemos en las dinámicas de digitalización y financiarización de la sociedad, por ejemplo), que escapan a cualquier control ético o democrático, moldean nuestra existencia cotidiana. “Una institución como el sistema bancario, por ejemplo; un principio como el de igualdad, una mentalidad como el culto a la ganancia, un tipo de racionalidad como la cuantificación de todo lo dado: [...] todo esto determina modos de vida a los que no tenemos opción de escapar” (Hunyadi, 2015, p. 23). El modo de vida se sitúa en la interfaz del sistema y la experiencia social tal y como es vivida por los propios actores, y designa “las expectativas de comportamiento impuestas de forma duradera por el sistema a los individuos y los grupos, y que se imponen independientemente de la voluntad de los actores” (Hunyadi, 2015, p.47). Podríamos esquematizar su surgimiento y consolidación del siguiente modo: 1) agregación de efectos, 2) propiedades emergentes y 3) refuerzo por los hechos consumados.

Por último, resulta esencial insistir aquí en algo que para autores de tradición marxista (como por ejemplo Ernest Mandel) resultaba de máxima importancia: la peculiar combinación, en el capitalismo, de *microracionalidad con macroirracionalidad*. Como advierte Daniel Tanuro:

Una de las características más significativas del capitalismo es la creciente contradicción entre la racionalidad parcial de las empresas

y la irracionalidad global del sistema. Las empresas —especialmente, las grandes— colocan la ciencia más moderna al servicio del beneficio para organizar rigurosamente el trabajo y planificar las inversiones. Por el contrario, la economía y la sociedad en su conjunto se desarrollan sin plan, de una manera caótica según las presiones y el azar del mercado. (Tanuro, 2017)

Ideas e intereses creados según Keynes... y las dinámicas sistémicas

En el párrafo final de su *Teoría general* (1936), John M. Keynes escribía:

Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando tienen razón como cuando no la tienen, son más poderosas de lo que suelen creerse. De hecho, el mundo apenas se rige por otra cosa. Los hombres prácticos, que se creen libres de toda influencia intelectual, suelen ser esclavos de algún economista difunto. Los dementes vestidos de autoridad, que creen oír voces en el aire, destilan su frenesí de algún escritorzuelo académico de unos pocos años atrás. Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera grandemente en comparación con el avance gradual de las ideas. [...] Pero, tarde o temprano, son las ideas y no los intereses creados lo peligroso, tanto para mal como para bien. (Keynes, 1965, p. 337)

Lo que ocurre, claro, es que además de las ideas y creencias (y la acción humana basada en ellas) y además de los intereses creados, están las dinámicas sistémicas o estructurales... Podemos identificar en los decenios últimos cuatro grandes dinámicas de cosificación, alienación y automatismo (que están interconectadas entre sí): (A) la acumulación de capital, (B) el desarrollo del complejo CyT (ciencia y tecnología) hasta la tecnociencia moderna, (C) el crecimiento del complejo militar-industrial (como ya apuntamos antes a partir de los análisis de Dwight McDonald) y (D) la aceleración social.

Recuperemos un análisis interesante de la última de estas cuatro: la dinámica de aceleración social según Hartmut Rosa. Este sociólogo y filósofo alemán estima que en la Modernidad tardía se ha consolidado un *ciclo de aceleración social autopropulsado* cada vez más ingobernable. Los procesos de aceleración social han sido impulsados en los últimos siglos por dos grandes motores ‘externos’: un motor socioeconómico (la competencia capitalista) y un motor cultural (la promesa de eternidad), que no tenemos tiempo para analizar ahora con detalle (véase Rosa, 2016, pp. 41-50). Pero, además de esas dos fuerzas impulsoras ‘externas’ que empujan la rueda de la aceleración social, hoy cabe pensar que la aceleración social se ha transformado en un sistema autopropulsado. Tres dinámicas clave —la aceleración tecnológica, la aceleración del cambio social y la aceleración del ritmo de vida— se han transformado “en un sistema de retroalimentación entrelazado, que se impulsa a sí mismo de manera constante” (Rosa, 2016, p.50; la elucidación de este mecanismo en pp. 51-54).

M&M (Marx & Mumford)

Emilio Santiago Muño, en el capítulo 2 de su libro *Rutas sin mapa* (muy relevante todo él para nuestro cuestionamiento), apunta que para pensar la “dominación sin sujeto” como fenómeno histórico (y, por tanto, transitorio y potencialmente superable), es un buen punto de partida poner a dialogar dos conceptos importantísimos para la crítica social moderna: la idea mumfordiana de *megamáquina* y la noción marxiana de *sujeto automático*.

En este encuentro Mumford y Marx, a pesar de sus muchas diferencias, se dan la mano para iniciar un diálogo fértil que nos ayuda a entender cómo los sistemas sociales pueden tender históricamente hacia cotas mayores de ingobernabilidad estructural, de autonomía del sistema como ente independiente respecto a las mujeres y los hombres, *sin por ello dejar de ser nunca un producto de las decisiones humanas*. (Santiago Muño, 2016, p. 39)

Recuperemos ambas nociones: primero la megamáquina de Lewis Mumford. La historia de la desigualdad humana en serio comienza hace muy poco tiempo, unos cinco mil años. Es entonces cuando cristalizan el patriarcado, el Estado, el dinero, las burocracias y los ejércitos permanentes, la extracción de excedentes por parte de elites al margen de la producción básica de la sociedad... Se forman *máquinas sociales* que tienen un largo recorrido por delante:

Hace cinco mil años nació una monotécnica [...] dedicada al aumento del poder y la riqueza mediante la organización sistemática de actividades cotidianas coordinadas según un patrón mecánico rígido. [...] El trabajo en una única tarea especializada, segregada de las actividades sociales y biológicas, no sólo ocupaba todo el día sino que, cada vez más, iba absorbiendo toda la vida. Ése fue el cambio fundamental que durante los últimos siglos ha conducido a la mecanización y automatización cada vez mayores de toda la producción. Con la formación de las primeras máquinas colectivas el trabajo, con su disociación sistemática del resto de la vida, se convirtió en una maldición, una carga, un sacrificio, una forma de castigo. Y, como reacción, este nuevo régimen provocó el despertar de sueños compensatorios de prosperidad sin esfuerzo, emancipados no sólo de la esclavitud sino del trabajo mismo. [...] La máquina a la que me refiero nunca fue descubierta en una excavación arqueológica, por una simple razón: estaba compuesta casi en su totalidad de partes humanas. Estas partes se reunían en una organización jerárquica bajo el dominio de un monarca absoluto, cuyos mandatos, secundados por una coalición del clero, la nobleza armada y la burocracia, lograban una obediencia como cadavérica por parte de todos los componentes de la máquina. Llamaremos a esta máquina colectiva arquetípica –el modelo humano para todas las máquinas especializadas posteriores– la *megamáquina*. (Mumford, 2004, pp. 103-104)

La megamáquina –aclara Santiago Muñío– es un tipo de sistema social compuesto de multitud de partes uniformes, especializadas

e intercambiables, pero funcionalmente diferenciadas, reunidas y coordinadas por un proceso organizado y dirigido desde una autoridad central que combina el monopolio de la fuerza y el del conocimiento científico. “Es decir, las megamáquinas son los sistemas sociales constituidos bajo el *principio imperial*: concentración creciente del poder del Estado articulada con expansión de su dominio político, expansión que es simultáneamente geográfica y antropológica (destrucción o fagocitación de otras sociedades)” (Santiago Muñío, 2016, pp. 39-40). Recordemos las observaciones de Dwight McDonald sobre la autonomización del complejo militar-industrial, ya antes evocadas.

En cuanto al *sujeto automático*, se trata de una imagen de Marx en el libro I del *Capital*: bajo el capitalismo, el verdadero sujeto es la mercancía y los seres humanos se convierten en meros ejecutores de su dinámica.¹⁰ “Su propia socialidad, su subjetividad, se les aparecen a los hombres como sometidas al automovimiento automático de una cosa” (Jappe, 2016, p. 82).

Sujeto automático es un oxímoron brillante con el que Marx supo captar el carácter esencialmente contradictorio de los fenómenos de dominación en el capitalismo entendido como relación de poder sistémica, que supone una coacción para todos los individuos sujetos a ella independientemente de su posición en dicha relación. Por ello, factores subjetivos como la codicia juegan un papel secundario a la hora de explicar esa fijación obsesiva del empresariado hacia los beneficios y su reinversión (acumulación) que condiciona toda la vida social moderna: los capitalistas se presionan unos a otros por el régimen de competencia económica. El sujeto automático es el secreto del *fetichismo de la mercancía* del que hablaba Marx: en un régimen donde la producción para el mercado se vuelve el centro de la vida social tiene lugar una *autonomización de la esfera económica*, en el que los productores no se relacionan a través de relaciones sociales directas, sino mediante relaciones sociales de tipo económico forjadas en el intercambio ciego y competitivo del mercado y bajo coerciones abstractas e impersonales que obligan a acumular capital o morir. (Santiago Muñío, 2016, pp. 40-41)

Una concepción coevolutiva de la historia

El propósito de comprender las fuerzas que operan en la historia humana para ser capaces de ejercer algún control sobre la misma (sin incurrir en esas “ilusiones de control” a las que somos demasiado propensos), siquiera en la forma de evitar abismos, colapsos y catástrofes (a Francisco Fernández Buey le gustaba citar la ‘vía negativa’ o de *docta ignorantia* propuesta por Maquiavelo: “conocer los caminos que conducen al infierno para evitarlos”), resultaría un propósito vano si tuviesen razón las tesis deterministas o fatalistas. Para contestar en serio a la pregunta por el posible control racional de nuestro destino tenemos que descender a un nivel teórico básico. Una parte de la respuesta nos la proporciona el análisis marxiano del *fetichismo de la mercancía*, que ya hemos recorrido someramente. Otra parte tiene que ver con el fenómeno de la *coevolución* (en la naturaleza y en las sociedades humanas).

Quizá quien mejor haya desarrollado una perspectiva evolutiva y sistémica, en los últimos decenios, sea Richard B. Norgaard, con sus notables estudios sobre *coevolución*. Esta noción se toma de la ecología, donde se utiliza para explicar el desarrollo paralelo de las características fisiológicas y morfológicas de dos o más especies de tal modo que cada una depende de la otra para su reproducción continua (Peñuelas, 1988).¹¹ El concepto amplio (aplicado también a sistemas socioculturales) lo desarrolló Norgaard a partir de los años setenta: lo emplea para definir el desarrollo paralelo e interactivo de las sociedades humanas y la naturaleza (Norgaard, 1984, p. 1994).

El cambio social, a lo largo de la historia, es un proceso de *coevolución entre sistemas sociales y ecosistemas*. Norgaard subdivide los sistemas sociales en sistemas (a) de conocimiento, (b) de valores, (c) de organización social y (d) de tecnología, que coevolucionan entre sí y con los ecosistemas.

En esta descripción, cada uno de estos sistemas se relaciona con todos los demás, y cada uno cambia e influye en todos los demás.

En cada sistema ocurren innovaciones deliberadas, descubrimientos de posibilidades, cambios aleatorios (mutaciones) e introducción de oportunidades, y todo ello influye en la idoneidad [*fitness*] y, por tanto, en la distribución y las propiedades de los componentes de cada uno de los demás sistemas. [...] Como las características de cada sistema ejercen presión selectiva sobre las características de los restantes, coevolucionan de tal manera que cada uno refleja al otro. La coevolución explica el modo en que todo parece estar estrechamente interrelacionado, y al mismo tiempo todo parece estar cambiando. (Norgaard, 2002, p. 171)

Un aspecto interesante es el siguiente: si en el modelo anterior equiparamos –simplificando un poco– ‘tecnología’ con fuerzas productivas, y ‘organización social’ con relaciones sociales de producción, entonces aparece el materialismo histórico (desarrollado por Marx, Engels y otros autores marxistas) como un caso particular de la perspectiva coevolucionista. Precisamente, el caso particular en que se asigna una particular fuerza causal a la tecnología (a las fuerzas productivas).¹²

La evolución –ya de trate de la biológica o la social– no está dirigida, y no ‘progresar’ hacia objetivos que quepa conocer de antemano. El papel del azar es importante. No partimos nunca de cero, no hay ‘tabla rasa’ o encerado vacío sobre el que dibujar. Una condición necesaria para una sociedad verdaderamente democrática, dijo en alguna ocasión Tony Judt, es una conciencia colectiva sostenida en el tiempo de que las cosas siempre están cambiando de diversas formas y, sin embargo, el cambio total es siempre ilusorio (Judt, 2012, p. 260). Y no hay estado social final especificable de antemano:

La historia del comportamiento social humano es ineludiblemente ‘evolutiva’ en el sentido de que todas sus formas nuevas se han desarrollado a partir de formas previas, pero no –de ninguna manera– en el sentido de que el cambio de unas a otras se produzca en dirección de un estado final de cosas que sea posible especificar de antemano: ése es precisamente el error que, justificadamente,

desacreditó a los ojos del siglo XX las ideas decimonónicas sobre evolución social. (Runciman, 1999, p. 16)

Los estados futuros de un sistema complejo como la sociedad no son predecibles, pues “dependen de forma no lineal de las interacciones entre múltiples estados del sistema y múltiples decisiones colectivas de los actores sociales. [...] La dinámica es radicalmente indeterminista, inserta en la incertidumbre de la historia” (García, 2011, p. 220). Y por ello “los sociólogos nunca tendrán más posibilidades de predecir el futuro de instituciones y sociedades que los antropólogos de predecir el futuro de las culturas o los biólogos de predecir el futuro de las especies” (Runciman, 1999, p. 20)¹³. El curso de la historia humana es más cuestión de azar, y de consecuencias no intencionadas ni deseadas, y menos cuestión de elección racional de lo que nos resulta cómodo creer (Runciman, 1999, p. 170). Manuel Sacristán recomendaba en 1979:

Creo que hay que aceptar bastante más voluntarismo que hasta ahora en el pensamiento revolucionario. Uno de los elementos más necesitados de revisión en el tronco mayoritario del pensamiento marxista es la confianza en el carácter benéfico de los procesos sociales objetivos, por ejemplo aquella inverosímil ingenuidad de Lenin según la cual la marcha de la historia –¡vaya casualidad!– coincide con los deseos de los socialistas. Mejor no fiarse en intentar alterar el proceso con la voluntad del movimiento. (Sacristán, 1996, p. 147)

“Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes”

Planeamos, proponemos objetivos, perseguimos fines... Mas no deberíamos olvidar nunca el refrán judío que dice: *si quieres hacer reír a Dios,*

cuéntale tus planes. Los seres humanos nos guiamos por propósitos –la acción humana es eso–; pero la distancia entre intenciones y resultados aumenta con la complejidad de las interacciones, en un mundo de sistemas complejos que coevolucionan. Por eso, incluso si obviamos las complicaciones del fetichismo de la mercancía en sociedades capitalistas, las posibilidades de control consciente de la evolución social no son grandes...

Desde la perspectiva coevolucionista arriba esbozada, habrá que añadir, a la recomendación de más voluntarismo revolucionario, la sugerencia de más modestia epistémica, así como una conciencia renovada de la propia falibilidad. Y tengamos presente que en la medida en que aumenta la incertidumbre, tanta mayor importancia tiene conducirnos según principios (buenos principios), más que orientarnos rígidamente hacia fines. Aunque hoy casi toda la evidencia racional de que disponemos señala que vamos hacia un colapso civilizatorio, sabemos al mismo tiempo que el futuro es inherentemente impredecible, y que nos aguardan sorpresas –para bien y para mal. Así lo sugiere el investigador ecomarxista John Bellamy Foster:

Necesitamos tomarnos en serio la relación no-lineal y contingente de todo lo que atañe al desarrollo humano. Jacob Burckhardt, el teórico de la cultura decimonónica y conservador, empleaba la noción de ‘crisis histórica’ para referirse a situaciones en las cuales ‘se produce una crisis de todo el estado de las cosas, involucrando a épocas enteras y a todos los pueblos que pertenecen a la misma civilización, o la mayoría’. Explicaba cómo ‘el proceso histórico de repente experimenta una terrorífica aceleración. Desarrollos que en otras circunstancias llevarían siglos parecen manifestarse como fantasmas en meses o incluso semanas, y cobran cuerpo’. (Bellamy Foster, 2015)

Hay que seguir trabajando en pro del despertar de las gentes y de la transformación social.

Pero entonces ¿podemos controlar la Megamáquina-tecnocapitalista? No... mas eso no significa que tengamos que permanecer pasivos

“El futuro puede ser lo que queramos que sea”, sentencia el animoso Rob Hopkins, iniciador del movimiento de Ciudades (y pueblos) en Transición (del Río, 2015). Pero esa posición resulta irrealmente voluntarista. Emilio Santiago Muño, con acierto, valora la “*dominación sin sujeto como fenómeno histórico, propio de un sitio y un tiempo, y no como fenómeno antropológico o universal* (que es lo que se deriva de las posiciones mayoritarias de la ciencia social moderna). En otras palabras, la ausencia de sujeto no actúa con la misma fuerza en todas las épocas, sino que está potenciada por rasgos específicos de la modernidad capitalista. Y no es tampoco una rueda kármica de la que la humanidad no pueda liberarse, al menos parcialmente” (Santiago Muño, 2016, p. 38).¹⁴ Pero que eso sea cierto a escala histórica no quiere decir que en la concreta coyuntura en que nos encontramos no nos hayamos entrampado demasiado...

Estamos en el segundo decenio del siglo XXI, en el tercer planeta del Sistema Solar. ¿Quién es el ‘nosotros’ sujeto de la pregunta sobre el posible control de nuestro destino? Implícitamente, y si tenemos en cuenta los desarrollos históricos de los últimos siglos, y los titánicos retos a que hacemos frente en el Siglo de la Gran Prueba (Riechmann, 2013a) –comenzando por el calentamiento global–, parece claro que se trata de la humanidad en su conjunto. Si tienen validez los análisis que se han esbozado en las páginas anteriores, ¿qué sería necesario para ese tomar el control que pudiese evitar el abismo ecológico-social hacia el que estamos precipitándonos? Hablamos de *controlar la Megamáquina-tecnocapitalista* –por emplear en un sentido amplio el término que como ya vimos acuñó Lewis Mumford en *Técnica y civilización*, hace ya decenios (Megamáquina como síntesis de las dinámicas estructurales autopropulsadas que

hemos analizado). Habría que poner fuera de juego los automatismos de la reproducción ampliada de capital, el avance caótico de la tecnociencia, la aceleración social y la lucha competitiva militarizada entre el puñado de Estados-nación y megaempresas que hoy determinan la geopolítica mundial. Y esa revolución mundial de signo ecosocialista-ecofeminista en la que siguen confiando valiosos compañeros como John Bellamy Foster¹⁵ tendría que tener lugar en tiempo récord.

¿Resulta creíble esta perspectiva? Hay que tener una prometeica fe muy bañada de *wishful thinking* para creer que tal revolución, impulsada por las masas de trabajadores y trabajadoras, vaya a realizarse en los plazos estrictos que imponen los procesos destructivos en curso. La respuesta sobre el posible control de la Megamáquina es *no* –debería resultar obvio a estas alturas del siglo XXI. (Ahora bien, ello no puede suponer un pretexto para renunciar a un poco de dominio sobre nosotros mismos.) No sólo la fuerza de las dinámicas estructurales autopropulsadas, sino también la consistencia del paradigma cultural dominante (con su importante componente tecnolátrico –que he analizado en Riechmann, 2016), hace que la inercia histórica sea hoy enorme. No resulta nada fácil cambiar en plazos breves nuestras creencias compartidas básicas acerca del mundo (por ejemplo, en la cultura occidental, que *Homo sapiens* es un ser excepcional separado del resto de la naturaleza) ni tampoco los automatismos sistémicos (la aceleración social, pongamos por caso).

Si no podemos controlar la Megamáquina, ¿se sigue de ello un retirarse a esperar la catástrofe –hacia la que avanzamos a toda velocidad? No, sería un *non sequitur*. Por una parte, está la vieja posibilidad de *poner palos en las ruedas*, actualizada como echar arena entre los engranajes primero, y más recientemente como desconfigurar conexiones entre los circuitos. Esto, a veces, querrá decir activo sabotaje no violento; otras veces, sólo pronunciar una palabra. Si es la palabra adecuada en la circunstancia justa.

Por otra parte, subsiste la orientación general de *fracasar mejor* (Riechmann, 2013b). El derrumbe de la Megamáquina será –lo sabemos– una espantosa tragedia; cabe trabajar por reducir en lo posible la inconcebible masa de sufrimiento –tanto el humano como el de las demás criaturas. Hace tiempo que, junto con algunos compañeros y compañeras, vengo sugiriendo la necesidad de trabajar en tal sentido con *estrategias duales*. En dos palabras (no es éste el lugar para desarrollarlo por extenso): por una parte, *intentar maniobrar con alguna habilidad el Titanic* que inexorablemente va a hundirse –pero no con la expectativa de evitar el naufragio, sino sólo de crear mejores condiciones para el salvamento de los pasajeros. Y por otra parte, *comenzar ya a construir más botes salvavidas*, y a organizar las formas de cooperación solidaria que pueden reducir los costes del naufragio.¹⁶

¿Qué ocurrirá en el futuro?

El futuro como tal es impredecible –en un mundo de sistemas complejos que coevolucionan. Pero hay *imposibilidades que acotan los futuros posibles*, y que vienen determinadas por las leyes de la naturaleza –especialmente (aunque no sólo), si pensamos en sistemas sociales dentro de la biosfera, por la termodinámica y la ecología. Si uno excluye las fantasías de omnipotencia (según las cuales la tecnología nos convertirá en dioses extraterrestres), de ello resulta un abanico de futuros posibles que, a medida que vamos agotando los recursos naturales de mejor calidad (energía, materiales, agua, biodiversidad, tierras de cultivo, etc.), se estrecha bastante rápidamente.

El antropólogo Marvin Harris se preguntaba “si efectivamente estamos algo más cerca del control consciente de la evolución cultural que nuestros antepasados de los albores de la Edad de Piedra. Como ellos, no paramos de tomar decisiones; pero ¿acaso somos conscientes de que estamos determinando las grandes transformaciones necesarias para la supervivencia [o no] de nuestra especie?” (Harris, 1993, p. 477)¹⁷

Más que *control* en ningún sentido mecanicista, habría que tener en mente lo que distintos especialistas han denominado *gestión adaptativa*: dado que siempre habrá niveles de incertidumbre importantes en la acción sociopolítica, se trataría de ser timoneles responsables en el gobierno de nuestro “navío espacial Tierra”, recabando constantemente información ecológica, social y económica e integrándola adecuadamente, con el objetivo de lograr sortear los peores escollos y lograr mejoras adaptativas. Como sugería Antonio Turiel,

[...] la historia muestra que la evolución de las sociedades es un proceso complejo y difícil de predecir, e incluso en un momento tan crítico como el actual nuestro control del futuro es muy limitado. Debemos de escapar de la ilusión de control y proponer cosas positivas y resilientes, aprendiendo con humildad de los errores que iremos cometiendo y buscando activamente mejorar con la experiencia. (Turiel, 2015)

Raúl Zibechi, glosando a Immanuel Wallerstein, nos insta a no tener (demasiado) miedo al derrumbamiento.

Hemos creído que una transición es un fenómeno que puede controlarse [señalaba Wallerstein en 1998, p. 186]. Si la transición sólo puede producirse como consecuencia de una bifurcación en un sistema en situación de caos, como señalan los científicos de la complejidad, pretender dirigirla es tanto ilusión como riesgo de relegitimar el orden en descomposición si se accede al poder estatal. Lo anterior no quiere decir que no podamos hacer nada. Todo lo contrario. Debemos perder el miedo a una transición que toma el aspecto de derrumbamiento, de desintegración, la cual es desordenada, en cierto modo puede ser anárquica, pero no necesariamente desastrosa, escribió Wallerstein en el citado texto. (Zibechi, 2015)¹⁸

Históricamente (o prehistóricamente) no ha habido, como señala Marvin Harris, ningún control consciente del desarrollo humano. Y cuando se pudo plantear tal cosa (a la altura de

la Ilustración de Diderot y Kant, hacia 1750, digamos; no entro aquí en la espinosa cuestión del carácter colonial de la Modernidad europea), por desgracia estaba ya instaurándose con fuerza el automatismo de las relaciones mercantiles (el ‘sujeto automático’ de la valorización del valor). Sólo con la salida (más o menos catastrófica) del capitalismo podremos quizá plantearnos, de verdad, la pregunta por el posible control consciente del desarrollo humano. Si en el paisaje de ruinas que seguirá se dan condiciones para ello.

Notas

1. Sobre esta cuestión ha discurrido Emilio Santiago Muño en un libro cuyo título es todo un manifiesto: *No es una estafa, es una crisis (de civilización)* (Santiago Muño, 2015).
2. Antes había escrito que “la guerra parece haber perdido su carácter racional, hasta el punto de que podría decirse que la posibilidad de una III Guerra Mundial deriva del hecho de que ha habido una segunda. Es decir: la existencia de unas maquinarias de guerra gigantescas, de unas instituciones económicas y sociales adulteradas con el fin de apoyarlas, y el temor –más que justificado– de todos los países a ser atacados, estos factores son la clave del problema, y no las necesidades de expansión del imperialismo capitalista” (Mc Donald, 2017, p.111).
3. En otro lugar, el mismo autor escribe: “Los pensadores modernos creen por lo general que los seres humanos pueden decidir sus destinos, lo que prácticamente equivale a pensar que no existe el destino como tal. Freud se une a los antiguos al aceptar que el destino da forma a nuestras vidas y también al afirmar [como los estoicos] que podemos formar nuestra propia actitud hacia el destino.” (Gray, 2013, p. 75)
4. Friedrich Hayek denunció como ‘constructivismo’ la ilusión siguiente: que “habiendo creado el ser humano las instituciones de la sociedad y de la civilización, debe ser también capaz de alterarlas a su voluntad para satisfacer sus anhelos o deseos” (Hayek, 1981). Hayek cuenta que escuchó esta opinión por vez primera “en una conferencia dictada por W. G. Mitchell en la Universidad de Columbia en el año 1923”.
5. Tiene también sus antecedentes: Luciano de Samosata con su escrito *El aficionado a la mentira*. Y la leyenda del Golem de Praga, asociada con el rabino Judah Low (1525-1609), talmudista y cabalista.
6. Cien años más tarde, en 1897, el compositor francés Paul Dukas adaptó el poema a una pieza sinfónica de diez minutos inmensamente popular: *L’ apprenti sorcier*. Walt Disney descubrió el poema sinfónico de Dukas cuatro décadas más tarde, y creó una versión animada para su película *Fantasia* (estrenada en 1940), interpretada Mickey Mouse como el aprendiz de brujo. Una lúcida y conmovedora meditación sobre nuestro funcionamiento como aprendices de brujo en una obrita reciente de William Ospina 2017: “Lo que estamos haciendo hoy es usar la vara mágica no para sosegar los océanos sino para despertar a los monstruos” (Ospina 2017, 69).
7. Un ejemplo es el “experimento vudú” de Dan Wegner, un psicólogo de Harvard, y Emily Pronin, de Princeton. En él, se invita a dos personas a jugar al hechicero. Una persona, el sujeto, lanza una maldición a la otra clavando agujas a un muñeco. Sin embargo, la segunda persona participa en el experimento y, según ha convenido anteriormente con los médicos, actúa de manera detestable para caer mal al que clava las agujas, o con simpatía. Al cabo de un rato, la supuesta víctima se queja de un dolor de cabeza. En los casos en los que la persona había sido desagradable, el sujeto tendía a hacerse responsable de su dolor de cabeza: un ejemplo de ese “pensamiento mágico” que llamamos ilusión de control. Otro ejemplo de este tipo de investigaciones en psicología social y neurociencia cognitiva: si se pide a una muestra representativa de sujetos humanos que calibren un rango de valores para un número (que puede referirse a cualquier cosa, desde la población de un país lejano como El Salvador al número de amantes de Catalina II de Rusia) de manera que piensen que tienen el 98% de posibilidades de acertar y menos del 2% de posibilidades de equivocarse (es decir, que sea lo que sea lo que imaginen, que haya menos de un 2% de probabilidades de que quede fuera del rango que han imaginado), resulta que *el índice de error del 2% resulta ser, muchas veces, hasta de un 45% en las poblaciones analizadas*. Se mueve en un rango de entre el 15 y el 45%. Se diría que nos sentimos veinte veces demasiado cómodos con lo que sabemos...

8. Lo cuenta Therese Huston en un artículo de divulgación científica en el *New York Times*. En una investigación que realizó Gideon Nave, neurocientífico cognitivo de la Universidad de Pensilvania, junto con Amos Nadler, de la Universidad de Ontario Occidental, se reveló que los niveles altos de testosterona pueden dificultar la facultad del hombre para ver fallos en su razonamiento. Una explicación posible se encuentra en la corteza orbitofrontal del cerebro humano, una región que está justo detrás de los ojos y es esencial para la autoevaluación, la toma de decisiones y el control de los impulsos. Los neurocientíficos Pranjal Mehta de la Universidad de Oregon y Jennifer Beer de la Universidad de Texas, campus de Austin, encontraron que quienes tienen mayores niveles de testosterona muestran menos actividad en su corteza orbito frontal. Los estudios revelan que, cuando esa parte del cerebro es menos activa, la gente tiende al exceso de confianza en sus capacidades de razonamiento. “Es como si la corteza orbito frontal fuera tu editor interno, el cual te advierte cuándo hay un problema potencial con tu trabajo. Si aumentas la testosterona, tu editor te brindará tranquilidad al dejar de decirte cosas (pero es un engaño)” (Huston, 2017). La autora se refiere también a un estudio clásico realizado en la Universidad de Wisconsin, donde los estudiantes universitarios que se presentaban a exámenes finales calificaron su confianza sobre cada respuesta en una escala de cinco puntos: “uno cuando sólo conjeturaban” y “cinco cuando tenían mucha certeza”. Tanto los hombres como las mujeres se dieron calificaciones altas al momento de responder correctamente. Sin embargo, ¿qué pasaba al contestar de manera incorrecta? Las mujeres tendían a titubear apropiadamente, pero los hombres no lo hacían. La mayoría marcaba “Seguro” o “Muy seguro” cuando estaban equivocados, con lo cual proyectaban la misma confianza tanto por sus respuestas erróneas como por las acertadas.
9. En otro paso, los fundadores del materialismo histórico escribían: “El poder social, es decir, la fuerza de producción multiplicada, que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos bajo la acción de la división del trabajo, se les aparece a estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria, sino natural, no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni a dónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario, una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y de los actos de los hombres y que incluso dirige esta voluntad y estos actos...” (Marx y Engels, 1974, p.36).
10. El texto de Marx dice: “En la circulación D-M-D’ funcionan ambos, la mercancía y el dinero, sólo como *diferentes modos de existencia del valor mismo*: el dinero como su modo general de existencia, la mercancía como su modo de existencia particular [...]. El valor pasa constantemente de una forma a otra, sin perderse en ese movimiento, convirtiéndose así en un sujeto automático” (Marx 1984, p. 188).
11. Un artículo seminal de Paul Ehrlich y Peter Raven en 1964 mostró cómo coevolucionaban los mecanismos de defensa de las plantas y las características de los insectos que se alimentaban de ellas (en una típica “carrera de armamentos” evolutiva) (Ehrlich y Raven, 1964). Explica Norgaard: “Las características más importantes de los nichos [ecológicos] de la mayoría de las especies son las características de las otras especies. Cuando la evolución se considera en el contexto de las especies que interactúan, podemos ver cómo las características de las especies ejercen una presión selectiva mutua y coevolucionan juntas [...]. En un mundo coevolucionista se pierde toda dirección [evolutiva] y predictibilidad” (Norgaard, 2002, p. 170).
12. Aunque el propio Norgaard no hace eso: “En cualquier momento del tiempo cada sistema determina a los demás. Con el tiempo, ninguno es más importante que otro. [...] Así, la perspectiva coevolucionista explica por qué las opciones son inquietantemente limitadas en el corto plazo: la cultura ha determinado el medio ambiente y el medio ambiente ha determinado la cultura. En cada momento existe una mezcla de conocimiento, valores, tecnologías, organización social y entorno natural coevolucionados. Pero a largo plazo nos dirigimos a la situación igualmente inquietante de que nada determina nada, y de que todo cambia de manera impredecible” (Norgaard, 2002, p. 172).
13. Nótese que esta perspectiva asesta un severo correctivo a la idea de control instrumental racional, tan central en la Modernidad. Como señala Norgaard, “la explicación coevolucionista del cambio admite que las personas diseñan nuevos elementos y los introducen en sus culturas, pero su énfasis en la presión selectiva de los componentes de los sistemas existentes, así como en el

cambio global dirigido por la naturaleza aleatoria de las mutaciones y las introducciones en todo el sistema, contribuye a explicar por qué los diseños suelen fracasar y sólo ocasionalmente tienen éxito al evolucionar hacia algo bastante inesperado” (Norgaard, 2002, p. 172).

14. No deberíamos ignorar que algunas intervenciones político-culturales en tiempos modernos evidencian que, dadas ciertas condiciones históricas propicias, *son posibles transformaciones intencionales de alcance planetario* (aunque estén llenas de consecuencias no previstas e inesperadas; pero ésa es otra historia). Dos ejemplos sobresalientes serían las trayectorias históricas que llevaron a la *Revolución de Octubre* en la Rusia de 1917, por una parte; y por otra parte, la *contrarrevolución o reacción neoliberal/neoconservadora en los años ochenta*, marcados a sangre y fuego por Margaret Thatcher y Ronald Reagan.
15. “Lo que hace falta es reconocer que es la lógica de nuestro actual modo de producción –el capitalismo– lo que se interpone en el camino para crear un mundo de desarrollo humano sostenible que trascienda el desastre en espiral que de otra manera espera a la humanidad. Para salvarnos debemos crear una lógica socioeconómica diferente que apunte a fines humano-ambientales diferentes: una revolución ecosocialista en la que las grandes masas de la humanidad participen” (Bellamy Foster, 2017).
16. Algunas sugerencias para las dos patas de esta estrategia dual de transición en sendos números de la REC (*Revista de Economía Crítica*) monográficos sobre *Pensar la transición*, coordinados por Óscar Carpintero y Jorge Riechmann (núm. 16 y 17, publicados en 2014). Así como en el volumen coordinado por Jorge Riechmann, Alberto Matarán, y Óscar Carpintero *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socioecológicas y transiciones poscapitalistas* (Riechmann, Matarán y Carpintero, 2014).
17. Antes, había observado que en el pasado hemos actuado como sonámbulos... “Los principales procesos de la evolución cultural no atestiguan la capacidad de nuestra especie para ejercer un control consciente e inteligente sobre el destino del hombre. [...] Todos los pasos importantes en la evolución cultural tuvieron lugar sin que nadie comprendiera conscientemente lo que estaba pasando. Los hombres que participaron en las transformaciones que llevaron desde los recolectores hasta los faraones tomaron decisiones

conscientes y eran tan inteligentes, despiertos y reflexivos como nuestras generaciones modernas. Decidieron prolongar o aplazar tal o cual actividad por un día o una temporada, cazar o no cazar determinada especie, levantar el campamento o permanecer en el mismo lugar, alimentar o abandonar a un niño en particular, escuchar a un cabecilla o hacer caso omiso de él, asaltar o no determinada aldea, trabajar para un redistribuidor en lugar de otro, o plantar más ñames ese año que el anterior. Pero nunca decidieron transformar bandas recolectoras con papeles sociosexuales igualitarios e intercambio recíproco en aldeas agrícolas sedentarias con jerarquías sociosexuales e intercambio redistributivo. Nadie decidió jamás convertir la residencia patrilocal en matrilocal, o las formas de redistribución igualitaria en formas de redistribución estratificada, o la guerra interna en guerra externa. Cada una de las grandes transformaciones que tuvieron lugar en la historia y prehistoria fue consecuencia de decisiones conscientes, pero las decisiones conscientes no tuvieron por objeto grandes transformaciones. La destrucción completa de recursos naturales, que ha desempeñado un papel primordial en la historia de la evolución cultural, corrobora esta forma inconsciente de conciencia. Los recolectores del periodo glaciario no perseguían de forma intencionada la extinción de los mamuts, bisontes gigantes, caballos y otras especies de caza mayor; los fores y los sambias no pretendían convertir la selva de Nueva Guinea en praderas, y los mayas no encenagaron sus canales de drenaje a propósito” (Harris, 1993, pp. 474-475).

18. Por cierto que un texto clave para este debate es Lindberg, 2014.

Bibliografía

- Almenar, R. (2011). *El fin de la expansión*. Barcelona: Icaria.
- Bardi, U. (2014). *Los límites del crecimiento retomados*. Madrid: Catarata.
- . (2017). *The Seneca Effect: Why Growth is Slow but Collapse is Rapid*. Springer.
- Bauman, Z. (1992). *Libertad*. Madrid: Alianza.
- . (2015). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bellamy Foster, J. (2015). “Marxism and Ecology: Commonfronts of a Great Transition”, octubre de 2015, disponible en <http://www.greattransition.org>.

- org/publication/marxism-and-ecology(consultado el 3 de julio de 2017).
- . (2017). “La crisis del Antropoceno”, *sin permiso*, 30 de junio de 2017; <http://www.sinpermiso.info/textos/la-tesis-del-antropoceno>(consultado el 3 de julio de 2017). Se trata del prólogo al libro de Ian Angus *Facing the Anthropocene: Fossil Capitalism and the Crisis of the Earth System* (Monthly Review Press, 2016).
- Boudon, R. (1979). *La logique du social*. París: Hachette.
- Casal Lodeiro, M. (2016). *La izquierda ante el colapso de la civilización industrial*. Madrid: La Oveja Roja.
- Diamond, J. (2006). *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Debate.
- Ehrlich, P. R. y Raven, P. H. (1964). Butterflies and Plants: a Study in Coevolution. *Evolution*, Vol. 18. pp. 586-608.
- García, E. (2011). “Líneas para un debate sobre el decrecimiento y la naturaleza humana”, en A. Matarán y F. López Castellano (eds.). *La Tierra no es muda –Diálogos entre el desarrollo sostenible y el posdesarrollo*. Granada: Eds. de la Universidad de Granada.
- Gray, J. (2003). *Perros de paja. Reflexiones sobre los humanos y otros animales*. Barcelona: Paidós.
- . (2013). *El silencio de los animales. Sobre el progreso y otros mitos modernos*. Madrid: Sexto Piso.
- Harris, M. (1993). *Nuestra especie*. Madrid: Alianza.
- Hayek, F. (1981). “Los errores del constructivismo”, conferencia pronunciada por el autor el 27 de enero de 1970, recogida en *Nuevos estudios de filosofía política, economía e historia de las ideas*. Buenos Aires: Eudeba. Puede consultarse el texto digitalizado en http://www.hacer.org/pdf/rev29_hayek.pdf
- Hunyadi, M. (2015). *La tiranía de los modos de vida. Sobre la paradoja moral de nuestro tiempo*. Madrid: Cátedra.
- Huston, T. (2017). “Los hombres pueden ser tan hormonales...” *The New York Times* en español, 29 de junio de 2017; <https://www.nytimes.com/es/2017/06/29/los-hombres-pueden-ser-tan-hormonales/> (consultado el 30 de junio de 2017).
- Izquierdo Escribano, A. (1985). *Fundamentos de sociología*. Madrid: Playor.
- Jappe, A. (2011). *Crédito a muerte*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- . (2016). *Las aventuras de la mercancía*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Judt, T. (junto con T. Zinder). (2012). *Pensar el siglo XX*. Madrid: Taurus.
- Keynes, J.M. (1965). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México DF: FCE.
- Lindberg, E. (2014). “Agency on Demand? Holmgren, Hopkins, and the Historical Problem of Agency”, *Resilience*, 21 de enero de 2014; <http://www.resilience.org/stories/2014-01-21/agency-on-demand-holmgren-hopkins-and-the-historical-problem-of-agency/> (acceso el 9 de julio de 2017).
- Lukács, G. (1971). *Conversaciones con Lukács*. Madrid: Alianza.
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana* (1845-46). Barcelona: Grijalbo.
- Marx, K. (1984). *El capital* (libro primero) (1867). Madrid: Siglo XXI.
- McDonald, D. (2017). *La raíz es el hombre*. Madrid: Eds. El Salmón.
- Mosaddeq Ahmed, N. (2017). *Failing States, Collapsing Systems: BioPhysical Triggers of Political Violence*, Springer.
- Mumford, L. (2004). “La técnica y la naturaleza del hombre” (1966), en Carl Mitcham y Robert Mackey (eds.), *Filosofía y tecnología*. Madrid: Eds. Encuentro.
- Norgaard, R. B. (2002). “Una sociología del medio ambiente coevolucionista”, en Michael Redclift y Graham Woodgate (eds.), *Sociología del medio ambiente. Una perspectiva internacional*. Madrid: McGraw Hill.
- . (1984). “Coevolutionary Agricultural Development”, *Economic Development and Cultural Change*, No. 32.
- . (1994). *Development Betrayed*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Ospina, W. (2017). *Parar en seco*. Barcelona: Navona.
- Peñuelas, J. (1988). *De la biosfera a la antroposfera*. Barcelona: Barcanova.
- Pronin, E. y Kugler, M.B. (2010). “People Believe They Have More Free Will Than Others”, *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* 107 (52): 22469-22474.
- Puig Vilar, F. (2015). *¿Hasta qué punto es inminente el colapso de la civilización actual?*, libro publicado en varias entregas en su blog “Usted no se lo cree” durante las navidades de 2014-2015 (entre el 23 de diciembre y el 17 de enero), <https://ustednoselocree.com/background-climatico/otros/hasta-que-punto-es-inminente-el-colapso-de-la-civilizacion-actual-indice-tentativo/> (consultado el 3 de julio de 2017).
- Ratti, C. (2017). “Carta a un amigo taxista”. *El País*, 28 de junio de 2017; https://elpais.com/elpais/2017/06/28/opinion/1498638243_643087.html (consultado el 3 de julio de 2017).

- Riechmann, J. (2013a). *El siglo de la Gran Prueba*. Tegueste (Tenerife): Baile del Sol.
- . (2013b). *Fracasar mejor*. Zaragoza: Olifante.
- . (2016). *¿Derrotó el smartphone al movimiento ecologista?* Madrid: Catarata.
- Riechmann, J., Matarán, A. y Carpintero, O. (2014). *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socioecológicas y transiciones poscapitalistas*. Granada: Univ. de Granada/CICODE.
- del Río, J. (2015). *Guía del Movimiento de Transición*. Madrid: Catarata.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la Modernidad Tardía*. Buenos Aires-Madrid: Katz.
- Runciman, W.G. (1999). *El animal social*. Madrid: Taurus.
- Sacristán, M. (1996). “Una conversación con Wolfgang Harich y Manuel Sacristán” (mayo de 1979), en Salvador López Arnal y Pere de la Fuente (eds.), *Acerca de Manuel Sacristán*. Barcelona: Destino.
- Santiago Muñío, E. (2015). *No es una estafa, es una crisis (de civilización)*. Madrid: Enclave de Libros.
- . (2016). *Rutas sin mapa*. Madrid: Catarata.
- Schwartz, B. (2005). *Por qué más es menos. La tiranía de la abundancia*. Madrid: Taurus.
- Smith, A. (1776). *La riqueza de las naciones*. Cito según la edición de Carlos Rodríguez Braun disponible en <http://ceiphistorica.com/wp-content/uploads/2016/04/Smith-Adam-La-Riqueza-de-las-Naciones.pdf> (acceso el 9 de julio de 2017).
- Taibo, C. (2016). *Colapso*. Madrid: Catarata.
- Tainter, J. (1988). *The Collapse of Complex Societies*. S.L.: Cambridge University Press.
- Tanuro, D. (2017). “El lugar del trumpismo en la historia”. *Viento Sur*, 14 de febrero de 2017; <http://vientosur.info/spip.php?article12209#sthash.m0i3MsLZ.dpuf> (consultado el 30 de junio de 2017).
- Tello, E. (2005). *La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Turiel, A. (2015). “Mi cuarto a espadas”, *The Oil Crash*, 26 de diciembre de 2015; <http://crashoil.blogspot.com.es/2015/12/un-futuro-100-renovable-mi-cuarto.html> (consultado el 30 de junio de 2017).
- Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Zibechi, R. (2015). “Caos sistémico y las transiciones en curso”, *La Jornada*, 23 de enero de 2015. <http://www.jornada.unam.mx/2015/01/23/index.php?section=opinion&article=021a2pol> (consulta do el 30 de junio de 2017).

Jorge Riechmann Fernández. Departamento de Filosofía de la UAM (Universidad Autónoma de Madrid), España.
Profesor titular de Filosofía Moral y Política.
jorge.riechmann@uam.es

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 8 de agosto de 2018

Juan José Álvarez Galán

El violento regreso de la naturaleza objetiva

Resumen: *El texto realiza una aproximación a los conceptos que, en la obra de Marx, constituyen las bases de su antropología, comenzando por los Manuscritos de Economía y Filosofía y La ideología alemana para después analizar su evolución en El capital. A partir de ahí, realiza un análisis del concepto de naturaleza y la importancia de este concepto tanto en El capital como en los futuros desarrollos del marxismo teórico.*

Palabras clave: *Marxismo. Antropología. Naturaleza. Ecología.*

Abstract: *This text makes an approximation to the concepts that constitute the bases of Marx's anthropology, first in the Manuscripts of Economy and Philosophy and The German ideology and later to analyze its evolution in Capital. From there, he makes an analysis of the concept of nature and the importance of this concept both in Capital and in the future developments of theoretical Marxism.*

Keywords: *Marxism. Anthropology. Nature. Ecology.*

Desde que en 1867 Karl Marx escribiera *El capital*, el idealismo, que en buena medida quería combatir ha vuelto a aparecer por distintas vías. En este terreno, la antropología es quizá uno de los ámbitos en los que el resurgir del idealismo ha sido más visible, con un punto álgido que llega con posterioridad al auge de los estructuralismos, cuando surgen diversas formas de relativismo con un componente idealista fuerte. Las ideas de

Marx pueden servir y de hecho han servido para contrarrestar las diversas formas de idealismo y construir un acercamiento antropológico a la realidad que parte de las condiciones materiales de la existencia. Con esto no queremos hacer un reduccionismo injustificado ni pretender que la única tendencia filosófica de orientación materialista ha sido el marxismo, pero sí recuperar algunos elementos de crítica que están presentes en la obra de Marx desde sus primeros trabajos y cuajan definitivamente en la redacción del volumen primero de *El capital*.

Por otra parte, creemos que la perspectiva antropológica es un campo privilegiado para analizar la posición del concepto de naturaleza en la obra marxiana, puesto que permite observar la evolución de su pensamiento, y además nos da una amplitud de marco difícilmente abarcable desde el análisis económico. Las ideas antropológicas de Marx, como señala Pinilla de las Heras (1985) se gestan en las fases iniciales de su obra y no aparecen específicamente en *El capital*, pero creemos que el análisis de estas ideas, tal y como aparecen, sobre todo, en *La ideología alemana* y los *Manuscritos de París*, nos permite acercarnos a la concepción marxiana de conceptos que son fundamentales en *El capital*, y cuyo estudio explica por qué la relación con la naturaleza, que tiene una importancia central en su teoría, pasa a un segundo plano en la obra cumbre del autor alemán.

Hacia una antropología materialista

Marx orienta su aproximación teórica al materialismo desde sus primeras obras, especialmente en aquellas escritas en torno a 1844 y 1845,

cuando se encuentra primero en París y luego en Bruselas, en un momento de fuerte actividad política e investigadora y acomete la tarea de “ajustar cuentas con la herencia cultural hegeliana y, precisar, de paso, su propia concepción del mundo” (Fernández Buey, 2009, p. 122). En este periodo podemos encontrar dos líneas de crítica claramente marcadas y que tendrán un desarrollo constante en el conjunto de su obra: por una parte, realiza este ajuste personal con el idealismo alemán que ha sido su escuela teórica –y con el que, no obstante, mantiene un vínculo en cuanto a la metodología (Fernández Buey, 2009, p. 126)–, por otra parte, ya en esta época, Marx está iniciando la crítica de la economía burguesa, como se evidencia en los *Manuscritos de París* de 1844. Esta última obra tiene, no obstante, un carácter tentativo, lo que explica la sucesión de temas sin aparente continuidad, y a pesar de que la mayor parte de sus páginas se centran en materia económica, el tercero de los manuscritos contiene la que probablemente es la descripción más detallada de Marx sobre sus concepciones antropológicas, y también la primera cronológicamente; con esto, junto con las notas de carácter antropológico que se contienen en *La ideología alemana* podemos esbozar los puntos centrales de la posición de Marx en este ámbito. En estos textos se plantea una teoría antropológica en la que destacan tres elementos: la materialidad radical de la existencia, la íntima vinculación de los seres humanos con la naturaleza y el cariz especial de la relación que se establece entre estos seres humanos y la naturaleza. La base material se afirma de la forma más explícita en la *Ideología*, donde se afirma que la “primera premisa” de la historia humana es la existencia de individuos, y “el primer gran hecho comprobable es la existencia de estos individuos en relación mutua y con el resto de la naturaleza” (Marx y Engels, 2017, p. 16). Aquí aparece ya una cuestión de interés que luego irá desarrollándose: la condición antropológica del ser humano se desarrolla en dos ámbitos bien diferenciados, el que, a partir de aquí, llamaremos interno, que se refiere a las relaciones sociales que los propios seres humanos establecen entre sí, y el que podemos llamar externo, que se refiere a las relaciones que establecen con la naturaleza objetiva. Vayamos primero al detalle de este

último para después volver al aspecto que hemos llamado interno.

La naturaleza es el marco de desarrollo para la satisfacción de las necesidades, el único medio por el que el ser humano satisface sus necesidades y se desarrolla, pero además es objeto de una relación especial, que según Marx es el hecho diferencial de la humanidad, que consiste en que, en el curso de su interacción con la naturaleza, el ser humano produce sus propios medios de vida. Esto es, el ser humano no se relaciona como un mero utilizador de los objetos naturales, sino como un agente que transforma para sí dichos objetos; y esto lo realiza a través del trabajo. A través de los sentidos, los seres humanos percibimos el mundo pero no de una forma pasiva, sino de una forma que le permite apropiarse de él y utilizarlo para modificar y producir los elementos materiales necesarios para su existencia. Ese es “el primer hecho histórico” del que nos hablan Marx y Engels y en la *Ideología*, y será también el motivo por el que toda actividad humana se funde con la naturaleza en una dialéctica sujeto/objeto que es consustancial a su forma de relacionarse (Pinilla de las Heras, 1985). En el trabajo y las relaciones que se establecen con la naturaleza surgen también la conciencia y las necesidades, que se articulan en torno a las diversas materializaciones de la relación en los distintos periodos históricos. A través de los sentidos –aquí Marx especifica que se debe entender no sólo los sentidos fisiológicos sino también los ‘espirituales’– el ser humano se apropia de la naturaleza de múltiples formas, y hace de ella el objeto de su actividad. Por ello, la condición antropológica es la de ser naturaleza, su historia es naturaleza, en tanto que es lo que hace con la naturaleza. La naturaleza es su objeto y su marco, sin el cual no puede desarrollarse: no hay historia humana sin naturaleza. Así se entiende que en el tercer *Manuscrito* Marx asegure que la propiedad privada es una reducción de las capacidades humanas, puesto que reduce las múltiples formas de apropiación de la realidad que permiten los sentidos a una única forma, la posesión, que impide el desarrollo de las capacidades humanas y las aliena. El comunismo tendría precisamente la misión de superar la propiedad privada para, entre otras cosas, volver

a poner en marcha las capacidades humanas en relación con la naturaleza objetiva.

La antropología de Marx se desarrolla también hacia el interior de las relaciones humanas. En primer lugar, Marx encuentra la socialidad en la relación hombre-mujer, que da cauce a la relación mutua, a la necesidad mutua. Sin satisfacer esa necesidad mutua el ser humano no puede desarrollarse, de ahí que afirme que el sujeto humano es producido por la sociedad tanto como la sociedad es producida por los sujetos. La existencia misma es social, y la conciencia se produce en lo social y es social. La organización de la sociedad da cauce a esa conciencia colectiva y desarrolla la producción de sus medios de vida –a lo que nos referíamos en los párrafos anteriores– y en el capitalismo, merced a las propiedad privada y a la división del trabajo, produce la división de clases y sitúa al proletariado en situación de subalternidad, partiendo de una división de funciones que originariamente es meramente sexual y va extendiéndose con el desarrollo de la producción (Marx y Engels, 2017, pp. 25-26). Desde esa situación, su relación con la realidad se limita a las formas más mezquinas y simples: anula la mayor parte de sus necesidades y limita su conciencia porque, bajo condiciones de necesidad, el ser humano apenas puede desear más que la supervivencia más básica:

La simplificación de la máquina, del trabajo, se aprovecha para convertir en obrero al hombre que está aún formándose, al hombre aún no formado, al niño, así como se ha convertido al obrero en un niño totalmente abandonado. La máquina se acomoda a la debilidad del hombre para convertir al hombre débil en máquina. (Marx, 1968, p. 158)

La superación de la propiedad privada, al igual que producirá la ampliación de las capacidades humanas para apropiarse la naturaleza, ampliará sus capacidades sociales. Para Marx, en este punto se produce un paralelismo de lo que sucede desde el punto de vista del individuo y de la sociedad, algo perfectamente esperable teniendo en cuenta que individuo y sujeto tienen una relación mutua constante (en lenguaje científico actual diríamos que se co-determinan).

Al superarse los límites de la propiedad privada se superan también la oposición conflictiva de los opuestos sujeto/objeto y espiritualismo/materialismo, que Marx mantiene como una forma de describir las dinámicas contradictorias, al modo hegeliano. Es una superación que se plantea en el horizonte del comunismo (Marx, 1968, p. 143), y que, en parte, ha sido la causa de que en algunos momentos se haya tildado la teoría marxiana de teleología.

Mencionaremos también que en estas fases iniciales de su pensamiento Marx plantea la conciencia como la percepción de sí mismo y de la naturaleza; en un momento histórico inicial, la naturaleza debía aparecer al ser humano como un elemento superior que lo desborda, lo que da origen, “en una conciencia puramente animal, a la religión natural” (Marx y Engels, 2017, p. 25). Sólo por la liberación de las fuerzas humanas para producir sus medios de vida se produce el trabajo en libertad y se despliegan los sentidos que permiten una rica y diversa apropiación de la naturaleza. El comunismo aparece aquí como escenario de emancipación, social e individual, de todas las facetas del ser humano.

No creemos que se pueda decir que estos elementos conforman una teoría antropológica completa; muy por el contrario, se trata más bien de aproximaciones escritas siempre en polémica con el pensamiento de orientación hegeliana; sin embargo, sí se puede mantener que están los elementos centrales de un pensamiento antropológico sólido, aunque sin desarrollar. Un materialismo no reduccionista, que asume la realidad material pero no deshecha los elementos cognitivos y sociales que se construyen a partir de la misma, ni la pluralidad de niveles en los que dichos elementos pueden configurarse.

La antropología de *El capital*

Más de veinte años después de la elaboración de los *Manuscritos de París* y *La ideología alemana*, se publica *El capital*, donde encontramos algunas formulaciones muy claras en la línea de los presupuestos antropológicos que hemos descrito a partir de las primeras obras de la obra de

Marx. En *El capital* el trabajo se define como la forma de interacción de las sociedades humanas con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, lo que realizarían mediante la producción de objetos con valor de uso. ‘Materia natural y trabajo’ son los elementos que subyacen a cualquier producción, y más allá de eso, Marx avanza que, en su producción, el hombre sólo puede proceder como la naturaleza misma, vale decir, cambiando, simplemente, la forma de los materiales. Más aún:

[...] ese trabajo de transformación se ve constantemente apoyado por fuerzas naturales. El trabajo, por tanto, no es la fuente única de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es el padre de esta, como dice William Petty, y la tierra, su madre. (Marx, 1975, p. 53)

En este pasaje se observa con claridad la importancia de la naturaleza como una realidad objetiva en la que se inserta la actividad humana, no sólo como un límite externo –que sería el establecido por la presencia de materia natural sino porque el ser humano sólo puede producir imitando la naturaleza. Y esa producción es un intercambio, una mediación, como especifica más adelante al describir el trabajo como “un proceso en el que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza” en el que el ser humano actúa como “un poder natural” (Marx, 1975, p. 215). Con esto quedan solventadas las bases más elementales de la concepción del trabajo en términos abstractos, como medio de satisfacción de las necesidades materiales. Evidentemente, en estos pasajes Marx no determina cuál ha de ser el mecanismo concreto por el que la cultura se desarrolle, esto es, cuáles son las formas de vida que permitan satisfacer las necesidades materiales de la supervivencia. Es bien sabido que *El capital* detalla cómo se han producido estas formas de vida en la sociedad capitalista, pero más allá de algunas aproximaciones, en buena parte confusas, sobre la periodización del desarrollo de las sociedades humanas lo cierto es que el análisis de Marx se refiere a una estructura social determinada, y no es legítimo tratar de extrapolar más allá de lo que el propio autor

establece. En este aspecto, cabe detenerse, aunque sea mínimamente, en la cuestión de la teleología, ya que es una cuestión muy discutida en antropología. Se ha dado por hecho en muchas ocasiones que el marxismo contiene una teleología en la medida que predice una sucesión de estadios civilizatorios y un destino previamente determinado. Sin embargo, esta interpretación no se puede sostener a la vista de la obra de Marx. Martínez Veiga aporta una cita clave al referirse a la carta que envía a Lassalle en la que Marx celebra la publicación de *El origen de las especies* porque le suministra el material científico necesario para dar por cerrada la vía teleológica (Martínez Veiga, 2010, p. 72), y en *El capital* encontramos afirmaciones contundentes sobre la indeterminación de los equilibrios sociales, como el pasaje en el que afirma que ni la naturaleza determina la desigualdad social ni se trata de una realidad que esté presente en todos los momentos históricos. Para Marx, sólo la relación de poder determinará el equilibrio y el desarrollo de las sociedades humanas. No hay, por lo tanto, un determinismo, ni en lo social ni en lo natural. Lo que sí hay, por el contrario, es una toma de postura opuesta al determinismo histórico, al plantear las luchas obreras¹ como elementos de la evolución de la historia, lo que sitúa la posición marxiana fuera de cualquier expresión de una dialéctica histórica guiada por elementos idealistas. Es cierto, no obstante, que en periodos del marxismo más mecanicista –el que Sacristán llamaba *marxismo vulgar*– sí ha habido posiciones teleológicas, y que algunos fragmentos del propio Marx pueden dejar la puerta abierta a esa interpretación de la historia, pero no parece legítimo dar esa posición como válida para el conjunto de su pensamiento, y especialmente para *El capital*.

Por otra parte, lo que se afirma sobre las relaciones de socialización humana continúa y refuerza las concepciones antropológicas de los *Manuscritos*. Los elementos de la construcción de la comunidad y la clase se proyectan en la necesidad de la clase trabajadora de organizarse para alcanzar el conocimiento de su propia situación social, adquiriendo así conciencia de su condición, y modificarla, en línea con el

carácter social de la especie humana pero aplicado a la relación social específica que se produce en el capitalismo.

Y otro tanto podemos decir sobre la creación de las necesidades humanas y su satisfacción mediante la producción de los modos de vida mediante el trabajo, como se observa en el capítulo dedicado al plusvalor, donde se especifica que la relación de subordinación de los trabajadores constituye una anulación de sus capacidades, que quedan a merced de la producción alienada:

Ya no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino los medios de producción los que emplean al obrero. En lugar de ser consumidos por él como elementos materiales de su actividad productiva, aquellos lo consumen a él como fermento de su propio proceso vital, y el proceso vital del capital consiste únicamente en su movimiento como valor que se valoriza a sí mismo. (Marx, 1975, p. 376)

Así pues, todos los elementos que hemos analizado en *La ideología alemana* y en los *Manuscritos de París* parecen encontrar su proyección en *El capital*, incluyendo la relación con la naturaleza. Sin embargo, esta última desaparece en los pasajes centrales de la obra. Apenas nada se dice de ella al analizar el carácter de la mercancía, la producción del valor o la acumulación capitalista. Es cierto que habla en algunos pasajes de la tierra y, sobre todo, acuña la expresión *metabolismo entre hombre y naturaleza*, de enorme potencial (Marx, 1975, p. 611). Y también recurre en algunos pasajes a los límites de las fuerzas del trabajo que toman forma en los límites físicos de los cuerpos de las trabajadoras y trabajadores. En las posibilidades del metabolismo encontramos un reflejo de la relación entre el ser humano y naturaleza que se detalla en obras anteriores, pero sin el desarrollo teórico correspondiente. Habrá que concluir que la potente conceptualización de la naturaleza en términos antropológicos ha perdido fuerza en la obra de Marx al desarrollarse su teoría económico-social y ha sido desplazada por otros elementos.

La naturaleza como concepto en conflicto

Si bien los elementos antropológicos han tenido menos recorrido en la elaboración teórica marxista, la caracterización de la naturaleza en la obra de Marx ha sido un punto de debate fuerte, como corresponde a la importancia que adquiere en todo el desarrollo de su teoría. Nos detendremos en dos autores que han tratado este tema en profundidad, Alfred Schmidt y John Bellamy Foster.

El primero de ellos publica en 1962 su estudio *El concepto de naturaleza en Marx*, donde analiza el tema estableciendo una contraposición fuerte entre la idea de naturaleza en los primeros escritos de Marx y la teorización que lleva a cabo a partir de la década de 1850, cuando se orienta definitivamente a la elaboración de la crítica de la economía política. Para Schmidt, la cuestión del materialismo se establece en diálogo con Feuerbach como el autor que ha iniciado la crítica del idealismo hegeliano –algo en lo que coincidimos, como se expresa en los dos epígrafes anteriores– pero también en forma de crítica porque no fue capaz de superar una noción estática de ser humano y naturaleza. La noción que Marx –siempre siguiendo la interpretación de Schmidt– propone es dialéctica y dinámica, y el motor de esa dinámica será la actividad humana en tanto que actor que supera la visión objetivista de la ciencia.

Lo que pertenece a las tesis que constituyen el abc del materialismo tiene también en él su lugar, pero por cierto como afirmación aislada sino esencialmente como algo superado y que sólo se puede comprender plenamente a partir de ésta. En *El capital* Marx critica expresamente al materialismo anterior porque a ese materialismo se le escapa la relación existente entre sus formulaciones y el proceso histórico. (Schmidt, 2011, p. 34)

Así, según Schmidt, la relación con la naturaleza en los escritos iniciales –concretamente en los *Manuscritos*– es más armoniosa porque la progresiva emancipación del ser humano consiste en una humanización de la naturaleza y por lo

tanto en una naturalización del hombre, que se vuelca en ella. En *El capital*, sin embargo, la relación es más conflictiva, puesto que incide más en la necesidad de forzar la naturaleza, lucha con ella para conseguir lo que necesitamos en el proceso de producción. Para el crítico alemán, esto significa un cambio en la concepción de la naturaleza en Marx, en tanto que supera la influencia de Feuerbach y el romanticismo (Schmidt, 2011, p. 84) y asume una visión estrictamente dialéctica de la naturaleza. Esto implica un cambio en la medida en la que insiste con más fuerza en el conflicto ser humano-naturaleza, pero no creemos que sea un cambio conceptual fuerte, sino más bien una adecuación de Marx a su propia conceptualización. Ya en los manuscritos habla de la dialéctica entre ser humano y naturaleza y asume en carácter doble de la naturaleza, como naturaleza objetiva y por lo tanto externa, y como ser natural, así como la necesidad que tiene el ser humano de interactuar con ella para garantizar su subsistencia. Creemos que se puede entender, sin forzar la interpretación, que Marx desarrolla de modo más crítico –como apunta el propio Schmidt– pero esencialmente mantiene los mismos elementos: naturaleza y ser humano en una tensión generada por la necesidad del segundo de apropiarse de la primera, pero también en una relación de complementariedad, en la que los elementos de la naturaleza adquieren valor cuando el ser humano se los apropia y el ser humano se naturaliza precisamente por su actividad de intercambio con lo natural. El cambio que se produce en *El capital*, por lo tanto, no afecta tanto a los elementos estructurales de su teoría de la naturaleza como a las conclusiones que obtiene de esta teoría y de la evolución histórica, y consiste en la renuncia a una visión teleológica. Efectivamente, el Marx de los *Manuscritos* sitúa el comunismo como el momento en el que la dialéctica ser humano/naturaleza será al fin superada, una tesis difícilmente aceptable desde los postulados antropológicos que él mismo está desarrollando en ese momento, puesto que ha situado la naturaleza objetiva como la realidad exterior al ser humano. La superación de la dialéctica ser humano/naturaleza supondría tanto como pensar que la estructura básica de lo real puede llegar a ser modificada por las condiciones históricas, algo

difícilmente defendible desde una postura materialista. Desde esta perspectiva, el cambio que se produce en la teoría de la naturaleza de *El capital* no es un cambio conceptual de sus postulados antropológicos, que, al contrario, se mantienen básicamente tal y como los ha formulado en sus escritos de 1844 y 1845; lo que cambia entonces es la visión del comunismo. Así, más adelante, Schmidt llega el tema nuclear que se deriva de este asunto: no se puede predicar una liberación del ser humano del trabajo. En efecto, si el ser humano necesita interactuar con la naturaleza para obtener los medios adecuados para su supervivencia, el trabajo –no forzosamente asalariado, pero sí trabajo– estará presente. Es lo que Marx llama el reino de la necesidad. Sobre este reino de la necesidad, que no podemos anular, se construye el comunismo, como un reino de la libertad que consiste en la mejora de la capacidad para actuar sobre la naturaleza y control de las necesidades. El mismo Schmidt cita un pasaje revelador de Engels sobre este punto: “La libertad no consiste en la soñada independencia respecto a las leyes naturales sino en el conocimiento de éstas y en la posibilidad de hacerlas actuar planificadamente para determinados fines sobre la base de ese conocimiento” (Engels, *Anti-Dühring*, cit. por Schmidt, 2011, p. 113).

Las conclusiones de Schmidt, sin embargo, no van en esta dirección. Cuando expone su análisis sobre la historicidad o inmutabilidad de las relaciones humanas con la naturaleza, plantea una negación de las estructuras permanentes –más allá de los procesos históricos– en polémica con Marcel Reding; posición que subordina los elementos antropológicos al curso de la historia. Es fácil ver en este tipo de afirmaciones la voluntad de mantener el carácter no estático de la condición humana y la posibilidad de transformaciones históricas; sin embargo, su defensa del carácter histórico del proceso laboral, por encima de cualquier otro factor, nos parece sobre-dimensionada y de difícil encaje –por no decir imposible– con las afirmaciones de Marx y Engels sobre el reino de la necesidad. Schmidt (2011, p. 91) plantea que no tienen sentido decir, como hace Reding, hablar de las “estructuras profundas del hombre”, pero lo cierto es que hay elementos que consisten una estructura constante,

y empeñarse en negar su importancia es tanto como negar la primacía de la naturaleza, también en lo que se refiere a la interpretación de la teoría marxista, porque Marx tuvo siempre claro que no se puede postular una teoría de la historia desconectada de las bases materiales, y que éstas están enraizadas en la naturaleza. En conjunto, la obra de Schmidt hace una lectura en la que lo histórico, protagonizado por el ser humano, desborda sistemáticamente cualquier límite natural. Desde este punto, no es de extrañar que sus conclusiones sean radicalmente negativas. Si bien señala que la comunidad de hombres libres, de acuerdo con Marx, tendrá que caracterizarse por una reducción –que no eliminación– del trabajo y un esfuerzo por el control de la actividad humana sobre la naturaleza (Schmidt, 2011, p. 166), acaba postulando la imposibilidad de dicho control, y concluye advirtiéndolo que

[...] hoy [1962] cuando las posibilidades técnicas de los hombres superan en muchos respectos los sueños de los viejos utopistas, parece más bien probable que estas posibilidades, si se las realiza negativamente, se transformen en fuerzas destructivas... y traigan consigo la total perdición: quizá la siniestra parodia de la transformación en la que pensaba Marx, pues sujeto y objeto no se reconcilian sino que se destruyen. (Schmidt, 2011, p. 185)

Así parece reconocer, de modo trágico, la radical dependencia del ser humano respecto a la naturaleza objetiva, pero no su capacidad de controlar el metabolismo que establece con ella. Tal y como señala John Bellamy Foster (2016), Schmidt incurre en una comprensión puramente metafórica de la noción de metabolismo, de ahí que no proyecte su potencial transformador. Sin embargo, como el mismo ha detallado en *La ecología de Marx*, el concepto de metabolismo dista mucho de ser una elaboración metafórica, más bien al contrario: Marx trabaja estos temas sistemáticamente y basándose en la teoría de químicos como Liebig y Anderson (Foster, 2004, p. 232 y ss.). Su interés –como si quisiera ser una ironía histórica– no sólo es científico, también es antropológico, social y económico. Así, en una carta escrita a Engels precisamente el año antes

de la publicación de *El capital*, afirma estar trabajando la química agrícola, de la que dice que “tiene más importancia para esta cuestión que todos los economistas juntos” (cit. por Foster, 2004, p. 240). De hecho, Foster señala con acierto que una cuestión fundamental del concepto de metabolismo radica en que permite a Marx “enlazar su crítica de los tres principales puntos en los que hacía hincapié: la economía política burguesa; el análisis de la extracción del producto excedente del productor directo; la teoría, con ello relacionada, de la renta capitalista del suelo; y la teoría malthusiana de la población, que conecta una con la otra” (Foster, 2004, p. 221). De aquí surge la teoría de la fractura metabólica, que consiste en la asunción de que la actividad humana sobre el entorno natural puede desequilibrar el funcionamiento de los procesos naturales... una teoría que no deja de recordar a los postulados ecologistas contemporáneos. La cuestión esencial, siguiendo de nuevo a Foster, “como se regula tal sistema [metabólico]. Para Marx la respuesta es que se regula por medio del trabajo humano y su desarrollo dentro de las formaciones históricas concretas”.

Sin embargo, no podemos quedarnos exclusivamente con estas afirmaciones. También están en Marx otros elementos que se orientan a una percepción mucho más productivista de la naturaleza, como el pasaje, citado también por Schmidt, en el que Marx afirma que el ser humano está en la prehistoria porque, pese a los avances técnicos, la estructura social capitalista no permite el dominio de la naturaleza (Schmidt, 2011, p. 39).

En conjunto, parecería que la perspectiva de Schmidt se aferra a la idea de que, en último término, tenemos que concebir la naturaleza como un elemento externo a dominar, y que esa es la única solución al conflicto que subyace a la dialéctica ser humano/naturaleza. Sus conclusiones son, como hemos visto, sombrías, porque no deja de aceptar que en la dominación y explotación total de la naturaleza radica también la propia “perdición” del ser humano. Wallace, sin embargo, insiste en la posibilidad de introducir un factor de control de las dinámicas metabólicas, y remite a la teoría del propio Marx sobre el trabajo. Podría llegarse a sospechar que alguno de los dos deforma o malinterpreta los postulados

marxistas; no obstante, el trabajo de ambos es riguroso y excluye esta posibilidad. Parece más plausible señalar que hay elementos contradictorios en la teoría de Marx, como la teoría del metabolismo y la tendencia a pensar en una dominación total de la naturaleza. Se trata de incongruencias que podemos entender como distintos vectores de fuerza que no llegan a armonizarse. Por ello, junto a una reflexión científica que tiene en cuenta el impacto de la actividad humana en la naturaleza objetiva, existe un elemento faústico, que está presente en toda la tradición occidental, y que se muestra en algunos pasajes de su obra, como el que referíamos sobre la superación de la prehistoria humana. Desde este tipo de posiciones es muy complejo, por no decir que imposible, construir una teoría del control del metabolismo —o intercambio orgánico, como se traduce en la obra de Schmidt. Se trata de posiciones contradictorias: o bien postulamos que sociedades que se desarrollan mediante su intercambio con la naturaleza siendo parte de ella, o bien optamos por una dinámica de dominación completa de la naturaleza, en la cual el sujeto humano estaría autonomizado respecto a su propia condición. Un sujeto que se emancipa de sí mismo no deja de ser un elemento tan contradictorio como un sujeto automático —otra expresión presente en Marx, aunque luego apenas desarrollada— y que constituye el núcleo de las investigaciones de la teoría del valor —e igualmente falto de encaje en el resto de la teoría marxista, y especialmente con la afirmación de que los seres humanos sólo actúan sobre la naturaleza siguiendo sus normas, esto es, imitando los procesos naturales. ¿Cómo, si partimos de una interacción limitada por las propias normas de la naturaleza y es él mismo naturaleza, podría emanciparse de ella?

Este tipo de elementos faústicos están presentes en diversos puntos de su obra y en cierta medida se puede interpretar que en sus últimas aportaciones moduló estos elementos —en parte, en los borradores y cartas a Vera Zasúlich— que, no obstante, constituyen a día de hoy un horizonte problemático para la interpretación marxista.²

En este punto de desarrollo no está demás hacer una referencia a la crítica que la teoría del valor ha realizado, especialmente desde los años 80 del pasado siglo, centrada fundamentalmente

en la cuestión de la mercancía y el dinero como objeto de intercambio. Jappe, en *Las aventuras de la mercancía*, ha tratado de explicar el funcionamiento profundo de la teoría marxista del valor. El autor parte, como ya lo hacía en *Crédito a muerte*, del doble carácter de la obra marxista, exotérico y esotérico, que consistirían respectivamente en la obra orientada a una modernización y un avance en los derechos de las clases trabajadoras, con lo que Marx se sitúa en la línea de la Ilustración; o en la crítica más profunda de la estructura oculta del capital, que se muestra en su forma valor, y que llevaría la teoría a una crítica de las mismas bases de la sociedad mercantil y obligaría a repensarla como tal sociedad (Jappe, 2016, p. 18 y ss.).

Sobre las bases del trabajo abstracto (Jappe, 2016, pp. 49-52) y el dinero como forma de intercambio universalizada, Jappe muestra que, de acuerdo a la teoría marxista, no hay nada que no esté sujeto a la mercantilización y la creación de valor siempre creciente, es una espiral que absorbe la totalidad de lo social, puesto que la mercancía absorbe el trabajo abstracto que queda condensado en ella y se convierte en algo exterior al propio productor, de forma que constituye el fetiche (Jappe, 2016, p. 184). Desde una perspectiva antropológica, el funcionamiento de la mercancía es similar al de otros elementos que han funcionado como fetiches en diversas sociedades, pero como apunta Jappe, no se pueden identificar, puesto que esos fetiches no funcionaban forzosamente como valor, sino que se incluían en esferas más amplias. El fetiche, aunque incorpore intercambios materiales —como es el caso del don— no tiene por qué obedecer al valor, y el propio Jappe apunta casos en los que lo prioritario no es el valor, sino la relación social que se estructura en torno al funcionamiento del fetiche (Jappe, 2016, p. 196). Por oposición, en el caso de la mercancía hablamos de un fetiche que sólo funciona en tanto que genera valor, y genera valor absorbiendo el trabajo humano. En este marco se entiende perfectamente la crítica que dirige al sector cultural —específicamente francés— por su reivindicación de la *excepción cultural*, que pretende sacar lo artístico y cultural del mercado capitalista dejando intacto el sistema capitalista (Jappe, 2011, p. 223 y ss). Y aquí cabe señalar que, en la misma

medida, no se puede reivindicar la exclusión de la naturaleza objetiva, y aún mucho menos, puesto que esta es la principal fuente del valor, sin cuestionar las bases profundas del capital.

La distinción entre el Marx esotérico y el Marx exotérico, para finalizar este epígrafe, no deja de recordar la cuestión de los elementos faústicos de la obra marxista a la que nos referíamos con anterioridad. Lo faústico y lo exotérico, en contraposición con el Marx apegado a la crítica científica y esotérica, son ejes posibles para trabajar las contradicciones que el marxismo clásico presenta y que abren muchas vías para la investigación social y para la propuesta, si bien no todas ellas con el mismo fundamento teórico.

Algunas conclusiones

Para empezar con la perspectiva antropológica, tenemos que apuntar que el marxismo aparece como la vuelta de hoja de las teorías relativistas; la antropología marxista sería entonces el contrapunto de la teoría culturalista, y ampliaría el foco, que en la antropología de la segunda mitad del siglo XX estuvo centrado en la construcción de la comunidad. Sin olvidar que la teoría marxista también aborda la construcción en interna a través de la teoría de las clases, y que precisamente en la estrecha vinculación entre la relación con la naturaleza y las relaciones internas de las comunidades humanas radica el aporte esencialmente radical del materialismo marxista.

Hay que señalar, por otra parte, que pese a que hemos empezado este artículo afirmando que la antropología ha sido uno de los campos en los que con más claridad se aprecian los giros idealistas, esta forma de comprender la relación de los seres humanos con el entorno ha estado presente en la historia de la antropología en diversos momentos, como señala Martínez Veiga (Martínez Veiga, 2010).³ Autores como Morgan o Harris han realizado sus aportaciones asignando un papel central al rol de la realidad material, y la teoría de la ecología cultural es probablemente la que más influencia ha dado a este factor. Martínez Veiga sitúa como un antecedente teórico de esta corriente a Kroeber, dado

que este autor reconocía que “las culturas tienen raíces en la naturaleza, aunque no están producidas por ella” (Kroeber, cit. por Martínez Veiga, 2010, pp. 326-327). Steward es sin duda el autor más citado dentro de una corriente cuyo núcleo teórico fundamental radica en la afirmación de que las condiciones naturales están en la base de los desarrollos sociales y los delimitan, llegando a justificar la aparición de similitudes entre grupos distantes geográfica y culturalmente por su desarrollo en contextos naturales homogéneos (Chapais, 2010, p. 136). La teoría marxista, sin embargo, presenta un potencial esencialmente superior por su capacidad para articular los elementos antropológicos de relación con la naturaleza objetiva y construcción de comunidades junto con el análisis de las dinámicas sociales, la historia y la cuestión del poder.

Los límites de ‘un mundo lleno’

Puesto que Marx apenas completó textos menores de intervención política después de escribir *El capital*, no podemos más allá de especular los motivos por los que la articulación de las relaciones ser humano/naturaleza tienen un papel tan secundario en la redacción de su obra magna. Sabemos, por su propia obra, que no olvidó los elementos centrales y que siguió manteniendo la misma concepción de la importancia de la naturaleza a lo largo de toda su vida, como muestra el hecho de que su *Crítica al programa de Gotha* vuelva a recuperar ese tema desde sus primeras páginas, insistiendo, además, en el hecho de que el propio trabajo humano también es naturaleza y que, por lo tanto, sólo la naturaleza es fuente de valor (Marx, 1977, p. 7). Por otra parte, como señala Jorge Riechmann (2011), ni Marx ni Engels desatendieron o despreciaron las cuestiones científicas y la presión de los recursos naturales. En *El capital* Marx atiende a la propiedad del suelo o al agotamiento de las fuerzas físicas del trabajador, y en su correspondencia se da cuenta de un seguimiento de temas científicos y de preocupación por la acción humana sobre los recursos. Sin embargo, visto con la perspectiva necesaria, hay que aceptar que la naturaleza objetiva era

percibida en la segunda mitad del siglo XIX como un campo vasto cuyo agotamiento apenas podía entrar en el imaginario de unos pensadores que viven cuando, por poner algunos ejemplos, el territorio africano aún no ha sido completamente cartografiado –mucho menos habitado y explotado– y el carbón sólo está empezando a ser consumido industrialmente. La naturaleza era, en la concepción marxista, un elemento imprescindible para el desarrollo humano y para la producción de valor, pero su carencia era tan impensable que, cuando Marx se dispone a elaborar *El capital*, introducir la variable de su posible agotamiento debía ser tan impensable como pensar en un ser humano sin habla. Sólo desde esta perspectiva se puede entender que Marx y Engels reciban con frialdad la obra de Podolinski, que ya en 1880 empezó a trabajar la cuestión de la energía con la intención de “estudiar la economía como un sistema de conversión de energía” (Martínez Alier, 1998, p. 14). Marx pidió a Engels que analizara esa posibilidad a raíz de una carta que el propio Podolinski le había dirigido, pero Engels la desprecia porque no considera adecuado “mezclar la economía con la física” (p. 14) y porque consideraba que los cálculos que necesitaba el sistema de estimación energética eran irrealizables (Foster, 2004, p. 256). No obstante, es importante señalar que el supuesto desprecio de Marx y Engels por el trabajo de Podolinski no fue tal, como han trabajado de mostrar varios autores, que evidencian que el teórico “divorcio” no fue tal, sino que se produce una falta de confluencia entre ambas teorías en parte porque tanto el propio Marx como Podolinski mueren poco después de 1880, y en parte por una escasa comprensión de la importancia de la cuestión energética (Rodríguez de Austria Giménez de Aragón, 2014).

En esta línea, no es de extrañar que los elementos naturales que persisten de modo más recurrente en la obra sean la tierra y el trabajo humano, que son, y no parece casual, los únicos elementos cuya limitación está a la vista en la economía europea del siglo XIX. Muy distinto es entonces el panorama de la civilización actual. Como han señalado infinidad de científicos y plantea Jorge Riechmann (2013), la actividad de las sociedades humanas desbordó ampliamente la capacidad de los sistemas biofísicos para

regenerarse y continuar los procesos de la vida, por lo que el siglo XXI será el siglo en el que se produzca una confrontación que, en el ámbito de la teoría marxiana, llevaba más de un siglo esperando. El propio Marx nos dice en *El capital* –y también en otros momentos de su obra– que la socialización no es sólo el momento de toma de conciencia y emancipación política. Es también la única vía para el pleno desarrollo de las capacidades cognitivas y para la construcción de los movimientos históricos. Pues bien, desde esta perspectiva, el umbral entre el siglo XX y el XXI ha sido el momento en el que esta socialización debe fijarse, puesto que la saturación de la naturaleza objetiva hace que el escenario de la emancipación altere su forma cualitativa.

Es cierto que, como apuntan muchos autores (Santiago, 2016) las sociedades humanas tenían capacidad para haber anticipado el conflicto ecosistémico, pero existen múltiples elementos que bloquean las posibilidades que los seres humanos tienen para realizar tareas de anticipación. No es lugar de entrar en el detalle de estos problemas cognitivos y sociológicos, pero valga decir que somos seres afectados por sesgos de descuento temporal, disonancia cognitiva, diversos problemas para asumir los marcos estadísticos y probabilísticos y una marcada tendencia conservadora. Con este equipaje, difícilmente se podría haber explotado lo que el conocimiento científico viene advirtiendo desde hace cerca de medio siglo. *El capital* (Marx, 1975, p. 717 y ss) ya advierte de que las clases trabajadoras salen con una nueva conciencia después de acometer los conflictos. Y esa es tal vez una de las cuestiones que tenemos que admitir; los seres humanos socializamos durante el conflicto: no antes.

Por otra parte, cerraremos este artículo con una brevísima mención de la obra de los pensadores que, como Castoriadis o Sacristán, han avanzado una crítica a la idea de que la emancipación del conjunto de las clases populares se realizaría por el control de los medios de producción y el incremento de la riqueza material. El ya largo periodo que sigue a la II Guerra Mundial ha llevado a la humanidad a las cotas más altas de riqueza material, y el resultado es que incluso en aquellos lugares en los que ha habido una cierta redistribución – como puede ser la Europa

de los setenta, la emancipación política de las trabajadoras y trabajadores y la abolición de las clases están muy lejos de materializarse. A ciento cincuenta años de la publicación de *El capital* y ahora que se cumple un siglo de la Revolución de Octubre, está pendiente una reflexión profunda sobre la cuestión de los límites, pero también de la socialización mediante la producción de cada vez mayores bienes. Porque en esa socialización, y en ese intercambio con la naturaleza se producen también las necesidades colectivas. Y la naturaleza objetiva, que no planteaba límites el momento en 1867, está hoy agotada y ha comenzado a mostrarlos. Los escenarios de cambio climático, recursos naturales y tantos otros temas ecológicos abren las vías del colapso social. Es cierto que en estos temas avanzamos sobre los senderos de autores que adelantaron estos problemas, y en el Estado español contamos con una herencia muy rica que nace con Manuel Sacristán y sigue con Fernández Buey y Riechmann. Pero si el marxismo teórico quiere aportar algo, tendrá que producir rápidamente modelos conceptuales que sean capaces de articular los límites naturales, las formas de socialización de clase y de creación de necesidades y un nuevo imaginario emancipatorio. Para expresarlo en una fórmula concisa: la naturaleza objetiva ha vuelto y amenaza con imponer violentamente los límites que las sociedades humanas no han sido capaces de asumir.

A la muerte de Marx, el destino de la ecología marxista fue, como relata Foster, una cadena de fracasos. Su continuación directa es sin duda *La dialéctica de la naturaleza* de Engels, obra que recibió duras críticas y tuvo un impacto menor del que el tema de la naturaleza hubiera necesitado para avanzar. Otros autores mantuvieron el interés por cuestiones agrarias, como Kautsky, y otros temas de interés para el tema ecológico; algunos de ellos de tanta importancia como Rosa Luxemburgo. Sin embargo, la Revolución de Octubre y la extrema debilidad de la Rusia revolucionaria no permitieron, por así decirlo, finezas ideológicas. La Nueva Política Económica fue un golpe de timón hacia lo que hemos llamado, con Jappe, la orientación modernizadora de la teoría marxista, aunque en ese periodo aún pesa la influencia del ambientalismo y existen elementos de importancia para el análisis de la naturaleza

que tuvieron huella en el gobierno. Pero la muerte de Lenin abre la puerta al giro definitivo, que llega con los años del terror stalinista a partir de la década de 1930. No deja de ser simbólico que en esos años fuera ejecutado Bujarin, el último de los teóricos revolucionarios que había mantenido una atención constante en la teoría del metabolismo, y que Christopher Caudwell cayera en la Guerra Civil española. Morían, en años sucesivos, los dos teóricos con mayor proyección para la cuestión que nos ocupa. Especialmente relevante, por la posición que desempeñaba como figura intelectual de referencia en el marxismo oriental y dirigente de la revolución, fue la muerte de Bujarin. Con su ejecución, el socialismo soviético pierde el último referente de una serie de líderes que habían llevado a la URSS a tener “la que era, probablemente, la ecología más avanzada del mundo” (Foster, 2004, p. 365).

La posibilidad de una revolución soviética con un componente ecológico era una potencia que, pese a algunos avances iniciales, no llegó a cuajar. Igualmente, la elaboración de un marxismo ecológico consciente de los flujos energéticos también estuvo próxima pero se frustró. Y hoy algunos analistas indican, no sin motivos, que en la década de 1970 teníamos el conocimiento científico necesario para entender y corregir el rumbo ecocida de la sociedad capitalista. Hoy no está abierto un escenario de revolución como el de 1917, al menos a corto plazo, y en su lugar encontramos un escenario de conflictos económicos y ecológicos de proporciones no conocidas hasta ahora. Y un marxismo ecológico, que viene formándose bajo la etiqueta de ecosocialismo, tiene en estos momentos varios frentes abiertos, en la parte teórica, que debería ser capaz de abordar para dar cuenta de las necesidades de la actual situación de crisis civilizatoria. Sin pretensión de exhaustividad, planteamos tres. En primer lugar, debe deshacerse definitivamente de lo que siguiendo a Riechmann hemos llamado ‘elementos faústicos’, y esto pasa en último término por plantear una alternativa civilizatoria consciente de los límites biofísicos. Siguiendo el planteamiento de Foster, la alternativa marxista de regulación del metabolismo pasa por el trabajo, y en este punto es importante recordar que, efectivamente, para Marx, la cuestión del

trabajo es básica no sólo porque es la forma de relacionarnos con la naturaleza, sino que, además, es la actividad en la que se crean nuestras necesidades, y parece evidente que en el autocontrol de nuestras necesidades radica la posibilidad misma de una sociedad que regula su metabolismo. En segundo lugar, la teoría debería ser capaz de cruzar las necesidades con la cuestión de clase porque, de otra manera, será imposible plantear una transformación justa, y con esto nos referimos tanto a la cuestión de la justicia como a la cuestión de la necesidad de un sujeto revolucionario, sin el cual no habrá liderazgo social que encamine la transformación y estaremos en manos de unas clases dominantes que, por su propia situación, jamás abordarán la transformación de un sistema en el que tienen el dominio. Y en tercer lugar es imprescindible abordar la cuestión de la comunidad, que estuvo muy presente en la obra de los marxistas británicos de la segunda mitad del siglo XX –especialmente en Thompson– para poder dar una alternativa vital a unas sociedades que, en su mayor parte, cifran su bienestar en el consumo y perciben la austeridad y la autocontención como formas de exclusión social y privación, en lugar de un escenario de emancipación social y vida buena.

Notas

1. Esta concepción está presente en todo *El capital*, pero especialmente en los pasajes dedicados a las luchas obreras. Véase, por ejemplo, la sección 7 del capítulo VIII, “La jornada laboral”, y especialmente sus conclusiones (Marx, 1975, pp. 364-365).
2. La reflexión sobre los elementos faústicos en la obra de Marx y el apunte sobre la modulación que estos elementos encuentran en el Marx ya anciano, son sugerencia y aportación de Jorge Riechmann, a quien debo, por otra parte, no pocas sugerencias de estudio y, en general, una orientación teórica inestimable.
3. Con esto no queremos decir que estos autores fueran pensadores marxistas, sino simplemente

que han comprendido el desarrollo de las sociedades humanas dentro de los límites de la realidad material.

Bibliografía

- Chapais, B. (2008). *Primeval Kinship: How Pair-bonding Gave Birth to Human Society*. Cambridge, MA: Harvard University Press. ISBN 9780674046410032.
- Foster, J. B. (2004). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Barcelona: El Viejo Topo.
- . (2016). Marx’s Ecology and the Left. *Monthly Review*, Volume 68, Issue 02 (June). Consultado en <https://monthlyreview.org/2016/06/01/marxs-ecology-and-the-left/>
- Jappe, A. (2016). *Las aventuras de la mercancía*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- . (2011). *Crédito a muerte*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Martínez Alier, J. (1999). *Curso de economía ecológica*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente Oficina Regional para América Latina y el Caribe: S/L.
- Martínez Veiga, U. (2010). *Historia de la Antropología: Formaciones socioeconómicas y praxis antropológicas, teorías e ideologías*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia. ISBN 978-84-362-6086-1.
- Marx, K. *El capital*. (1975). México: Siglo XXI Editores. ISBN 84-323-0193-3.
- . (2017). *La ideología alemana*. Madrid: Akal. ISBN 9788446039969.
- . (1968). *Manuscritos de Economía y Filosofía*. Madrid: Alianza. ISBN 84-206-1319-0.
- . (1977). *Crítica del programa de Gotha*. Moscú: Editorial Progreso.
- Pinilla de las Heras, E. (1985). La concepción antropológica de Marx y su relación con la investigación sociológica convencional y con la crisis de valores en la presente mutación histórica. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, N° 30, ISSN 0210-5233. Pp. 7-40.
- Riechmann, J. *La ecología de Marx (y Engels)*. En Tanuro, D. (2011). *El imposible capitalismo verde*. Madrid: La oveja Roja. ISBN: 9788493797355.

- Riechmann, J. (2013). *El siglo de la gran prueba*. Tegueste (Tenerife): Baile del Sol.
- Rodríguez de Austria Giménez de Aragón, A. M. (2014). Economía y naturaleza en Marx: el “asunto Podolsky como prueba de un divorcio inexistente”. En *XIV Jornadas De Economía Crítica*, Valladolid, 4 y 5 de septiembre de 2014.
- Santiago, E. (2016). Cuatro décadas perdidas: Los límites del crecimiento y sus escenarios de futuro. *Revista de Occidente*, N° 425. ISSN 0034-8635.
- Schmidt, A. (2011). *El concepto de naturaleza en Marx*. Madrid: Siglo XXI.

Juanjo Álvarez Galán. Filiación académica o institucional: Universidad Autónoma de Madrid. Grado académico: licenciado (doctorando en la Universidad Autónoma de Madrid).

Dirección postal o correo electrónico: alvarez_galan@yahoo.com / Pasaje de Carena 6, 4º B – 28007 Madrid - España)

Recibido: 1 de agosto de 2018

Aceptado: 8 de agosto de 2018

Jaime Ortega Reyna

Intervención y coyuntura: una aproximación a los usos de Lenin en América Latina

Resumen: *El texto explora algunas de las contribuciones teóricas realizadas por distintos intelectuales latinoamericanos. En ellas se expresa una faceta muy importante en la recepción de la obra teórica de Lenin: la construcción de una reflexión sobre la práctica política. Los conceptos de ‘intervención’ y ‘coyuntura’ son dos claves sobre las cuales se interrogan a tres autores: Carlos Cerda, Tomás Moulian y J.R. Núñez Tenorio. Además, se presenta una reflexión general sobre la recepción de Lenin en América Latina.*

Palabras clave: *Marxismo latinoamericano. Lenin. Revolución rusa.*

Abstract: *This text explores some of the theoretical contributions made by different Latin American intellectuals. In these productions a very important facet is expressed in the reception of Lenin’s theoretical work: the construction of a reflection on political practice. “Intervention” and “conjuncture” are two concepts about which three authors are questioned: Carlos Cerda, Tomás Moulian and J.R. Núñez Tenorio. There is also a general reflection on Lenin’s reception in Latin America.*

Keywords: *Latin American Marxism. Lenin. Russian Revolution.*

En el extremo oriente de la Ciudad de México se aprecian un conjunto de edificios

habitacionales producto del anteriormente denominado ‘movimiento urbano popular’, en sus enormes fachadas se forman las siluetas de Emiliano Zapata y Francisco Villa reconocidos símbolos de la cultura política de izquierda. Pero junto a los referentes nacionales también asoma la silueta de Vladimir Ilich Lenin. Como dato curioso hay que señalar que las icónicas figuras de la Revolución mexicana y de la Revolución rusa que se encuentran en el paisaje urbano se localizan apenas a unos pasos de la estación del metro ‘Constitución de 1917’. Justamente un siglo después de que se consumara el acto constitucional que fundaba un nuevo Estado en México, del otro lado del mundo el pueblo ruso con Lenin a la cabeza inauguraba una época histórica. Se trata de dos modelos, dos formas de entender lo político, lo económico y lo ideológico que marcaron en gran medida el siglo XX, en América Latina y en el mundo occidental.

Ahora que nos encontramos ante el centenario de la Revolución rusa, múltiples posibilidades de abordaje se encuentran dispuestas de aquel suceso con relación a su impacto en América Latina, particularmente en lo que refiere no en su primera recepción, sino en sus consecuencias en el nivel de lo *teórico*. ¿Qué significó el impacto de aquella revolución entendida como un *acto teórico* de gran escala? ¿Cómo fue que la Revolución rusa impactó en la producción conceptual de los marxistas de manera casi absoluta en el siglo XX? ¿Qué referentes se buscaron en los momentos de ‘crisis del marxismo’ en aquella experiencia?

En los enunciados en forma de cuestionamientos lanzados estamos ya trazando una línea de demarcación muy clara: el impacto teórico de la revolución no fue inmediato, sino que tuvo distintos momentos e intensidades, siendo el que nos interpela en mayor medida aquel que fue conocido a lo largo del mundo como la ‘crisis del marxismo’. Diversas formas de explicar aquel momento se han hecho (Palti, 2004), todas reconocen que fue el filósofo comunista Louis Althusser (2008) quien marcó el tono de la discusión en los años setenta. Si bien sus consecuencias fueron mucho más amplias, la crisis remarcada por Althusser tuvo entre sus múltiples centros aglutinadores un elemento que desde nuestro punto de vista es el corazón de ella: la ausencia de una teoría política específicamente marxista.

Como es bien sabido, Althusser cuestionó el economicismo en su versión más profunda, desmovilizando con ello cualquier intención de colocar el marxismo como un discurso de esencialismos inamovibles. Su canónica frase sobre la ‘determinación en última instancia’ es una muestra clara de ello: “Ni en el primer instante ni en el último, suena jamás la hora solitaria de la ‘última instancia’” (Althusser, 1979, p. 93). Sin embargo, Althusser no se detuvo ahí, conforme su obra fue avanzando cuestionó algunas de las certezas más profundas del marxismo. El caso de la teorización sobre lo específicamente político dejó las más grandes consecuencias. No es casual que intelectuales cercanos a él, tan disímiles por lo demás, como Nicos Poulantzas y Antonio Negri, continuaran sus investigaciones sobre dicha problemática.

La hipótesis que planteamos en estas páginas va en consonancia con el diagnóstico sustentado por Althusser. Aunque no nombrado en sintonía con él, ni con la ‘crisis del marxismo’, gran parte de los teóricos y de las producciones que se suscitaron en América Latina tuvieron como objetivo fundamental el de dotar al marxismo de una teoría de la política, es decir, continuar el sendero abierto por Lenin. Ello quería decir buscar una alternativa ante la ‘derivación’ del Estado por parte del capital, como se entendió en varias teorizaciones que tuvieron lugar en Europa central; asimismo en aquel momento era más importante una comprensión global sobre el Estado y las

clases que una teoría sobre la dominación cultural e ideología como después se daría de la mano de Gramsci. En la región se impuso con premura la reflexión otra cuestión: una teoría de la *intervención en la coyuntura*. Ello quería decir el movilizar los principales registros de análisis que el teórico ruso aportaba para posibilitar realmente el ‘análisis concreto de la situación concreta’. Por *intervención y coyuntura* nombramos la capacidad de agencia de los sujetos en condiciones en donde su actividad práctica daba como resultado una transformación en las relaciones de fuerza. La metáfora usada por Lenin sobre la ruptura del eslabón más débil en la cadena imperialista convoca los dos registros, por un lado un momento determinado y único en la historia y por el otro el accionar preciso y concreto por parte de los grupos movilizados.

Pasaremos revista por los principales aportes en este tenor, sin embargo, también señalaremos la especificidad de la distancia con respecto al ‘leninismo’ como categoría que englobó perversamente la dimensión teórica y práctica que el líder ruso significaba. La crítica que hacemos de dicha categoría es fundamental para entender el destino de la utilización de la obra de Lenin en términos productivos, como se verá adelante. Será quizá porque Lenin no goza de la popularidad que tiene Gramsci, será quizá porque su figura fue más propensa a ser olvidada tras el Muro de Berlín, lo cierto es que los materiales con los que trabajaremos han sido menos explorados en el conjunto de desarrollos que historizan la producción marxista en la región. Los materiales que presentaremos y cuestionaremos muestran que la presencia del dirigente ruso entre el marxismo debe ser tomada en cuenta más allá del ‘leninismo’, tal como se le conoció en el siglo XX.

Desde este punto de vista el presente trabajo pretende reconstruir el archivo que circula en torno a la figura de Lenin, como un momento de productividad del marxismo en la región. Es entonces a partir de entender que Lenin motivó una rica producción para el marxismo latinoamericano durante distintos momentos, particularmente aquellos donde la renovación política demandada tras la Revolución cubana se hicieron evidentes. Lo que queremos demostrar es que el nombre de Lenin no se agotó en el ‘leninismo’,

sino que sobrepasó límites impuestos por el poder burocrático, convirtiéndose en un autor obligado y necesario para pensar los momentos de ruptura política que se vivieron en décadas pasadas en la región.

Coordenadas de la recepción de Lenin

Durante el siglo XX la recepción productiva de la obra de Lenin cundió por el mundo, su obra comenzó a ser motivo de reconstrucciones y eruditos comentarios. No sólo en América Latina su obra se transformó de un ícono histórico, en una referencia necesaria de ser despejada del 'leninismo' en tanto discurso de poder. Ya en la segunda mitad del siglo XX pudimos acceder a las cruciales obras del francés Marcel Liebman (1978) como del italiano Luciano Gruppi (1981), ambos nos entregaron la presentación de un Lenin mucho más versátil, conflictivo y productivo, a través de una revisión puntual, minuciosa y contextual de su obra. La conferencia de Louis Althusser titulada *Lenin y la filosofía* abrió un campo problemático antes poco explorado, es decir, un Lenin ya no sólo líder práctico, sino también constructor teórico. Después de él siguieron las intervenciones de Dominique Lecourt (1979) y la defensa de una cierta lectura de *Materialismo y empiriocriticismo*, así como los debates sobre la categoría de formación económica social que se lanzaron a partir de 1965 y que tuvieron un eco de resonancia fundamental en Italia, Francia y América Latina. Aledaño a la discusión de Althusser, pero profundizando ahí donde el francés no podía o no quería pronunciarse, deben destacarse *La fábrica de la estrategia: 33 Lecciones sobre Lenin* de Antonio Negri (2004), así como el ensayo de Mario Tronti (2001) *Lenin en Inglaterra*: ambos expresaron una distancia con el gramscianismo del comunismo italiano y realizaron una lectura de Lenin desde el obrerismo.

A pesar de los sucesos en Europa a finales del siglo XX el nombre de Lenin ha seguido convocando a la reflexión. En América Latina en tiempos recientes han existido significativas intervenciones que reclaman la obra del dirigente ruso. El argentino Atilio Borón (2004) lo ha

reintroducido a partir de la importancia del *¿Qué hacer?* para el debate de los movimientos populares latinoamericanos; el colombiano Manuel Guillermo Rodríguez (2007) en la necesidad de su obra en la filosofía política elaborada desde el sur.

El nombre de Lenin no ha estado en exento de disputas, discusiones y apropiaciones diversas y América Latina ha hecho participe con distintas producciones de tal situación, cada una de ellas puede ser ubicada en distintos planos, tanto de coyuntura política como de necesidad teórica. En el presente trabajo presentaremos una dimensión de esa apropiación que se nos presenta ampliamente sugerente, la que tiene que ver con la construcción de una teoría política específicamente marxista y siendo más específico: la utilización de Lenin para construir una teoría sobre la intervención política en la coyuntura. Se trata de la apropiación siempre en tensión de una obra que pretende ser ubicada en su dimensión productiva y ya no sólo exclusivamente como un argumento de autoridad intelectual o ideológica. Antes de entrar en materia expondremos brevemente el surgimiento del 'leninismo' como apuesta teórica y política de poder.

La invención del leninismo

Es un lugar común entre los marxistas de nuestro tiempo adjudicar a José Stalin (1978) la invención del 'leninismo' durante las conferencias del año 1924, ello como un intento de deslindar la práctica de Lenin con los efectos de poder que el segundo provocó en su actuar. Entre los biógrafos contemporáneos de Lenin, como el inglés Robert Service (2001), se aduce siempre una delgada línea de continuidad entre ambos personajes. En ambas posiciones, aunque opuestas, existe una misma noción: el 'leninismo' era para bien o para mal una ideología de un poder que legitimaba una narrativa histórica. En su nombre se realizaron crímenes, represiones y silenciamientos; pero también se industrializó una sociedad atrasada económicamente, se masificó la educación y se inauguraron derechos antes prohibidos para las clases trabajadoras.

La existencia del ‘leninismo’ era inherente a la vida de aquel poder, que más allá de sus transformaciones y variaciones a lo largo del siglo XX, como las que ha mostrado Moshe Lewin (2006), sirvió como legitimador discursivo ante los millones de personas que se vieron convocados por el fenómeno comunista del siglo XX. Evidentemente el ‘leninismo’ surgido del poder de Estado no fue un fenómeno tan sencillo y simple como podría parecer a la distancia, cuando ese poder ha dejado de existir. Explotar en los pliegues y dobleces de aquel invento es parte del trabajo de reconstrucción del *archivo* sobre Lenin.

Sin embargo, un rastreo más profundo puede avanzar a determinar que el ‘leninismo’ fue un invento de legitimidad de la dirigencia del naciente Estado y no sólo de una persona, en este caso de Stalin. También es posible sostener como los personajes más distantes en sus concepciones y nociones contribuyeron a la formulación de esa ideología, aun encontrándose por fuera del poder. Finalmente, y más importante, con la invención del ‘leninismo’, además de una legitimación de un poder, también se estableció una manera de interpretar a Marx y al marxismo en su conjunto, así como el conjunto de la época histórica que se inauguraba a partir de 1917.

Efectivamente, Stalin apuntaló la directriz fundamental del ‘leninismo’ y con él la interpretación del marxismo: la obra de Lenin sería la correspondiente a la época del capital monopolista, del imperialismo y de la estrategia de la revolución socialista. Esto era una diferencia fundamental pues Marx habría contribuido a interpretar el capitalismo de una época previa, la de la ‘libre competencia’, en la que la incipiente clase obrera aún no se encontraba madura para la revolución y por lo tanto era subsidiaria de las iniciativas de la burguesía. Se encuentra en este conjunto de concepciones la clave sobre la cual se definirá gran parte de las apropiaciones de Lenin a nivel mundial tras su muerte y la inauguración del ‘leninismo’ como un canon interpretativo y legitimador. Stalin no fue el único que lo hizo, otros dirigentes de la época echaron la suficiente leña sobre la chispa lanzada por el luego jefe máximo de la URSS. Zinoviev (1979), otro dirigente de importancia en los primeros años de la revolución hizo lo propio, definiendo al ‘leninismo’ de

manera muy cercana a la que lo hizo Stalin. Otro que contribuyó a este fenómeno fue el ‘teórico del partido’ ruso, Nicolás Bujarin (1978), en su breve opúsculo *Lenin marxista*. Otro que contribuyó, a pesar de ser expulsado de la Unión Soviética y ser derrotado por los tres anteriores en una alianza creada para tal fin fue León Trotsky. El dirigente ruso asesinado en México compartió las líneas de interpretación teórica con los demás dirigentes: confianza en el progreso, la industria como único factor de ‘desarrollo’ de la fuerza y conciencia del proletariado, una noción del materialismo de tipo cosmológico, entre otras coordenadas que lo ponen en consonancia con la época. Además de ello canonizó a Lenin, fortaleciendo la posición legitimadora de su pensamiento, aunque en este caso para combatir a Stalin. No es casual que en los primeros años de existencia de su corriente Trotsky se negara a aceptar el epíteto de ‘trotskismo’ y optara por el de ‘bolchevique-leninista’.

Para finalizar este apartado reiteramos que el ‘leninismo’ fue una ideología de un poder estatal, pero cuya construcción venía forjándose antes de que ese poder se afanzara por completo y que encontró en la muerte del líder el espacio ideal para materializarse. La construcción previa funcionaba como mecanismo de legitimidad, tanto para quienes finalmente construyeron el Estado soviético y también para quienes se le opusieron en alguna medida. La paradoja es que más allá de la disputa inmediata en la lucha por el poder sostenidas por distintos actores, todos compartían ciertas directrices de interpretación del marxismo, esas serán finalmente las que confluirán en el perfeccionamiento de una maquinaria ideológico-discursiva que ponía a Lenin en el centro de todas las referencias.

América Latina en Lenin y Lenin en América Latina

Las referencias de Lenin hacia América Latina son dispersas, inconexas y muestran una gran ausencia de conocimiento e incluso de interés por la región. Algo sumamente llamativo en un personaje obsesionado con la exactitud del dato y la precisión de cualquier afirmación.

A diferencia de sectores diversos de la Revolución mexicana o los grupos socialistas que ya actuaban en la región (en México, Chile y Argentina principalmente) y que seguían con detenimiento los acontecimientos del otro lado del mundo, los artífices de la revolución soviética poco o nada sabían sobre lo que acontecía de este otro lado del Atlántico. Es por ello que la problematización de nuestro tema de estudio ronda siempre en las maneras en las que Lenin circuló por América Latina. Pero antes de ello es preciso señalar otras fuentes o variables que contribuyeron a inscribir la figura y la obra de Lenin en los más variados sectores, no sólo de producción teórica, sino de una cultura política.

Así entre las figuras latinoamericanas que recibieron y elogiaron a Lenin en América Latina se encuentran los revolucionarios mexicanos, como Zapata o en un primer momento el anarquista Ricardo Flores Magón. La ‘institucionalización’ de la Revolución mexicana tuvo también otros momentos de recepción de Lenin con figuras intelectuales como Jesús Silva-Herzog, José Mancisor, Narciso Bassols y posteriormente en otra clave Vicente Lombardo Toledano. Algo de ello ha quedado ya establecido en el libro de Condes Lara (2016) sobre la relación de ambas revoluciones. En tanto que la órbita comunista tuvo a su “Juan Diego del Comunismo” (Taibo II, 1986) en Manuel Díaz Mercado (S/A), quien dejó el testimonio de ‘el mexicano que habló con Lenin’. En Chile Luis Emilio Recabarren y en Argentina José Ingenieros apreciaron en los primeros años 20 la potencia del personaje histórico. Todas estas figuras, como se puede observar, hacen parte de un entorno exterior a los partidos comunistas o de momentos de formación inicial.

En un trabajo poco conocido titulado *Lenin y la América Latina* (1971), el economista colombiano José Consuegra nos entregó numerosos testimonios de figuras públicas que aplaudieron la figura del revolucionario ruso. Por su recopilación desfilan figuras de la talla de Lázaro Cárdenas o Jorge Eliezer Gaitán; comunistas de la primera época del siglo XX como Juan Marinello; los economistas venezolanos D.F. Maza Zavala y Salvador de la Plaza; el chileno Sergio Vuskovic y los entonces periodistas colombianos Daniel Samper y Eduardo Pastrana.

Nosotros optaremos por asediar un conjunto de producciones que se localizan en una época signada por la Revolución cubana. Aquel acontecimiento que en un primer momento intentó ser teorizado por el francés Regi Debray bajo el mote de ‘castrismo’, era definido justamente como “un leninismo apresurado” (Bensaid, 2007, p. 81). Como suele ser común en la historiografía sobre las izquierdas latinoamericanas la Revolución cubana representa un hito, un cambio y una pugna por renovar el horizonte de sentido y conservar ciertas lealtades ideológicas.

Existen registros de los que no podemos echar mano y que sólo mencionaremos por la importancia que suponen. El primero de ello es por supuesto la presencia de Lenin en la poesía. Es ya muy conocida la poética política de un Roque Dalton, tan celebrada por Alberto Híjar (2005) como una nueva forma de concebir el marxismo no limitada al tratado, comentario o estudio científico. Dalton ejerce sus facultades poéticas para realizar un espléndido montaje de la estrategia revolucionaria salvadoreña en su *Un libro rojo para Lenin*. Dalton no fue el único poeta que tuvo a bien considerar la presencia del dirigente ruso. Otros poetas como Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Efraín Huerta, Alberto Hidalgo lo han utilizado de manera recurrente en su poética.

El otro tema que por espacio no podemos desplegar, pero que sin duda existe con vigorosidad es el antileninismo, que también ha sido moneda de cambio que ha circulado por América Latina, desde las versiones más conservadoras, la de los demócrata cristianos chilenos Genaro Arriagada y Claudio Orrego, hasta la más sofisticada intervención del argentino exiliado en México Oscar del Barco, quien desató una breve pero acalorada polémica en la revista comunista mexicana *El Machete*. El antileninismo no dejó de ser recurrente después de 1989, incluso los ‘marxismos abiertos’ comandados por John Holloway en su momento de mayor éxito mediático, tras la crisis argentina de 2001, no dejaron de insistir en los efectos negativos de su presencia, todo ello con motivo del centenario de la publicación del *¿Qué hacer?*. El anticomunismo, el antimarxismo y el antileninismo son vetas que habrá que explorar en su momento como construcciones discursivas de

sectores tanto de izquierda como de derecha del espectro político.

En los siguientes renglones exploraremos una veta que estalló con claridad a partir de la ‘crisis del marxismo’: la ausencia de una teoría política específicamente marxista. Con ello no nos referimos tanto a la ‘teoría del Estado’, elemento señalado como clave por Althusser, sino más bien a un intento de extraer de la obra de Lenin una teoría de la intervención política. Lenin era entonces un referente para poder ubicar una temporalidad de la política: a partir de ella táctica y estrategia quedarían definidas y diferenciadas. Esta distinción era la piedra angular para la práctica política, cuya especificidad alejaba a los teóricos de cualquier reducción a una categoría de *praxis* indiferencia, veta esta que contó con muchos adherentes en América Latina. Lenin, sin embargo, permitía otro tipo de reflexión, más apegada a los momentos concretos, aleada de cualquier noción de sujeto trascendental, necesidad histórica o teleologismo.

Hacia una teoría de la *intervención*

Comenzaremos nuestra exposición explorando el trabajo de Carlos Cerda. Desde nuestro punto de vista uno de los trabajos que más aportan para configurar una noción clara de la intervención política, dado que en él se expone una valoración del tiempo político de la revolución alejada de todo voluntarismo y mesianismo. Además de estas características, el trabajo es el resultado de la evaluación de la situación de la Unidad Popular chilena. Militante del Partido Comunista de aquel país y miembro de su Comité Central publica en 1971 en la editorial Quimantú (proyecto editorial del gobierno de Salvador Allende) *El leninismo y la victoria popular*, texto que responde a la polémica con el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR).

Es el más original de los textos escritos por los comunistas tras la Revolución cubana, ello por varias razones: la primera de ellas es que organiza el conjunto de su exposición a partir de la necesidad de comprender el motivo del triunfo del 4 de septiembre, es decir, es una demanda de

la coyuntura chilena. Lenin es una mediación teórica para explicarse tanto la victoria popular en Chile como la cualificación de revolucionario del gobierno de Allende. La segunda razón es que el trabajo de Cerda es relevante porque explícitamente su obra busca llenar lo que denomina el *vacío teórico* a propósito de la situación revolucionaria chilena, es decir, no se agota en la referencia local, sino que avanza hacia un saber con cierta posibilidad de universalizarse. Finalmente, es una producción sumamente original que evade los lugares comunes que circulan en torno al ‘leninismo’ como ideología de la necesidad histórica y plantea la posibilidad de una ‘ciencia de la política’, es decir, la comprensión de lo específicamente político dadas las coordenadas que Lenin aporta y con ello, una formulación sobre la intervención política en el contexto chileno.

Este último punto mencionado es quizá el más relevante, pues a partir de él es que puede entenderse el aporte de Cerda a propósito de la lectura de Lenin: se trata de la construcción de una teoría de la temporalidad de la política. Expresado de otra manera podemos decir que capta la teoría del tiempo de la política que en Lenin se encuentra en *estado práctico*, para hacerla explícita. Así, insiste en que el aporte sustancial de Lenin es brindar la teoría sobre la ‘situación política’ como un momento específico de la lucha de clases, en donde no operan las nociones generales sobre la sociedad que el marxismo ha construido, sino que se privilegian las situaciones específicas de la correlación de fuerzas políticas, siendo este el momento de intervención por excelencia.

De esta forma Cerda deriva de la obra de Lenin una ‘teoría de la situación política’ dividida entre la caracterización del ‘carácter de la época’ y las situaciones que se viven al interno de esa caracterización. La temporalidad que se propone para lo específicamente político se aborda a partir de una doble consideración, lo que el autor denomina ‘factores determinantes inmediatos y factores determinantes en última instancia’. Aunque los ‘factores determinantes’ podrían ser pensados en términos de un economismo, Cerda introduce una variable interesante al derivar de Lenin la necesidad de comprender la ‘multiplicidad de modos de producción’ que se

encuentran articulados, además de ello la variable de la multiplicidad también le permite identificar que no hay una bipolaridad conflictiva, sino una multiplicidad de contradicciones que se jugarían entre las distintas clases de los distintos modos de producción. Se trata de una especie de tributación del concepto de sobredeterminación de Althusser, en donde la ‘última instancia’ engelsiana no tiene relevancia en la intervención dentro de la coyuntura y lo que pesa más es el análisis específico de las fuerzas en pugna, así como los escenarios de la confrontación. Y es que el Lenin que Cerda nos presenta es el que busca entender la especificidad de lo político, en este caso el conjunto de determinaciones inmediatas y no ya en las que se privilegia la ‘última instancia’, por lo cual dice: “Está claro que una revolución es algo bastante más complejo que sus condicionantes económicas” (Cerda, 1971, p. 58).

Podemos entender así que en la coyuntura se da la intervención, siempre de acuerdo a la captación de la temporalidad de las fuerzas enfrentadas, es ahí donde se juega la posibilidad de una ‘ciencia de la política’: es por todo ello que si se ha ubicado en el plano formal el problema de los diversos modos de producción, las distintas clases sociales, los intereses en pugna de las distintas clases (y no sólo de dos) es posible también abordar las tareas políticas, las necesidades, las consignas, los programas y sobre todo las alianzas. Cerda apuntala que la “ciencia de la política” de Lenin cuyo eje es la captación de la correlación de fuerzas en la coyuntura desemboca en una política de alianzas que permita ubicar un conjunto de elementos necesarios para la intervención. ¿Cuáles son ellos? Conceptualmente Cerda recoge de Lenin los siguientes: ‘enemigo inmediato’, ‘golpe principal’, ‘desplazamiento de la contradicción’, sobre la base de ellos se puede determinar el conjunto de ‘fuerzas de la revolución’, la ‘fuerza motriz o dirigente’, pero sobre todo el carácter de las alianzas, ya sean estas estratégicas o tácticas, inmediatas o mediatas.

El ejercicio que Cerda hace recordará a lo que en los años ochenta intentó hacer Marta Harnacker al calor de los enfrentamientos en Centroamérica. Efectivamente lo que está operando en el análisis es que con Lenin se puede pensar la complejidad de la situación y que toda ‘ciencia

de la política’ que se aspire a construir se asienta sobre distintas temporalidades: ellas no están definidas previamente, sino que son emplazadas por la coyuntura. Esas temporalidades desplazan contradicciones, fuerzas, alianzas, consignas hasta antes vigentes, es decir, las relevan y colocan el escenario de la confrontación en otro espacio. Es por ello que también se lanza contra el ultra izquierdismo que para él representa la revista *Punto final* (ligada al Mir):

Una de las características que mejor definen el infantilismo izquierdista es su tendencia a asilar al proletario, a concebir la revolución como un proceso lineal o espontáneo, en el cual “las fuerzas más revolucionarias” se “toman” el poder independientemente de la correlación de fuerzas que hace posible la revolución. (Cerda, 1971, p. 73)

Ya en esta cita se aprecia la apertura que hace Cerda, la revolución no es proceso lineal, teleológico o necesario, sino producto de una práctica política asentada en el tiempo, pero también que la revolución no es un acto mesiánico, sino un proceso que avanza en distintas coyunturas, no hay un golpe final y definitivo, sino sucesión de batallas por ganar. Esas distintas coyunturas someten el ejercicio de la intervención política a distintas temporalidades: una es la del ejercicio de la oposición, otra la del ejercicio del gobierno y así sucesivamente. Si bien Cerda como “vocero” del PCCh (Álvarez, 2011) recurre a Lenin como figura de autoridad, no deja de ser un Lenin renovado y fresco, que busca estar a la altura de la vía chilena al socialismo.

Resulta sugerente contrastar la propuesta teórica de Cerda con la del también chileno Tomás Moulian, quien en un periodo posterior al de la experiencia de la Unidad Popular expone una lectura crítica de Lenin. Moulian había sido parte de los introductores de Althusser al medio chileno y había participado en la fundación de un partido político, el MAPU. El reto para el sociólogo chileno es enfrentar a Lenin con el propio Lenin, es decir, tensionar su obra y mostrar sus contradicciones y fisuras. Con ello apuesta a mostrar que existen dos momentos distinguibles. Ambos momentos imponían precisar

la diferencia, para no caer en lecturas expresivas. De alguna forma Moulian pretendía hacer lo que Althusser había sugerido para la lectura de Marx: distinguir momentos, cortes o rupturas al interior de la obra, es decir, evitar una lectura en clave de “totalidad expresiva” (Althusser, 1978, p. 105), en donde el todo determina a la parte de manera absoluta.

Moulian procedió demarcando la tensión que existía en la obra de Lenin a partir de las obras *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* y el *¿Qué Hacer?* Moulian parte de un lugar 180 grados a la ubicación teórica de Cerda: para él la afirmación de que Lenin construyó una ‘ciencia de la política’, es decir, una teoría de la revolución para un periodo específico, debe ser cuestionada. Dice el sociólogo chileno: “No hay que buscar en Lenin “leyes” de la práctica revolucionaria, sino una manera de abordar el análisis de la acción” (Moulian, 1980, p. 17). Aunque en el extremo opuesto a Cerda, para Moulian la primacía de la intervención resulta lo crucial de la lectura de Lenin.

La crítica que Moulian realiza al primer Lenin, es decir al que escribe *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, se encuentra asentada en la construcción de la categoría de ‘necesidad histórica’. Según Moulian, en este segmento de la obra de Lenin prima un reduccionismo que provoca falsas totalizaciones, donde la ‘estructura’ prima siempre sobre lo ‘superestructural’. Ello es así porque la cárcel cientificista, heredera de la lectura de la II Internacional, se le impone al revolucionario ruso, actúa con fuerza el reduccionismo de la ‘última instancia’ y sigue presente la noción de la ‘esencia’ determinante como el eje articulador: las relaciones de producción son ese concepto reductor. Todo ello debido a que Lenin construye una teoría de la formación social capitalista donde sólo pesa lo estructural (las relaciones de producción), que el marxismo comprendería a partir de leyes sociales, que operarían equivalentemente a las leyes de la naturaleza, es decir, de manera necesaria y universal. El cientificismo del que es presa lo obliga a reducir a los elementos ‘totalizadores’ negando que otras tramas de la vida social (como puede ser la cultura, la política o la ideología) sean consideradas como meras expresiones o epifenómenos de dicha ‘esencia’. En esas condiciones no hay posibilidad

de construir una teoría de política ni una noción de la intervención política. Es perceptible la crítica de corte althusseriano que Moulian realiza sobre Lenin en este momento de su argumento.

Dice Moulian sobre el entramado categorial del texto que critica: “Lenin deriva el [concepto] de necesidad histórica. Las nociones de formación social y de proceso histórico natural tienen una significación precisa dentro del discurso: indicar que existe un nivel determinante, las relaciones de producción” (p. 25). La cárcel cientificista se romperá con la redacción del *¿Qué hacer?*, desde el punto de vista del sociólogo chileno es con esta obra que Lenin aborda al fin el tema de la praxis más allá de una noción instrumental y accesorio. Al asumir centralidad también lo hace la posibilidad de la intervención política. Con el *¿Qué hacer?* Aparecerá, según Moulian, una ‘tesis materialista de la conciencia’, en donde la conciencia obrera se encuentra aún subordinada por la cultura burguesa. Esto para Moulian es ya un avance que permite mover radicalmente la perspectiva hasta entonces existente. Nuestro autor coloca cierto énfasis en la respuesta que Lenin da a la pregunta de por qué la conciencia obrera aparece limitada en su estado puro, escribe: “Las razones que indica se refieren a la organización de la cultura burguesa, al carácter más perfeccionado de la concepción del mundo y de los aparatos ideológicos” (Moulian, 1980, p. 28). El Lenin de 1903 es entonces el que emplaza como central la práctica política, el proceso de politización y por tanto el lugar de la intervención. Dejada a su inmediatez la conciencia obrera queda atrapada en el ‘obrerismo’ burgués, es decir, en la política sindicalista, inmediateista, donde la sociedad no aparece nunca como una totalidad sobre la que se puede actuar o intervenir. La salida de Lenin a esta situación es la conocida teoría de la importancia de la conciencia desde fuera de la clase, motivación que no aparecería en *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* debido al determinismo que en él se ubicaba.

Para Moulian, Lenin da algunos pasos muy relevantes que, considerados hoy, apuntan a la desacralización del ‘leninismo’ inventado por el stalinismo y recreado por doquier. El punto más relevante es el de la primariedad de la política (es decir, de la capacidad de intervención de sujetos

politizados) sobre otras instancias o determinaciones de la totalidad. Ello obliga a restablecer el lugar de lo político, su trama, sus determinaciones, así como la contingencia que suscita. Sólo así se podrá evacuar definitivamente el determinismo, pues la política socialista no sería ya más ‘socialización de los medios de producción’, sino avocarse en la construcción de una intervención política en clave democrática. Además, se da paso a una noción en donde lo más importante es la acción de los sujetos y no las representaciones de “actores” que ya tienen predefinida su tarea en el escenario estructural.

La conclusión de Moulian es que Lenin dio en la práctica los pasos adecuados, aunque en términos teóricos nunca terminó de consumarlos. La crítica práctica fue más allá de la crítica teórica. En un intento de desacralizar y desfeticizar al ‘leninismo’, Moulian pasa factura a las ambigüedades y limitaciones, cargado de un arsenal que rodea entre Lukács, Korsch y Althusser. El sociólogo chileno se avoca no a concluir una ‘teoría de la revolución’ o una ‘sociología de la revolución’, sino los límites de las ambigüedades del máximo exponente de la práctica transformadora.

Pasemos ahora a un texto que ubicado temporalmente es previo pero que sirve como contrapunto a las formulaciones de los autores chilenos. Se trata de un documento que suele encontrarse ausente entre quienes han reconstruido las vicisitudes del marxismo en América Latina, en gran medida porque el mismo autor, a pesar de la relevancia en su país de origen, no ha sido lo suficiente reconocido fuera de él. Nos referimos a J. R. Núñez Tenorio, dentro de Venezuela reconocido militante e intelectual, autor de una gran cantidad de libros y monografías. Núñez fue un conocedor profundo de la obra de Althusser y Sartre, además de destacado profesor universitario, lo que le permitió escribir numerosos volúmenes sobre metodología y filosofía del conocimiento. En el último combate de su vida participó en la conformación del movimiento que llevaría a Hugo Chávez al poder. Núñez publicó en 1968 *Lenin y la revolución*, breve comentario a la obra del dirigente ruso en donde exponía algunos de los tópicos que se encontrarán después en repetidas ocasiones cuando se abordara el aporte de dicho autor la ‘teoría política marxista’.

Al igual que para Cerda, Núñez Tenorio emplaza la idea de que Lenin funda una concepción ‘científica’ de la política. Ella tendría, sin embargo, también una versión de la ideología como corolario. Ciencia e ideología (o en un lenguaje más contemporáneo lo que Palti llamó ‘verdades y saberes’) estarían unificados a partir de la interpretación de Lenin, en él, la concepción de la lucha política debe ser entendida como la forma específica de la lucha de clases. Esa unidad entre ‘verdad’ (ideología) y ‘saber’ (ciencia) se expresaba en el lenguaje de la época a partir de la no separación que habría hecho Lenin al momento de calibrar lo ‘objetivo’ y lo ‘subjetivo’. El primero sería el reino de las condiciones, perfectamente captables por la capacidad racional de los movimientos políticos y sus intelectuales, es decir, en donde se especifican las posibilidades de la intervención práctica. La segunda, en cambio, sería el reino de la conciencia y de la acción de los sujetos que intervienen. Existirían por supuesto ‘factores objetivos’ que serían determinantes, y en tanto que determinaciones, captables, racionalizables, propios de cierto reino de la universalidad, por tanto de la ciencia. En cambio, el reino de lo subjetivo es el de la acción política, el de la capacidad organizativa, algo que nunca se encuentra predeterminado y que podría ser hasta un punto azaroso y por supuesto histórico. La lectura de Núñez pone énfasis en esa doble dimensión que debe ser captada en el momento de intervención política. De esta aproximación Núñez desprende los conceptos de táctica y estrategia. Dice el venezolano:

La estrategia y la táctica fusionan el análisis frío y racional del lado objetivo de la política con las cuestiones candentes y activas del movimiento político. La táctica desde luego, es aún más subjetiva, puesto que tiene que corresponder íntegramente a las cuestiones del presente, puesto que tiene que responder a cada momento a las exigencias de los propios fines estratégicos. (Núñez, 1968, pp. 25-26)

Dos cuestiones desprende Núñez de esto: en primer lugar que la táctica siempre está subordinada a la estrategia y que al ser el elemento subjetivo el fundamental, gana preeminencia

el ‘arte’ de la dirección política, desplazando cualquier intento de dar centralidad al lenguaje militarista que puede desprenderse de un análisis mecanicista, en donde los militantes o las organizaciones populares son ‘ejércitos’ o ‘milicias’. La política como ‘arte’ de la dirección es justamente lo que revela el privilegio de lo ‘subjetivo’ sobre lo ‘objetivo’, pero siempre entendido como una dimensión doble del mismo proceso. Ciencia e ideología encuentran su realización plena en la práctica política.

Sin embargo, Núñez alerta que tanto táctica y estrategia pertenecen originalmente al lenguaje militar, aunque insiste que en Lenin no pervive una noción estrecha o militarista de la política. La intervención política es algo más que la suma de fuerzas, por eso el concepto de ‘arte’ sirve para desplazar cualquier versión militarista de la política, es decir, cualquier versión que evite considerar las fuerzas sociales y sus alianzas, así como los entornos cambiantes. El arte de la política tiene su corazón en la dirección política, así se desplaza para él de manera definitiva la metáfora militar. El ‘arte’ de la conducción es el lograr caracterizar al movimiento social y poder ubicar e intervenir en las ‘fuerzas motrices’ que lo conducen. Para explorar esta dimensión se apoya de Lenin y del ejemplo de la ‘revolución burguesa’ moderna, aquella que no se realiza por obra de esa clase social, sino cuya consecución se da gracias a la intervención de otros sectores que se enfrentan a una situación dada y que actúan de acuerdo al conocimiento de ella. No hay posibilidad de ‘saltar’ fases, puesto que hay una comprensión adecuada de las determinaciones fundamentales de la sociedad, ello no implica el inmovilismo, sino todo lo contrario, una acción, un arte, que cambie el terreno de la disputa política.

A partir de estas explicaciones Núñez pasa a definir lo que se consideran las principales categorías del arte de la política: para comenzar es preciso localizar al ‘enemigo principal’, pues no todo enemigo lo es siempre y ello depende de cada etapa de la lucha política; las ‘capas intermedias’ que en determinados momentos son aliados y no necesariamente adversarios; también se encuentra la construcción de la ‘política de alianzas’ que justamente se mueve entre la táctica

de un determinado momento o coyuntura y los objetivos estratégicos. Así mismo resulta crucial ubicar ‘la fuerza principal’ de cualquier lucha política, que no está dado a priori ni como regla universal, sino construido a través de la historia: con ello se desmoviliza cualquier universalismo o fatalismo histórico.

Valdría la pena señalar que a finales de los sesenta para Núñez Tenorio existen dos formas predilectas, que la historia habría marcado, del arte de la conducción política. Por un lado, la insurrección y por el otro la guerra popular, ambas dimensiones contrapuestas de la estrategia de los grupos comunistas. La forma ‘insurreccional’ correspondería al ‘ejemplo’ ruso en tanto que la ‘guerra popular’ correspondería a la Revolución china. Aunque no profundiza, es claro que ambas opciones se presentan como formas de dirigir la ‘fuerza política principal’, así como formas distintas de construir alianzas y de tácticas diversificadas para derrotar al ‘enemigo principal’. De todo ello, sin embargo, es preciso destacar algo que es fundamental para la renovación del marxismo y es que no sólo no habría clases revolucionarias de antemano, ni politizadas por su sola existencia, ni tampoco presencia de grupos que volverían infalible la intervención política: ella está expuesta a los errores del ‘arte’, a valoraciones equivocadas, a condiciones adversas. Se hable de grupos, clases o sectores políticos estos no son nada sino a condición de dominar el arte de la dirección política y para ello es necesario la acumulación de la experiencia, la escuela de aprendizaje y la capacidad práctica, elementos estos que no dependen sólo de la voluntad individual ni colectiva, ni de poseer una ‘concepción del mundo’, sino el de asimilar las victorias y las derrotas históricas.

Podemos decir que el Lenin de Núñez Tenorio nos presenta un autor más prolífico, nada dogmático en la teoría ni sectario en la práctica política. Nos presenta un teórico que se apoya en las lecciones de la historia y que pretende trascenderlas a partir de las condiciones específicas que enfrenta. Nos presenta también y quizá aquí valga por fin citarlo, un Lenin autocrítico, una vez que los periodos van transformándose y hay necesidad de rectificar. Dice nuestro autor sobre el concepto de partido: “Los partidos de la revolución

no son un fin en sí mismos, son un instrumento de las masas, cuyo papel es, precisamente, llegar hasta las masas” (Núñez, 1968, p. 74). El partido entonces no es elemento que deba fetichizarse, su existencia depende también de las lecciones propias de la intervención en coyunturas que la historia ofrece. Sin duda se trata de un intento de romper con las versiones ‘leninistas’ a finales de los sesenta.

Reflexiones finales

Lo que Althusser consagró como la ‘crisis del marxismo’, no era sino el diagnóstico de situaciones detectadas con anterioridad en distintos planos, como lo fue la crítica al economicismo o al marxismo entendido como filosofía de la historia. Antes o paralelamente al *dictum* del filósofo francés, en América Latina ya se venían labrando espacios de reflexión sobre lo que se consideraban flaquezas y debilidades, pues los escenarios políticos de la región así lo demandaron. Si la crítica de Marx al capitalismo era correcta, faltaba en ella una caracterización sobre lo político. Autores como Lenin y Gramsci eran los productores que ayudaba a esa caracterización, la diferencia fundamental entre ellos es que el primero aportaba la posibilidad de construir una caracterización de la intervención en la coyuntura. Lenin se convirtió entonces en un recurso necesario y obligado, pero no fue cualquier recepción de su obra. Se trata de una utilización productiva, más allá de los cánones del “leninismo” como ideología de un poder hoy desaparecido.

El texto ha partido de la hipótesis de que Lenin sirvió para cubrir ese hueco que se diagnosticó en la ‘crisis del marxismo’, avanzando por distintas veredas (a veces formalmente contrapuestas), en lo que primaba era una versión materialista, contingente y contradictoria del conflicto político. Las producciones que hemos revisado no pusieron énfasis en la ‘necesidad’ de la historia, sino en la contingente participación de las clases al momento de intervención práctica. Ello obligó en algunas ocasiones a cuestionar figuras típicamente asociadas al ‘leninismo’ como lo fue el partido. También se operó sobre

su obra, de tal manera que Lenin resultó un autor productivo, lleno de complejidades y tensiones a partir del cual se podía pensar la realidad y la intervención en ella.

Se pasó revista por tres autores, pero existen algunos otros textos que valdría la pena mencionar, pues hacen parte del abanico de posibilidades que la obra de Lenin desató al nivel de la teorización de la política. Casi es un lugar común citar el trabajo del dirigente comunista Rodney Arismendi (1976) como un clásico, producto inmediato de la Revolución cubana y un intento por mediar entre La Habana y Moscú en las tensiones que producía el diseño de la estrategia revolucionaria. Junto a él se encuentran otros autores como la dupla de Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra quienes observaron el devenir de los conceptos de táctica y estrategia “de Marx y Engels a Lenin” (1981); la dupla brasileña elaboró un discurso en donde Lenin tomaba el ritmo de las situaciones y hacía corresponder la táctica a ellas, generando un producto poco crítico de la obra del dirigente ruso. También en los años ochenta, producto del ‘post-althusserianismo’ Marta Harnecker dedicó algunos libros a Lenin, siendo los más famosos *Estrategia y táctica: instrumentos leninistas de dirección política* y *La revolución social: Lenin y América Latina*, la autora chilena buscaba repetir la pedagogía de sus libros anteriores, en este caso a los conceptos que el dirigente ruso entregaba. Finalmente debe considerarse la poco conocida reflexión del hoy vicepresidente Álvaro García Linera: *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (a propósito de obreros, aymaras y Lenin)* (1988), texto que abreva entre la crítica a la izquierda boliviana clásica como en un intento de conciliar a Lenin con la perspectiva ‘étnica’ de cierto indianismo.

Así las cosas, el nivel de discusión sobre la ‘teoría política marxista’, en gran medida devino en América Latina un intento por teorizar las condiciones, posibilidades y recursos de la intervención. Falta aún mucho más trabajo sobre las apropiaciones de Lenin, no queda más que seguir desempolvando el archivo y mostrar el despliegue de un discurso que no fue sólo ‘calco’ o ‘copia’, sino también creación original.

Bibliografía

- Althusser, L. (1978). *Para leer El capital*. México: Siglo XXI.
- (1979). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- (2008). *La soledad de Maquiavelo*. Madrid: AKAL.
- Álvarez, R. (2011). *Arriba los pobres del mundo*. Santiago de Chile: LOM.
- Arismendi, R. (1976). *Lenin y la revolución en América Latina*. México: Grijalbo.
- Bambirra, V. Y Dos Santos, T. (1981). *La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*. México: Era.
- Bensaid, D. (2007). *Trotskismos*. Madrid: El Viejo Topo.
- Boron, A. (2004). “Actualidad del ¿Qué Hacer?”. Lenin V.I, *¿Qué hacer?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Bujarin, N. (1978). *Lenin marxista*. Barcelona: Fontamara.
- Cerda, C. (1971). *El leninismo y la victoria popular*. Santiago de Chile: Quimantú.
- Condes, E. (2016). *Atropellado amanecer*. México: BUAP.
- Consuegra, J. (1971). *Lenin y la América Latina*. Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Díaz M, et. al. (S.f.). *Hablando con Lenin en 1921. Ellos conocieron a Lenin*. Moscú: Progreso, 256-261.
- García Linera, A. (1988). *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (A propósito de obreros, aymaras y Lenin)*. La Paz: Ofensiva Roja.
- Gruppi, L. (1981). *El pensamiento de Lenin*. México: Grijalbo.
- Harnecker, M. (1985). *La revolución social: Lenin y América Latina*. México: Siglo XXI.
- (1988). *Estrategia y táctica: instrumentos leninista de dirección política*. Buenos Aires: Antarca.
- Híjar, A. (2005). El otro marxismo. *Pensares y Quehaceres*, No. 2, 181-189.
- Lecourt, D. (1979). *Ensayo sobre la posición de Lenin en filosofía*. México: Siglo XXI.
- Lewin, M. (2006). *El siglo soviético*. Madrid: Crítica.
- Liebman, M. (1978). *El leninismo bajo Lenin*. México: Grijalbo.
- Moulian, T. (1980). *Cuestiones de teoría política marxista: una crítica de Lenin*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Negri, T. (2004). *La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin*. Madrid: Akal.
- Núñez Tenorio, Jr. (1968). *Lenin y la revolución*. Caracas: Crítica Marxista.
- Palti, J. (2005). *Verdades y saberes del marxismo*. Buenos Aires: FCE.
- Rodríguez, M.G (2007). *¿Filosofía política?... al sur*. Bogotá: Utopía-Textos.
- Stalin, J. (1978). *Obra completas* (tomo 6). México: Eda.
- Taibo, II P.(1986). *Bolshevikis*. México: Joaquín Mortíz.
- Tronti, M. (2001). *Obreros y capital*. Madrid: Akal.
- Zinoviev, G. (1979). El leninismo. *El Gran debate (1924-1926)*. México: Pasado y Presente.

Jaime Ortega Reyna. Filiación académica o institucional: Universidad Autónoma Metropolitana (México). Grado académico: Doctor en Estudios Latinoamericanos.

Dirección postal o correo electrónico: jaime_ortega83@hotmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018

Aceptado: 8 de agosto de 2018

Omar S. Herrera Rodríguez

El problema del terrorismo contemporáneo: aportes para su comprensión desde la crítica trotskista-leninista a los movimientos terroristas antes y durante la Revolución rusa

Resumen: *En este trabajo recupero las críticas de Trotsky y Lenin a los movimientos terroristas, con el objetivo de mostrar los aportes que pueden brindar para comprender la estrategia geopolítica contemporánea del gobierno estadounidense y del resto de los países centrales del capitalismo occidental y su necesidad para repensar la práctica política de los movimientos sociales basada en el terrorismo como estrategia para enfrentar las intervenciones políticas promovidas con la declaración de la Guerra Global Preventiva contra el Terrorismo.*

Palabras clave: *Terrorismo. Masas. Guerra global. Estado. Revolución.*

Abstract: *In this work I recover the criticisms of Trotsky and Lenin to the terrorist movements, with the objective of showing the contributions that they can offer to understand the contemporary geopolitical strategy of US government and the rest of central countries of Western capitalism, and its need to rethink the political practices of social movements based on terrorism as a strategy to confront the political intervention promoted with the Global War Preempt against Terrorism declaration.*

Keywords: *Terrorism. Masses. Global war. State. Revolution.*

Introducción

Este trabajo aborda cuáles son algunos de los principales aportes que en la actualidad pueden ofrecer los análisis desarrollados por Lev Trotsky y Vladimir Lenin sobre el terrorismo antes y durante la Revolución rusa, para comprender el terrorismo contemporáneo en el marco de la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002, conocida como Guerra Global Preventiva contra el Terrorismo.

El modo de abordaje de dichos análisis, como demostraré, brinda herramientas para una comprensión crítica y socio-histórica del objeto en cuestión, permitiendo por esta razón enfrentar el *mainstream* explicativo actual que parte de la tesis del choque de civilizaciones, acentuando criterios racistas y fundamentalistas-religiosos para explicar el surgimiento de grupos terroristas en medio oriente y de actos terroristas en las principales metrópolis europeas y en Estados Unidos.

De esta manera y con el fin también de presentar una reconstrucción amplia de los aportes de ambos autores, desarrollaré tres líneas de trabajo: la primera consiste en explicar cómo y por qué surgen actos terroristas en un determinado momento en la vida socio-política de las sociedades capitalistas; la segunda discute y enfrenta las supuestas dificultades de definición y delimitación del concepto terrorismo en la actualidad y la tercera reconstruye la crítica en contra de los

grupos terroristas y del terrorismo como estrategia de lucha revolucionaria.

Terrorismo: razones socio-históricas de su surgimiento

La preocupación por el surgimiento del terrorismo cruza la crítica política y estratégica de Trotsky al grupo anarquista *Naródnaya Volia* a finales del siglo XIX, pero también, al conjunto de actos terroristas sobre los que el autor refiere en reiteradas ocasiones a lo largo de varias de sus obras y de los cuales se sirve para realizar un diagnóstico de época sobre las limitaciones comprensivas que poseían algunos de los actores políticos contra-zaristas (en un primer momento) y contra-estalinistas (después de la revolución) sobre el campo de la política y la práctica revolucionaria.

De este modo, Trotsky parte siempre sus análisis sobre la emergencia de actos terroristas en Rusia de las condiciones materiales (económicas, políticas, etc.) desplegadas en un determinado momento histórico:

Como es sabido, la crítica y la insatisfacción no siempre llevan a atentados y asesinatos terroristas; éstos se dan únicamente en circunstancias excepcionales, cuando las contradicciones se agudizan al máximo, la atmósfera está sobrecargada, la insatisfacción se extiende y la burocracia sofoca a los elementos avanzados del país. (Trotsky, 1977d, pp. 239-240)

Estas *circunstancias excepcionales* corresponden a momentos socio-históricos que reúnen marcos y niveles críticos de las contradicciones immanentes del capitalismo con niveles igualmente críticos de la intervención coercitiva de los aparatos institucionales-estatales sobre las libertades civiles y políticas de la mayor parte de la población.

No se trata solo de la consideración de las circunstancias económicas donde los niveles de pobreza y desigualdad pueden alcanzar índices alarmantes y conllevar movilizaciones sociales y populares; sino también, de la asfixia y represión

de tales movilizaciones sociales y populares que empujan a ciertos grupos a efectuar actos terroristas para combatir a las clases dominantes respectivas e intentar, a través de esta estrategia, revertir las condiciones que causan dicha insatisfacción.

Vale señalar además que, se requiere del despertar de la *insatisfacción*, en otras palabras, de la emergencia de un grado de conciencia elemental sobre la situación socio-política a la cual se desea enfrentar, pues sin este marco de condiciones subjetivas, no se sigue ningún tipo de acción política y, por ende, de actos terroristas.

En este sentido, no es arbitrario el interés de Lenin (1961) de luchar por la obtención de libertades políticas en la Rusia zarista donde la libertad de huelga, la libertad de sindicalización u organización y la libertad de prensa no existen debido a la autocracia híper-represiva con que el proletariado-campesinado ruso debía intentar sobrevivir; pues éstas son algunas de las condiciones mínimas para conformar y perfilar una organización revolucionaria consciente de masas, en la medida que, la obtención de tales derechos facilita la creación de mecanismos para la educación política del proletariado, su organización y la consecuente efectivización de acciones políticas de lucha y resistencia una vez alcanzado cierto grado de conciencia sobre las relaciones de clase y las estructuras que las reproducen.

Precisamente, en escenarios donde las condiciones materiales dificultan la organización de los sectores populares al mismo tiempo que lo empujan a sobrevivir en niveles críticos, las acciones terroristas aparecen como un mecanismo viable o factible de contestación inmediata en contra de las acciones desarrolladas por los grupos dominantes, en la medida que prescinden de la organización y educación de las masas populares para poder operar con un pequeño grupo de personas en clandestinidad.

Es en este marco de carencia de condiciones objetivas político-jurídicas para la organización de un movimiento de masas, conjugado con la insatisfacción y toma de conciencia por parte de un grupo de intelectuales rusos, que Trotsky coloca en la Rusia del siglo XIX el surgimiento del terrorismo en un sentido moderno. A propósito señala:

Pero el terror sistemático, que asume la tarea de eliminar a sátrapa tras sátrapa, ministro tras ministro, monarca tras monarca – “Sashka tras Sashka” como formulara familiarmente el programa del terrorismo un militante de Narodnaia Volia en 1880 – esta clase de terror, que se ajusta a la jerarquía burocrática del absolutismo y crea su propia burocracia revolucionaria, es producto de los singulares poderes creadores de la intelectualidad rusa. (Trotsky, 1975a, 24)

A diferencia de otras épocas históricas, señala Trotsky (1975a), la sistematicidad de la acción terrorista y la amplitud de sus objetivos desarrollada en Rusia por este sector intelectual, se sigue de la presencia de un aparato estatal que se conformó a finales del siglo XIX como un *simple órgano de coerción externo* que, mediante el uso de la violencia y explotación extremas de las masas populares, pretendió insertarse en la competencia económica internacional.

Correlativamente a la tecnologización del aparato estatal y el uso de la coerción contra las masas populares, se incrementó el nivel de ideologización de una parte de la intelectualidad rusa que encontró factible *dinamitar* (literalmente) la ‘superestructura’ del régimen zarista, porque existían los mecanismos tecnológicos y el nivel de consciencia (insatisfacción) necesario en este sector para hacerlo.

De esta manera, la experiencia rusa de finales del siglo XIX aportaría un conjunto de condiciones históricas que potenciaron en su momento el surgimiento histórico del terrorismo como estrategia política para el enfrentamiento de un régimen político con miras a su destrucción a través del asesinato sistemático de las personas que lo conforman.

Así, habría una diferencia cuantitativa y otra cualitativa respecto de otros actos semejantes al terrorismo (por ejemplo, el tiranicidio) presentes en la historia previa de la humanidad. El primero es evidente: el asesinato de un individuo es abismalmente distinto al asesinato de todos los burócratas o al menos a la élite burocrática, entendido en términos de una meta política a alcanzar. Hay pues, un crecimiento exponencial en la forma de

comprensión de la cantidad de individuos necesarios de asesinar.

Lo anterior se sostiene en la diferencia cualitativa. Mientras en el tiranicidio subyace una concepción y estructura política premoderna, en la que el poder político se encontraba concentrado en una sola persona (muchas veces enmarcada con características divinas), lo cual limitaba la comprensión del escenario político a una relación de identidad entre sistema de dominación = individuo; la concepción moderna de la política expande el conjunto de actores políticos e instituciones implicadas en el sistema de dominación, por lo que se necesita no sólo un acto terrorista efectivo, sino de un conjunto sistemático de actos terroristas para eliminar dicho conjunto.

Por tanto, la complejización de la política en la modernidad conduce también a la complejización de las formas políticas de contestación de los sectores populares contra los sectores dominantes para combatir y resistir el conjunto de acciones, mecanismos e instituciones que les oprimen y esto incluye por supuesto a la práctica terrorista.

Conviene en este momento una síntesis de lo planteado. La tesis del surgimiento del terrorismo moderno a finales del siglo XIX en Rusia parte de una tesis mayor en torno a las condiciones objetivas-subjetivas que configuran la génesis de actos terroristas, éstas son: la acentuación o agudización de las contradicciones del capitalismo que conforman momentos críticos y excepcionales en los cuales el aparato estatal extiende o amplía el uso de mecanismos de coerción con el fin de sofocar la organización y movilización de sectores avanzados y críticos; las dificultades de organización y comprensión de los sectores populares, debido al escenario de represión, generan que un grupo de personas utilice actos terroristas con el objetivo de revertir las condiciones de represión y transformar las estructuras de dominación a partir del asesinato de la jerarquía burocrática.

En efecto, los movimientos terroristas de los que se habla poseen un objetivo revolucionario mediante la estrategia del terrorismo y en ese sentido hay que guardar una importante distancia respecto de la mayor parte de actos terroristas que son publicitados en la actualidad donde las víctimas principales son población civil. No obstante, el surgimiento de grupos terroristas como

ISIS (extendido por Afganistán, Irak y Siria) y Boko Haram (extendido por Nigeria, Camerún, Chad, Níger y Malí) puede explicarse a través de las coordenadas dispuestas por Trotsky y Lenin anteriormente desarrolladas.

El fundamentalismo islámico que comparten ambas agrupaciones es tan solo un rasgo o característica particular de las coordenadas espacio-temporales en que se sitúan, pero no explica las razones ni condiciones de surgimiento. Por el contrario, son producciones de países fracturados por la guerra y la intervención de las grandes potencias imperialistas. Mientras ISIS expresa el resultado de la invasión del ejército estadounidense en Irak y Afganistán a inicios del presente siglo, que resultó en el saqueo de los recursos naturales de estos países, el debilitamiento de la organización política en ese momento presente y la fractura del vínculo social debido a los varios años de represión militar; Boko Haram es un resultado a largo plazo de la herida colonial africana y los procesos de independencia que acentuaron los conflictos inter-étnicos, sumados al establecimiento de regímenes políticos corruptos y pasmosamente violentos que en conjunto con las grandes transnacionales de las metrópolis capitalistas se han encargado de empobrecer a la mayor parte de la población. El odio a lo 'occidental' surgió de lo político-económico y fue capturado y procesado desde el sentimiento y estructuras religiosas.

El choque de civilizaciones entre el fundamentalismo islámico y la expansión de los valores occidentales es la cara fenoménica que permite obnubilar los intereses económico-políticos de las grandes potencias invasoras que han intervenido de manera brutal a estas sociedades, fracturando sus formas de organización social-política y conflictuado los intereses de una parte de las élites político-religiosas que han sumado apoyo popular para combatir los marcos hiper-represivos con que han sido saqueados sus países.

Frente a los amplios contingentes militares de la OTAN y sus bombardeos constantes, así como el despliegue militar de los ejércitos locales; la respuesta de estas agrupaciones ha sido el uso del terrorismo contra población civil y la lucha armada directa, reduciendo cada vez más el escenario de conflicto y con ello

agudizando la ejecución de actos terroristas conforme van perdiendo terreno y fuerzas.

De la misma manera, el incremento paulatino en el último lustro de actos terroristas en los países centrales de Europa (Francia, Inglaterra y Alemania), así como en Estados Unidos, son expresión sintomática de la crisis económica del 2008, la cual ha incrementado los niveles de desempleo, pobreza y desigualdad en toda Europa. Sin embargo, gracias a la crisis migratoria intercontinental y transcontinental acentuada por la guerra en medio oriente, los gobiernos han podido justificar, bajo climas de inseguridad, la declaración de leyes antiterroristas y de seguridad nacional cada vez más fuertes que sirven no para atacar a terroristas, sino para vigilar, castigar y controlar a la propia población civil y evitar su organización contestataria contra la implementación de medidas neoliberales de disminución del gasto público en programas sociales; sumado por supuesto, a la respuesta político-militar de cierre de fronteras en contra de la población migrante que ha cobrado miles de vidas en pocos años.

Finalmente, importa resaltar una contradicción. A pesar del incremento de medidas represivas y de securitización por parte de los aparatos estatales de los países centrales del capitalismo para controlar la explosión de actos terroristas, éstos van en aumento, evidenciando la tesis de Trotsky sobre el surgimiento de actos terroristas como respuesta política en condiciones de aguda represión y excepcionalidad.

La indeterminación del concepto terrorismo

En este apartado desarrollaré el problema de la indeterminación del concepto terrorismo a través de dos discusiones: la primera refiere a las dificultades para dar una definición al terrorismo al buscar tipificarlo como delito en el Derecho Penal de los países occidentales y la utilidad que esta indeterminación conceptual representa para el proyecto de dominación de los países centrales del capitalismo occidental en la actualidad.

La segunda remite a la imprecisión y confusión entre los conceptos *terror de Estado* y

terrorismo por parte de la mayor parte de los análisis contemporáneos de los intelectuales de izquierdas en torno a la temática y que resta elementos teórico-conceptuales para luchar en el primer espacio de la discusión.

En las últimas décadas el concepto de terrorismo ha ocupado un espacio en la reflexión académica y jurídica (incluso el nacimiento de la rama denominada *Derecho Penal del Enemigo* guarda una estrecha relación con el auge de la cuestión del terrorismo a partir del año 2001), con el fin de precisar su definición y contenido en los distintos Códigos Penales de los Estados modernos de Derecho. Comúnmente, a la hora de especificar qué es terrorismo se recurre a su homogenización con otros tipos de delitos, por ejemplo: secuestro de un avión o un barco, posesión y utilización ilegal de explosivos, homicidios, secuestros de personas, destruir edificios o patrimonio físico, entre otros.¹

El proceso de homogenización-equivalencia de delitos con el *terrorismo* le otorga a éste un carácter indeterminado y de fácil plasticidad para la incorporación o supresión de contenidos según la coyuntura, lo cual, violenta o contradice la necesaria especificación de la definición de un delito para poder ser juzgado y penalizado.

En la coyuntura actual de Guerra Global Preventiva contra el Terrorismo dicha indeterminación y plasticidad favorece a los Estados más poderosos, en la medida que les permite calificar y juzgar a conveniencia a individuos, personas o incluso otros Estados como terroristas o aliados del terrorismo, configurando así un enemigo a quien declararle/hacerle la guerra.

Lo llamativo del caso es que la indeterminación del terrorismo no es un problema contemporáneo, sino que, desde la primera mitad del siglo XX, Trotsky denunciaba y criticaba esta característica:

Les gustaría ponerles el rótulo de terroristas a todas las acciones del proletariado dirigidas contra los intereses del enemigo de clase. [...] Sin embargo, debemos señalar que cuando nos echan en cara el terrorismo, tratan, aunque no siempre en forma consciente, de darle a esta palabra un sentido más estricto, menos directo. (Trotsky, 1975, pp. 15-16)

Puede verse en este fragmento un doble juego en el uso por parte de los sectores dominantes del concepto terrorismo: por un lado, se desea utilizar y puede utilizarse de manera general, pero por el otro, suele ser especificado inconsciente o conscientemente. Hoy, más bien, podemos señalar que los sectores dominantes desean utilizarlo de manera general y efectivamente lo utilizan de eso modo, precisamente por el carácter indeterminado con que lo tratan.

Esto representa una ventaja en términos políticos para los sectores dominantes, ya que el terrorismo, una vez que ha sido tipificado como delito, otorga capacidad de punición legítima en contra de movimientos populares organizados o que potencialmente pueden organizarse para luchar en contra del régimen establecido. Así, por ejemplo, puede realizarse una equivalencia entre una manifestación popular o una huelga con el delito de terrorismo.

A diferencia de lo que ocurría con el concepto de *comunismo* en América Latina durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, cuya represión demandó el establecimiento de regímenes dictatoriales y militares que operaban en estados de excepción en casi toda la región; el terrorismo puede ser incorporado con facilidad en los marcos del Estado de Derecho por un lado, pero también justificar una intervención militar de un Estado a otro con plena validez del Derecho Internacional.

De manera contraproducente, una buena parte de los análisis críticos contemporáneos en torno a la cuestión del terrorismo no lo definen tampoco con precisión y es común observar, por ejemplo, el uso del concepto *terrorismo de Estado*. De suyo, autores reconocidos en la materia como Noam Chomsky o Pilar Calveiro suelen utilizar indistintamente los conceptos terror y terrorismo para referirse a las acciones violentas y represivas del Estado contra la población civil, lo que genera igualmente una atmósfera de indistinción e indeterminación que dificulta la comprensión del concepto.

En los trabajos de Lenin donde el autor hace mención a la cuestión del terrorismo aparece este mismo problema de uso indiscriminado y ambiguo entre terror y terrorismo; no así por parte de Trotsky, quien ofrece un tratamiento esclarecedor

del concepto que brinda herramientas para su comprensión. Al respecto el autor señala:

Sin embargo, se suele utilizar el término terror para referirse al asesinato político individual, que es algo completamente distinto. En la historia de Rusia el terror individual desempeñó un papel importante como arma política de un estrecho sector de la intelectualidad en lucha contra el zarismo. (Trotsky, 1977e, p. 48)

El *asesinato político* es el que define un acto terrorista, es una acción determinada y con objetivos políticos manifiestos y precisos que se dirigen contra las élites burocráticas de una sociedad, por lo que el Estado no es quien lo comete. Esto último puede rastrearse con mayor claridad en otro trabajo de Trotsky titulado *Terrorismo y Comunismo*, específicamente en el capítulo cuatro de la obra dedicado a esta cuestión. Ahí, Trotsky destina el concepto *terrorismo* para designar los asesinatos políticos desarrollados por movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios y el de *terror* para definir las acciones sistemáticas del poder constituido:

El grado de violencia de la lucha depende de toda una serie de condiciones interiores e internacionales. Cuanto más obstinada y peligrosa sea la resistencia del enemigo de clase vencido, más inevitablemente será la transformación del sistema en sistema de terror. (Trotsky, 2009, p. 147)

La expresión *transformación del sistema en sistema de terror*, podemos entenderla aquí a partir del análisis que Robin (2009) hace del régimen de Luis XIV y del pensamiento político del barón de Montesquieu, como la desconsideración del imperio de la ley y la obligación moral en cuanto medios para gobernar y mantener la cohesión social y en su lugar, disponer del empleo de una violencia cada vez más absoluta. Trotsky observa y comprende esta transformación como parte de una coyuntura en la cual el partido bolchevique, ahora a la cabeza del Estado, debe recurrir al terror como mecanismo para combatir la contrarrevolución *blanca*, con el fin de sostener su manejo sobre la esfera de la política.

De esta manera, el terror es el mecanismo que utiliza el Estado para sostener su control de la vida social-política de una sociedad, mientras el terrorismo refiere al asesinato político desarrollado por individuos o grupos con el objetivo de combatir o defenderse del terror de Estado cuando se trata de movimientos revolucionarios o con el objetivo de recuperar el control de la esfera de la política cuando se trata de movimientos contrarrevolucionarios.

Restringido de esta manera, es posible hacer dos lecturas respecto de lo dicho hasta el momento en este apartado. Si el terrorismo es un tipo de asesinato específico con fines políticos no es posible que dentro del Derecho Penal y el Derecho Internacional las grandes potencias lo utilicen a arbitrariamente para legitimar y justificar acciones de represión, control, vigilancia e intervención coactiva y coercitiva sobre su propia población o sobre otros Estados.

Por otro lado, existe una distancia conceptual importante entre terrorismo y terror, lo que permite diferenciar analíticamente al menos tres actores con objetivos distintos en el campo de la política: 1) El Estado, 2) los movimientos revolucionarios terroristas y 3) los movimientos contrarrevolucionarios terroristas. De esta manera, el primer actor no guarda ninguna relación con el concepto de terrorismo y demanda un análisis diferenciado, mientras el segundo y el tercero, aunque recurran a la misma estrategia o táctica política, los objetivos que la orientan son distintos; lo cual permite una mayor claridad conceptual a la hora de analizar una coyuntura política específica.

Ahora, resta una diferencia importante que será desarrollada en conjunto con otros elementos en el tercer y último apartado: cuando el segundo actor político define las acciones terroristas como estrategia o como táctica política.

Los límites y perjuicios de la acción terrorista para los movimientos revolucionarios

En este apartado desarrollaré tres de las críticas de Trotsky-Lenin al terrorismo en cuanto

estrategia política: 1) el efecto contraproducente que la acción terrorista genera sobre los movimientos revolucionarios por su carácter *aventurerista y espontaneísta*, 2) la subestimación de los grupos terroristas a las masas y la tarea de su organización y 3) la sensibilidad religiosa que el terrorismo expresa en el culto al héroe y al acto heroico.

Al menos dos frases permiten introducir y evidenciar desde el inicio de este apartado la distancia crítica de Trotsky respecto del terrorismo: “La tendencia marxista surgió en la lucha frontal contra el método terrorista individual” (Trotsky, 1977e, p. 48). y “Tengo las mismas posiciones que antes. Soy un revolucionario, no un terrorista” (Trotsky, 1977f, p. 52).

Mientras la primera genera una ruptura entre el marxismo como teoría de la práctica revolucionaria y el método terrorista, la segunda coloca a los terroristas como no-revolucionarios. La razón de esta ruptura se encuentra, en primer lugar, en el carácter *aventurerista y espontaneísta* del terrorismo, el cual se puede señalar en al menos dos sentidos: “Uno expresa la impaciencia revolucionaria de la vanguardia y desemboca en avances excesivamente precipitados; el otro expresa la desesperación política de la retaguardia que se queda atrás” (Trotsky, 1977, p. 260).

Sea por impaciencia de atacar o por la desesperación de haberse quedado atrás en la lucha, los grupos terroristas se caracterizan por efectuar un análisis coyuntural o un balance deficiente del escenario político en el que se desenvuelven, lo que los lleva a actuar de manera precipitada y desesperada si su objetivo es la derrota del régimen opositor.

Por esta misma razón es que Lenin (1970) ubica a los grupos terroristas rusos como *izquierdismo*, fenómeno generado por la inmadurez de muchos de los dirigentes del variopinto de tendencias comunistas constituidas en distintos países después de la Revolución de Octubre en relación directa con las presiones del capitalismo en contra de este tipo de organizaciones; al mismo tiempo que los compara también con el *economismo* (Lenin, 1961), pues ambos comparten este deficiente espontaneísmo político.

La incesante presión del capitalismo sobre los movimientos de resistencia y contestatarios

al régimen establecido degenera en ellos y sus direcciones la adopción de acciones cada vez más espontáneas y alejadas de los objetivos revolucionarios. Es esto lo que Lenin expresa en su diagnóstico del movimiento revolucionario europeo en ese momento histórico y es lo que nos permite comprender por qué en la actualidad incrementa la explosión de actos terroristas no sólo en países periféricos, sino también en los principales centros imperialistas del mundo, al mismo tiempo que las organizaciones de izquierdas decrecen y/o se debilitan en estos países, lo cual limita las posibilidades de sumar procesos de organización consiente de las masas populares.

Ante tal situación, la recurrencia por la acción espontánea del terrorista funge como mecanismo de venganza inmediata que, si bien, puede satisfacer la efervescencia emocional del momento, encuentra dificultades estructurales a la hora de intentar fracturar el sistema social de dominación económico-político al que se enfrenta. Si se mira con atención, ninguno de los actos terroristas cometidos los últimos años dentro o fuera de los países centrales del capitalismo o en Estados Unidos ha revertido la tendencia represiva de dichos Estados sobre el resto del mundo, ni mucho menos la lógica expansiva del capital; por el contrario, ha permitido intensificar la estrategia geopolítica contemporánea de éstos últimos basada en la intervención militar, las presiones diplomáticas y las sanciones económicas a través de los organismos internacionales.

En otras palabras, el que las condiciones objetivas en una determinada sociedad potencien la recurrencia, por parte de los grupos contestatarios, al uso de actos terroristas en contra del régimen vigente, no justifica las deficiencias programáticas y de conciencia (condiciones subjetivas) del movimiento; más bien, desafía a la construcción de tales condiciones en medio de la adversidad de las condiciones objetivas.

Lo anterior porque el terrorismo presenta un error estratégico no determinado por los propios terroristas: la respuesta de los sectores dominantes al acto terrorista. En la historia soviética, el ejemplo principal utilizado por Trotsky es el caso del asesinato de Serguéi Kirov en manos del militante de la juventud del Partido Comunista, Leonid Nikolaev:

El burócrata individual teme al terrorismo. La burocracia como casta aprovecha todo atentado terrorista. La URSS nos brinda el ejemplo más claro y horrible. A partir del asesinato de Kirov, la camarilla dominante fusiló a cientos de personas y envió a decenas de miles a la cárcel, el exilio o los campos de concentración. La lucha contra el terrorismo le sirve a la burocracia como pretexto para ahogar todo intento de oposición, todo pensamiento crítico en el país y sobre todo en el propio partido gobernante. (Trotsky, 1977e, p. 50)

Para los regímenes en el poder (sea el burocratismo socialista instalado como nuevo sector dominante una vez traicionada la revolución o para la burguesía capitalista), todo acto terrorista puede ser utilizado en beneficio del propio régimen como excusa y justificación para reforzar los procedimientos de securitización de la sociedad y la represión de las fuentes de oposición organizada, al amparo del clima de inseguridad que los actos terroristas generan. Tal como el propio Trotsky en otro de sus textos indica:

Pero el humo de la explosión se disipa, el pánico desaparece, un sucesor ocupa el lugar del ministro asesinado, la vida vuelve a sus viejos cauces, la rueda de la explotación capitalista gira como antes; sólo la represión policial se vuelve más salvaje y abierta. (Trotsky, 1975, p. 19)

Aunque el acto terrorista pueda ser efectivo respecto de su objetivo inmediato (el asesinato de una figura importante de la burocracia de un régimen político), se enfrenta rápidamente con la reorganización de la unidad política y la respuesta violenta de los aparatos represivos que contiene.

En el marco de la Guerra Global Preventiva contra el Terrorismo es precisamente esta reacción por parte de los Estados la que aparece una y otra vez, considerando por supuesto, las diferencias y alcances históricos entre la época en la que Trotsky-Lenin escriben y la actual, debido a la capacidad o magnitud con que las guerras contemporáneas se despliegan y la forma en como éstas, siguiendo la tesis de Schmitt (2014), buscan ser *la guerra última de la humanidad*, a partir de

las posibilidades tecnológicas que el desarrollo de la industria armamentística provee. Dicho en otras palabras, un acto terrorista hoy puede motivar el desencadenamiento de una guerra mundial... y efectivamente lo ha hecho.

Sucesos como la aprobación de la *PATRIOT Act* el 26 de octubre del 2001 y la posterior declaración de la Estrategia de Seguridad Nacional en el 2002 por parte del gobierno estadounidense como respuesta –legitimada– contra los actos terroristas del 11 de septiembre del 2001, han permitido a dicho gobierno violentar de manera ‘justificada’ los derechos civiles y políticos de su propia población y transgredir la soberanía de otros Estados considerados como terroristas o aliados del terrorismo.

Caso similar sucede con las medidas de cierre de fronteras y ascenso en la política partidaria de grupos ultraderechistas en Europa, quienes utilizan a su favor la ocurrencia de atentados terroristas en sus propios países para promoverse en la arena electoral bajo la promesa de seguridad nacional, por ende, de hipersecuritización de la vida social. Los ejemplos de esta dinámica son cuantiosos.

Un tercer caso nos coloca en un problema mayor sobre la funcionalidad política del terrorismo para los grupos dominantes. A primera vista (aparencialmente) resulta extraño observar que la gran mayoría de los actos terroristas cometidos los últimos años a lo interno de los Estados centrales del capitalismo occidental (Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos) se dirijan no contra figuras políticas, sino contra la población civil y tan solo unas horas después, los medios de comunicación de masas divulguen videos de ISIS reclamando como suyo dicho atentado (esto sin ninguna posibilidad de corroboración investigativa). Lo que no es extraño es que los gobiernos vigentes utilicen cada acto terrorista para motivar, publicitar y justificar el incremento en medidas de securitización interna y externa, así como su intervención en los conflictos armados internacionales. Tratemos lo aparencial mediante la reflexión que realiza Trotsky del problema:

¿Un acto terrorista? Es muy posible que el régimen que ha exterminado las mejores

cabezas del país, bajo el pretexto de la lucha contra el terrorismo, lo estimulará de nuevo. Puede decirse más todavía: si los bandidos gobernantes no levantan contra sí mismos terroristas desesperados y vengativos, este hecho iría en contra de las leyes históricas. (Trotsky, 1977g, p. 67)

Nuevamente, el terrorismo es útil para los intereses de los sectores dominantes. Si no son grupos contestatarios los que recurran a éste, los mismos sectores dominantes pueden constituir sus propios actos terroristas en contra de sí mismos, precisamente porque contribuye a legitimar acciones de extrema violencia en escenarios donde las contradicciones del sistema se han agudizado a niveles críticos.

Justificar una guerra interminable como la Guerra Global Preventiva contra el Terrorismo después de la experiencia de Vietnam, que tiene grandes costos en vidas de civiles y aumenta el rompimiento de núcleos familiares por las muertes de los y las soldados, y que no devuelve ningún tipo de satisfacción en la población civil, sino que por el contrario, la estanca en climas de crisis económica y repliegue de las reformas sociales obtenidas décadas atrás, demanda otro tipo de estrategias publicitarias: el sentimiento de inseguridad y el odio racial han sido las más efectivas los últimos años.

Autoproducidos por las clases dominantes o producidos por el deseo de venganza de grupos terroristas, los actos terroristas conllevan un elevado costo político para todas las formas de organización popular que luchan contra el orden económico-político establecido, porque el terrorismo es una herramienta susceptible de ser utilizada por los sectores dominantes. El resultado concreto de lo anteriormente dicho lo observaba Lenin en su texto *¿Por dónde empezar?* Permítaseme una cita extensa para evidenciar el punto:

En principio, jamás hemos renunciado ni podemos renunciar al terror [se refiere al terrorismo]. El terror es una acción militar que puede ser utilísima y hasta indispensable en cierto momento de la batalla, con cierto estado de las fuerzas y ciertas condiciones. Pero el quid de la cuestión está precisamente en que el terror se propugna ahora no como

una operación de un ejército en campaña, como una operación ligada de manera estrecha a todo el sistema de lucha y coordinada con él, sino como un medio de agresión individual, independiente y aislado de todo ejército. Y el terror no puede ser otra cosa cuando falta una organización revolucionaria central y son débiles las locales. Por eso declaramos categóricamente que tal medio de lucha en las circunstancias actuales no es oportuno ni adecuado; que aparta a los militantes más activos de su verdadero cometido, más importante desde el punto de vista de los intereses de todo el movimiento; que no desorganiza las fuerzas gubernamentales, sino las revolucionarias. (Lenin, 1973, pp. 195-196)

En medio de la coyuntura crítica, un acto terrorista se mueve bajo la lógica de suma cero: en la medida que suma a los grupos dominantes su reorganización después de la tragedia singular, desorganiza a los movimientos revolucionarios y de la sociedad civil en general mediante la disminución de los espacios de maniobra debido a la securitización de la vida social y la restricción de los derechos civiles y políticos; por lo que su afectación es en dos vías, lo cual vuelve al terrorismo doblemente perjudicial para las organizaciones populares.

De lo anterior se desprende una segunda crítica al terrorismo: su subestimación respecto de la organización de las masas:

Sólo la clase obrera consciente y organizada puede enviar una fuerte representación al parlamento para cuidar de los intereses proletarios. Sin embargo, para asesinar a un funcionario del gobierno no es necesario contar con las masas organizadas. La receta para fabricar explosivos es accesible a todo el mundo, y cualquiera puede conseguir una pistola. (Trotsky, 1975, p. 17)

Dos son los problemas centrales que esta crítica demarca: por un lado la reducción comprensiva del Estado burgués y del sistema de dominación en general a un conjunto de funcionarios burocráticos, y por otro lado, la reducción a la impotencia y el consecuente empequeñecimiento del papel de las masas en la creación de su propia consciencia, en la medida que su

participación se reduce a la espera del “gran vencedor y libertador que algún día vendrá a cumplir con su misión” (Trotsky, 1975, p. 18).

De esta manera, la lucha del terrorista se convierte en la aventura de un o unos pocos héroes vengadores que invierten todas sus energías y fuerzas creativas en la planificación de un acto o una serie de actos que, por su naturaleza, necesariamente deben ser herméticos, por tanto, excluyentes del “trabajo organizativo y de agitación entre las masas” (Trotsky, 1975a, p. 27), las cuales, en consecuencia, son reducidas a agentes pasivos que sólo deben esperar el ‘gran momento’. Aun cuando el propio Trotsky en su obra *Su moral y la nuestra*, extiende su apoyo a los grupos terroristas en su lucha contra los grupos opresores, señala con vehemencia que:

Sin embargo, lo que decide para nosotros no son los móviles subjetivos, sino la adecuación objetiva. ¿Ese medio puede conducir realmente al fin? En el caso del terror individual, la teoría y la experiencia atestiguan que no. Nosotros decimos al terrorista: Es imposible reemplazar a las masas; sólo dentro de un movimiento de masas podrás emplear útilmente tu heroísmo. (Trotsky, 2002, p. 22)

Los límites del terrorismo se evidencian en cuanto se define como *la estrategia a seguir*, porque necesariamente se excluye a sí misma del proceso más amplio de organización popular-revolucionaria de las masas, ya que su forma operativa, establecida como estrategia política, le impide dicha articulación.

Por el contrario, el terrorismo encuentra un espacio de utilidad dentro del movimiento de masas populares si es posicionado como una táctica según la coyuntura; es decir, el terrorismo al quedar contenido en el conjunto de la organización de las masas y configurarse como una acción entre distintas acciones políticas posibles, cambia cualitativamente su carácter, en la medida que: 1) deja de ser espontáneo, 2) surge de la propia organización de masas que valora su pertinencia y necesidad y 3) es reducido a táctica política a lo interno de una estrategia amplia de lucha popular-revolucionaria.

De ahí que, la crítica trotskista-leninista al terrorismo no es una crítica moral, sino ante todo una crítica político-estratégica. Cuando Trotsky (1977a) revisita los puntos contenidos en el manifiesto del Partido Comunista Búlgaro, encuentra que el rechazo al terrorismo desarrollado por ellos se encuentra fundamentado en una crítica de carácter moral, cuando en realidad, la crítica al terrorismo debe estar dirigida en contra del *aventurerismo* con que opera debido a las consecuencias que conlleva y, por tanto, configurarse como una crítica político-estratégica.

Finalmente, un tercer problema fundamental del terrorismo consiste en uno de sus supuestos teórico-prácticos: la personalidad excepcional. Lo anterior lo podemos identificar en el siguiente extracto:

El terrorismo individual es, en esencia, burocratismo al revés. Los marxistas no descubrieron ayer esta ley. El burocratismo no tiene confianza en las masas y trata de sustituirlas. El terrorismo funciona de la misma manera; quiere hacer felices a las masas sin pedirles su participación. La burocracia stalinista creó un vil culto a la personalidad, atribuyéndoles a los líderes cualidades divinas. El culto al héroe es también la religión del terrorismo, sólo que de signo opuesto. (Trotsky, 1977c, p. 183)

El comentario de Trotsky alerta aquí en dos sentidos. El primero de ellos complementa la crítica a la facilidad con que el terrorismo puede ser utilizado como capital simbólico de los grupos dominantes señalada por Lenin, puesto que, ambos comparten el culto por la personalidad excepcional.

Ahora bien, aunque Trotsky sitúa su crítica específicamente contra el burocratismo soviético, el ideograma de la personalidad excepcional no es propiedad exclusiva de este tipo de formación política-económica, pues también podemos apreciar la exaltación que los Estados capitalistas hacen de sus propias figuras individuales: Barack Obama, Donald Trump, Ángela Merkel, Erdogan, permitiendo con ello reducir-encubrir el campo de la política a determinados individuos

excepcionales, como señala Gallardo (1985), para reproducir con ello análisis y posiciones sesgadas.

De ahí que, cabe señalar que el terrorismo poseería un vínculo fundamental con la forma de hacer-pensar la política que propagan y reproducen los grupos dominantes respecto del campo de la política en la medida que ésta se encuentre reducida estereotipadamente a la lucha entre individuos excepcionales.

En segundo lugar, esta reducción se encuentra impregnada de una mística religiosa que intercambia la reflexión política por el *culto al héroe*, a esta nueva personalidad con cualidades cuasi-divinas que toma el lugar de la reflexión política (instituciones, actores, relaciones de fuerza, escenarios de lucha, etc.), transformando por ende la actitud reflexiva en una irreflexiva.

En otras palabras, si en el quehacer político la consciencia y la reflexión teórica de las masas desempeñan para Trotsky y Lenin un papel central, para los terroristas el culto al héroe y a sus capacidades sobredimensionadas ocupa esta dimensión de la lucha y la dirección de ésta.

Más que pensar que existe articulación fuerte entre ciertos tipos de religión o códigos morales y valorativos y las prácticas terroristas, como los *think tanks* del gobierno estadounidense han pretendido, la tesis expuesta apela a los alcances limitados de la acción de un individuo o un reducido grupo de individuos que, a través de un acto heroico, pretenden motivar un despertar espontáneo de las masas (*propaganda por el hecho*). Para que las masas construyan una revolución es necesario un amplio trabajo educativo y organizativo que el terrorismo no puede brindar cuando toma el papel principal y estratégico de la acción política. Tal como señala Trotsky: “Nuestra respuesta era: el fin que buscamos con nuestra crítica es precisamente arrancar a los héroes revolucionarios del terrorismo individual para llevarlos a la senda de la lucha de masas” (Trotsky, 1977b, p. 50).

Hoy más que nunca, en la encrucijada planetaria en la que el sistema capitalista coloca a la humanidad entera (guerras mundiales, colapso ambiental, miseria), la articulación de los movimientos sociales por todo el mundo resulta imperativa y la orientación que una teoría revolucionaria como la de Lenin y Trotsky, basada

en Marx y Engels, resultará necesaria para evitar caer en actos innecesarios, contraproducentes y espontáneos, aunque muchas veces, las condiciones objetivas en las que se lucha empujen a éstos.

En el escenario contemporáneo –donde grupos terroristas fundamentalistas que atentan contra la vida de una parte de la población civil, pero que al mismo tiempo, han podido sostener (en conjunto con otros factores) una guerra prolongada con los ejércitos de los países centrales del capitalismo gracias al apoyo de amplios sectores populares locales o internacionales que se adhieren a sus filas–, es necesario producir una reavivación de la teoría marxista inspirada en Lenin y Trotsky para reorganizar a las masas populares en un auténtico proyecto social revolucionario, consciente y crítico del marco de la crisis actual que promete ser fulminante si no se hace algo para contrarrestarla y transformarla radicalmente.

Conclusiones

Si bien Lenin y Trotsky desarrollaron la mayor parte de su obra hace un siglo, su crítica al terrorismo mantiene vigencia y actualidad en distintos campos de abordaje sobre esta cuestión: política, socio-histórica, conceptual-jurídica, etc. Sin embargo el desafío actual es mayor al de su época, pues no se trata sólo de una crítica a los grupos terroristas y los perjuicios que el terrorismo acarrea para los movimientos revolucionarios que luchan por tomar o sostener el poder político en un país; sino, de reenfocar y repensar las formas de hacer política en una época donde los movimientos revolucionarios basados en el marxismo han disminuido radicalmente al mismo tiempo que el capitalismo ha entrado en su etapa más salvaje y posiblemente terminal y utiliza al terrorismo como enemigo planetario para justificar y legitimar una guerra mundial.

Es ante esta coyuntura que este trabajo mostró cómo la crítica trotskista-leninista ofrece insumos para criticar socio-históricamente la estrategia geopolítica de los países centrales del capitalismo occidental y comprender por qué en distintas partes del orbe surgen grupos terroristas. Pensar el terrorismo hoy, demanda al menos

abordar estas dos dimensiones del problema, para justificar la pertinencia y necesidad de una práctica política auténticamente revolucionaria producida por el conjunto de movimientos populares de todo el mundo para enfrentar el despliegue militar de estos países y la potencial debacle civilizatoria a la cual el capitalismo, como sistema de dominación, conduce a la humanidad.

Nota

1. Al respecto puede revisarse el trabajo de mi autoría *Terror de Estado y Guerra Global contra el Terrorismo. Explicación sobre el origen y la constitución de leyes antiterroristas en Centroamérica entre el 2001 y el 2015*. Ensayo para optar por el grado de magíster en Estudios Latinoamericanos con énfasis en Cultura y Desarrollo, año 2016.

Bibliografía

- Gallardo, H. (1985). *Elementos de Política para América Latina*. San José: Departamento Ecueménico de Investigaciones.
- Lenin, V. (1961). *¿Qué hacer?*. En: Lenin, V. (117-278). Obras Escogidas. Tomo I. Moscú: Progreso.
- . (1970). *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*. En: Lenin, V. (349-434). Obras Escogidas. Tomo III. Moscú: Progreso.
- . (1973). *¿Por dónde empezar?*. En: Lenin, V. (195-198). Obras. Tomo XII. Moscú: Progreso.
- Robin, C. (2009). *El miedo. Historia de una idea política*. Ciudad de México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Schmitt, C. (2014). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.
- Trotsky, L. (1975). *La posición marxista acerca del terrorismo individual*. En: Trotsky, L. (15-21). *Contra el terrorismo*. Buenos Aires: Pluma.
- . (1975a). *La bancarrota del terrorismo*. En: Trotsky, L. (23-28). *Contra el terrorismo*. Buenos Aires: Pluma.
- . (1977). *Un crujido en el aparato. Una divulgación popular de derecha e izquierda*. En: Trotsky, L. (243-271). Escritos. Tomo I. 1929-1930. Volumen 3. Bogotá: Pluma.
- . (1977a). *Dudas y objeciones sobre el manifiesto búlgaro*. En: Trotsky, L. (108-111). Escritos. Tomo II. 1930-1931. Volumen 1. Bogotá: Pluma.
- . (1977b). *El derrumbe del Partido Comunista Alemán y las tareas de la Oposición*. En: Trotsky, L. (36-50). Escritos. Tomo IV. 1932-1933. Volumen 2. Bogotá: Pluma.
- . (1977c). *La burocracia stalinista y el asesinato de Kirov*. En: Trotsky, L. (165). Escritos. Tomo VI. 1934-1935. Volumen 1. Bogotá: Pluma.
- . (1977d). *¿Adónde conduce a la URSS la burocracia de Stalin?*. En: Trotsky, L. (233-246). Escritos. Tomo VI. 1934-1935. Volumen 1. Bogotá: Pluma.
- . (1977e). *Terror individual y terror de masas*. En: Trotsky, L. (47-51). Escritos. Tomo VII. 1935-1936. Volumen 3. Bogotá: Pluma.
- . (1977f). *Un revolucionario, no un terrorista*. En: Trotsky, L. (52-58). Escritos. Tomo VII. 1935-1936. Volumen 3. Bogotá: Pluma.
- . (1977g). *El Caín-Dshugashvili va hasta el fin*. En: Trotsky, L. (65-67). Escritos. Tomo IX. 1937-1938. Volumen 2. Bogotá: Pluma.
- . (2002). *Su moral y la nuestra*. Recuperado (27 de abril del 2017). Fuente: <http://diskokosmiko.mx/action/SearchFiles>.
- . (2009). *Terrorismo y comunismo*. Madrid: Akal.
- Omar S. Herrera Rodríguez.** Docente, Universidad de Costa Rica. Bachiller en Filosofía, Máster en Estudios Latinoamericanos. omsahero@gmail.com, omar.herrera@ucr.ac.cr

Recibido: 1 de agosto de 2018

Aceptado: 8 de agosto de 2018

Kevin Murphy y Daniel Gaido

De la dictadura democrática a la dictadura del proletariado: El debate en el Partido Bolchevique sobre las “Tesis de abril” de Lenin

Resumen: *A principios de abril de 1917, Lenin asombró tanto a sus amigos como a sus enemigos cuando, después de llegar a la estación Finlandia, leyó su tesis defendiendo la transición de la Revolución rusa de su primera etapa burguesa a una segunda etapa durante la cual el poder se transferiría a manos del proletariado. Esta nueva política iba en contra de la perspectiva política de lo que Lenin llamaba ahora el ‘viejo bolchevismo’ (la cual, a pesar de rechazar un frente común con la burguesía y abogar por una alianza del proletariado y el campesinado, limitaba la revolución a la consecución de metas democrático-burguesas) y señaló su acercamiento a la perspectiva de la revolución permanente bosquejada por primera vez por Trotsky y otros pensadores marxistas durante la revolución de 1905. Este rearme del Partido Bolchevique dio lugar a furiosas polémicas en sus filas en abril de 1917 y a un giro brusco en sus políticas, que documentamos en el presente artículo.*

Palabras clave: *Revolución rusa. ‘Tesis de Abril’. Lenin. Kamenev. Stalin. Pravda. Partido Bolchevique.*

Abstract: *In early April 1917 Lenin astonished both friends and foes when, after arriving at the Finland station, he read his thesis advocating the transition of the Russian Revolution from its first, bourgeois stage, to a second stage during which power*

would be transferred into the hands of the proletariat. This new policy went counter to the political perspective of what Lenin called ‘old Bolshevism’—which, while rejecting a common front with the bourgeoisie and advocating an alliance of the proletariat and the peasantry, nevertheless limited the revolution to the attainment of bourgeois-democratic goals—and signaled his approach to the perspective of permanent revolution first outlined by Trotsky and a number of Marxist thinkers during the revolution of 1905. This rearming of the Bolshevik Party gave rise to furious polemics in its ranks in April 1917 and to a sharp turn in its policies, which we document in the present article.

Keywords: *Russian Revolution. Lenin’s “April Theses”. Kamenev. Stalin. Pravda. Bolshevik Party.*

Introducción

El documento *Las tareas del proletariado en la revolución actual* fue leído por Lenin ante una audiencia atónita de delegados bolcheviques y mencheviques a los soviets el 4 de abril de 1917.¹ También conocido como las *Tesis de abril*, este documento representa una ruptura fundamental con la perspectiva estratégica de lo que Lenin llamó el ‘viejo bolchevismo’, ruptura derivada de la experiencia de la revolución de 1905 y sintetizada en la fórmula ‘dictadura democrática

del proletariado y del campesinado'.² Las *Tesis de abril*, por lo tanto jugaron un papel fundamental en la determinación del carácter socialista de la Revolución rusa, asegurando su supervivencia más allá de su primera etapa inestable de poder dual. También dieron lugar a un furioso debate en las filas del Partido Bolchevique, que documentaremos en el presente artículo, pero para ello debemos analizar primero la dinámica de clase de la Revolución rusa y los debates sobre la teoría de la revolución permanente a la que ésta dio origen desde la revolución de 1905.

La Revolución rusa de 1905 y la perspectiva estratégica del 'viejo bolchevismo'

La Revolución rusa de 1905 fue una lección viva de dialéctica: creó los primeros soviets en un país donde la servidumbre había sido abolida apenas medio siglo antes y donde, por lo tanto, la transición del feudalismo al capitalismo apenas había sido completada, y forzó a un autócrata a conceder libertades democráticas mediante una huelga general política en octubre de 1905. Esta combinación de rasgos democrático-burgueses y obrero-socialistas y dio lugar a un debate internacional sobre la teoría de la revolución permanente. En su artículo *La Revolución rusa* del 20 de diciembre de 1905, Rosa Luxemburg, una participante en los acontecimientos revolucionarios (fue encarcelada en Varsovia por su papel en la Revolución polaca), escribió lo siguiente sobre el carácter dual de la Revolución rusa:

La revolución actual en nuestro país, así como en el resto del reino zarista, tiene un carácter dual. Por sus objetivos inmediatos, es una revolución *burguesa*. Su objetivo es la introducción de la libertad política en el Estado zarista, la república y el orden parlamentario que, con el dominio del capital sobre el trabajo asalariado, no son más que una forma avanzada del Estado burgués, una forma de dominio de clase de la burguesía sobre el proletariado. Pero en Rusia y en Polonia esta revolución burguesa no fue llevada a cabo por la burguesía, como lo fue antes en Alemania y Francia, sino

por la clase obrera, y además por una clase obrera que está en alto grado consciente de sus intereses de clase; una clase obrera que no ha conquistado la libertad política para la burguesía sino que, por el contrario, tiene como objetivo facilitar su propia lucha contra la burguesía con el objetivo de acelerar el triunfo del socialismo. Por esa razón, la revolución actual es al mismo tiempo una revolución *obrera*. Por lo tanto, la lucha contra el absolutismo en esta revolución debe ir de la mano con la lucha contra el capital, contra la explotación. (Luxemburg, 1905, p. 556, citado en Day y Gaido, 2009, pp. 521-522)

En otras palabras, Luxemburgo argumentó que lo que estaba ocurriendo en Rusia era una doble revolución que simultáneamente completaría la serie de las revoluciones burguesas y comenzaría un nuevo ciclo de revoluciones proletarias que conducirían al triunfo internacional del socialismo. El carácter dual de la revolución permanente en términos de completar un proyecto histórico y comenzar otro es un concepto que debemos retener para comprender los debates que las *Tesis de abril* de Lenin suscitaron en el Partido Bolchevique en 1917.

El estallido de la revolución de 1905 encontró al Partido Obrero Social Demócrata de Rusia (POS DR) dividido en dos tendencias principales—no, sin embargo, por su programa (ambas alas del partido aceptaban el programa aprobado por el congreso de 1903 en el que tuvo lugar la escisión) sino por lo que Lenin llamó el “oportunismo en problemas de organización” de los mencheviques (Lenin, 1904, p. 407). Ambas tendencias inicialmente aceptaron el análisis de la próxima revolución como una democracia burguesa democrática—una revolución burguesa en la que sin embargo (a diferencia de la revolución burguesa modelo, la Revolución francesa de fines del siglo XVIII) la clase obrera aparecería como sujeto revolucionario consciente, organizado en un Partido separado que lucharía por sus propios objetivos de clase.

Sólo después de la Revolución rusa de 1905 la división entre bolcheviques y mencheviques, que inicialmente giró en torno a cuestiones organizativas, adquirió una base programática. Mientras que los mencheviques se aferraron a la idea de que el futuro de la revolución democrática

dependía de una alianza entre el proletariado y la burguesía, para Lenin el objetivo de la revolución era crear las mejores condiciones posibles para el desarrollo del capitalismo, y su problema central era la cuestión agraria. Pero por miedo a la lucha de masas, los capitalistas (que en medio de una revolución supuestamente burguesa habían organizado un *lock-out* patronal contra los trabajadores en huelga después de que el Soviet de San Petersburgo introdujera la jornada de ocho horas) estaban dispuestos a llegar a un compromiso con los terratenientes y el zar, que daría lugar a un lento y doloroso desarrollo del capitalismo ruso según el modelo prusiano.

Lenin argumentaba que la Revolución rusa sólo podía triunfar por medio de una alianza entre el proletariado y el campesinado y que, por lo tanto, se vería obligada a hacer incursiones más serias en la propiedad privada que las revoluciones burguesas clásicas. Estas dos clases, al tomar el poder, establecerían una “dictadura democrática”³ conjunta y proclamarían la república, la jornada laboral de ocho horas y la reforma agraria más radical (incluyendo la *nacionalización de la tierra*, una reforma compatible con el capitalismo), lo que permitiría a Rusia embarcarse en lo que Lenin llamó “la vía norteamericana de desarrollo burgués” (Lenin, 1915c). Lenin esperaba que la nacionalización de la tierra liberara a los campesinos de la explotación de los terratenientes pero, hasta que no triunfara una revolución socialista en Occidente, la Revolución rusa no llevaría a cabo una nacionalización a gran escala de todos los medios de producción.

Por ejemplo, al comentar la Resolución del Tercer Congreso del POSDR sobre un Gobierno Revolucionario Provisional, Lenin argumentó que

[...] al fijar como tarea del gobierno provisional revolucionario la aplicación del programa mínimo, la resolución descarta las absurdas ideas semianarquistas de realizar en seguida el programa máximo y de conquistar el poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente

ligada a la anterior), hacen imposible la inmediata y absoluta liberación de la clase obrera. (Lenin, 1905a, p. 24)

En la atmósfera estimulante de la época, Lenin ocasionalmente hizo otras declaraciones que iban más allá de ese esquema. Por ejemplo, en septiembre de 1905, comentó:

[...] de la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con conciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad de camino. (Lenin, 1905b, pp. 232)

Pero tales comentarios eran arrebatos de entusiasmo que contradecían las declaraciones oficiales de la política bolchevique, tal como fue desarrollada en los escritos posteriores de Lenin. A lo sumo, Lenin estaba dispuesto a admitir que la Revolución rusa podría adquirir un carácter socialista tras el estallido de las revoluciones socialistas en Occidente.

En ese momento, ciertas tendencias, tanto dentro de la Socialdemocracia rusa como de la Segunda Internacional, ya comenzaron a ir más allá del análisis de Lenin y a plantear la perspectiva de que la Revolución rusa emprendiera un proceso de revolución permanente, combinando tareas democráticas y socialistas, una perspectiva que Lenin adoptó sólo en abril de 1917. Esta tendencia política encontró su expresión programática más elaborada en el libro *Resultados y perspectivas* escrito por León Trotsky a comienzos de 1906. Por lo tanto Lenin adoptó una posición intermedia entre Plejánov y Trotsky, basada en la idea de que la clase obrera no podía imponer su programa al campesinado en el gobierno revolucionario conjunto de ambas clases debido al carácter abrumadoramente campesino de la sociedad rusa.⁴ Ese fue el punto de vista estratégico de lo que Lenin llamó en 1917 el ‘viejo bolchevismo’, una estrategia a la que sus oponentes dentro del Partido Bolchevique adherían, pero que el propio Lenin corrigió a la luz de los resultados de la Revolución rusa de febrero de 1917.

La revolución de febrero, el régimen de doble poder y los bolcheviques de Petrogrado

Después de la revolución de febrero,⁵ que dio lugar a la abdicación del zar Nicolás II, los soviets, bajo la dirección de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, cedieron el poder a un Gobierno Provisional burgués, no elegido, embarcado en la continuación de la guerra imperialista y en el aplazamiento de la reforma agraria hasta la elección de la Asamblea Constituyente –cuya fecha de elección fue a su vez pospuesta indefinidamente. Sin embargo, esos mismos soviets habían ordenado la elección de comités de soldados en el ejército y les habían dado instrucciones de desobedecer las órdenes de los oficiales que se opusieran a los decretos emitidos por el Soviet de Diputados de Trabajadores y de Soldados,⁶ dando así lugar a la estructura inestable del *poder dual*, signada por crisis gubernamentales regulares.

Basándose en la experiencia de 1905, los bolcheviques –y todos los partidos políticos– habían presupuesto una prolongada lucha contra el zarismo. El Soviet de San Petersburgo de 1905 se había creado después de ocho meses de revolución y esta experiencia había determinado la posición de Lenin. En 1905, Lenin tuvo que librar una batalla para superar el sectarismo de muchos miembros del Partido Bolchevique hacia los Soviets, argumentando que representaban ‘el embrión de un gobierno provisional revolucionario’. Sin embargo, esta formulación no fue resaltada después de 1905. La única mención de los Soviets por Lenin durante la guerra aparece en una crítica al Comité de Petersburgo por levantar prematuramente el eslogan de crear Soviets durante la ola de huelgas de finales del verano de 1915. Para Lenin, “los Soviets de diputados obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como los órganos de la insurrección, como los órganos del poder revolucionario” y la demanda de su creación debía plantearse “en relación con el desarrollo de la huelga política de masas y la insurrección” (Lenin, 1915a, p. 33).

El ritmo vertiginoso de los acontecimientos durante la revolución de febrero volvió rápidamente

obsoletas a las fórmulas del ‘viejo bolchevismo’. En un manifiesto publicado el 27 de febrero, los bolcheviques de Petrogrado exigieron la creación de un Gobierno Revolucionario Provisional de acuerdo con el viejo postulado bolchevique, sin prever la nueva realidad del régimen de doble poder.⁷ La nota dominante entre los bolcheviques en la capital era, pues, de confusión. Tomado por sorpresa por las acciones de las mujeres trabajadoras que iniciaron la revolución, llamando a la creación de comités revolucionarios bajo la dirección de los bolcheviques en momentos en que el eslogan de recrear el Soviet estaba siendo abrazado por las masas, el Buró Ruso del Comité Central del POSDR(b), encabezado por Alexander Shliapnikov, Peter Zalutsky y Vyacheslav Molotov, fue a remolque de los acontecimientos (Hasegawa, 2017, p. 322). El primer llamado bolchevique a la creación del Soviet, para ser convocado en la estación Finlandia en Viborg, fue emitido por los miembros del partido en el barrio obrero de Viborg, también el 27 de febrero. Sin embargo, ésta fue una respuesta tardía e infructuosa a la iniciativa menchevique para que el Soviet se reuniera en la sede de la Duma, el Palacio Táuride, ese mismo día (Hasegawa, 2017, pp. 332-333).

En la primera sesión del Soviet de Petrogrado, celebrada el 27 de febrero, Shliapnikov argumentó que los dos representantes oficiales del Soviet en el Comité Provisional de la Duma Estatal, embrión del futuro Gobierno Provisional, Kerenski y Chjeidze, velarían por las actividades del Comité de la Duma para que ésta no ‘se comprometiera con los restos de zarismo a espaldas de la gente que había defendido la revolución’. Hasegawa señala que

[...] en esta decisión se puede ver la génesis de la actitud básica del Soviet hacia el Comité de la Duma, y eventualmente hacia el Gobierno Provisional. La conclusión era que del Comité de la Duma surgiría un poder gubernamental, mientras que el Soviet se limitaría a ejercer presión sobre el Comité de la Duma para asegurarse de que éste no se desviara del curso de acción previsto. (Hasegawa, 2017, p. 347)

El intento de aplicar las anticuadas fórmulas del ‘viejo bolchevismo’ produjo gran confusión dentro de las organizaciones bolcheviques locales, muchas de los cuales apoyaron la nueva línea de Stalin y Kamenev. Por ejemplo, el periódico bolchevique de Járkov argumentó que “hasta que la democracia alemana tome el poder en sus manos, nuestro ejército debe ponerse de pie como una pared de acero armada de pies a cabeza contra el militarismo prusiano”, y el periódico bolchevique de Moscú escribió: “Hasta que no se haya logrado la paz, no arrojamos nuestras armas” (Сидоров *et al.*, 1957, pp. 520, 528). Actitudes similares fueron adoptadas por muchas organizaciones locales, como Krasnoiarsk y Járkov. Los bolcheviques de Bakú incluso se unieron al gobierno provisional local (Suny, 1972, pp. 72-75).

En el otro extremo del espectro bolchevique, el Comité de Distrito de Víborg, reunido el 1 de marzo, aprobó una resolución que pedía la formación inmediata de un gobierno revolucionario provisional de los trabajadores y soldados insurgentes, y la proclamación del Soviet de Petrogrado como gobierno revolucionario provisional. A esta iniciativa se opusieron tanto al Buró Ruso del Comité Central del POSDR(b) como el Comité de Petersburgo, alegando que el peligro más grave para la revolución era todavía la posibilidad de la restauración del zarismo y que, desde el punto de vista, objetivo el Gobierno Provisional estaba ayudando a los trabajadores a destruir el poder zarista. De esta manera, ambos órganos del Partido Bolchevique fueron incapaces de ofrecer una alternativa a la política del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, dirigido por los mencheviques y socialistas revolucionarios (Hasegawa, 2017, pp. 583-584).⁸

El Gobierno Provisional y la Guerra

La cuestión que eclipsó todas las demás cuestiones en 1917 fue la guerra —para febrero de 1917 Rusia ya había acumulado más de un millón de muertos. Un año antes del estallido de la revolución de febrero, Lenin ya había advertido contra el peligro del defensismo en caso de que estallara una revuelta contra el zar. En una colección de

artículos titulada *La Internacional y la Guerra*, Martov había declarado que “si la crisis actual condujera a la victoria de una revolución democrática, de una república, el carácter de la guerra cambiaría radicalmente”. Para Lenin, esto era una “mentira desvergonzada”, porque Martov sabía que “una revolución democrática y una república significan una revolución democrático-burguesa y una república democrático-burguesa”. Lenin advirtió en diciembre de 1915 que el carácter de la guerra “entre las grandes potencias burguesas o imperialistas” no cambiaría en lo más mínimo si “en una de estas potencias fuese barrida rápidamente el imperialismo militar-absolutista y feudal”, porque “no por eso habría desaparecido el imperialismo puramente burgués, sino que se habría fortalecido” (Lenin, 1915b, pp. 68-69). Pero esta advertencia profética fue ignorada. El cambio repentino de la autocracia zarista a una república democrática de facto convirtió a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios en defensores.

El cambio político en Rusia fue recibido con alegría por la burguesía imperialista. El 20 de marzo de 1917, el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson (quien poco después, el 2 de abril, se presentó ante una sesión conjunta del Congreso para buscar una Declaración de Guerra contra Alemania a fin de que el mundo “se volviera seguro para la democracia”), llegó a la conclusión de que “la revolución contra la autocracia había tenido éxito”, y su administración expresó su entusiasmo apresurándose a ser el primer estado en reconocer al nuevo gobierno. En una reunión del gabinete el 23 de marzo, Wilson, un ex-profesor de historia, dijo con una sonrisa que el Gobierno Provisional “debía ser bueno”, porque tenía a “un profesor” -Miliukov- “a la cabeza” (Foglesong, 1991, p. 50).

Incluso el posterior derrocamiento de Miliukov en el primer gobierno de coalición, un producto de la crisis de abril (véase más adelante), no fue en absoluto mal recibido por las potencias imperialistas. El líder del partido kadete (demócratas constitucionalistas, el principal partido de la burguesía), Pavel Miliukov, el primer ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Provisional, era un imperialista ruso que no sólo irritaba a las tropas rusas y, por lo tanto, debilitaba los esfuerzos

militares de la Entente, sino que insistía en que Rusia consiguiera Constantinopla y los Estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. Esto colocaba a Rusia en una posición en la que inevitablemente chocaría con los intereses británicos en el Mediterráneo y el Cercano Oriente, mientras que los dirigentes socialistas revolucionarios y mencheviques estaban mucho más dispuestos a ceder ante las demandas territoriales del imperialismo británico y francés. Ya el 10 de abril George Buchanan, el embajador británico en Rusia, había sondeado a Kerenski y Tereshchenko para determinar sus opiniones, encontrándolos eminentemente satisfactorios, y el socialista francés Albert Thomas, el primer ministro de Armamento de la Tercera República Francesa durante la Primera Guerra Mundial, que había sido enviado a Rusia para hacer propaganda chovinista ante la clase obrera, ayudó a facilitar la salida del líder kadete (Radkey, 1958, p. 178). Al mismo tiempo, las potencias de Entente insistían en la inclusión de los kadetes en el gobierno, y por una buena razón: “Lo que buscaban era la protección de sus préstamos y un flujo continuo de carne de cañón hacia el Frente Oriental, propósitos que se podían lograr mejor manteniendo a los kadetes en los centros del poder” (Radkey, 1958, p. 470).

Esta connivencia con el imperialismo hacia inútiles todos los gestos destinados a infundir en el esfuerzo de la guerra de la Entente un espíritu democrático, tales como el ‘Manifiesto de paz’ del Soviet (ver más abajo). Pero la marea chovinista no dejó de tener efecto en el Partido Bolchevique, como veremos de inmediato.

El *Pravda* de Stalin y Kamenev

A mediados de marzo, Kamenev, Stalin, y M.K. Muranov, se hicieron con el control del órgano central del Partido Bolchevique, *Pravda*. Comenzando con la edición del 14 de marzo, el órgano bolchevique giró bruscamente hacia la derecha (Rabinowitch, 1968, p. 36). Numerosos testigos contemporáneos confirman este viraje, incluyendo Shliapnikov:

El día de la aparición del primer número del “*Pravda reformado*”, el 14 de marzo, fue

un día de triunfo para los defensistas. Todo el Palacio Táuride, desde los miembros del Comité de la Duma hasta el Comité Ejecutivo [del Soviet de Petrogrado], el corazón mismo de la democracia revolucionaria, resonaba con una noticia: la victoria de los bolcheviques moderados y razonables sobre los extremistas. En el Comité Ejecutivo mismo nos encontramos con sonrisas venenosas. Fue la primera y única vez que *Pravda* ganó el elogio de los “defensistas” de la peor especie. En las fábricas, dicho número de *Pravda* [No. 8] produjo estupor entre los adherentes a nuestro partido y sus simpatizantes, y la satisfacción malévola de nuestros enemigos. En el Comité de Petersburgo, en el Buró del Comité Central y en la redacción de *Pravda* se recibieron muchas preguntas. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué nuestro periódico había abandonado la política bolchevique para seguir la de los defensistas? Pero el Comité de Petrogrado fue tomado por sorpresa, al igual que toda la organización, por el golpe de Estado, y se mostró profundamente disgustado, acusando al Buró del Comité Central. La indignación en los suburbios de los trabajadores era muy fuerte, y cuando los proletarios se enteraron de que tres ex-editores de *Pravda*, recién llegados de Siberia, había tomado posesión del Buró del Comité Central, se exigió su expulsión del partido. (Шляпников, 1992, p. 451)⁹

El primer editorial de *Pravda* escrito por Kamenev después de la revolución de febrero, titulado *El Gobierno Provisional y la Socialdemocracia revolucionaria* y publicado en *Pravda* N° 8 el 14 de marzo, fijó la línea de que los bolcheviques deberían tratar de “controlar” el Gobierno Provisional a través del Soviet en lugar de derrocarlo:

Y nosotros, los socialdemócratas revolucionarios, ni siquiera tenemos que decir que, en la medida en que el Gobierno Provisional realmente luche contra los restos del antiguo régimen, en tal medida recibirá el decidido apoyo del proletariado revolucionario. Siempre y en todas partes, donde el Gobierno Provisional, obediente a la democracia revolucionaria representada en los Soviets de los Diputados de Trabajadores

y Soldados, frente a la reacción o a la contrarrevolución, el proletariado revolucionario debe estar dispuesto a apoyarlo. Pero este es un apoyo a la causa, no a las personas, un apoyo no a la composición del Gobierno Provisional, sino a las medidas objetivas y revolucionarias que éste se ve obligado a tomar y en la medida en que realmente las toma.

Por lo tanto, nuestro apoyo no debe en modo alguno aprisionarnos. Con la misma decisión con la que apoyamos la eliminación final del antiguo régimen y de la monarquía, la implementación de las libertades, etc., criticaremos y expondremos con toda firmeza cualquier incoherencia del Gobierno Provisional, cualquier desviación de la lucha resuelta, cualquier intento de atar las manos del pueblo o de apagar el furioso fuego revolucionario.

Hacemos un llamamiento a la democracia revolucionaria dirigida por el proletariado para ejercer el control más implacable sobre todas las acciones del poder, tanto en el centro como en las provincias...

La consigna del momento sigue siendo: la organización de las fuerzas del proletariado, la consolidación de las fuerzas del proletariado, el campesinado y el ejército en los Soviets de Diputados, la desconfianza absoluta ante todas las promesas liberales, el control más estricto de la implementación de nuestras demandas, y un firme apoyo a cada medida que conduzca a la eliminación de todos los restos del régimen zarista-terrateniente. (Каме́нев, 1917a)

Un ejemplo destacado de la nueva línea 'defensista' mencionada por Shliapnikov es el artículo de Kamenev *Sin diplomacia secreta*, publicado en *Pravda* N° 9 el 15 de marzo, donde entre otras cosas se lee:

Cuando un ejército se opone a otro ejército, la política más ridícula sería sugerir a uno de ellos que deponga las armas y se vaya

a casa. Esta política no sería una política de paz, sino una política de esclavitud, una política que el pueblo libre rechazaría indignado. No, se mantendrá firme en su puesto, respondiendo a las balas con balas y a los obuses con obuses. Esto es inmutable.

Un soldado revolucionario y un oficial que derrocaron el yugo del zarismo no dejarán las trincheras para despejar su lugar a un soldado alemán o austríaco y a un oficial que aún no han encontrado el coraje para derrocar el yugo de su propio gobierno. ¡No debemos permitir ninguna desorganización de las fuerzas militares de la revolución! La guerra debe terminar de manera organizada, por un tratado entre los pueblos liberados, y no por la voluntad del vecino conquistador e imperialista. (Каме́нев, 1917b)

Siguiendo la línea de ejercer presión sobre el Gobierno Provisional, Kamenev sugirió que éste debería renunciar a las anexiones, lo que implicaba que un gobierno burgués podía de alguna manera dejar de ser imperialista:

Pero el pueblo liberado tiene el derecho de saber por qué está luchando, tiene el derecho de determinar sus propios objetivos y tareas en una guerra que no ha comenzado. Debe declarar abiertamente no sólo a sus amigos, sino también a sus enemigos, que no aspira a conquistas ni a anexiones de tierras extranjeras, y que ofrece a cada nacionalidad el derecho de decidir cómo organizar su destino. (Каме́нев, 1917b)

Y Kamenev cerró su artículo con estas palabras, sorprendentes en boca de un bolchevique:

Nuestra consigna no es la desorganización del ejército revolucionario y revolucionado, ni la frase vacía "Abajo la guerra". Nuestra consigna es: ejercer presión sobre el Gobierno Provisional para obligarlo abiertamente, ante toda la democracia mundial, a intentar de inmediato convencer a todos los países beligerantes para que inicien de inmediato negociaciones sobre la manera de poner fin a la guerra mundial.

Hasta entonces, todo el mundo permanece en su puesto militar. Por lo tanto, acogiendo con agrado el ya mencionado llamamiento del Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados a los “Pueblos de todo el mundo”, vemos en él sólo el comienzo de una campaña amplia y decidida para el triunfo de la paz y el cese del derramamiento de sangre en el mundo. (Каме́нев, 1917b)

De manera similar, en el artículo *Acerca de la guerra*, publicado en Pravda N° 10 del 16 de marzo, Stalin rechazó “el mero eslogan ‘¡Abajo la guerra!’” como “totalmente inadecuado” y dio la bienvenida al “Llamamiento a los pueblos del mundo” elaborado por los líderes mencheviques y socialistas revolucionarios del Soviet de Petrogrado el 14 de marzo, con las siguientes palabras:

No podemos dejar de dar la bienvenida al manifiesto de ayer del Soviet de Diputados de Trabajadores y de Soldados en Petrogrado a los pueblos del mundo entero pidiéndoles que insten a sus propios gobiernos a detener la carnicería. Este manifiesto, si llega a las grandes masas, sin duda hará retornar a cientos y a miles de obreros al olvidado eslogan “¡Proletarios de todos los países, uníos!”. (Сталин, 1917)

El Manifiesto también fue recibido calurosamente por nada menos que por Pavel Miliukov, cuyo periódico declaró que “el manifiesto, aunque comienza con una nota típica de pacifismo, desarrolla una ideología esencialmente común a nosotros y a todos nuestros aliados” (Trotsky, 1937, p. 280).¹⁰

Estas posiciones contrastan fuertemente con las opiniones expresadas por Lenin, todavía exiliado en Suiza, en sus *Cartas desde lejos*, y por lo tanto no es sorprendente que *Pravda* publicara sólo una versión censurada de la primera de ellas. Los editores suprimieron un pasaje que castigaba “la vieja doctrina (que nada tiene de marxista)”, según la cual la Revolución rusa sería burguesa, que había resultado en un “pacto” entre el partido obrero y los kadetes, en el “apoyo” a estos últimos por el primero, y que sólo había servido para “encubrir el complot tramado por los imperialistas anglo-franceses con los Guchkov y

los Miliukov dirigido a desplazar al ‘principal guerrero’, Nicolás Romanov, y remplazarlo por *guerreros* más enérgicos, frescos y más capaces” (Lenin, 1917a, pp. 301-302).

Otros pasajes suprimidos incluían referencias explícitas a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios como “acólitos” de los capitalistas, “socialpatriotas y socialchovinistas”, así como una denuncia a sus líderes Gvozdiev, Potresov, Chjenkeli, Kerenski y Chjeidze como “traidores a la clase obrera” (Lenin, 1917a, pp. 209, 305). Esto no es en absoluto sorprendente, ya que los bolcheviques estaban llevando adelante en aquel momento, bajo la dirección de Kamenev y Stalin, negociaciones de unidad con los mencheviques, como veremos de inmediato.¹¹

La Conferencia del Partido Bolchevique de marzo de 1917 (28 de marzo-2 de abril)

La Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados de Trabajadores y Soldados se convocó a finales de marzo de 1917. Simultáneamente con esta Conferencia, el Buró del Comité Central lanzó una convocatoria de una Conferencia de Trabajadores del Partido de toda Rusia para el 28 de marzo, la primera celebrada después de la revolución de febrero. La agenda prevista para la Conferencia incluía como puntos cuatro y cinco la actitud hacia el Gobierno Provisional y la guerra. Dos días antes de la reunión, el 26 de marzo, *Pravda* No. 18 publicó las resoluciones del Buró del Comité Central del POSDR(b) *Acerca del Gobierno Provisional y Acerca de la guerra y la paz*, las cuales constituyeron la base para las decisiones de la conferencia de marzo de los bolcheviques (Бурджалов, 1956, p. 47).

Los protocolos originales de los debates de las sesiones del 27 de marzo y del 28 de marzo, cuando se discutió la cuestión de la guerra, fueron destruidos durante las Jornadas de Julio en una incursión en el Palacio de Kshesinskaia, la sede del Comité Central Bolchevique. Pero los debates sobre el Gobierno Provisional fueron preservados, y arrojan mucha luz sobre las posiciones de Kamenev y Stalin.

Lenin no llegó a tiempo para la apertura de la conferencia bolchevique, y el partido estuvo profundamente dividido sobre cuestiones fundamentales tales como la actitud ante el Gobierno Provisional, la guerra y la unidad con los mencheviques. Mientras un pequeño grupo (Sevryuk, Voitinsky, B. Avilov), que pronto se uniría a los mencheviques, pidió apoyar al Gobierno Provisional, Molotov y otros participantes en la conferencia caracterizaron al Gobierno Provisional como el centro de las fuerzas contrarrevolucionarias y propusieron no otorgarle ninguna confianza. Kamenev y Stalin desempeñaron el papel de diplomáticos, intentando conciliar ambos puntos de vista.

En su informe *Acerca de la actitud ante el Gobierno Provisional*, Stalin repitió la idea de Kamenev de que el Soviet debía ejercer ‘control’ sobre el Gobierno Provisional:

El poder se ha dividido entre dos órganos, ninguno de los cuales posee pleno poder. Hay y debe haber fricción y lucha entre ellos. Los papeles se han dividido. El Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados ha tomado de hecho la iniciativa de efectuar transformaciones revolucionarias. El Soviet de Diputados de Obreros y Soldados es el líder revolucionario del pueblo insurreccional; un órgano de control sobre el Gobierno Provisional. Por otra parte, el Gobierno Provisional ha tomado de hecho el papel de fortificador de las conquistas del pueblo revolucionario. El Soviet de Diputados Obreros y Soldados moviliza las fuerzas y ejerce el control, mientras que el Gobierno Provisional, de manera vacilante y confusa, asume el papel de fortificador de esas conquistas que el pueblo que ya ha hecho en la práctica... En la medida en que el Gobierno Provisional fortifica los pasos de la revolución, debemos apoyarlo; pero en la medida en que es contrarrevolucionario, el apoyo al Gobierno Provisional es impermisible. (Trotsky, 2004, p. 259)

Todas las resoluciones propuestas coincidían en que el Gobierno Provisional era el órgano de la burguesía rusa y del imperialismo de la Entente, y en que los soviets eran ‘embriones del poder revolucionario’, como lo afirmaba el proyecto

de resolución del Buró del Comité Central del RSDLP(b) sobre el Gobierno Provisional, escrito por Kamenev, pero diferían en su determinación de la política a seguir por el Partido y por los Soviets hacia el Gobierno Provisional. El proyecto de resolución de Kamenev argumentaba que “incluso en el momento actual estos Soviets deben ejercer el control más decisivo sobre todas las acciones del Gobierno Provisional y sus agentes tanto en el centro como en las provincias” (Trotsky, 2004, p. 260).

Después de que Stalin expresara sus reservas sobre el proyecto de resolución del Buró del Comité Central, afirmando que estaba “más bien de acuerdo con la resolución del Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados de Krasnoyarsk”, una resolución de compromiso fue redactada y aprobada por la Conferencia, a la cual las minutas se refieren como la “resolución de Kamenev y Stalin”, en la que se llamaba “a la democracia revolucionaria... a ejercer un control vigilante sobre las actividades del Gobierno Provisional en el centro y en las provincias, instándolo a la lucha más enérgica para la liquidación completa del antiguo régimen” (Trotsky, 2004, p. 319).

Sobre la cuestión crucial de la unidad propuesta con los mencheviques, Zalutsky advirtió en la sesión del 1 de abril que existían desacuerdos con los mencheviques sobre la actitud ante la guerra y sobre la evaluación del papel de las fuerzas capitalistas en la revolución, afirmando que “si ahora los ignoramos, de todas maneras dentro de una semana tendremos una división. Es imposible unirse sobre la base de un símbolo superficial como lo es Zimmerwald-Kienthal” (Trotsky, 2004, p. 135).

Haciendo caso omiso de esas advertencias, Stalin argumentó que “la unificación es posible sobre la base de la línea de Zimmerwald-Kienthal”, aunque poco después el líder Socialista Revolucionario Víctor Chernov, un participante en la conferencia de Zimmerwald, se uniría al Gobierno Provisional como ministro de agricultura. Stalin continuó argumentando que no había que “adelantarse y anticipar los desacuerdos. No hay vida partidaria sin desacuerdos. Sobreviviremos a los desacuerdos triviales dentro del partido.... Tendremos un partido único con los que están de acuerdo con Zimmerwald y Kienthal,

es decir, con los que están en contra del defensismo revolucionario” (Trotsky, 2004, p. 212). La moción de Stalin fue adoptada por una mayoría de todos los votos contra uno.

Las resoluciones adoptadas por la Conferencia de toda Rusia de Trabajadores del Partido y presentadas por Kamenev en nombre de los bolcheviques al Consejo Panruso de los Soviets describían a la guerra como una guerra imperialista, pero añadían una cláusula tomada de los artículos de Kamenev —la inadmisibilidad de la desorganización del ejército y la necesidad de conservar su poder. La resolución sobre el Gobierno Provisional, a su vez, era tan parecida a la resolución del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado dirigido por los socialistas revolucionarios y los mencheviques que Kamenev, en su discurso ante el Consejo Panruso de los Soviets, declaró:

En nombre de los delegados bolcheviques de nuestra Conferencia, me complace decir que, gracias a los cambios introducidos en el texto original de la resolución propuesta por el Comité Ejecutivo, estamos retirando una resolución separada y votaremos a favor de la resolución del Comité Ejecutivo. (Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados. Transcripción literal. Moscú-Leningrado, 1927, citado por Бурджалов, 1956, p. 47)

La creciente aprehensión y alarma de Lenin ante las posiciones desarrolladas por Kamenev y Stalin son evidentes en su correspondencia de aquel entonces. En una carta a Hanecki enviada desde Zurich a Estocolmo y fechada el 30 de marzo, Lenin escribió:

No puede haber ninguna confianza en Chjeidze y compañía, o Sujanov, Steklov y otros por el estilo. ¡Ningún acercamiento con otros partidos, ninguno de ellos! ¡Ni una sombra de confianza o apoyo al gobierno de Guchkov-Miliukov y Co.! La propaganda más irreconciliable del internacionalismo y de la lucha contra el chovinismo republicano y el socialchovinismo en todas partes, tanto en la prensa como en el seno del Soviet de Diputados Obreros. La organización de *nuestro* partido: esto es lo esencial.

Kamenev debe darse cuenta de que tiene una responsabilidad histórica *mundial*. (Lenin, 1917b, pp. 312-313)

La descripción de Alexander Rabinowitch del trasfondo a las *Tesis de abril* sigue siendo la más exacta: “Sólo en el contexto de la moderación y de la distensión que prevalecían entre los bolcheviques en este momento se puede entender el efecto explosivo del programa inequívoco propuesto por Lenin” (Rabinowitch, 1968, p. 38).

La llegada de Lenin a Petrogrado (3 de abril)

Tales eran las opiniones que prevalecían entre los líderes bolcheviques en Petrogrado cuando, el 3 de abril, Lenin llegó a la estación de Finlandia, en el corazón del distrito industrial de Viborg. Según el testimonio de Sujanov, frente a una multitud de obreros y soldados:

Lenin se burló de la política de “paz” del Soviet: no, las Comisiones de “Enlace” [entre el Gobierno Provisional y el Soviet] nunca liquidarían una guerra mundial. En general, la democracia soviética, dirigida por Tsereteli, Chjeidze y Steklov, habiendo adoptado el punto de vista del “defensismo revolucionario”, era impotente para hacer cualquier cosa por una paz general...

El Manifiesto del Soviet se jactaba ante Europa de los éxitos que había logrado; hablaba de la “fuerza revolucionaria de la democracia”, de la “libertad política total”. Pero, ¿qué clase de fuerza era ésta, cuando la burguesía imperialista estaba a la cabeza del país? ¿Qué clase de libertad política, cuando no se publicaban los documentos diplomáticos secretos? ¿Qué clase de libertad de expresión, cuando todos los medios de impresión estaban en manos de la burguesía y custodiados por un gobierno burgués!...

El Soviet “revolucionario-defensista”, dirigido por oportunistas y socialpatriotas, sólo

podía ser un instrumento de la burguesía. Para que sirviera como un instrumento de la revolución socialista mundial, todavía debía ser conquistado y hecho proletario en lugar de pequeño-burgués. La fuerza bolchevique era inadecuada para eso ahora. Bueno, ¿y qué? Aprenderían a ser una minoría, a iluminar, a explicar, a persuadir...

Pero, ¿con qué metas, con qué programa? ...

“No necesitamos una república parlamentaria, no necesitamos una democracia burguesa, no necesitamos ningún gobierno excepto los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos”. (Sukhanov, 1955, pp. 281-282)

Tres días antes, agregaba Sujanov, el editor de *Pravda* había estado feliz de votar por un frente único con Tsereteli y todos los “populistas”. Cuando Sujanov le preguntó a Kamenev qué pensaba de los argumentos de Lenin, “simplemente se encogió de hombros diciendo: ‘¡Espera, espera!’” (Sukhanov, 1955, p. 285).

El testimonio de Sujanov es confirmado por el del marinero bolchevique Fiodor Raskolnikov, quien, en sus memorias sobre Kronstadt y Petrogrado en 1917, recuerda su encuentro con Lenin y Kamenev en el compartimiento de tren del primero con las siguientes palabras:

El camarada Kamenev nos introdujo en él y, después de intercambiar un firme apretón de manos, todos nosotros, rodeando a Lenin, entramos en su carruaje. Apenas entró en el compartimiento y se sentó, Vladimir Ilich se volvió hacia el camarada Kamenev. “¿Qué es lo que has estado escribiendo en *Pravda*? Hemos visto varios números y realmente te hemos maldecido...” oímos a Ilich decir en su tono de reproche paternal, en el que nunca había nada ofensivo. (Raskolnikov, 1982, p. 71)

Después de su discurso en la estación Finlandia y de varias arengas en la calle desde el capó de su automóvil, Lenin fue llevado a la mansión Kshesinskaia, antigua propiedad de una famosa

bailarina, la amante del zar M. F. Kshesinskaia y entonces sede de los bolcheviques en la capital. Raskolnikov informa que

Cuando la lista de oradores se agotó, Ilich inmediatamente volvió a la vida, se puso de pie y comenzó a trabajar. Lenin atacó resueltamente la táctica que los líderes del Partido y compañeros individuales habían estado siguiendo antes de su regreso. Cáusticamente ridiculizó la famosa fórmula de apoyo al Gobierno Provisional “en la medida en que...”,¹² y levantó la consigna “Ningún apoyo al gobierno de los capitalistas”, al mismo tiempo llamando al Partido a luchar por la toma del poder por los Soviets, por una revolución socialista.

Usando algunos ejemplos destacados, el camarada Lenin demostró brillantemente toda la falsedad de la política del Gobierno Provisional, la contradicción evidente entre sus promesas y sus acciones, entre las palabras y los hechos, haciendo hincapié en que era nuestro deber exponer implacablemente sus pretensiones y su conducta contra-revolucionaria y antidemocrática. El discurso del camarada Lenin duró casi una hora. El público lo siguió atentamente, con una atención intensa. Los trabajadores más responsables del partido estaban presentes allí, pero incluso para ellos lo que Ilich dijo constituyó una verdadera revelación. Se habían cruzado un “Rubicón” entre las tácticas de ayer y las del presente.

El camarada Lenin planteó clara y nítidamente la pregunta: “¿Qué hay que hacer?” y nos alejó de nuestra antigua posición de semi-reconocimiento y semi-apoyo al Gobierno Provisional, instándonos a adoptar una política de no reconocimiento y de lucha irreconciliable.

El triunfo del poder soviético, que muchos veían como algo en la distancia nebulosa de un futuro más o menos indefinido, fue colocado por el camarada Lenin en el plano de una conquista urgentemente necesaria de

la revolución, que debía alcanzarse en un plazo muy corto. Este discurso fue histórico en el sentido más amplio. El camarada Lenin expuso en él por primera vez su programa político, que formuló al día siguiente en las famosas tesis del 4 de abril. Este discurso produjo una revolución completa en el pensamiento de los líderes del partido, y sentó las bases para todo el trabajo posterior de los bolcheviques. No fue por casualidad que las tácticas de nuestro partido no siguieron una línea recta, sino que después del regreso de Lenin dieron un giro brusco a la izquierda. (Raskolnikov, 1982, pp. 76-77)

Las Tesis de abril de Lenin **(4-7 de abril)**

Al día siguiente, el 4 de abril, Lenin presentó sus célebres *Tesis de abril* ante los delegados bolcheviques a la Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, en uno de los pisos superiores del Palacio Táuride. Lenin apareció ante la conferencia después de que en realidad ésta hubiese terminado, es decir, después de que las resoluciones sobre el Gobierno Provisional y la guerra hubieran sido adoptadas y presentadas ante la Conferencia Panrusa de los Soviets; las sesiones de la Conferencia del Partido Bolchevique se prolongaron después de su llegada para oírlo.

En contraste con las posiciones Kámenev y Stalin sobre la guerra, las tesis de Lenin, en realidad tituladas *Las tareas del proletariado en la presente revolución* y publicadas tres días más tarde en *Pravda* N° 26 del 7 de abril, reafirmaban el repudio total de Lenin al de “defensismo revolucionario” y llamaban a la confraternización en el frente. Las tesis caracterizaban la situación como una transición entre la primera etapa burguesa de la revolución y la segunda etapa, durante la cual el poder pasaría a manos del proletariado. En lo que respecta al Gobierno Provisional, las tesis de Lenin rechazaban la fórmula de ‘control’ del mismo por el Soviet defendida por Kamenev y Stalin, y llamaban en lugar de ello a un completo rechazo del Gobierno Provisional,

al mismo tiempo descontando como absurda la posibilidad de reunificación con los mencheviques. La principal consigna bolchevique a partir de entonces sería la transferencia de todo el poder a los soviets, lo que resultaría en el armamento del pueblo, la abolición de la policía, el ejército y la burocracia estatal, la confiscación de todas las propiedades de los terratenientes, y la transferencia del control sobre la producción y distribución de los bienes a los trabajadores.

En sus propias observaciones sobre las *Tesis de abril* ante los delegados bolcheviques a la Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados de Obreros y Soldados, Lenin advirtió:

Incluso nuestros bolcheviques muestran cierta confianza en el Gobierno. Esto se puede explicar solamente por la intoxicación de la revolución. Es la muerte del socialismo. Ustedes compañeros tienen una actitud de confianza ante el Gobierno. Si esto es así, nuestros caminos se separan. Prefiero permanecer en una minoría. (Lenin, 1917d, p. 437)

Al comentar su tercera tesis (*‘Ningún apoyo al Gobierno Provisional’*), en una clara referencia al artículo de Kamenev ‘Sin diplomacia secreta’, Lenin dijo: “*Pravda* demanda del Gobierno que debería renunciar a las anexiones. Pero demandar a un gobierno de capitalistas que renuncie a las anexiones no tiene sentido, es una burla atroz.... Es hora de admitir nuestro error” (Lenin, 1917d, p. 438). Y en una referencia igualmente transparente a la bienvenida de Stalin, en su artículo *Sobre la guerra, al Manifiesto a los pueblos del mundo* del Soviet de Petrogrado, Lenin dijo:

[...] el manifiesto del Soviet de Diputados Obreros no contiene una palabra con conciencia de clase. ¡Es pura cháchara! El palabrerío, la adulación del pueblo revolucionario, es algo que ha arruinado a todas las revoluciones. Todo el marxismo nos enseña a no caer en las frases revolucionarias, sobre todo en un momento en el que tienen la mayor aceptación.” (Lenin, 1917d, p. 439)

Al comentar su décima tesis (*La reconstrucción de la Internacional*), Lenin rechazó

la posición de Stalin de que “la unificación es posible sobre la base de la línea de Zimmerwald-Kienthal,” porque la mayoría de Zimmerwald era centrista, y la línea de demarcación con los revolucionarios pasaba por la izquierda de Zimmerwald:

[...] el Centro prevaleció en Zimmerwald y Kienthal [...] Declaramos que hemos formado un ala izquierda y que hemos roto con el Centro [...] La tendencia de izquierda de Zimmerwald existe en todos los países del mundo. Las masas deben darse cuenta de que el socialismo se ha dividido en todo el mundo. (Lenin 1917d, p. 443)

Lenin finalizó su intervención advirtiéndole que estaba dispuesto a dividir el Partido si las posiciones centristas prevalecían: “He oído que hay una tendencia hacia la unificación en Rusia, hacia la unidad con los defensistas. Esto es traición al socialismo. Creo que es mejor permanecer solo, como Liebknecht: uno en contra ciento diez” (Lenin, 1917d, p. 443). En sus memorias de Lenin, Krupskaya delicadamente informa que “los compañeros estaban un poco sorprendidos en ese momento. Muchos de ellos pensaban que Ilich estaba presentando su posición de una manera demasiado abrupta, y que era demasiado pronto para hablar de una revolución socialista” (Krupskaia, 1970, p. 348).

En la planta baja una reunión de los mencheviques estaba en marcha. Se le pidió a Lenin dar un informe similar en una reunión conjunta de los delegados mencheviques y bolcheviques. Según el testimonio de uno de los miembros del Comité de Petrogrado, V.N. Zalezhsy:

Las tesis de Lenin produjeron la impresión de una bomba. En los debates subsiguientes, el menchevique Goldenberg declaró: Durante muchos años el lugar de Bakunin en la Revolución rusa estuvo vacante, Lenin acaba de ocuparlo. Ese día Lenin no encontró partidarios. En esa reunión, solamente Kollontai lo apoyó. (Залезский, 1923, p. 156)

Reacciones al programa de Lenin

Todas las tendencias políticas rusas de aquel momento, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, reconocieron el cambio profundo en la posición de Lenin, y todas rechazaron su nuevo programa. En los primeros días de abril, bajo la dirección de Kamenev y Stalin, los bolcheviques habían estado entablando conversaciones de unidad con los mencheviques. El 6 de abril, *Rabochaia Gazeta*, el órgano central de los mencheviques, comentó:

Cuando Lenin, recién llegado del exilio, dio lectura a su informe en la conferencia para la unificación de los Socialdemócratas, muchos de sus oyentes sintieron que comenzaba una tragedia real, genuina, la tragedia que se esconde en cada revolución, la tragedia de la transformación de la revolución en reacción. La revolución en desarrollo está siempre amenazada por el peligro no sólo desde la derecha, sino también desde la izquierda. La revolución puede luchar con éxito contra la reacción y desalojarla de su posición sólo en la medida en que es capaz de permanecer dentro de los límites que están predeterminados por la necesidad objetiva (el estado de las fuerzas productivas, el nivel de conciencia de las masas correspondiente al mismo, etc.). No se puede prestar mejor servicio a la reacción que haciendo caso omiso de esos límites e intentando violentarlos.

Lenin llegó a nosotros con el fin de prestar este servicio a la reacción. Después de su discurso, podemos decir que cada éxito significativo de Lenin será un éxito de la reacción, y que toda la lucha contra las aspiraciones contrarrevolucionarias y las intrigas será inútil hasta que no nos aseguramos nuestro flanco izquierdo, hasta que hagamos políticamente inofensiva, mediante un rechazo decisivo, la corriente que encabeza Lenin [...]

Es imperativo, por la lucha activa y la propaganda, poner a la revolución a salvo de esta puñalada por la espalda que se está

preparando contra ella [...] Un peligro indudable amenaza a la revolución. Antes de que sea demasiado tarde, Lenin y sus seguidores deben recibir el rechazo más decisivo. (Kerensky y Browder, 1961, p. 1208)

En *Delo Naroda*, el órgano central de los socialistas revolucionarios, su líder Chernov esperaba hacer inofensivo a Lenin ridiculizando la histeria en la prensa popular y sugiriendo que los socialistas no debían “asustarse indebidamente por los excesos políticos de Lenin” (Kerensky y Browder, 1961, p. 1210).

Al día siguiente, el 7 de abril, las tesis de Lenin se imprimieron en *Pravda*. Sujanov informa sobre el aislamiento de Lenin en la dirección del Partido Bolchevique:

Alrededor de una semana después de su llegada [en realidad, cuatro días después] las famosas *Tesis* de Lenin fueron publicadas en *Pravda*, en forma de un artículo. Contenían un resumen de la nueva doctrina expuesta en sus discursos.... Las tesis fueron publicadas en nombre de Lenin solamente: ninguna organización bolchevique, ningún grupo o incluso individuo de su partido se le habían unido. Y los editores de *Pravda* por su parte, consideraron necesario hacer hincapié en el aislamiento de Lenin y en su independencia de él. (Sukhanov, 1955, p. 289)

La publicación de las *Tesis de abril* de Lenin en *Pravda* el 7 de abril, fue seguida al día siguiente por un artículo de Kamenev titulado *Nuestros desacuerdos*, en el que se desligó de ellas. Este breve documento es la contraparte centrista de las *Tesis de abril* y por lo tanto lo hemos incluido como apéndice al presente artículo; sólo señalaremos aquí que Kamenev rechazó el argumento de Lenin de que era “necesario crear un Partido nuevo, Comunista”, así como su creencia en la necesidad de la “transformación inmediata de esta revolución en una revolución socialista”. Kamenev también rechazó las críticas de Lenin a “la política de *Pravda*” tal como había sido “formulada en las resoluciones sobre el Gobierno Provisional y la guerra, redactadas por el Buró del Comité Central”, argumentando que el

Partido Bolchevique continuaría con su línea de ejercer “control” sobre el Gobierno Provisional a través del Soviet hasta que la Conferencia de toda Rusia del Partido, que se celebraría del 24 al 19 de abril, determinara si esa línea debía ser modificada o no –colocando así oficialmente a Lenin en oposición a la mayoría de la dirección del partido (Kamenev, 1917b).

Sin embargo, esa mayoría estaba erosionándose rápidamente: después de la intervención de Lenin en la Conferencia del Partido Bolchevique de marzo y de la publicación de las *Tesis de abril*, Stalin hizo un giro brusco a la izquierda, dejando a Kamenev en la estacada. A partir de entonces, Stalin aparecería como un leninista firme y Kamenev tendría que defender solo los puntos de vista que anteriormente ambos habían defendido juntos.

La Conferencia de la ciudad de Petrogrado del Partido Bolchevique (abril 14-22)

En una reunión del Comité de San Petersburgo del Partido Bolchevique celebrada el 8 de abril, la mayoría de sus miembros votó en contra de las propuestas de Lenin. Pero Lenin no abandonó la lucha. En una carta enviada desde Petrogrado a J.S. Hanecki y Karl Radek en Estocolmo el 12 de abril, escribió: “Esperamos enderezar completamente la línea de *Pravda*, que ha oscilado hacia el ‘kautskismo’” (Lenin, 1917e, p. 445). Se decidió trasladar la discusión a los barrios de la capital. Durante una semana los partidarios y detractores de las tesis de Lenin discutieron en los distritos, después de lo cual se convocó a una conferencia de los bolcheviques de Petrogrado, que se reunió del 14 al 22 de abril.

En su *Informe sobre la situación actual y la actitud hacia el Gobierno Provisional* del 14 de abril, Lenin llamó a efectuar una revisión de lo que llamó el ‘viejo’ bolchevismo:

La situación es original porque ahora tenemos el doble poder [...] El Soviet de diputados obreros y soldados es la realización de la dictadura del proletariado y de los soldados,

entre estos últimos la mayoría son campesinos. Es por ello una dictadura del proletariado y del campesinado. Pero esta “dictadura” ha llegado —y aquí es precisamente donde se hace necesario revisar el “viejo” bolchevismo— a un acuerdo con la burguesía. La situación creada demuestra que la dictadura del proletariado y de los campesinos se ha entrelazado con el poder de la burguesía. Situación extraordinariamente original. Jamás ha habido una revolución en la que los representantes del proletariado y del campesinado revolucionario, a pesar de estar completamente armados, concertasen una alianza con la burguesía y que, teniendo el poder, lo cediesen a la burguesía [...] A esto, los “viejos bolcheviques” refutan: “No, no está terminada pues no rige la dictadura del proletariado y del campesinado.” Pero el Soviet de diputados obreros y soldados es esa dictadura. (Lenin, 1917f, pp. 66-67)

La cuestión de la clase que, según Lenin, había vuelto obsoleta a la antigua fórmula bolchevique, era lo que él llamaba el ‘entrelazamiento’ de las formas estatales burguesas y proletarias. La coexistencia continuada de dos organizaciones estatales incompatibles y antagónicas inevitablemente allanaría el camino para el triunfo de la reacción; es por eso que Lenin se refirió a los Soviets como una nueva forma del Estado proletario descubierta por los obreros franceses en la Comuna de París, idea que más tarde desarrolló en su libro *El estado y la revolución*.

Preocupado por el hecho de que el eslogan ‘Ningún apoyo al Gobierno Provisional’ pudiera interpretarse como un llamamiento para su derrocamiento inmediato, Lenin advirtió que el Gobierno Provisional sólo podría ser desechado después de que el Partido Bolchevique hubiera ganado la mayoría en los Soviets. “Mientras el gobierno provisional tiene el apoyo del Soviet de diputados obreros, no se puede ‘sencillamente’ derribarlo. Sólo se lo puede y se lo debe derribar conquistando la mayoría dentro de los Soviets” (Lenin, 1917, pp. 70-71). La audacia de esta perspectiva política se hace evidente cuando tomamos en cuenta que en el Primer Congreso Panruso de los Soviets de Diputados obreros y soldados, que se reunió en Petrogrado del 3 de junio al 24 de

junio, había 1.090 delegados, de los cuales 533 eran mencheviques y socialistas revolucionarios y sólo 105 eran bolcheviques (el 9,64 por ciento) (Golder, 1927, pp. 360-361).

En su *Palabras de clausura del informe sobre la situación actual* Lenin atacó el concepto de ‘democracia revolucionaria’, porque ocultaba las contradicciones de clase entre el proletariado y la pequeña burguesía:

Hay que descartar el viejo bolchevismo. Es preciso delimitar las posiciones de la pequeña burguesía y el proletariado asalariado. Las frases hermosas sobre el pueblo revolucionario son propias de un hombre como Kerenski, pero no del proletariado revolucionario. No es gran mérito ser revolucionario, o aunque más no sea demócrata, ahora que Nicolás ha sido depuesto. La democracia revolucionaria no sirve para nada, no es más que una frase. Ella encubre los antagonismos de los intereses de clase en vez de ponerlo al descubierto. Un bolchevique debe abrir los ojos a los obreros y campesinos sobre la existencia de esos antagonismos y no ocultarlos. Si la guerra imperialista golpea económicamente al proletariado y los campesinos, estas clases deberán levantarse contra ella.... Un bolchevique debe distinguir entre proletariado y pequeña burguesía, y dejar a Kerenski frases como “democracia revolucionaria” y “pueblo revolucionario”. La democracia en Rusia es pro-imperialista. (Lenin, 1917f, p. 74)

Según Lenin, la tarea era lograr la abolición del ejército permanente, la burocracia y la policía, y el armamento de todo el pueblo.¹³

En su intervención, Kamenev argumentó que la resolución de Lenin no proporcionaba directrices claras para el trabajo práctico. Existía, según Kamenev, “un acuerdo entre el Gobierno Provisional y el Soviet de Diputados Obreros”, que había resultado de “una cierta correlación de fuerzas” y que por ende no podía ser descartado de la noche a la mañana en ausencia de algo que lo reemplazase (РСДРП (большевиков), 1958, p. 35). Kamenev creía que la demanda inmediata debía ser el *control* del Gobierno Provisional por parte del Soviet:

“Ya que no pedimos ahora el derrocamiento del Gobierno Provisional, debemos llamar ahora, como lo hemos hecho en nuestra resolución [en la Conferencia de marzo], a controlarlo” (РСДРП (большевиков), 1958, p. 35).

Las resoluciones de Lenin y Kamenev sobre la actitud hacia el Gobierno Provisional fueron entonces leídas, y el borrador de Lenin fue finalmente aceptado después de algunas modificaciones menores. La diferencia fundamental con las llamadas anteriores de Kamenev y Stalin a ‘ejercer control’ sobre el Gobierno Provisional estaba en las conclusiones, que llamaban a desarrollar una labor paciente “para asegurar que todo el poder del Estado pase a manos de los Soviets de diputados obreros y soldados o a otros órganos que expresen directamente la voluntad del pueblo” (Lenin, 1917f, p. 79).

Comentando la resolución, Kamenev argumentó que la enumeración de los fracasos del Gobierno Provisional en política interior, tales como la falta de una convocatoria a la Asamblea Constituyente, era “superflua” y sugirió descartarla (РСДРП (большевиков), 1958, p. 5). Lenin respondió a los comentarios afirmando Kamenev se estaba pasando “a la política de Chjeidze y Steklov,” es decir, de los mencheviques, agregando: “Naturalmente nadie dirá, si no lo decimos nosotros, que el Gobierno Provisional posterga la convocación de la Asamblea Constituyente.” Era necesario enumerar los fracasos del Gobierno Provisional porque “con una enumeración de ‘pecados’ proporcionamos pertrechos para la propaganda” contra el mismo. Para Lenin, “en momentos revolucionarios el control significa engaño,” porque “no puede haber control sin poder” (Lenin, 1917f, p. 77). Todos los esfuerzos debían por lo tanto estar dirigidos al pasaje del poder a los Soviets, y a la obtención de una mayoría en los mismos por parte del Partido Bolchevique.

Kamenev rechazó estas críticas e introdujo dos enmiendas a la parte final de la resolución:

1) La Conferencia hace un llamamiento a la democracia revolucionaria para que ejerza el control más vigilante sobre las acciones del Gobierno Provisional, tanto en el centro como en las provincias, conduciéndolo a la abolición más decisiva del antiguo régimen.

2) Llamando al más amplia y decisivo esclarecimiento del verdadero carácter de clase del Gobierno Provisional, la Conferencia al mismo tiempo advierte contra el eslogan desorganizador de “derribar al gobierno”, el cual puede frenar el largo trabajo de educación y organización de las masas, que es la tarea principal del Partido. (РСДРП (большевиков), 1958, p. 37)

Kamenev y el resto de los dirigentes bolcheviques no compartían la concepción de Rosa Luxemburg y de Trotsky sobre la Revolución rusa como la última etapa en el ciclo de las revoluciones burguesas y el comienzo de un nuevo ciclo de revoluciones obreras contra la explotación capitalista. Lenin adoptó ese punto de vista en las *Tesis de abril*. Esto es lo que subyace al debate sobre el ‘control’, que en realidad fue un debate sobre el carácter de clase y las perspectivas políticas de la Revolución rusa.

Kamenev limitaba la Revolución rusa a una revolución democrático-burguesa, es decir, consideraba que el papel de los Soviets era ejercer presión sobre el Gobierno Provisional para que éste llevara a cabo el programa democrático hasta el final. Obviamente, esta política de colaboración de clases nunca habría podido conducir a una revolución socialista; por eso Lenin insistía en deshacerse del Gobierno Provisional y en transferir todo el poder a los Soviets.

Por otra parte, las enmiendas de Kamenev reflejaban las posturas más tarde asumidas por las corrientes centristas en toda Europa: mientras que en 1918-19 Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht lucharon por el gobierno de los soviets alemanes (*Räte*), y los socialdemócratas se esforzaron por desembarazarse de ellos y en reemplazarlos por un régimen de contrarrevolución democrática, los líderes centristas Rudolf Hilferding y Karl Kautsky en Alemania y Max Adler en Austria propusieron ‘combinar’ la democracia burguesa con el sistema soviético, incluyendo a los Soviets obreros en la constitución. Como Trotsky señaló, esto “habría significado hacer de la guerra civil potencial o abierta una parte constitutiva del régimen estatal” (Trotsky, 1937, p. 214).

Las enmiendas de Kamenev fueron rechazadas por 20 votos contra 6, con 9 abstenciones,

mientras que la *Resolución sobre la actitud hacia el Gobierno Provisional* propuesta por Lenin fue aprobada por 33 votos contra 6, con 2 abstenciones.

El proyecto de resolución de Lenin sobre la actitud hacia los mencheviques y los socialistas revolucionarios desautorizaba la política anteriormente seguida por Kamenev y Stalin de buscar la unificación con los mencheviques, al

[...] considerar absolutamente imposible la unión con los partidos que, en general, mantienen una política de apoyo al gobierno provisional, propugnan el defensismo revolucionario, etc., en vista de que estos partidos han pasado de la posición de clase proletaria a la posición de clase pequeño-burguesa. (Lenin, 1917f, p. 83)

Las Cartas sobre táctica de Lenin (27 de abril)

Entre el 8 y 13 de abril, Lenin escribió un folleto titulado *Cartas sobre táctica*, editado por los bolcheviques de Petrogrado en tres ediciones, todos los cuales llevaron las *Tesis de abril* como apéndice. La primera edición, sobre lo cual se informó en el número 42 de *Pravda*, apareció el 27 de abril. En dicho folleto, Lenin señaló que la presentación de sus tesis ante los delegados a la Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados el 4 de abril, y ese mismo día en la reunión conjunta de delegados bolcheviques y mencheviques, había dado lugar

[...] a diferencias de opinión entre los mismos bolcheviques y la Redacción de *Pravda*, y que, por lo tanto, “llegamos a la conclusión de que sería conveniente discutir abiertamente nuestras diferencias, proporcionando así material para la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido [...] que ha de reunirse el 20 de abril de 1917, en Petrogrado. (Lenin, 1917f, p. 458)

En respuesta a los argumentos de Kamenev en su artículo *Nuestros desacuerdos*, Lenin

sostuvo que la cuestión de la ‘terminación’ de la revolución democrático-burguesa había sido incorrectamente postulada por Kamenev, porque la realidad había mostrado “tanto el paso del poder a manos de la burguesía (una revolución democrático-burguesa ‘consumada’ del tipo corriente), como la existencia, junto al gobierno legítimo, de un gobierno paralelo”, que representaba la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado”. Sin embargo, este “segundo gobierno” había “cedido *el mismo* el poder a la burguesía”, se había “encadenado *el mismo* al gobierno burgués.” Esto significaba que la vieja fórmula bolchevique se había vuelto obsoleta y debía ser descartada; Kamenev no veía esto y continuaba aferrándose a una consigna perimida (Lenin, 1917f, p. 466).

En cuanto al argumento de Kamenev de que la Socialdemocracia debía “seguir siendo el partido de las masas revolucionarias del proletariado hasta el final, y no convertirse en un grupo de propagandistas comunistas,” Lenin respondió que las “masas” habían sucumbido “a la locura del defensismo ‘revolucionario’”, y que precisamente en tales circunstancias era necesario para los revolucionarios “saber estar en minoría durante cierto tiempo contra la embriaguez ‘colectiva’” y “*desembarazar* la línea proletaria de la embriaguez ‘colectiva’ defensiva y pequeño-burguesa” (Lenin, 1917f, p. 470).

Kamenev acusó a Lenin de querer llevar a cabo la ‘transformación inmediata’ de la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista. Una vez más, Lenin tuvo que insistir en que su táctica consistía en explicar pacientemente a las masas la necesidad de renovar el liderazgo de los Soviets con el fin de crear un estado obrero según el modelo de la Comuna de París en lugar de una república parlamentaria pseudo-democrática:

El camarada Kámenev se ha excedido un tanto en su “impaciencia” y ha repetido el prejuicio burgués que achaca a la Comuna de París el haber querido implantar el socialismo “inmediatamente”. No es así. La Comuna, por desgracia, se demoró demasiado en implantar el socialismo. La verdadera esencia de la Comuna no está donde la suelen

buscar los burgueses, sino en la creación de un tipo especial de *Estado*. ¡Y ese Estado ya ha surgido en Rusia: son los soviets de diputados obreros y soldados!. (Lenin, 1917f, pp. 468-469)

Vemos que, en su análisis del régimen de doble poder, Lenin hacía hincapié en las similitudes entre los Soviets y la Comuna de París de 1871, el primer estado obrero de la historia. En su obra *La guerra civil en Francia*, Marx había sostenido que “la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo” (Marx, 1966, p. 72). La Comuna de París no socializó los medios de producción; se limitó en el campo económico a la introducción de algunas reformas muy parciales, tales como la abolición del trabajo nocturno de los panaderos, la prohibición de las multas, la administración por las asociaciones de trabajadores de todos los talleres abandonados y fábricas cerradas, etc. Pero Marx destacó los cambios políticos introducidos por la Comuna, enumerando las características distintivas de un estado obrero (un estado en vías de desaparición como órgano de represión), en contraposición a un estado burgués: la sustitución del ejército permanente por la milicia, es decir, el armamento del pueblo, el gobierno a través de delegados con mandatos elegidos en asambleas, la abolición de la separación de poderes, la revocabilidad de los funcionarios públicos en todo momento, una remuneración acorde con el sueldo de un trabajador calificado, la elección y revocabilidad de los jueces, la educación gratuita en todos los niveles independiente de la injerencia de la iglesia y del Estado, etc. Marx pensaba que las medidas económicas socialistas surgirían naturalmente, a su debido tiempo, una vez que la clase obrera gobernara mediante dicha forma de estado, que era, por supuesto, incompatible con el Estado parlamentario burgués y antagónica a él—al mismo tiempo enfatizando que la “constitución de la clase obrera en partido político

es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su fin último: la abolición de las clases” (*Resolución del Congreso de La Haya sobre la Establecimiento de partidos de la clase obrera*).

La crisis de abril y el primer gobierno de coalición (18-21 de abril)

El eventual predominio de las concepciones de Lenin en las filas del Partido Bolchevique fue ayudado por el estallido de la crisis de abril y la consiguiente incorporación de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios al gobierno provisional. El 18 de abril, el Ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov, envió una nota a los gobiernos de la Entente afirmando que Rusia continuaría la guerra hasta su conclusión victoriosa. El Gobierno Provisional se comprometió de esta manera a cumplir con las obligaciones contraídas por el gobierno zarista en nombre de la burguesía. Manifestaciones masivas contra la guerra estallaron el 21 de abril y dieron lugar a la expulsión del Gobierno Provisional de los dos principales líderes burgueses, Miliukov y Alexander Guchkov del Partido ‘Octubrista’.

El Gobierno Provisional acto seguido invitó al Soviet de Petrogrado a ayudarlo a formar el primer gobierno de coalición con los partidos burgueses, una invitación que el Comité Ejecutivo del Soviet finalmente aceptó. El 22 de abril, cinco ministros ‘socialistas’, incluyendo al socialista revolucionario Victor Chernov y a los mencheviques Irakli Tsereteli y Mijail Skobelev, se unieron al socialista revolucionario Kerenski en el gobierno. El presidente del Gobierno y Ministro del Interior siguió siendo el príncipe Lvov, mientras que Kerenski fue nombrado ministro de Guerra y Marina, Chernov, el ideólogo de los socialistas revolucionarios, se convirtió en ministro de Agricultura, y Tsereteli fue nombrado ministro de Correos y Telégrafos.

Para Lenin, el gobierno de coalición representaba un retorno al experimento con el ministerialismo, la primera aplicación práctica de los principios del revisionismo en 1899, cuando el diputado socialista francés Alexandre Millerand

se unió al gobierno burgués de ‘defensa republicana’ liderado por René Waldeck-Rousseau (junto con el carnicero de la Comuna de París, General Gallifet) usando como excusa el juicio de Dreyfus.

En su libro *¿Qué hacer?* Lenin había ridiculizado las ilusiones de Millerand, argumentando que si la Socialdemocracia era “simplemente un partido de reformas”, entonces “un socialista no sólo tiene derecho a entrar en un ministerio burgués, sino que incluso debe siempre aspirar a ello”. Si la democracia significaba la abolición de la dominación de clase, “¿por qué un ministro socialista no ha de encantar a todo el mundo burgués con discursos sobre la colaboración de las clases? ¿Por qué no ha de seguir en el ministerio aun después de que los asesinatos de obreros por los gendarmes han puesto de manifiesto por centésima y milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de las clases?” Y a cambio de “este infinito envilecimiento y autoflagelación del socialismo ante el mundo entero”, de “la corrupción de la conciencia socialista de las masas obreras –la única base que puede asegurarnos el triunfo”, a cambio de todo esto, los socialistas franceses solo habían obtenido “unos rimbombantes *proyectos* de miserables reformas; ¡tan miserables, que se había logrado obtener más de los gobiernos burgueses!” (Lenin, 1902, p. 361).

La oposición de Lenin al experimento de coalición, del cual habría tres variantes antes del derrocamiento del Gobierno Provisional por la Revolución Bolchevique en octubre, estaba por lo tanto fijada de antemano. El nuevo gobierno incluía a 10 ministros de los partidos burgueses y a 6 ministros ‘socialistas’, de ahí la consigna bolchevique ‘Abajo los diez ministros capitalistas’.

La Séptima Conferencia (de abril) de toda Rusia del Partido Bolchevique (24-29 de abril)

En la Séptima Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR(b), que se reunió en Petrogrado del 24 al 29 de abril, Lenin dio un informe sobre la situación actual. Kamenev, a su vez, dio un

informe alternativo, en el cual la perspectiva de los ‘viejos bolcheviques’ se reveló en su defensa de la ‘democracia revolucionaria’, otro término para el bloque obrero-campesino que ahora encontraba, según Kamenev, su expresión en los Soviets. La nueva perspectiva de Lenin le llevó a rechazar enérgicamente el término, afirmando: “Nosotros rehusamos cuidadosamente las palabras ‘democracia revolucionaria’. Ante una agresión del gobierno, las podríamos usar, pero actualmente son altamente engañosas, ya que es muy difícil diferenciar las clases que se han confundido en este caos” (Lenin, 1917h, p. 174). La iniciativa para la unificación con los mencheviques se basaba en el supuesto de que ambos eran alas de la misma “democracia revolucionaria”. Pero ahora Lenin tenía como objetivo el socialismo, y por lo tanto consideraba la expresión como una concesión sin principios: “Actualmente toda la pequeña burguesía vacila y tratar de cubrir esta vacilación con la frase sobre la democracia revolucionaria; debemos oponer a esas vacilaciones una línea proletaria” (Lenin, 1917h, p. 175).

Lenin rechazó una vez más la posición de Kamenev, ahora defendida por los bolcheviques de Moscú, de que el Soviet debía ‘controlar’ el Gobierno Provisional, repitiendo la idea de que “control sin el poder es una frase vacía.” Esta creencia era “una desviación de los principios básicos de la lucha de clases,” porque “para controlar hay que tener el poder” (Lenin, 1917h, p. 175).

Lenin presentó el proyecto de resolución sobre la guerra, que atacaba sin mencionarlo a la posición de Kamenev, desarrollada en su artículo *Sin diplomacia secreta* (véase más arriba), según la cual el Gobierno Provisional debía renunciar a las anexiones. Declarando que “el nuevo gobierno prosigue la misma guerra imperialista, es decir, una guerra rapaz, de conquista”, y que por lo tanto ningún partido proletario podía “apoyar la guerra actual o al gobierno actual, o sus empréstitos”, la resolución enfatizaba que “tampoco merece confianza alguna la promesa de este gobierno de renunciar a las anexiones,” porque los capitalistas no podían “renunciar a las anexiones en esta guerra sin dejar de ser capitalistas, sin renunciar a los beneficios de los miles de millones invertidos

en empréstitos, en concesiones, en industrias de guerra, etc.” (Lenin, 1917h, pp. 177-178).

Contra la acusación de Kamenev en *Nuestros desacuerdos* de que Lenin aspiraba a “convertir inmediatamente esta revolución en una revolución socialista,” Lenin respondió:

Ahora bien, ¿cuáles son las tareas del proletariado revolucionario? El defecto principal, el error principal de todos los argumentos de los socialistas es que este problema es planteado de una manera demasiado general, como el problema de la transición al socialismo, cuando lo que corresponde es hablar de los pasos y medidas concretas. Algunos han madurado ya, otros no. Estamos ahora en un momento de transición. Hemos promovido manifiestamente, formas nuevas, distintas a las de los Estados burgueses. Los soviets de diputados obreros y soldados es una forma de Estado que no existe ni ha existido nunca en ningún país. Esta forma representa el primer paso hacia el socialismo y es inevitable en los comienzos de la sociedad socialista. Este es un hecho de importancia decisiva. (Lenin, 1917h, p. 185)

Más que llevar a cabo un “tránsito directo al socialismo”, la tarea de los Soviets era “tomar el poder para dar los primeros pasos concretos hacia ese tránsito”, tales como la nacionalización de la tierra, de los bancos y de los monopolios, y sacar a Rusia de la guerra. Hasta qué punto este proceso llevaría en la dirección del socialismo dependía, en última instancia, de la propagación de la revolución: “El completo triunfo de estos pasos sólo es posible con la revolución mundial, si la revolución mata la guerra y si los obreros de todos los países apoyan la revolución” (Lenin, 1917h, pp. 186-187).

Al igual que en las conferencias anteriores, Kamenev, negando la necesidad de la revolución democrático-burguesa de convertirse en una revolución socialista, propuso que la Conferencia debía limitarse a exigir el control del Soviet sobre el Gobierno Provisional. Kamenev empezó por lamentar el hecho de que “durante este mes y medio la línea de conducta de nuestro partido ha sufrido algunas variaciones muy significativas” y resumió su posición de la siguiente manera:

“Estamos en contra del defensismo revolucionario y contra el Gobierno Provisional, pero al mismo tiempo estamos en contra de la destrucción inmediata del Gobierno Provisional y en contra de la transformación inmediata de la revolución democrático-burguesa en socialista” (PCДРП (6), 1958, p. 79).

Lenin, por supuesto, no había llamado a una revolución socialista inmediata, sino a “explicar pacientemente” la situación a las masas. Sin embargo, Kamenev argumentó que “la consigna ‘¡Abajo el Gobierno Provisional!’ puede desempeñar un papel desorganizador”, y que esto había sido demostrado por el hecho de que el Comité de Petrogrado la había interpretado como un llamado al “derrocamiento inmediato” del Gobierno Provisional (PCДРП (6), 1958, p. 79).

Pero más importantes que esta divergencia sobre las consignas eran las diferencias estratégicas. En su refutación de Lenin, Kamenev volvió a los principios básicos del marxismo:

Según las viejas tradiciones del marxismo, en primer lugar, se debe hacer un análisis de clase de lo que está sucediendo. En mi opinión, el camarada Lenin se equivoca cuando dice que la revolución democrático-burguesa ha terminado. Creo que no terminó, y ésta es nuestra divergencia.

Lenin se equivocaba, según Kamenev, al argumentar que “la revolución democrático-burguesa se convierte en una revolución socialista y que estamos ante esta transformación de la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista”. La revolución democrático-burguesa, según Kamenev, “no ha terminado todavía, porque la gran masa de las tierras está todavía en manos de los terratenientes. Reconociendo que formalmente y de hecho la supervivencia clásica del feudalismo –la propiedad terrateniente– aún no se ha liquidado, debemos decir que esta estimación es prematura”. Dado que la revolución democrático-burguesa aún no había terminado, era “demasiado pronto para decir que la democracia burguesa ha agotado todas sus posibilidades” y “sería el más grande engaño deducir de esta conclusión prematura que esta revolución no es

democrática-burguesa, que se acerca a la revolución socialista” (PCДРП (6), 1958, p. 80).

En línea con este rechazo de la teoría de la revolución permanente, Kamenev argumentó que los Soviets representaban

[...] un bloque de fuerzas proletarias y pequeñoburguesas, que debe hacer frente a tareas democrático-burguesas sin terminar. Si la revolución democrático-burguesa hubiera terminado, entonces este bloque no podría existir; no tendría tareas definidas delante de sí, y el proletariado debería librar una lucha revolucionaria contra el bloque pequeñoburgués. El trabajo conjunto en este momento sería completamente imposible. Si, por el contrario, reconocemos a los Soviets como centros de organización de las fuerzas, reconocemos al mismo tiempo que hay tareas que se pueden realizar mediante la unión de los trabajadores y de los campesinos. Por lo tanto, la revolución burguesa todavía no ha terminado, aún no se ha sobrevivido a sí misma. (PCДРП (6), 1958, pp. 80-81)

Puesto que los Soviets eran, según Kamenev, un bloque del proletariado y de la pequeña burguesía (la cual tenía una fuerte preponderancia numérica en el país), los bolcheviques debían “participar en este bloque” con la pequeña burguesía y “construir todas nuestras tácticas de modo tal que este bloque no se quiebre” (PCДРП (6), 1958, p. 81). Y puesto que la propaganda por el socialismo ahuyentaría a los campesinos y, en general, a la pequeña burguesía, de esta evaluación se deducía que los bolcheviques debían centrarse, en el futuro previsible, en objetivos puramente democrático-burgueses.

Kamenev a continuación pasó a defender el concepto de ‘democracia revolucionaria’ como la expresión del bloque obrero-campesino en los Soviets:

Por lo tanto, si tenemos en cuenta toda esta situación específica –la existencia de las masas revolucionarias pequeñoburguesas, que van con el proletariado sólo una parte del camino– debemos construir nuestra táctica en consecuencia. Debemos decir que no sólo el Gobierno Provisional entrará inevitablemente en colisión con el proletariado

como la clase con conciencia socialista, sino que la burguesía y el imperialismo entrarán en colisión con todo el bloque pequeñoburgués. Al camarada Lenin no le gustan las palabras “democracia revolucionaria”, ya que oscurecen la cara socialista del proletariado, pero, en esencia, hay que decir que este choque de la burguesía con toda la democracia revolucionaria es inevitable. (PCДРП (6), 1958, p. 82)

De esta perspectiva política se desprendía una evaluación completamente diferente de la crisis de abril. De acuerdo con Kamenev, “la crisis que está delante de nosotros, el comienzo de la cual vimos aquí en Petrogrado, es una crisis que indica un mayor desarrollo de la revolución democrático-burguesa” (PCДРП (6), 1958, p. 82).

Por último, Kamenev argumentó que el informe de Lenin sobre la situación actual era demasiado abstracto y que no esbozaba un conjunto de consignas para las tareas que el Partido debía enfrentar. “Debe haber medidas concretas activas mediante las cuales podamos atraer a las masas a nuestro lado”, dijo Kamenev, poniendo como ejemplo las medidas propuestas “por los compañeros de Moscú y por mí en el sentido de control sobre el Gobierno Provisional”. Lenin había “pronunciado una filípica apasionada contra este control”, argumentando que no podía haber control alguno sin tomar el poder, pero, de acuerdo con Kamenev, puesto que el Soviet tenía el mando real sobre las fuerzas armadas, tenía el poder y podía ejercer control sobre el Gobierno Provisional. De todo esto se seguía, de acuerdo con Kamenev, “que el ejercicio de control es una necesidad, y que debe ser introducido en nuestra resolución” (PCДРП (6), 1958, pp. 83-84).

Para entonces, Stalin había cambiado de posición y ahora apoyaba a Lenin contra Kamenev, afirmando que el acuerdo entre el Gobierno Provisional y el Soviet no proporcionaba ningún control: “Después del discurso de Miliukov del 19 de abril, su naturaleza ilusoria se volvió especialmente clara”. Por lo tanto, Stalin propuso que la enmienda de Kamenev sobre el control no debía ser aprobada (PCДРП (6), 1958, p. 101).

En su respuesta, Lenin estuvo de acuerdo con Kamenev que se habían producido en las

filas de los bolcheviques “vacilaciones que nos han apartado de la política revolucionaria”, y que la consigna “Abajo el Gobierno Provisional” era una consigna aventurera que debía ser evitada, porque “ahora no puede derrocar al gobierno”. Por eso el Partido había “lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas”, pero “el Comité de Petrogrado viró un poquito más a la izquierda, lo cual en este caso es, evidentemente, un grave delito” (Lenin, 1917h, pp. 188-189).

El Gobierno Provisional debía ser derribado, “pero no ahora ni por la vía acostumbrada. Estamos de acuerdo con el camarada Kamenev. Pero debemos explicar. Es sobre esta palabra que el camarada Kamenev cabalga. No obstante, es la única cosa que podemos hacer.” El Gobierno Provisional sería eventualmente derrocado cuando la mayoría de los obreros y soldados se diera cuenta de la imposibilidad de poner fin a la guerra y de realizar sus demandas más elementales mientras los Soviets apoyaran a dicho gobierno, y por lo tanto “lo que nosotros decimos es: ayudar a la revolución por medio de los soviets de diputados obreros y soldados.” Lenin advertía a los camaradas que sostenían que “el socialismo tiene que venir de otros países de industrias más desarrollada”: “esto no es así. Nadie puede decir quién lo comenzará ni quién lo acabará. Eso no es marxismo, sino una parodia del marxismo.” Como resultado de la transferencia de todo el poder a los Soviets, Rusia experimentaría, según Lenin, un “período de transición entre el capitalismo y el socialismo” (Lenin, 1917j, p. 190).

Las propuestas de Lenin sobre el Gobierno Provisional y la guerra, así como sobre la transición de una revolución democrático-burguesa a una revolución socialista (es decir, de una república parlamentaria burguesa a un gobierno de los Soviets), fueron finalmente aprobadas por la Conferencia de abril, pero Lenin no prevaleció en todas las cuestiones. Su propuesta de romper definitivamente con los centristas de la Segunda Internacional y de crear una nueva Internacional no recibió ningún apoyo. Por otra parte, el ala derecha del Partido logró introducir a cuatro de sus líderes, Kamenev, Noguin, V.P. Aliliutin, y G.F. Fedorov, al nuevo Comité Central elegido en la Conferencia de abril (los miembros restantes eran Lenin, Zinoviev, Sverdlov, Stalin, y T.I.

Smilga), garantizando así la persistencia de la confusión sobre la revolución permanente y sobre el ‘viejo bolchevismo’ a lo largo de 1917.¹⁴

Conclusión

La cuestión esencial que separaba a Lenin de Trotsky antes de 1917 era si los trabajadores o los campesinos impondrían su política en el gobierno revolucionario. La fórmula de Trotsky era ‘la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado’, mientras que la fórmula de Lenin era ‘la dictadura *democrática* (es decir, no socialista) del proletariado y del campesinado’. Lenin cambió la estrategia del Partido Bolchevique de la dictadura democrática a la dictadura del proletariado en las *Tesis de abril* –esta fue su verdadera significación histórica. Este rearme estratégico del Partido condujo a debates dentro del Partido Bolchevique en abril de 1917, como lo hemos documentado en este artículo. La nueva posición bolchevique fue claramente expresada por Lenin a finales de 1918:

[...] en 1917, desde el mes de *abril*, mucho antes de la Revolución de Octubre, de que tomásemos el Poder, dijimos abiertamente y explicamos al pueblo que ahora la revolución no podía detenerse en esta etapa, pues el país había seguido adelante, el capitalismo había seguido avanzando, la ruina había alcanzado proporciones nunca vistas, lo cual habría de *exigir* (quíerese o no) que marchásemos *hacia el socialismo*. (Lenin, 1918, p. 29)

A lo largo de abril de 1917 y hasta octubre, Lenin subrayó una y otra vez el significado de esta nueva estrategia, de la que derivó la política de ‘ningún apoyo al Gobierno Provisional’ y ‘ningún apoyo a la guerra’. También enfatizó repetidamente que la política del viejo bolchevismo, al limitar la revolución a su etapa democrático-burguesa, representaba ahora un obstáculo para la lucha de clases proletaria. Lenin afirmó, por ejemplo, en sus *Cartas sobre táctica*, en contra de Kamenev:

[...] quien *en el momento actual* solo habla de ‘dictadura democrática revolucionaria del

proletariado y el campesinado' está atrasado, en consecuencia se ha pasado en realidad a la pequeña burguesía y está en contra de la lucha de clase proletaria, por lo que debería ser relegado al archivo de las antigüedades 'bolcheviques' prerrevolucionarias (se lo podría llamar archivo de 'viejos bolcheviques') (Lenin, 1917, p. 460)

Viniendo desde diferentes perspectivas, Lenin y Trotsky llegaron a un acuerdo sobre prácticamente todos los grandes problemas a los que se enfrentaban los revolucionarios en 1917, incluyendo la actitud hacia la guerra, la reforma agraria, la introducción del control obrero de la producción, el poder soviético, y su oposición frontal a las políticas de los socialistas revolucionarios y los mencheviques. Dado que el Partido Bolchevique era una organización de masas con una membresía de un cuarto de millón a finales del verano, no es sorprendente que sobre varias cuestiones se desarrollaran tendencias divergentes. Muchas cuestiones de naturaleza aparentemente táctica estaban en realidad arraigadas en posiciones teóricamente divergentes sobre la naturaleza misma de la revolución, que casi desgarraron al partido entre febrero y abril. No es casualidad que, en su estudio seminal en dos volúmenes sobre los bolcheviques en 1917, Alexander Rabinowitch se refiera repetidamente a Kamenev como quien representaba las opiniones del bolchevismo 'de derecha' o 'moderado', que consideraba a Rusia "no preparada para una revolución socialista", y cuya estrategia se contraponía a menudo con la de los bolcheviques de izquierda agrupados en torno a Lenin y Trotsky (Rabinowitch, 1976, p. 173). Incluso después de la Revolución de Octubre,

Kamenev y sus asociados estaban firmemente convencidos de que la única esperanza de defender y preservar los logros de la revolución y de lograr una pronta convocación de la Asamblea Constituyente y la conclusión de la paz radicaba en la creación de un amplio gobierno de coalición socialista, la cual había sido su posición desde el principio. (Rabinowitch, 1976, p. 309)

La convergencia política de Lenin y Trotsky contra esta tendencia conservadora dentro del bolchevismo fue por ende mucho más que una cuestión pasajera de abril de 1917. Por el contrario, revela la esencia misma de la Revolución rusa: su carácter de clase, su perspectiva política y su significado histórico como la etapa final del ciclo de las revoluciones democrático-burguesas y el comienzo de un ciclo mundial de revoluciones obreras contra la explotación capitalista.

Apéndice: Kamenev: Nuestros desacuerdos [con las *Tesis de abril* de Lenin]

Fuente: *Pravda*, No. 27, 8 [21] de abril de 1917, p. 4.

En el número de ayer de *Pravda* Lenin publicó sus "Tesis [de abril]". Representan la opinión personal del camarada Lenin, y con su publicación, el camarada Lenin cumplió con el deber de toda figura pública responsable: presentar su comprensión de los acontecimientos actuales a la discusión de la democracia revolucionaria de Rusia. El camarada Lenin presentó sus argumentos en una forma muy concisa, pero lo hizo con este fin: comenzando con una caracterización de la guerra mundial, llegó a la conclusión de que era necesario crear un Partido nuevo, Comunista. En su informe, por lo tanto, era bastante natural que criticara no sólo la política de los líderes del Soviet de Diputados Obreros y Soldados, sino también la política de *Pravda*, tal como fue formulada en el momento de la [Primera] Conferencia Panrusa de los Soviets, [que se reunió en Petrogrado del 29 de marzo al 3 de abril] y tal como se expresó en los discursos de los delegados bolcheviques en dicho congreso. Esta política de *Pravda* fue formulada precisamente en las resoluciones sobre el Gobierno Provisional y la Guerra, redactadas por el Buró del Comité Central y adoptadas por los delegados bolcheviques a la Conferencia, leídas en la misma Conferencia [y publicadas en *Pravda* No. 18 el 26 de marzo].

De aquí en adelante, hasta la adopción de nuevas decisiones por el Comité Central y hasta las resoluciones [que serán adoptadas] por la

Conferencia Panrusa del Partido [celebrada los días 24 y 29 de abril], estas resoluciones siguen siendo nuestra plataforma, que defenderemos tanto de la influencia corruptora del “defensismo revolucionario” como de la crítica del camarada Lenin.

En cuanto al esquema general del camarada Lenin, nos parece inaceptable, porque procede del reconocimiento de la revolución democrático-burguesa como terminada y está destinado a convertir inmediatamente esta revolución en una revolución socialista. Las tácticas resultantes de dicha evaluación están profundamente en desacuerdo con las tácticas propuestas por los representantes de *Pravda* en la Conferencia Panrusa de los Soviets, tanto contra los líderes oficiales del Soviet y como contra los mencheviques que arrastran al Soviet a la derecha.

En una discusión amplia, esperamos defender nuestro propio punto de vista como el único posible para la socialdemocracia revolucionaria, porque quiere y debe seguir siendo el partido de las masas revolucionarias del proletariado hasta el final, y no convertirse en un grupo de propagandistas comunistas.

Kamenev (Kаме́нев 1917b).

Notas

1. A partir de ahora todas las fechas corresponden al calendario juliano, que atrasaba 13 días en relación al calendario gregoriano.
2. Para una visión opuesta consultar Lih 2011.
3. “Tenemos una consigna nueva: la democrática dictadura revolucionaria del proletariado y los campesinos” (Lenin, 1905a, p. 55).
4. La población rural ascendía al 82 por ciento de la población total según los resultados del censo de 1926 (Lewin, 2005 p. 41). Para la idea de que todos los participantes en el debate sobre la revolución permanente (cuyos documentos hemos traducido en Day y Gaido, 2009), con excepción de Trotsky, abogaban por un oxímoron llamado ‘revolución democrática *in Permanenz*’ ver Lih 2012.
5. La Revolución de Febrero estalló el 23 de febrero, según el calendario juliano, o el 8 de marzo (Día Internacional de la Mujer, la revolución comenzó

como demostración de trabajadoras) de acuerdo con el calendario gregoriano.

6. El texto completo de la *Orden N° 1 del Soviet de Petrogrado* aparece traducido al inglés en Boyd 1968, pp. 259-260.
7. Para una versión en inglés del manifiesto bolchevique del 27 de febrero ver Ferro, 1972, pp. 344-345.
8. Para más detalles sobre las divisiones en el Partido Bolchevique en marzo de 1917 ver Longley 1972.
9. Este asombroso resumen de la crisis del Partido Bolchevique en marzo de 1917 es una de las razones por las cuales Stalin presionó a Shliapnikov en 1925 para reescribir su libro, originalmente publicado en 1923. Para una negación de que el pasaje del control de *Pravda* a manos de Stalin y Kamenev representó un giro brusco a la derecha ver Lih 2014.
10. Para una versión en inglés del “Llamamiento a los pueblos del mundo” del Soviet de Petrogrado, fuertemente criticado por Lenin como la fraseología vacía, ver Ferro, 1972, pp. 353-354.
11. Para una negación de que Kamenev y Stalin censuraron la primera *Carta desde lejos* de Lenin ver Lih, 2015.
12. Una referencia al primer artículo editorial de Kamenev en *Pravda*, titulada *El Gobierno Provisional y la Socialdemocracia revolucionaria* y publicada en *Pravda* N° 8 el 14 de marzo. Ver más arriba.
13. Las actas de la conferencia también indican claramente que Lenin no estaba familiarizado con el trabajo de Trotsky y que llegó a la teoría de la revolución permanente gradualmente, dando un rodeo, como lo demuestra la siguiente cita: “El trotskismo dice: ‘Sin zar, con un gobierno obrero’. Esto es erróneo. Una pequeña burguesía existe, no se la puede ignorar. Pero ella se compone de dos partes. La parte más pobre está con la clase obrera” (Lenin, 1917g, p. 75; ver las observaciones similares en Lenin, 1917f, p. 190).
14. Sobre este tema ver Rabinowitch, 1968, pp. 5, 36, 38-42, 56-59, y Rabinowitch, 1976, pp. 173, 309-310, 205-206, 159-160, 221-222.

Bibliografía

- Boyd, J. (1968). The Origins of Order. No. 1. *Soviet Studies*, Vol. 19, No. 3, pp. 359-372.

- Day, R. B. and Daniel G. (eds.) (2009). *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*. Leiden: Brill.
- Ferro, M. (1972). *The Russian Revolution of February 1917*. Englewood Cliffs, NY: Prentice-Hall.
- Foglesong, D. S. (1991). *America's Secret War against Bolshevism: U.S. Intervention in the Russian Civil War, 1917-1920*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Golder, F. (ed.) (1927). *Documents of Russian History, 1914-1917*. New York: The Century Co.
- Hasegawa, T. (2017). *The February Revolution, Petrograd, 1917: The End of the Tsarist Regime and the Birth of Dual Power*. Leiden: Brill.
- Kerensky, A. F. and Browder, R. P. (1961). *The Russian Provisional Government 1917: Documents*. Stanford University Press, Vol. III.
- Krupskaya, N. K. (1970). *Reminiscences of Lenin*. New York: International Publishers.
- Lenin, V. I. (1902a). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* (marzo de 1902). En: Lenin. (1976). *Obras completas, Tomo V: Mayo 1901-Febrero 1902*. Madrid: Akal Editor.
- . (1904). *Un paso adelante, dos pasos atrás. (La crisis en nuestro partido)*. En: Lenin, V. I. (1976). *Obras Completas. Tomo VII: Setiembre de 1903 - diciembre de 1904*. Madrid: Akal Editor.
- . (1905a). *Dostáticas de la Socialdemocracia en la revolución democrática*. En: Lenin, V. I. (1976). *Obras Completas. Tomo IX: Junio - Noviembre 1905*. Madrid: Akal Editor.
- . (1905b). *Posición de la Socialdemocracia ante el movimiento campesino*. En: Lenin, V. I. (1976). *Obras Completas. Tomo IX: Junio - Noviembre 1905*. Madrid: Akal Editor.
- . (1915a). Algunas tesis, de la Redacción. *Sotsial-Demokrat*, No. 47, 13 de octubre de 1915. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXIII: Septiembre de 1915 - julio de 1916*. Madrid: Akal Editor.
- . (1915b). Política socialchovinista encubierta con frases internacionalistas. *Sotsial-Demokrat*, No. 49, 21 de diciembre de 1915. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXIII: Septiembre de 1915 - julio de 1916*. Madrid: Akal Editor.
- . (1915c). *Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura*. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXIII: Septiembre de 1915 - julio de 1916*. Madrid: Akal Editor.
- . (1917a). *Cartas desde lejos. Primera carta. La primera etapa de la primera revolución* (escrita al 7 (20) de marzo de 1917, publicada parcialmente en *Pravda*, Nos. 14 and 15, 21 y 22 de marzo de 1917). En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXIV: Agosto de 1916 - mayo de 1917*. Madrid: Akal Editor.
- . (1917b). *Letter to J. S. Hanecki (March 30, 1917), sent from Zurich to Stockholm*. In Lenin, V. I. (1971). *Collected Works, Vol. 35*. Moscow: Progress Publishers.
- . (1917c). *Las tareas del proletariado en nuestra revolución [Tesis de abril]* (4 de abril de 1917), publicado el 7 de abril de 1917 en *Pravda*, No. 26. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXIV: Agosto de 1916 - mayo de 1917*. Madrid: Akal Editor.
- . (1917d). *Report at a Meeting of Bolshevik Delegates to the All-Russia Conference of Soviets of Workers' and Soldiers' Deputies, April 4 (17), 1917* (first published on November 7, 1924). *Pravda*, No. 255. In Lenin, V. I. (1971). *Collected Works, Vol. 36*. Moscow: Progress Publishers.
- . (1917e). *Letter to J. S. Hanecki and Karl Radek (April 12, 1917), sent from Petrograd to Stockholm*. In: Lenin, V. I. (1971). *Collected Works, Vol. 36*. Moscow: Progress Publishers.
- . (1917f). *Cartas sobre táctica*. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXIV: Agosto de 1916 - mayo de 1917*. Madrid: Akal Editor.
- . (1917g). *Conferencia del POSDR(b) de la ciudad de Petrogrado. 14-22 de abril (27 de abril-5 de mayo) de 1917*. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXV: Abril - mayo de 1917*. Madrid: Akal Editor.
- . (1917h). *Informe sobre la situación actual. 24 de abril (7 de mayo) (en VII Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR(b). 24-29 de abril (7-12 de mayo) de 1917)*. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXV: Abril - mayo de 1917*. Madrid: Akal Editor.
- . (1917j). *Palabras finales del informe acerca de la situación actual. 24 de abril (7 de mayo) (en VII Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR(b). 24-29 de abril (7-12 de mayo) de 1917)*. En: Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas. Tomo XXV: Abril - mayo de 1917*. Madrid: Akal Editor.
- . (1918). *The Proletarian Revolution and the Renegade Kautsky*. In: Lenin, V. I. (1974). *Collected Works, Vol. 24*. Moscow: Progress Publishers.

- Lewin, M. (2005). *The Soviet Century*. London: Verso.
- Lih, L. T. (2011). The Ironic Triumph of Old Bolshevism: The Debates of April 1917. *Russian History*, Vol. 38, No. 2. Pp. 199-242.
- . (2012). Democratic Revolution in Permanenz. *Science & Society*, Vol. 76, No. 4. Pp. 433-462.
- . (2014). Fully Armed: Kamenev and Pravda in March 1917. *The NEP Era: Soviet Russia 1921-1928*, Vol. 8. Pp. 55-68.
- . (2015). Letter from Afar, Corrections from Up Close: The Bolshevik Consensus of March 1917. *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 16, 4. Pp. 799-834.
- Longley, D. A. (1972). The Divisions in the Bolshevik Party in March 1917. *Soviet Studies*, Vol. 24, No. 1. Pp. 61-76.
- Luxemburg, R. (1905). In revolutionärer Stunde: Was weiter? *Czerwony Sztandar* (Cracow), Nr. 26, May, Beilage, reprinted in Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Volume 1, Nr. 2, Berlin: Dietz.
- Marx, K. (1966). *The Civil War in France*. Peking: Foreign Languages Press.
- Rabinowitch, A. (1968). *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*. Indiana University Press, Midland Book Edition 1991.
- . (1976). *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*. New York: W.W. Norton.
- Radkey, O. H. (1958). *The Agrarian Foes of Bolshevism: Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries: February to October 1917*. Columbia University Press.
- Raskolnikov, F. F. (1982). *Kronstadt and Petrograd in 1917*. London: New Park Publications.
- Sukhanov, N.N. (1955 [1922]). *The Russian Revolution, 1917: A Personal Record* (edited and translated by Joel Carmichael). London, New York: Oxford University Press, 2 vols.
- Suny, R. G. (1972). *The Baku Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution*. Princeton University Press.
- Trotsky, L. (1937). *The History of the Russian Revolution*, Vol. 1: *The Overthrow of Tsarism*. New York: Simon and Schuster.
- . (1969 [1906]). *The Permanent Revolution and Results and Prospects*. New York: Pathfinder Press.
- . (2004 [1937]). *The Stalin School of Falsification* (translated by John G. Wright). New York: Pathfinder Press. Chapters 14 and 15: The March 1917 Party Conference. [Russian ed.:
- “Протоколы и резолюции Бюро ЦК РСДРП (б) (март 1917 г.),” *Вопросы истории КПСС*, 1962, № 3, с. 134-155, № 5, с. 106-125; № 6, с. 130-152. (“Protocolos y resoluciones del Buró del Comité Central del POSDR(b), marzo de 1917,” *Cuestiones de historia del PCUS*, 1962, № 3, pp. 134-155; № 5, pp. 106-125; № 6, pp. 130-152.)]

Referencias en ruso

- Бурджалов, Э.Н. (1956). О тактике большевиков в марте-апреле 1917 года. *Вопросы истории*, No. 4. С. 38-56. [Burdzhalov, E.S., (1956). Sobre la táctica de los bolcheviques en marzo y abril de 1917. *Cuestiones de historia*, No. 4. Pp. 38-56.]
- Залежский, В.Н. (1923). Первый легальный Пе-Ка. *Пролетарская революция*, No. 1 (13). с. 135-156. [Zalezhsy, V.N. (1923). El primer Comité legal de Petrogrado. *Revolución Proletaria*, No. 1 (13). Pp. 135-156.]
- Каменев, Л. Б. (1917а). Временное Правительство и революционная социал-демократия. *Правда*, No. 8, 14 марта [27 марта] 1917 г. [Kamenev, L. B. (1917а). El Gobierno Provisional y la Socialdemocracia revolucionaria. *Pravda*, No. 8, 14 de marzo (27 de marzo) de 1917.]
- . (1917b). Без тайной дипломатии. *Правда*, No. 9. 15 марта (28 марта) 1917 г. [Kamenev, L. B. (1917b). Sin diplomacia secreta. *Pravda*, No. 9, 15 de marzo (28 de marzo) de 1917.]
- . (1917c). Без тайной дипломатии. *Правда*, No. 27L, 8 апреля (21 апреля) 1917 г. [Kamenev, L. B., (1917c). Nuestros desacuerdos (con Lenin). *Pravda*, No. 27, 8 de abril (21 de abril) de 1917.]
- Первый легальный Петербургский комитет большевиков в 1917 году: Сборник материалов и протоколов заседаний Петербургского комитета РСДРП (б) и его Исполнительной комиссии за 1917 г. Ред Под. П. Ф. Куделли. М.; Л.: Госиздат, 1927. [El primer Comité legal de Petersburg de los bolcheviques en 1917: Colección de los materiales y las actas de las reuniones del Comité de Petersburg del POSDR (b) y su Comisión Ejecutiva para 1917. Editado por PF Cudelli. Moscú, Leningrado: Gosizdat, 1927. 307 pp.] <http://communist-ml.ru/archives/18474>
- Правда*, No. 1-45. (1917). [Pravda, No. 1-45. (1917).] <http://istmat.info/node/28027>
- РСДРП (б). (1958 [1917]). *Седьмая (апрельская) Всероссийская конференция РСДРП*

(большевиков); Петроградская общегородская конференция РСДРП (большевиков). Апрель 1917 года. Протоколы, Москва: Госполитиздат. [POSDR (bolcheviques). (1958 [1917]). *Séptima (abril) Conferencia de toda Rusia del POSDR (bolcheviques); Conferencia de la ciudad de Petrogrado del POSDR (bolcheviques)*. Abril del 1917. Minutas, Moscú: Gospolitizdat.] <http://militera.lib.ru/docs/da/k07/index.html>

Сидоров, А. Л., Белов, Г. А., Бутенко, А. Ф. (1957). *Великая октябрьская социалистическая революция: документы и материалы. Революционное движение в России после свержения самодержавия*, изд-во Академии наук СССР, Вол. 1. [Sidorov, A.L., Belov, G.A. Butenko, A.F. (1957)., *The Great October Socialist Revolution: Documents and Materials. The Revolutionary Movement in Russia after the Overthrow of the Autocracy*, USSR Academy of Sciences Publishing House, Vol. 1.]

Сталин, К. (1917). войне О. *Правда*, № 12, 18 марта (31 марта) 1917 г. [Stalin, I. Sobre la Guerra. *Pravda*, N ° 10, 16 de marzo (29 de marzo) de 1917.]

Шляпников, А. Г. (1992). *Канун семнадцатого года*; Vol. 2, *Год семнадцатый*. Москва: Издательством политической литературы. [Shliapnikov, A. G. (1992). *La víspera del año 1917*; Vol. II: *El año 1917*. Moscú: Editorial Literatura Política.]

Kevin Murphy. Es profesor en la Universidad de Massachusetts, Boston; es autor del libro *Revolution and Counterrevolution: Class Struggle in a Moscow Metal Factory* (Berghahn Books 2015) y ganador del Premio Isaak Deutscher. <kevinmurphy9999@gmail.com>

Daniel Gaido. Ph.D. (2000), Universidad de Haifa (Israel). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Es autor de *The Formative Period of American Capitalism* (Routledge, 2006), co-autor, junto con Cintia Frencia, de *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras: de la Internacional de Mujeres Socialistas a la Revolución Rusa* (Santiago de Chile: Ariadna, 2016) y *Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la Revolución Rusa* (Ariadna, 2018), y co-editor, junto con Richard B. Day, de *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record* (Brill, 2009), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, 2011) y *Responses to Marx's Capital: From Rudolf Hilferding to Isaak Illich Rubin* (Brill, 2011).

(danielgaid@gmail.com)

Recibido: 1 de agosto de 2018

Aceptado: 8 de agosto de 2018

Rafael Plá León

Pensar la revolución. Acerca del problema de la concepción teórica de la revolución en el pensamiento y la práctica de Lenin

Resumen: *El artículo trata de la experiencia teórica del proceso revolucionario en Rusia desde la perspectiva de Lenin, su líder principal. Considera momentos desde la formación del partido bolchevique hasta la construcción del socialismo en la Rusia soviética, pasando por las experiencias de las revoluciones rusas, especialmente la de octubre de 1917.*

Palabras clave: *Revolución. Teoría. Rusia. Lenin.*

Abstract: *This article deals with the theoretical experience of the Russian revolutionary process from Lenin's perspective, its main leader. It considers moments from the formation of the Bolshevik party to the construction of socialism in Soviet Russia, taking into account the experiences of all the Russian revolutions, especially the one occurred during October on 1917.*

Keywords: *Revolution. Theory. Russia. Lenin.*

Puede parecer exagerada la versión marxista-leninista de presentar los hechos relacionados con la Revolución de Octubre como si todo hubiera estado muy bien concebido desde el principio en el pensamiento de los bolcheviques y, especialmente, en el del principal de sus líderes políticos, Vladímir Ilich Lenin.

Quien se haya formado en aquel mundo puede dar fe de que al Lenin canonizado por

Stalin y sus sucesores se le rendía un culto poco menos que sagrado. Con esto no ganaba mucho la ideología comunista, ya que esa reverencia a sus líderes contrastaba con el espíritu de camaradería que debía reinar entre comunistas verdaderos, y que existía realmente en el partido bolchevique que condujo las acciones políticas en Rusia desde noviembre de 1917. El culto a la personalidad, que tuvo con Stalin su máximo esplendor, fue ajeno a Lenin y desdice mucho de los principios e inteligencia del líder que fue Lenin. Provoca incluso la reacción contraria de los enemigos e indiferentes, quienes entonces subvaloran la capacidad teórica de Lenin al frente de un proceso revolucionario como el ruso, tan contradictorio.

Sin embargo, hay que reconocer que la Revolución rusa fue, más que cualquier otra en la historia, una revolución *pensada*. La teoría que le sirvió de guía fue el marxismo, el cual fue asumido por los principales líderes bolcheviques desde bien temprano en la labor de fundar un partido proletario que se foguease en su misión histórica de sepultar al capitalismo como sistema, buscando construir otro tipo de sociedad ajena a la explotación de unos hombres por otros.

La teoría es un ejercicio del pensamiento que consiste en reducir la diversidad a unidad. Con esta operación se logra comprender un fenómeno como parte de un todo, que es como decir: comprender la génesis del fenómeno a partir de otro fenómeno distinto e incluso *contrario*, su evolución por distintas fases que se van *negando* a sí mismas para superarse continuamente y su

finalidad de pasar a *otra* cualidad, donde se repita el mismo ciclo dialéctico. Quien haya estudiado sin prejuicios el material que componen las obras de Lenin –para no hablar de otros líderes bolcheviques– podrá apreciar al menos que acerca de los pasos a seguir en el camino de la revolución se vertieron numerosas ideas con pretensiones teóricas. No quiere esto decir que en todo momento fuera este método infalible, pero sí explica mucho del éxito rotundo de los bolcheviques en la labor de propaganda de sus ideas y de la forma en que las supieron llevar a efecto.¹

Desde las luchas de Lenin contra los populistas, precursores rusos de la revolución (contra quienes batalló por discrepancias eminentemente teóricas acerca de los métodos que debía llevar la acción revolucionaria), hasta su última lucha, ya en cama, por organizar la sociedad soviética creada por la Revolución de Octubre, pasando por todo tipo de cuestiones, el líder ruso imponía la línea de que para opinar sobre estas había que estudiar previamente la situación, no solo con fina intuición, sino con el material que ofrecían los clásicos del marxismo, las estadísticas oficiales y no oficiales, las opiniones de otros autores o personalidades conocedoras; es decir, manejar un material *teórico*. Esta línea daba una ventaja increíble frente a otras que lo apostaban todo al arrojé revolucionario o a las maniobras oportunistas del legalismo burgués.

En el presente trabajo se intentará demostrar la existencia de un acervo teórico en Lenin, a través de los distintos momentos en que los giros de la revolución le impusieron tocar diversos temas. No se intentará evaluar si estaba o no en lo cierto, si se equivocaba o no ante las distintas circunstancias. Situaciones fueron varias donde la opción de Lenin no complació a sus propios compañeros y muchas veces su liderazgo se impuso a fuerza de una especie de chantaje político a sus correligionarios, cuando amenazaba con ir a las bases a hacer propaganda de su posición frente a la mayoría del Comité Central de su partido. Hoy, muchos de los que se acercan a este material apreciarán erradas ciertas decisiones políticas o desquiciadas determinadas posiciones teóricas. Solo nos interesa demostrar la consecuencia teórica que se observa en Lenin, la insistencia en este tipo de abordaje de los asuntos y la flexibilidad

que mostraba ante los cambios que impusiera la situación política concreta de que se tratara, en donde esgrimía la dialéctica materialista del marxismo como arma para comprender y explicar la transformación de las circunstancias.

Asumir el marxismo como teoría significa tener como valioso el pensamiento de Marx y Engels, creadores de una visión diferente del mundo, que les permitió descubrir las leyes del desarrollo de la sociedad a ellos contemporánea, la sociedad capitalista, así como las tendencias de la misma. La teoría marxista transmite una experiencia determinada en la lucha de la clase proletaria, que es la que resulta dominada en la relación entre capital y trabajo. Esa experiencia recoge a su vez, gracias a la visión de sus creadores, la herencia de lo mejor de la cultura universal, permitiendo así que se pueda plantear una superación y no la simple eliminación de la sociedad burguesa, conservando los logros de la civilización y desechando las consecuencias fatales de la explotación capitalista.

Pero hacer teoría no es repetir la palabra de los clásicos, sino desarrollar esa experiencia en nuevas circunstancias de lucha. Lenin desarrolló esa experiencia negando a Marx, lo que constituía la única forma verdadera de ser consecuente con él. En cuanto cuestión enfrentó Lenin en su lucha política o ideológica, resultó que, siguiendo consecuentemente los principios marxistas, el resultado era un nuevo concepto o una nueva forma de entender el asunto. En la cuestión del *partido*, Lenin se concentró en el diseño de una organización nacional selectiva y clandestina, dirigida centralistamente, aunque conservando los principios de la discusión democrática a su interior; bastante distinta a la fundada por Marx como asociación internacional de trabajadores, sin especial selección. En lo tocante a la concepción de la *revolución*, Marx apostaba por el triunfo en los países más avanzados en el camino de la civilización, mientras que Lenin supo ver que las posibilidades de éxito en una insurrección podían darse en varios o incluso solo en un país que fuera el eslabón más débil de la cadena imperialista. En la concepción del tipo de *Estado* que debía llevar la transición, Marx lo declaró sin ambages: la dictadura del proletariado; Lenin, por su parte, se vio en la necesidad de incluir como fuerza

motriz de la revolución a los campesinos, y hablar entonces de una *dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos*. En el estudio económico de la sociedad capitalista en su conjunto, Lenin supo apreciar los cambios del sistema desde que Marx y Engels esbozaran su teoría en condiciones de un capitalismo de libre competencia, identificó al *imperialismo* como capitalismo monopolista y lo concibió como fase superior del capitalismo, antesala de la revolución proletaria, con leyes de desarrollo que representaban la negación de las del capitalismo que había estudiado Marx. Por último, tuvo que enfrentar por su cuenta y prácticamente sin antecedentes, la teoría de la construcción de una sociedad nueva, a la que siguió llamando '*socialismo*', a la usanza de la época de la II Internacional; en esta cuestión nada estaba escrito, y tuvo que enfrentarlo no desde un tranquilo gabinete, sino encabezando el gobierno de la revolución, decidiendo a diario sobre los más complejos problemas políticos, económicos, culturales, como quien abre caminos.

En la consideración de cada una de estas situaciones podrá apreciarse con qué cuidado el líder bolchevique llevó el análisis hasta una síntesis teórica y con qué celo luchó porque sus correligionarios y todos los compañeros de la revolución se superaran teóricamente dentro del marxismo, por cuidar la consecuencia más fiel a dicha teoría, con la convicción de que era el instrumento adecuado para poder captar con más exactitud las tendencias de la realidad social de su entorno.

Las primeras luchas teóricas de Lenin fueron por la organización de un partido para la revolución socialista. En este caso, la lucha teórica se planteó contra los populistas; en ella se definía el carácter de la sociedad rusa y de ahí, el carácter del partido y de la revolución a conducir. El socialismo no sería el mismo si se idealizaba la sociedad o si se conocían a profundidad las tendencias económicas y sociales que se gestaban en la vieja sociedad a combatir. Los populistas apostaban al campesinado, pensando un socialismo en base a la *obchina* (comuna), que era el régimen común en que vivió esa clase antes de que el capitalismo comenzara a desgarrar la sociedad rusa. Los marxistas apelaban al proletariado, que ya hacía presencia en Rusia y se presentaba como la fuerza

antagónica al capital dominante. Los populistas apelaban al terrorismo personal, al atentado como estrategia de lucha. Los marxistas a la huelga y a la movilización de las masas, para involucrar a la mayor cantidad de gente en la lucha.

En una de sus primeras obras, *¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas?*, Lenin aborda cuestiones relativas al método materialista de Marx e, incluso, toca cuestiones sobre la dialéctica, como el caso del uso de tríadas en la negación de la negación. Se trata, ante todo, de definir el tipo de objeto que asume la investigación de Marx, pues los economistas anteriores hablan de la sociedad "en general", mientras que Marx tiene en cuenta únicamente la sociedad capitalista moderna, que es la que está interesado en revolucionar:

El gigantesco paso adelante que dio Marx en este sentido consistió, precisamente, en haber arrojado por la borda todos esos razonamientos sobre la sociedad y el progreso en general, ofreciendo, en cambio, un análisis científico de una sociedad y de un progreso: de la sociedad y del progreso capitalistas. (Lenin, 1981c, pp. 148-149)

Desde un primer momento de acercamiento a la obra de Marx, Lenin destaca su cientificidad y sobre esta base traza una estrategia de estudio-acción para la actividad revolucionaria en Rusia.

La visión crítica de Lenin, que no puede sino ser fruto de un agudo sentido teórico, se manifiesta en el análisis de las estadísticas fabriles del régimen zarista en su temprana obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Lenin, 1981a, pp. 495-508). Lenin destaca la dificultad de que cada investigador trabaja con un concepto distinto de lo que es una fábrica y, por ende, mira a las estadísticas de un modo diferente, sacando conclusiones que no permiten percibir la realidad social en su desarrollo. La conclusión es que no es confiable la estadística fabril y que se necesita un criterio (que él determina en el mínimo de 16 obreros en una empresa) para comparar los datos económicos por etapas. Esto le permite sacar la conclusión del avance del capitalismo en Rusia después de la Reforma de 1861 (Lenin, 1981a, p. 525).

Lenin también discute el concepto de ‘socialización de la producción’ con representantes del populismo ruso, en especial, el Sr. Mijailovsky, quien consideraba superficialmente que la socialización consistía en que una masa de obreros trabajasen juntos en un local (Lenin, 1981a, pp. 494-495). Lenin le aclara que se trata de un proceso mucho más complejo que va creando las bases para un desarrollo de la producción a escala mundial, eliminando la dispersión y rompiendo con las formas de sujeción personal, de enclaustramiento y de aislamiento de la población, llevando a un cambio de espíritu (Lenin, 1981a, pp. 654-656).

La visión de Lenin, alejada de las conclusiones moralizantes de los populistas contra el capitalismo, es al modo científico: una sobria constatación del hecho del rápido desarrollo del capitalismo en Rusia, para llegar a plantear la necesidad de adoptar para el partido obrero que se organizaba una política de lucha consciente contra el capitalismo, pero asumiendo lo progresivo que dejaba en las relaciones económicas y sociales del país (Lenin, 1981a, pp. 652-657).

Una vez sentado que la clase más revolucionaria es el proletariado y que la ideología que debe sentar la práctica política de su partido es el marxismo, Lenin se aboca a la tarea, junto con otros correligionarios, de fundar el partido para la revolución. La primera de las batallas estuvo precedida por una obra eminentemente teórica: *¿Qué hacer?* (Lenin, 1981b)², donde trata acerca de los principios de organización de dicha agrupación. En esta obra, Lenin fundamenta una de las ideas más discutidas todavía hoy: la idea del partido de vanguardia, o partido de nuevo tipo. La conclusión de Lenin de organizar un partido para la revolución en las condiciones de la represión más brutal del régimen zarista y de que ese partido debía ser una organización fuertemente centralizada y que a la vez cumpliera celosamente con mecanismos democráticos en la discusión de cada punto (lo que se llamó en la tradición leninista ‘centralismo democrático’) es una idea que atraviesa por los tiempos históricos, aun cuando fuese poco entendida y menos aceptada por la mayor parte de los entes políticos occidentales.³

Sin embargo, había consecuencia en el objetivo: se buscaba un partido para la revolución, no

uno que se adaptara a las reglas de la vida política burguesa; además, el partido, para ser vivo, debía conjugar los dos términos de una contradicción: el centralismo, para que funcionara unido, y la democracia, para que cada militante se sintiera parte del mismo y pudiera dar todo de sí. Era la consecuencia de la teoría dialéctica que el marxismo le transmitía y la realidad le dictaba.

En la vorágine de la revolución primera en que se fogueó el partido recién creado, la de 1905-1907, el líder bolchevique no descansó sacando de cada paso una experiencia que llevaba a análisis teórico. Aquí volvía a estar Lenin ante una cuestión teórica que debió reconsiderar: el marxismo planteaba la necesidad de llevar la lucha hasta la instauración de un régimen de ‘dictadura del proletariado’, pero la situación social en Rusia no permitía al proletariado armar un gobierno con sus propias fuerzas: era numéricamente pequeño en un país mayoritariamente campesino. La lucha por el poder necesariamente debía transitar por una alianza de clases trabajadoras, aunque la idea de la dictadura se planteaba aún con más fuerza, dado el carácter despótico del régimen zarista. Lenin esbozó la idea de una ‘dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado’⁴ que tenía la misión de garantizar que la revolución no se limitara a cumplir sus objetivos democráticos, sino que fuera capaz de llevar el proceso hasta el final: al derrocamiento de la clase burguesa y la conversión de la revolución en socialista. Es lo que Lenin llamó, tras Marx la ‘revolución permanente’: un proceso que no se detuviera en las tareas de la revolución democrática y fuera más allá, a la expropiación de capitalistas y terratenientes.

Apoyándose Lenin en la teoría marxista, así como en la propia experiencia política rusa, supo definir *teóricamente* la táctica revolucionaria del proletariado, apoyándose en la correlación de clases en la Rusia revolucionaria de 1905-1907:

El proletariado debe llevar a su término la revolución democrática, atrayéndose las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose la masa de elementos semiproletarios de la población, para romper por la

fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía. (Lenin, 1982, p. 95)

Esta posición después, en la revolución de 1917, será modificada ante la cambiante circunstancia de la urgencia de la revolución socialista. El partido de Lenin, convencido de que el marxismo prescribía inicialmente cumplir con la etapa de garantías a las libertades burguesas, verá cómo el líder impulsa las tareas propiamente proletarias para profundizar la revolución socialista. Cuánto en esto depende de la teoría o de la intuición, o cuánto depende de la asunción de una teoría que pueda dar fe del hecho revolucionario (es decir, de una teoría *dialéctica*) es lo que debe precisar el análisis minucioso de los hechos. Pero la producción teórica de Lenin era incesante y cada acto de la revolución o de la época de la reacción encontraba a un Lenin presto a analizar la circunstancia, a sacar conclusiones políticas que sirvieran de orientación para la lucha revolucionaria.

La derrota de la Revolución rusa de 1905-1907 fue la época en que con más tensión se puso a prueba la capacidad teórica de Lenin. Dentro del partido bolchevique se dio el fenómeno de proliferación de una de las tantas variantes de lo que Lenin llamó 'revisionismo'. La filosofía materialista del marxismo fue sometida a revisión y en su lugar se propagó entre intelectuales una filosofía más en boga en los círculos académicos y científicos, variante que mezclaba posiciones del positivismo y del criticismo neokantiano. En Rusia se conoció con el nombre de 'empiriocriticismo'.

Antes de someter a crítica a sus compañeros de partido devenidos 'empiriocriticistas', Lenin escribió un pequeño trabajo caracterizando el revisionismo en general, estableciendo su raíz en los sectores de la pequeña burguesía que van incorporándose al proletariado por la ruina. Esas capas pequeño-burguesas llevan consigo la ideología del pequeño propietario e introducen ideas extrañas al marxismo en su cosmovisión, tanto filosófica, económica como política.

¿En qué estriba la inevitabilidad de este revisionismo en la sociedad capitalista? [...] en todo país capitalista, existen siempre, al

lado del proletariado, extensos sectores de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. [...] Estos nuevos pequeños productores se ven arrojados también, de manera tan indefectible, a las filas del proletariado. Es completamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros [...]. (Lenin, 1983a, p. 25)

Hoy todavía, como entonces, el fenómeno está vigente, sin que haya avanzado mucho la posición teórica leninista de definir su basamento socioclasista. Al contrario, el término entró en desuso y se toma por buena la posición de buscar –y encontrar– aquellas 'lagunas' que puede haber tenido el pensamiento de los clásicos del marxismo, aquellas tesis que pueden haber quedado relegadas por el tiempo. Y no es que no sea necesaria una revisión profunda de la teoría, al tanto de que se esté respondiendo en todo momento a la realidad. Pero lo inadmisible es el intento de limar el filo revolucionario de la teoría, de 'revisar' las tesis que llevan a la necesaria sustitución del régimen capitalista por uno más humano, que garantice una vida más libre. De ahí que Lenin se guiara por uno de los principios más discutidos del marxismo-leninismo: el principio del *partidismo filosófico*. Puede prestarse para purgas sociales y represiones intelectuales, pero también es una guía certera para lograr una disciplina intelectual que busque la consecuencia de un pensamiento social en pos de la efectividad de la acción del partido.

Materialismo y empiriocriticismo (Lenin, 1983b) es una obra polémica en grado sumo y una de las más combatidas dentro del marxismo no leninista.⁵ Sin embargo, es en ella donde se pone de manifiesto la capacidad teórica de Lenin para enfrentar una polémica desde uno de los campos más abstractos de la teoría: la filosofía. Quien escribe esta obra no es un filósofo precisamente, ni siquiera alguien al tanto de la filosofía de su época, pero su autor demostró tener suficiente cultura filosófica y orientación teórica como para aceptar el reto ideológico que representaba el hecho de que intelectuales del partido bolchevique estaban siendo seducidos por una filosofía distinta y contraria al marxismo, poniendo en

riesgo la orientación ideológica del partido, tan imprescindible para la conducción certera de la lucha revolucionaria hacia su realización final.

Thalía Fung, resumiendo las críticas de Néstor Kohan (2003) a *Materialismo y empiriocriticismo*, precisa tres momentos: 1) definir la materia como ‘realidad objetiva’; 2) considerar a la práctica *a posteriori* del conocimiento; 3) anulación de la dialéctica por el objetivismo naturalista (2008, p. 69). Stefano Garroni ha considerado que “[...] se puede hablar de la *ambivalencia* de Lenin, de cierta gran capacidad dialéctica suya (en el aspecto histórico-político), pero también de cierto retroceso teórico suyo, que termina por *contraponer* el marxismo al desarrollo científico moderno” (2013, p. 147). Las críticas, en general, van dirigidas hacia su filosofía y cosmovisión materialista, supuestamente con déficit dialéctico.

Por otro lado, en la filosofía soviética esta obra se convirtió en manual de marxismo para los estudios políticos, exagerando la significación de muchas de las posiciones teóricas de Lenin, como, por ejemplo, la formulación del concepto filosófico de *materia*, la *teoría del reflejo* y el principio del *partidismo filosófico*. El lenguaje de Lenin, por otro lado, no complace a la academia filosófica, por la marcada tendencia al maniqueísmo, al fijar posiciones políticas y filosóficas muy encontradas y sin terceros caminos. Quizás las necesidades de la lucha política imponían en Rusia esa línea, pero ciertamente parece darse de bruces con la dialéctica que tanto defendió el líder ruso.

En el fondo, la agudeza de Lenin le bastaba para distinguir cuando un pensamiento había pasado la raya del oportunismo e integrado las filas de la reacción enemiga. Y en el caso del empiriocriticismo, Lenin no se equivocaba.

Puede que la academia lo juzgue con parámetros teóricos desligados de estremecimientos sociales; por esa vía Lenin parecerá vulgar, formulando preguntas de respuestas obvias (‘¿existía la naturaleza antes que el hombre?’, ‘¿piensa el hombre con el cerebro?’), despreciando las sutilezas intelectuales de filósofos y científicos renombrados que de pronto se ven con el calificativo de “reaccionarios” y un trolé de ofensas más. Pero para la lógica de la revolución, que tiene efectivamente otro camino, este procedimiento teórico de

Lenin es admisible y provechoso. Lenin identifica con habilidad el pensamiento adverso, lo analiza y lo califica. Cada sutileza es captada y desnudada, traducéndola al lenguaje simple y llano del materialismo, que es la corriente filosófica que nombra las cosas directamente.

El filósofo soviético E.V. Iliénkov le dedicó un libro, donde pone a *Materialismo y empiriocriticismo* en su lugar de valía, refutando que la obra esté consagrada solo a la defensa a ultranza del materialismo en general, y no del materialismo marxista, dialéctico, en particular. Demuestra el valor de la obra para el estudio de la dialéctica, con la cual Lenin ya estaba familiarizado en la época (Iliénkov, p. 2014).

Años después, ya triunfada la revolución proletaria, Lenin volvió a tocar la cuestión del materialismo y la dialéctica, cuando celebraba la publicación de la revista teórica *Bajo la Bandera del Marxismo* en su trabajo *El significado del materialismo militante* (1987b). Aquí elogiaba la tarea de difundir el ateísmo y el materialismo del siglo XVIII, independientemente de que cierto contenido resultara anticuado e ingenuo. También recomendaba la alianza de los marxistas con los naturalistas, para tratar de influir en el desarrollo de las ciencias naturales y evitar la desviación de muchos naturalistas del mundo burgués hacia filosofías que él consideraba reaccionarias. Habían pasado casi quince años desde *Materialismo y empiriocriticismo* y Lenin aún resaltaba la importancia de llevar hasta el fin la lucha del materialismo ‘militante’: “Para soportar esta lucha y llevarla hasta el fin con pleno éxito –afirmaba–, el naturalista debe ser un materialista moderno, un partidario consciente del materialismo representado por Marx, es decir, debe ser un materialista dialéctico” (Lenin, 1987b, pp. 30-31).

Exhibiendo una inusual consecuencia con la fuente teórica que le alimenta, Lenin dedica espacio a estudiarla y a definirla. Escribe un artículo sobre Marx para una enciclopedia belga (Lenin, 1984b), un condensado muy conocido sobre las tres fuentes y las correspondientes partes lógicas de la doctrina del marxismo (Lenin, 1984c), así como un breve esbozo histórico de la suerte de dicha doctrina (Lenin, 1984c). En estos escritos no hay demasiadas confrontaciones y la exposición es bastante llana, sin conflictos teóricos,

dando la apariencia de un bloque monolítico, propio para servir a objetivos extra-académicos. En este sentido, Lenin es en parte responsable de la posterior imagen del marxismo que predominó en la filosofía soviética, sin contradicciones, ni errores, ni dudas. La filosofía del marxismo se fue tornando ideología del sistema estalinista, gracias a la beatificación de su contenido.

Reza una conocida definición de Stalin: “El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria” (1966, p. 3). Más allá de lo que pueda sonar excluyente dicha definición, lo cierto es que Lenin pensó en condiciones de una época histórica relativamente nueva, distinta a la que vivieron los fundadores del marxismo y, por ende, tuvo la necesidad teórica de replantearse muchos postulados de manera imperiosa: había que reorientar la lucha de clases del proletariado en las nuevas condiciones del imperialismo.

Al estudio del imperialismo dedicó muchas obras con el objetivo de escrutar la esencia del cambio de época, el cual se percibía muy fuertemente desde el estallido de la guerra mundial. La más conocida de todas ellas fue *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (Lenin, 1985a). La habilidad para el desarrollo de la teoría marxista le permitió a Lenin distinguir la época no por sucesos epidérmicos, sino por cuestiones esenciales:

No podemos saber [dice en *Bajo pabellón ajeno* (1984a)] con qué rapidez y con qué éxito se desplegarán los diferentes movimientos históricos de tal o cual época dada. Pero sí podemos saber [...] *qué clase* ocupa el lugar central en tal o cual época y determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades de la situación histórica de esa época, etc. (Lenin, 1984a, p. 148)

Este es un trabajo de ocasión, de polémica contra los oportunistas de la II Internacional, en lucha contra los cuales, fue desarrollando ideas originales que servían para perfilar la estrategia de lucha del proletariado.

Lenin logró una caracterización más detallada de la época en su fisonomía económica,

distinguiendo cinco rasgos esenciales: concentración de la producción y del capital hasta el grado de los monopolios; fusión del capital bancario con el industrial, creando la oligarquía financiera; exportación de capitales; formación de asociaciones internacionales monopolistas y reparto territorial del mundo (Lenin, 1985a, pp. 405-406).

Las reflexiones teóricas sobre la época y las características del imperialismo llevaron a Lenin a la conclusión acerca del desarrollo desigual del sistema capitalista y, a partir de aquí, admitir la posibilidad del triunfo de la revolución socialista del proletariado no allí donde estuviesen más desarrolladas sus fuerzas productivas, su industria; sino en lo que llamó el ‘eslabón más débil de la cadena imperialista’, donde las contradicciones en la sociedad hicieran más insostenible la explotación y el gobierno de la burguesía. Ese ‘eslabón más débil’ empezó a ser apreciado en la propia Rusia y Lenin vio en la preparación de su partido bolchevique para la revolución su misión fundamental.

Lenin sometió a estudio la cuestión del Estado, justo en medio del proceso revolucionario que se había desatado en febrero (marzo) de 1917. En esta obra se aprecia la urgencia con que Lenin se planteaba una cuestión teórica; era la urgencia de preparar a su partido para la toma del poder.

Lo primero a definir teóricamente es el Estado, pues si se comprende la cuestión desde el punto de vista marxista hay que empezar por aceptar que el Estado es un instrumento para la dominación política de una clase sobre otras. Eso se da de bruce con la idea burguesa tan extendida –incluso entre dirigentes socialistas– que concibe al Estado como una instancia supraclasista, cuya misión sería evitar el conflicto entre las clases sociales (Lenin, 1986b, p. 7).

Inmediatamente pasa a definir la posición política del marxismo frente al Estado. La primera cuestión aquí es la de adoptar una decidida posición revolucionaria frente al Estado burgués, el cual no se ‘extingue’ espontáneamente, sino por vía violenta, disolviendo las instituciones que hasta el momento han servido de instrumentos de represión a las clases trabajadoras. Lenin repetía la expresión de Marx acerca de que “todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, pero lo que hace falta es romperla,

destruirla” (Lenin, 1986b, p. 29), recalando este postulado como “lo principal, lo fundamental, en la teoría del marxismo acerca del Estado” (p. 29).

Concretamente, lo que se entiende por ‘maquinaria estatal burguesa’ es aquel organismo de poder centralizado nacionalmente que se apoya en dos instituciones básicas: la *burocracia* y el *ejército* permanente. Una maquinaria estatal de otro tipo, que no tenga que velar por el aseguramiento de las ganancias de la clase burguesa, puede prescindir, a juicio de los clásicos del marxismo, de estos dos pilares de todo Estado explotador.

Entonces es que se plantea la segunda cuestión, la de qué hacer con el Estado en general, ya que en el movimiento anticapitalista abundan fuerzas que promueven la idea de deshacerse del Estado, como si fuera lo fundamental, de desentenderse de toda autoridad. En esta sensible cuestión, el proletariado victorioso debe comprender que en general la maquinaria del Estado aún le hace falta para aplastar la resistencia de la clase burguesa. Es entonces que aparece la polémica figura de la “dictadura del proletariado”, que tanto rechazo ha encontrado en las sociedades europeas y americanas, fundamentalmente. Lenin, que no tenía la costumbre de adornar mucho el discurso, asumía este concepto plenamente y dedicó esfuerzos intelectuales a desarrollarlo prácticamente. Su declaración es tajante: “Únicamente es marxista quien hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*” (Lenin, 1986b, p. 35).

La ‘dictadura del proletariado’ es la figura que Marx encontró para revelar la esencia de la maquinaria estatal que debía sustituir al Estado burgués. Sin embargo, en la idea de Marx, ‘dictadura del proletariado’ se identifica con ‘democracia plena’. Se trata de un Estado de las mayorías trabajadoras para defenderse de las minorías explotadoras; de un Estado en que fuese innecesaria la violencia para conducir los asuntos sociales, sino que se concentraría la violencia solo para aplastar la resistencia de los explotadores. De modo que, una vez cumplida esa misión, y quedando innecesaria la maquinaria del poder político como tal, el Estado en general pudiera ‘extinguirse’, es decir, pudiera ir perdiendo poco a poco sus prerrogativas de compulsión política,

en la misma medida en que se vaya venciendo la tendencia de la burguesía a vivir del trabajo ajeno, en la medida en que se imponga como norma social el deber de todos los individuos a trabajar o a contribuir de alguna manera a la creación de una riqueza compartida entre todos (Lenin, 1986b, pp. 103-105).⁶

El historiador inglés Neil Faulkner admite que la expresión ‘dictadura del proletariado’ pueda no ser muy afortunada, pero el argumento que aduce se basa en la representación vulgar de concebir la dictadura como lo contrario de la democracia, mientras en la lógica dialéctica del marxismo se comprenden como *contrarios idénticos*. No obstante, Faulkner entiende que la idea que encierra es sólida (2013, p. 309).

Lenin también aprovecha para profundizar en las bases económicas para la extinción del Estado según la visión de Marx, haciendo énfasis en que el comunismo no es planteado como ideal irrealizable, sino como evolución natural a partir de las condiciones creadas por el propio modo burgués de producción. No se puede decir que en esta obra Lenin desarrolle muy originalmente las posiciones de Marx y Engels; más bien lo que hace es polemizar con las corrientes oportunistas en el seno de la Revolución rusa, que no se aprestaban a dar realidad a las ideas marxistas sobre la toma del poder y la estructuración de un nuevo aparato político dirigido por el proletariado. Sí corrige apreciaciones y enriquece las representaciones sobre el comunismo aquejadas de enfoques vulgares.

Esta expropiación [de los capitalistas] –apunta– dará la *posibilidad* de desarrollar las fuerzas productivas en proporciones gigantescas. [...] a romper con la división social del trabajo, a suprimir el contraste entre el trabajo intelectual y el manual, a convertir el trabajo en “la primera necesidad vital”. // [...] cuando los hombres estén ya habituados a observar las normas fundamentales de convivencia y cuando su trabajo sea tan productivo que trabajen voluntariamente *según su capacidad*. (Lenin, 1986b, pp. 98-99)

Es cierto que en la actualidad estas observaciones del líder ruso pueden provocar sonrisas al constatar el rumbo tan contrario que tomó el

Estado surgido de la revolución socialista de 1917. Muchas de sus aseveraciones dieron al traste con una situación que, lejos de promover un tipo de hombre más libre, fue produciendo un hombre sujeto a represiones políticas, ideológicas, culturales y de todo tipo. Pero ese destino del Estado soviético lleva otro análisis muy distinto, lo que no demerita las definiciones de Lenin en su época histórica, tratando de dar realidad a los postulados teóricos de Marx y Engels en la búsqueda de instrumentos políticos determinados para la liberación efectiva de las masas trabajadoras.

La propensión a la teoría de parte de Lenin lo llevaba por los más disímiles problemas. Justamente en septiembre de 1917, al calor de la situación políticamente caótica de la revolución, Lenin apeló al marxismo para esbozar el plan de la insurrección como un arte, distinguiéndose del blanquismo, acusación común de que eran objeto los bolcheviques.

La insurrección, para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en *el entusiasmo revolucionario del pueblo*. Y, en tercer lugar, debe apoyarse en *el momento crítico* de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores *las vacilaciones* en las filas de los enemigos *y en las filas de los amigos débiles, inconsecuentes e indecisos de la revolución*. Estas tres condiciones al plantear el problema de la insurrección son precisamente las que diferencian *el marxismo y el blanquismo*. (Lenin, 1985b, pp. 250-251)

El líder del partido, con extraordinaria convicción, transmitía ánimo a sus correligionarios, al tiempo que, a tono con la definición del propio Marx de que la insurrección es un arte, impartía las instrucciones precisas para disponer las cosas en el partido, el cual había preparado teórica y prácticamente para la toma del poder. Esta política la había desplegado a contrapelo de muchas fuerzas dentro del propio bolchevismo que se oponían a la insurrección, esperando inútilmente en una evolución pacífica de la revolución por vía parlamentaria (Lenin, 1985b, p. 255).

Y se dio la insurrección con mucho menos resistencia de la esperada, pero siguiendo las líneas teóricas dictadas por Lenin. Que un texto como *El marxismo y la insurrección* (Lenin, 1985b) es teoría, específicamente teoría política, lo atestigua el manejo del material conceptual. Lenin no se limita a dar simples instrucciones, él saca estas instrucciones de toda una concepción acerca de la insurrección; concepción que se apoya en una cosmovisión determinada –la marxista– y que se mantiene dentro de esta concepción, diferenciándose de otras que se le asemejan pero que no son iguales, orientándose por el criterio clasista desarrollado por el marxismo para evaluar las condiciones y el momento preciso de dar el golpe armado.

La preocupación por la filosofía o, con más precisión, por la dialéctica y el materialismo son constantes en el pensamiento de Lenin. Esta preocupación es enteramente política, revolucionaria, no académica, pues Lenin comprendió desde muy temprano que el marxismo era una guía para la acción. Y la no comprensión del marxismo –era su convicción más profunda– traería como consecuencia una práctica inefectiva.

En medio de la conflagración mundial Vladimir Ilich Uliánov estudiaba la lógica hegeliana, subrayando constantemente en la *Ciencia de la lógica* los pasajes que ilustraban el pensamiento dialéctico. Sus *Cuadernos filosóficos* son un laboratorio teórico de interpretación marxista de la dialéctica hegeliana, siguiendo al pie de la letra el consejo de Marx acerca de que la dialéctica hegeliana debía ser puesta sobre sus pies, debía “invertirse” (Marx, 1973, XX).

Lenin esboza aquí su comprensión de la esencia de la dialéctica, indicando el desdoblamiento de la unidad y la relación de sus lados contradictorios como su núcleo, como la fuente del desarrollo, tanto en la naturaleza como en la sociedad y el pensamiento (Lenin, 1986a, p. 321). Hay numerosos apuntes y comentarios sobre el papel de la práctica, entendida esta en su forma materialista, así como aforismos que dieron mucho que hacer a los filósofos de los tiempos soviéticos, como aquel que proclamaba la identidad de la dialéctica con la lógica y la teoría del conocimiento del materialismo (Lenin, 1986a, p. 300).

En las notas que titula *Sobre el problema de la dialéctica* se encuentran apuntes varios sobre lo que iba entendiendo al respecto, ideas que esbozan todo un sistema de pensamiento. Se aprecia su intención de servirse de este en el análisis de la realidad social, pues cae enseguida en un comentario sobre *El capital*, de Marx, y en la afirmación de que “la dialéctica de la sociedad burguesa es solo un caso particular de la dialéctica” (Lenin, 1986a, p. 323). Las notas y observaciones de Lenin acerca de la dialéctica hacen evidente que no estamos ante un improvisado dirigente político que intenta adornar su lenguaje con rebuscadas palabrejas filosóficas. Lenin estudiaba concienzudamente la dialéctica en sus mejores fuentes y entrenaba su pensamiento en la consideración crítica de las luchas políticas de su tiempo, en el balance de los procesos revolucionarios, en los análisis de la correlación de fuerzas políticas y sociales. Lenin valoraba altamente la importancia de la teoría para encaminar la acción con bases cultas.

No hay espacio en este trabajo para adentrarse en el valor que para la teoría del marxismo tuvieron esas observaciones de Lenin, pero el simple hecho de la constatación de su interés por cuestiones de alto vuelo teórico es manifestación de la seriedad con que enfrentaba el líder de un partido revolucionario la misión que le trazaban las circunstancias.

Que velaba celosamente por el dominio de la dialéctica en cada dirigente bolchevique, lo expresa su obra *Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin* (1986c). En una discusión partidista acerca del papel y las funciones que debían asumir los sindicatos en las condiciones de la nueva sociedad socialista, Lenin atacó duramente a estos dirigentes partidistas y llevó sus consideraciones a la cuestión del dominio de la dialéctica, como una exigencia natural a dirigentes bolcheviques. Sobre todo en el caso de Bujarin, a quien critica de ‘eclectico’ por querer conciliar las posiciones de Trotski y Zinóviev. “La dialéctica —afirma Lenin— exige que las correlaciones sean tenidas en cuenta en todos los aspectos en su desarrollo concreto, y no que se arranque un trocito de un sitio y un trocito de otro” (1986c, p. 298).

Se trataba de una discusión en que Zinóviev opinaba que los sindicatos debían ser *escuela* y Trotski afirmaba que, por el contrario, debían ser *aparato* de administración, mientras que Bujarin conciliaba eclécticamente las posiciones diciendo que ambos tenían razón, que podían ser ‘escuela’ y ‘aparato’. Lenin, por su parte, luego de indicar la unilateralidad de las posiciones de los primeros y el eclecticismo del tercero, afirma que el razonamiento marxista, apoyado en la lógica dialéctica debe ir más lejos.

Para conocer de verdad el objeto hay que abarcar y estudiar todos sus aspectos, todos sus vínculos y “mediaciones” [...]. En segundo lugar, la lógica dialéctica requiere que el objeto sea tomado en su desarrollo [...]. En tercer lugar, toda la práctica del género humano debe entrar en “la definición” completa del objeto como criterio de la verdad y como determinante práctico del vínculo del objeto con lo que necesita el hombre. En cuarto lugar, la lógica dialéctica enseña que “la verdad abstracta no existe, la verdad es siempre concreta [...]”. (Lenin, 1986c, p. 302)

Resumiendo su posición en el caso discutido, Lenin afirma: “Los sindicatos no son escuela y administración, sino *escuela de administración*” (1986c, p. 305), sintetizando dialécticamente de ese modo los elementos contrarios puestos en juego.

En 1921, habiendo triunfado sobre los ejércitos extranjeros y los guardias blancos en la guerra civil, el partido encabezado por Lenin protagonizó un viraje espectacular en la conducción política y económica del país: se aprobó pasar a una nueva política económica (NEP). El problema radicaba en que la propuesta difería extraordinariamente de la política comunista seguida hasta el momento y se abría el país de nuevo a la producción mercantil y a todos los resortes que el régimen de producción burgués tenía para estimular el trabajo de los obreros y, fundamentalmente, de los campesinos. El país sufría por hambre y por desabastecimientos y ya no existía la razón de la guerra para justificar la política aplicada en el período anterior.

El sistema de contingentación en el campo [–afirmaba Lenin en una alocución–], esta manera comunista de abordar directamente las tareas de organización de la economía en la ciudad, entorpecía el ascenso de las fuerzas productivas y fue la causa principal de la profunda crisis económica y política con que tropezamos en la primavera de 1921. (1987c, p. 166)

Desde el punto de vista político se apreciaba la honestidad del líder al reconocer que la NEP representaba un paso atrás, al capitalismo. Reconocía los riesgos que implicaba ese paso en cuanto al comprometimiento de la victoria del proletariado en su revolución socialista, pero los asumía por comprender teórica y prácticamente que sin abastecimientos y sin alimentación no habría tampoco socialismo.

Desde el punto de vista teórico se replantea la cuestión del tránsito al comunismo en relación a las formas y los plazos temporales. Es la cuestión del llamado ‘período de transición’ que, en la consideración del propio Marx abarcaba toda una época histórica. Los bolcheviques quisieron apurar procesos. La NEP fue la comprensión de que no se debía “pretender al tránsito inmediato al comunismo” (Lenin, 1987c, p. 172). La transición al comunismo se debería entender como lo que es: un período en el que coexisten los dos sistemas principales y donde debe atenderse aún el principio del interés y de la responsabilidad personales para estimular la producción y el desarrollo de la fuerza productiva. Esto se relacionaba con la tarea de elevar el nivel cultural que permita a los obreros dominar los procesos productivos y así crear los cimientos que sirvan de base al comunismo (Lenin, 1987c, p. 176). En la visión dialéctica de Lenin, el eslabón principal al que había que asirse en ese momento histórico era el *comercio interior*, regulado por el Estado. De nuevo el planteamiento de la unidad de contrarios (en este caso, comunismo y comercio) que concebía como el corazón de la dialéctica (Lenin, 1987c, p. 234). “Si *ahora* «nos aferramos» a este eslabón con suficiente fuerza, podremos estar seguros de ser los dueños de *toda* la cadena en un futuro próximo” (p. 234). Esta era su sentencia en este delicado punto.

No le alcanzó la vida para ver el resultado. La URSS, que nacía por esos tiempos, no sucumbió. Alrededor de ocho años más se mantuvo la NEP hasta que Stalin decidió sustituirla por otra política de fuerza que sumió al pueblo soviético en penurias que poco tenían que ver con el socialismo, ni con la discusión democrática de los asuntos sociales que promovió la Revolución de Octubre y de lo que Lenin presumía con toda razón.

Las últimas preocupaciones de Lenin tenían un marcado carácter teórico y práctico. En su lecho de enfermo dictó trabajos de un gran valor para su estudio. Entre estos sobresale el que dictó sobre las cooperativas, donde desarrollaba la idea de la necesidad de establecer ese sistema de trabajo, sobre todo en el campo, con vistas a la socialización de la producción en condiciones de fragmentación campesina (Lenin, 1987d, p. 389). Además, dictó ideas en torno al fortalecimiento del Estado obrero y campesino, juzgó acerca del significado de la Revolución rusa y sus peculiaridades como proceso civilizatorio, reflexionó sobre el partido y la mejor forma de estructurar aparatos y figuras que garantizaran una continuidad de la revolución.

Hemos señalado aquí, en una apretada síntesis, determinadas situaciones en las que el líder ruso puso su empeño de análisis teórico. No son todas, pues no se ha mencionado el problema nacional, sobre lo que escribió mucho; tampoco se ha tocado lo suficiente su proyección internacional dentro del movimiento socialista y comunista internacional, especialmente con la crítica a la II y la creación de la III Internacionales; su relación con la intelectualidad, que resulta de las contradicciones de la propia situación de esa capa social que refleja la ambigua posición en que se encuentra comúnmente.

En resumen, es de admitir que Lenin manifestó un profundo interés por la teoría, que se identificó tempranamente con una visión del mundo que llevó consecuentemente hasta el final, aunque no se limitó a copiar para su difusión, sino que desarrolló, sobre la base del análisis minucioso de los datos reales, la teoría, desarrollando la posición de los clásicos en la materia que se tratara. Insistió mucho –sobre todo en el plano polémico con los oportunistas– en el

materialismo marxista y en la dialéctica como modo de razonamiento y de desarrollo de la realidad.

Aquí se ha hecho más hincapié en la exposición positiva de la forma de pensar de Lenin, por encima de la consideración crítica de cada uno de los momentos que han sido considerados. El interés estaba más en presentar la forma leniniana de teorizar, pero sería loable adentrarse en las apreciaciones contrarias que aquí solo han sido insinuadas, someterlo a crítica y apreciar cuánto de lo dicho se sostiene o no.

Hoy, a pesar de las campañas que durante tanto tiempo han venido atacando a Lenin, se hace necesario volver a él a esclarecer conceptos, a que nos inspire el juicio. Es la fuerza del pensamiento de Lenin y su vigor, que se renueva en cada uno de los movimientos estentóreos del capitalismo, cuando los mecanismos de dominación pacífica (la democracia formal) dejan a la intemperie los verdaderos resortes que la mueven (los intereses económicos más descarnados, representados por las grandes fortunas); cuando la experiencia de los movimientos populares vuelve a desgastarse en escaramuzas pacíficas enfrentadas con violencia por el capital. Siempre que la burguesía aplaste con saña un movimiento popular, aparecerá la imagen del líder que supo conducir a un pueblo atrasado a la victoria sobre un régimen despótico, con inteligencia, forjando un instrumento político (el partido) y aprovechando las instituciones que el pueblo se dio (los soviets). La sagacidad teórica del dirigente de los bolcheviques debe ser conocida y estudiada para sacar conclusiones para las situaciones que hoy presenta la lucha de clases.

Notas

1. Bujarin apuntó en su momento: “Él se ocupó *constantemente*, incluso durante la violenta lucha de clases, de las cuestiones teóricas, sin embargo *nunca* las vio separadas de la práctica. Su práctica es la práctica de un revolucionario. Lo mismo vale para su teoría” (2008, p. 24).
2. Así evalúa Atilio Borón el *¿Qué hacer?* de Lenin: “[...] se trata de un libro dotado de una densidad teórica poco común. [...] se toma el trabajo de examinar meticulosamente cada uno de los argumentos de sus adversarios. [...] responde a una preocupación concreta. La emergencia de un gran movimiento de masas llamado a cambiar el curso de la historia de la humanidad [...]” (2005, pp. 54-55).
3. Por cierto, que Antonio Gramsci fue un radical comunista que luchó por la estructuración de su partido según los principios leninistas de organización por células (2001).
4. Afirma Lenin: “La tarea consiste ahora en determinar *qué* clases precisamente y *cómo* *precisamente* deben construir la nueva superestructura. ¡Sin esa definición, la consigna de revolución en el momento es una consigna vacía y sin sentido [...]! Y esa definición es concretamente la consigna de dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Esta consigna define tanto a las clases en que pueden y deben apoyarse los nuevos “constructores” de la nueva superestructura como su carácter (dictadura “democrática” a diferencia de la socialista) y el método de construir (dictadura, esto es, aplastamiento por la violencia de la resistencia violenta [...])” (1982, p. 125).
5. “[...] la obra más vituperada de Lenin [...]” (Fung, 2008, p. 69).
6. Lenin lo dice de esta manera en el saludo a los obreros húngaros por su revolución: “[...] la esencia de la dictadura del proletariado no reside solo en la violencia, ni principalmente en la violencia. Su esencia fundamentalmente reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado” (1986d, p. 385).

Bibliografía

- AA.VV. (1999). Lenin (mesa redonda). *Contracorriente*, 15-18. Pp. 177-210.
- Borón, A. (2005). Actualidad del *¿Qué hacer?* (Estudio introductorio). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Bujarin, N. (2008). El teórico de la Revolución. *Marx Ahora*, 24. Pp. 24-27.
- Faulkner, N. (2013). *De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo* (trad. Juanmari Madariaga). Barcelona: Pasado y Presente.
- Fung, T. (2008). Acerca del pensar de Lenin: indagaciones filosóficas y políticas. *Marx Ahora*, 24. Pp. 61-73.

- Garroni, S. (2013). La ambivalencia de Lenin. *Marx Ahora*, 36. Pp. 141-153.
- Gramsci, A. (2001). La organización por células y el II Congreso Mundial. *Marx Ahora*, 12. Pp. 154-157.
- Hill, C. (1990). *La Revolución rusa*. La Habana: Edición Revolucionaria.
- Iliénkov, E.V. (2014). *La dialéctica leninista y la metafísica del positivismo. Reflexiones acerca del libro de V.I. Lenin "Materialismo y empiriocriticismo"* (trad: Víctor Antonio Carrión) Quito: Edithor.
- Kohan, N. (2003). *Marx en su (tercer) mundo*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Lenin, V.I. (1987a). Acerca de la significación del oro ahora y después de la victoria completa del socialismo. *Obras completas* (5ta ed., t. 44). Moscú: Progreso.
- . (1987b) El significado del materialismo militante. *Obras completas* (5ta ed., t. 45). Moscú: Progreso.
- . (1987c). La nueva política económica y las tareas de los Comités de Instrucción Política. *Obras completas* (5ta ed., t. 44). Moscú: Progreso.
- . (1987d). Sobre las cooperativas. *Obras completas* (5ta ed., t. 45). Moscú: Progreso.
- . (1986a). Cuadernos filosóficos. *Obras completas* (5ta ed., t. 29). Moscú: Progreso.
- . (1986b). El Estado y la revolución. *Obras completas* (5ta ed., t. 33). Moscú: Progreso.
- . (1986c). Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin. *Obras completas* (5ta ed., t. 42). Moscú: Progreso.
- . (1986d). Un saludo a los obreros húngaros. *Obras completas* (5ta ed., t. 38). Moscú: Progreso.
- . (1985a). El imperialismo, fase superior del capitalismo. (Esbozo popular). *Obras completas* (5ta ed., t. 27). Moscú: Progreso.
- . (1985b). El marxismo y la insurrección. Carta al Comité Central del POSD(b) de Rusia. *Obras completas* (5ta ed., t. 34). Moscú: Progreso.
- . (1984a). Bajo pabellón ajeno. *Obras completas* (5ta ed., t. 26). Moscú: Progreso.
- . (1984b). Carlos Marx (Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo). *Obras completas* (5ta ed., t. 26). Moscú: Progreso.
- . (1984c). Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo. *Obras completas* (5ta ed., t. 23). Moscú: Progreso.
- . (1984d). Viciitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx. *Obras completas* (5ta ed., t. 23). Moscú: Progreso.
- . (1983a). Marxismo y revisionismo. *Obras completas* (5ta ed., t. 17). Moscú: Progreso.
- . (1983b). Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria. *Obras completas* (5ta ed., t. 18). Moscú: Progreso.
- . (1982). Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática. *Obras completas* (5ta ed., t.11). Moscú: Progreso.
- . (1981a). El desarrollo del capitalismo en Rusia. Proceso de la formación del mercado interior para la gran industria. *Obras completas* (5ta ed., t. 3). Moscú: Progreso.
- . (1981b). ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. *Obras completas* (5ta ed., t. 6). Moscú: Progreso.
- . (1981c). ¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas? *Obras completas* (5ta ed., t.1). Moscú: Progreso.
- Marx, C. (1973). *El capital. Crítica de la economía política*. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, t. I.
- Plá León, R. (1999). Lenin y la responsabilidad intelectual. *Contracorriente*, 15-18. Pp. 215-221.
- Stalin, J. (1966). *Los fundamentos del leninismo*. Pekín: Ed. en Lenguas Extranjeras.
- Steinberg, I.N. (1961). *En el taller de la revolución*. La Habana: Edit. Librerías Unidas.
- Walter, G. (1970). *Lenin* (trad: Ramón Lamóneda Izquierdo). La Habana: Ciencias Sociales.

Rafael David Plá León. Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas. Doctor en Ciencias Filosóficas.

Dirección postal: 4ta ave., no. 2109, e/21 y 23, Varadero, Municipio Cárdenas, Provincia Matanzas, CUBA. e-mail: rafael@uclv.edu.cu

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 8 de agosto de 2018

Roberto Ayala Saavedra

Crisis civilizatoria y socialismo

Resumen: *La combinación de la incapacidad absoluta del capitalismo para dar lugar a un orden social justo, con la degeneración burocrática de las experiencias de transición al socialismo, en el siglo XX, ha dado lugar a una suerte de crisis en el proceso civilizatorio: un presente sin futuro y un futuro que no consigue abrirse camino al presente. El trabajo reflexiona sobre esta situación, atravesada por el desconcierto y el escepticismo, sobre la necesidad de la reconstrucción del proyecto socialista, como salida progresiva a la crisis civilizatoria, y sobre el riesgo de que la sobrevivencia del capitalismo y una cierta agudización de sus contradicciones termine abriendo las puertas a una catástrofe involutiva. ‘Socialismo o barbarie’ decía Rosa Luxemburg.*

Palabras clave: *Marxismo. Capitalismo. Revolución rusa. Crisis civilizatoria. Socialismo.*

Abstract: *The combination of the absolute incapacity of capitalism to give way to a fair social order, along with the bureaucratic degeneration of the 20th century transition experiences towards socialism, has given rise to a sort of crisis within the civilizing process: A present without future and a future that fails to open its way into the present. This work reflects on this situation, crossed by confusion and skepticism, about the need for reconstruction of the socialist project, as a progressive exit to the civilizational crisis, the risk of the capitalism survival and the deepening of its contradictions open up the chances of an involuntary catastrophe. ‘Socialism or Barbarism’, as Rosa Luxembourg used to say.*

Keywords: *Marxism. Capitalism. Russian Revolution. Civilizational crisis. Socialism.*

La Revolución rusa puede ser dimensionada como la entrada de la utopía en la historia. La ‘utopía’ historizada, prácticamente operante, se pone como un hecho histórico universal. Hasta entonces se podía argüir, en forma condescendiente, que el proyecto socialista representaba, en el mejor de los casos, una manifestación de buenas intenciones, pero irrealizable. Después de la Revolución rusa, el proyecto socialista es una posibilidad objetiva, un momento de lo real, más allá de lo meramente existente.

El mayor proyecto de redención social jamás intentado, y conscientemente, por la humanidad en toda su historia: cerrar definitivamente el largo período histórico en que la evolución social se dio sobre la base de la desigualdad estructural y la dominación de una minoría sobre el trabajo de la gran mayoría. El inicio de una completa transformación de la organización social, de los términos de la convivencia, y del correspondiente marco cultural de socialización, contrapuesto al individualismo moral y al egoísmo racional burgués, sobre la base de la supresión de la propiedad privada de los principales medios de producción y circulación de la riqueza social, de la explotación del trabajo humano y de la desigualdad social estructural, erradicando así la base económica del poder social de las clases dominantes.

La ruptura con el capitalismo abrió un período de transición, de inéditas características en la historia humana, de prolongación inanticipable, en el cual, enfrentando una feroz resistencia de los explotadores y privilegiados, se daba la posibilidad real de avanzar (con ritmos particulares

en los más diversos ordenes de la vida social, cuya interacción daba lugar a un proceso de conjunto que, combinando lo desigualmente desarrollado, articulaba movimientos progresivos y saltos retotalizadores en la constitución de las condiciones materiales y espirituales de la emancipación social y la libertad individual.

Pero la historia es un gran escenario en el que confrontan diversas fuerzas sociales, con sus intereses y proyectos, algunos articulables, otros, los decisivos, insuperablemente contrapuestos. Por eso, como dice Engels, la historia es el resultado de un paralelograma de fuerzas. Poderosas circunstancias sociales objetivas (el atraso económico de Rusia, los devastadores efectos de la I Guerra Mundial y la Guerra Civil) se combinaron con el movimiento de factores subjetivos (políticos, culturales, choque de personalidades), y también con multitud de accidentes (el más relevante por mucho, la enfermedad y muerte de Lenin) para producir un resultado inesperado. Las enormes dificultades internas a las que se vio sometida la población, agravadas por el aislamiento y la agresiva hostilidad de las potencias capitalistas, crearon condiciones de extrema precariedad que favorecían el ascenso y final triunfo de un sector conservador nacionalista, que recurriendo a la ideología del ‘socialismo en un solo país’ y apoyándose en los elementos de burocratización presentes en el Estado y el Partido, ya alertados por Lenin, representaban lo que Trotsky caracterizó como una reacción ‘termidoriana’ en el seno del proceso de la sociedad de transición.¹

La deformación burocrática del Estado que representaba un instrumento decisivo en la inescapable lucha política interna y externa en el marco del proceso de transición, interviene como una rémora que lastra y conspira contra el empuje de las nuevas relaciones de producción, obturando y finalmente destruyendo los mecanismos de la democracia revolucionaria, dando lugar a un régimen político, una dictadura burocrática, de partido único, gestionado de arriba hacia abajo, del cual Stalin representa la personificación epónima.

En una extraordinaria pieza de análisis histórico-social, político-cultural, incluso de psicología social, que ilustra brillantemente el insondable abismo entre ser ‘experto-en-marx’ y

pensar como marxista, dialécticamente, Trotsky estudia y expone las condiciones y dinámica de lo que denominó un pronóstico alternativo: si una revolución política no regenera las bases de la democracia revolucionaria, la dictadura termidoriana, stalinista, terminará por conseguir sofocar el poderoso impulso de las nuevas relaciones de producción y de las nuevas formas de organización y de transformación cultural de la sociedad toda, incluyendo los términos cambiantes de la vida cotidiana, hasta llevar a la destrucción completa del Estado obrero, conduciendo a la restauración plena del capitalismo.² Resultado final de la burocracia gobernante, alimentado desde muy temprano por las implicaciones nacionalistas de la ideología del ‘socialismo en un solo país’, que muy naturalmente se convertirá en chauvinismo Gran ruso durante y después de la II guerra, con trágicas consecuencias dentro y fuera de la Unión Soviética.

La ‘fuerza de las nuevas relaciones de producción’ y de las bases generales de la nueva sociedad, consiguieron resistir 60 años de burocratización. Durante 40 años, un tercio de la población mundial vivió en sociedades que habían logrado desplazar la propiedad privada de los medios de generación y circulación de la riqueza. Las sociedades de transición experimentaron un particular ‘milagro económico’ y social. Sociedades atrasadas se industrializaron y urbanizaron, se ‘modernizaron’, crearon sistemas de seguridad social concebidos como derecho societario, del conjunto de la población, establecimientos científico-educativos de primer nivel, mejorando sensiblemente el bienestar y la calidad de vida en general, con el conocido déficit en la calidad y variedad de los bienes y servicios de consumo. El mismo desequilibrio en los niveles de desarrollo entre la industria pesada y la de bienes de consumo constituía un indicador de la distorsión introducida en la dinámica de la vida social por el sofocante régimen burocrático.

La existencia de las sociedades de transición, como gran conquista y patrimonio del movimiento y las arduas luchas por la superación del capitalismo y la erradicación de la desigualdad de clases, constituía un poderoso elemento de estímulo para muchos, en los más distintos y distantes lugares del mundo todo. Tan fuerte llegó a

ser por décadas el estímulo que para las esperanzas emancipatorias representaba la existencia de los ‘países socialistas’, que muchos optaban por justificar o ignorar, hacer como si no existiera, la monstruosa deformación burocrática, con sus múltiples consecuencias y ‘metástasis’ sobre el cuerpo de la sociedad de transición y la vida cotidiana de sus ciudadanos.

El rigurosamente fundado pronóstico alternativo de Trotsky terminó por cumplirse por el lado malo, desde el punto de vista de la lucha anticapitalista. El incruento derrumbe de la Unión Soviética y la subsiguiente restauración del capitalismo en los Estados postcapitalistas burocráticamente deformados de Europa Oriental y Asia, tuvo profundas y multivariadas consecuencias en el clima cultural, el estado de ánimo, y sus derivaciones intelectuales, de los últimos 25 años. Uno de esos eventos históricos que tuerce el curso de los acontecimientos por todo un período y que obliga a la reinterpretación del siglo todo.

El significado de la restauración del capitalismo en la emblemática URSS no puede ser exagerado: simplemente, para muchos, parece devolver al terreno de lo utópico, en el sentido tradicional de ‘no lugar’, la aspiración a una sociedad fundada en la erradicación de la propiedad privada de los medios de producción y circulación de riqueza, como base de la explotación del trabajo humano, y a la superación de la desigualdad social estructural. El proyecto de una sociedad postclasista vuelve a ser abrumado por el escepticismo generalizado. Escepticismo que, de rebote, funciona como un racionalizador de la existencia y de la no-alternativa al capitalismo. Escepticismo que sustancia una reducción de las expectativas, que lleva a muchos a moderarse en la imaginación de apenas ‘un mundo menos peor’.

Sobre la base del colapso de los regímenes burocráticos, los mecanismos de legitimación del orden social capitalista usan y abusan de un factor ideológico clave en el clima cultural contemporáneo. El orden obtiene su mayor justificación de la aparente ausencia de alternativa aceptable. Aparece y se autopresenta como un sin-afuera metafísico. El fin de la historia. Se trata de una fundamentación ex negativo, la postulación de una no-opción, que teórica e históricamente no se sostiene, pero que político-culturalmente satura

la definición social del presente, los significados sociales que informan el sentido común; y esto resulta así debido a que en realidad el dispositivo ideológico se sostiene en un elemento más de fondo: el desarrollo específico de la crisis y derrumbe final de la primera experiencia de construcción del socialismo, su fracaso final, provocado por la brutal deformación del despotismo burocrático (ampliada su resonancia por el relato unidimensional, constantemente reiterado, que desplaza los importantes aspectos rescatables que dejó la experiencia, e instala una versión del tipo leyenda negra, promovida por los medios de socialización del orden imperante),³ da como resultado una considerable pérdida de credibilidad y de confianza en la idea y el proyecto socialista, instalándose como un pesado lastre, como un viscoso sentido común, en la conciencia de los explotados y oprimidos, contribuyendo a su atomización macro y microsubjetiva, y constituyéndose, en el límite, en el principal componente de lo que podemos llamar una crisis civilizatoria, una situación en que el ordenamiento vigente resulta claramente insatisfactorio e insostenible, pero sin opciones plausibles a la vista.

Este brutal retroceso en la conciencia de los explotados y oprimidos es constantemente confrontado por la realidad apabullante del, en cierto sentido histórico-socialmente fuerte, aún más espectacular fracaso del capitalismo, como horizonte de futuro de la humanidad; pero su superación efectiva no se sigue automáticamente de las contradicciones objetivas, los desgarros, de la vida bajo el capitalismo; dependerá del curso concreto de las luchas sociales, de la lucha de clases cotidiana, y de sus cruciales desarrollos políticos e ideológicos.

I

Hablar de ‘crisis civilizatoria’ para caracterizar el momento histórico general que vivimos, refiere a la magnitud de las contradicciones y desgarros del presente e incertidumbres sobre el futuro. ¿Cómo se puede calificar una situación en la cual el estado de cosas dado crecientemente semeja un callejón sin salida, un boleto con

destino a ninguna parte? Decir que ‘dentro del capitalismo no hay salida’ es repetir algo sobre lo que se viene discutiendo y aportando argumentos y evidencia desde hace mucho. Lo nuevo en realidad, y de ahí el término ‘crisis’, se instala con la frustración del experimento socialista -sofocado por la deformación burocrático-dictatorial-, del más importante movimiento de redención y emancipación social de la historia humana, superior formalmente (en concreto no son comparables por la radical diferencia de las situaciones y posibilidades históricamente presentes) al cristianismo de los orígenes, no solo en el plano de lo socioeconómico, también en el de lo moral, como criterio antropológico, en tanto que superación de la subordinación de lo humano a lo trascendental-metafísico y afirmador de la autonomía del sujeto, en el contexto de la construcción de una sociabilidad emancipadora, de la humanización de la naturaleza, de la historicidad y de la autoproducción/autorrealización del ser humano, a partir de la acción sobre el mundo.⁴ El fracaso final del primer experimento postcapitalista, el primero de escala relevante, tiene básicamente dos efectos en la reflexión: primero, más allá de los denodados esfuerzos de la enorme máquina de propaganda del orden por instalar una cerrada leyenda negra, el hecho es que los setenta años de duración de la experiencia, y la extensión sobre la que llegó a desplegarse, mostraron la efectiva factibilidad de lo que por mucho tiempo no conseguía superar la sospecha y la marca de mera aspiración utópica, bienintencionada, pero entre ilusa e ingenua, y además peligrosa, justamente por su carácter utópico, es decir, el peligro asociado al irracional, por voluntarista y no presente en lo real como posible, intento de realizar lo irrealizable. Esto ya resulta decisivo. Una transición postcapitalista hacia una sociedad socialista ya demostró ser una posibilidad histórica real. También el hecho de que plantea problemas nuevos, por las tendencias a la burocratización, por el atraso e inercia cultural de sectores significativos y, sobre todo, por el amplio predominio inicial y por un período indeterminado del capitalismo en lo internacional, con todos sus recursos (que en lo interno alienta por su vez constantemente tendencias de restauración).

En adelante, la discusión no discurrirá sobre la mera posibilidad teórica, o la necesidad histórica, sino sobre la real probabilidad y el desarrollo efectivo de las condiciones necesarias para la abolición del capitalismo y los caminos concretos de la acción social para alcanzar tal objetivo, así como sobre la superioridad civilizatoria, o no, de la alternativa (la ‘alternativa’, cualquiera, debe probar su superioridad histórico-civilizatoria, algo que no se puede dar por descontado; no son pocos los que parecen ignorar esto); no sobre la mera existencia de una oportunidad histórica real de la superación del capitalismo, sino sobre las vías y formas, diversas, que podría o debiera adoptar una nueva experiencia, sobre la base de un preciso examen y balance de la ya vivida, con sus luces y sus sombras.

Por otro lado, la leyenda negra ha intentado enterrar bajo diez metros los muchos y diversos logros de la experiencia del siglo pasado, desde el proceso de industrialización y el desarrollo científico-tecnológico, en buena medida autónomos, hasta la notable red de prestación de servicios sociales –concebidos no en forma asistencialista, y menos aún como caridad, ni siquiera como ‘derecho social’ mediatizado por el acceso a la ciudadanía, sino llanamente como un derecho societario, del conjunto de la población (Molyneux, 2000, pp. 28 y ss.)–, el bajo o nulo índice de desocupación (que experimenta un salto socialmente devastador tras la restauración capitalista de inicios de los años 90, con los correspondientes efectos sobre la distribución de ingresos y riqueza), los derechos y posibilidades reales de incorporación social de las mujeres (educación, empleo, red de cuidado de los hijos, divorcio, salud reproductiva, derecho al aborto, etc.), la efectiva disminución de la desigualdad social, etc. Sin que esto dé pábulo a una imposible leyenda rosa; el esquizofrenizante carácter del régimen político socavó, primero, y terminó, después, por conducir la construcción de la nueva sociedad al despeñadero (tal como lo previó Trotsky en los años treinta); pero, y esto es ahora lo más importante, cuando lo que está en juego es el futuro, lo que debe ordenar la investigación/reflexión/debate es el hecho decisivo de que las nuevas relaciones de producción, así como aspectos principales de la estructura y dinámica social, del clima cultural y

moral general, y también elementos del desarrollo de una vida cotidiana desalienada, alcanzaron a mostrar toda la enorme potencialidad de la nueva forma de la organización social.⁵

La crisis civilizatoria consiste pues en la combinación de un real existente sin futuro, con un futuro objetivamente posible cuya presumible factibilidad es ahora puesta severamente en cuestión por la escandalosa degeneración de la experiencia previa. La frustración y el escepticismo, más vividos que reconocidos, se han instalado ampliamente entre aquellos sectores que anteriormente y por décadas abrazaron y mantuvieron en alto el sueño, y la praxis correspondiente, de una transformación social históricamente inédita en su pretensión. No obstante, de una u otra manera, con distintos niveles de conciencia, o solo prácticamente, importantes contingentes de la humanidad no pueden hoy evitar padecer las diversas manifestaciones de esta situación en su, percibida como, crecientemente azarosa vida cotidiana, que va más allá y revela un calado que excede la prolongada coyuntura de la importante y reveladora crisis económica global aún en curso.

Concebida o apenas confusamente experimentada, la contemporaneidad se presenta como desgarrada, en un nivel y grado que en cierto sentido sobrepasa o profundiza el diagnóstico realizado por el pensamiento radical de los siglos XIX y XX. Excitado y estimulado por los brillantes resultados de un prolongado período de veloz innovación tecnológica, el mundo contemporáneo se ve, sin embargo, obligado a encarar definitivamente el descorazonador hecho de que, y hay que subrayarlo, el avance tecnológico no puede *per se* aportar el marco sociocultural para la superación de las enormes fracturas sociales y los cruentos conflictos que a partir de ahí resultan inevitables. La tecnología no puede, *per se*, despejar los callejones sin salida del capitalismo.⁶

Es decir, el retroceso en la conciencia (de las posibilidades históricas y de la factibilidad del proyecto alternativo, del socialismo) entra en sonora contradicción con la exasperante experiencia cotidiana con un orden social cada vez más marcado por tonos que van de lo absurdo a lo perverso. El resultado es un acelerado incremento del malestar, la ruptura con, y la agonía de, formas largamente tradicionales de autoridad

y/o el gusto por las poses y los personajes transgresores. Lo cual, en general, está lejos de ser un camino que conduzca necesariamente, ni siquiera con positiva probabilidad, a una salida progresiva cualquiera. Que es otra forma de decir que el ‘retroceso en la conciencia’ conlleva escepticismo y confusión, en sumo grado, aparte de todo tipo de comportamientos escapistas, con rumbo a espejismos, no pocas veces autodestructivos o autoanulantes, lo que por su vez acarrea una gran dificultad para aprehender con un mínimo de claridad los aspectos clave de la situación, y, por tanto, de las vías en principio emancipatorias de salida (hacia una socialidad fundada en la solidaridad y, por eso mismo, potenciadora de la individualidad; la solidaridad es indispensable para el desarrollo de la individualidad).

Es el caso del llamado ‘postdesarrollismo’, claramente inclinado a rechazar toda y cualquier concepción del desarrollo —a partir de su justo reconocimiento del callejón sin salida que el capitalismo es—, reduciendo todas las concepciones a meros ‘relatos eurocéntricos’, un eco de la influencia postmoderna en su perspectiva, y olvidando que la situación de centenas de millones en la región, que oscilan entre una severa limitación de las opciones de desarrollo personal y la simple miseria, es muy concreta y material, y que esta situación no se puede afrontar con orientaciones exclusivamente locales y el ‘relato’ comunitarista; todo lo cual, como suele ocurrir, termina antes o después en el abandono de la lucha por la superación del capitalismo (como buenos posmodernos, no analizan el elefante que tienen enfrente sino los discursos sobre las sombras del elefante...).

De las disputas sobre las ‘promesas incumplidas’ de la modernidad, a la sintomatología postmoderna, de las distintas afecciones nostálgicas al igualmente irracional optimismo del fetichismo tecnológico, de las tribulaciones y desconciertos de la ‘izquierda’, del sentir y la identidad anticapitalista, en toda su variedad y dispersión, al maníaco autoengaño, o las burdas patrañas, de la derecha liberal, y, en medio, la abúlica procesión de los que, ocupados y alienados en sus tareas y fatigosas prácticas cotidianas, ‘no saben lo que pasa’, que son por mucho los más, el ‘mal de inicio de siglo’ es este estado de ánimo signado por la incertidumbre y el

pesimismo, el malestar y la desazón, respecto de lo que hay y de lo que no termina de despuntar en el horizonte (que además, con el fracaso anterior, se ha desdibujado conceptualmente, perdiéndose confianza en –o abriéndose un abismo de sospecha y aprensión ante– la idea general anterior de ‘socialismo’); marcado por esta sensación de estar atrapados en un presente que parece no conducir a ninguna parte, o al menos a nada que merezca el título de ‘futuro’.

La falta de referentes legitimados y creíbles, cualesquiera, entre otras cosas, produce el peligroso efecto de que todas las herencias y tradiciones, así, sin distinción, son desconfiadas, lo cual da pie, a partir de esa ‘noche negra en que todos los gatos son pardos’, al peligro de repetir horrores del pasado, y da algunas pistas para estudiar las actitudes imperantes en diversos colectivos y microcomunidades, actitudes que oscilan de la más candorosa ingenuidad, carente de memoria histórica, al peor de los cinismos desencantados. La ignorancia y el cinismo son igualmente peligrosos.

La crisis civilizatoria se pone en relación con ese renovado ‘malestar en la cultura’, que se manifiesta como insatisfacción y disgusto (‘aunque el capitalismo no permite gozar la vida, permite vivirla sin goce’), erosión de la legitimidad de las viejas formas de autoridad, de las instituciones y las tradiciones. Todo es objeto de desconfianza, los Estados y el mundo de la política, las corporaciones, pero también los intentos, no demasiado alentadores, de encontrar una salida. Produce confusión y pérdida de referencias, ausencia de proyecto y de sentido, repliegue en la intimidad, en la vida cotidiana, en la cultura de consumo y en la industria canalizadora del ocio, en el trabajo como mera forma de ‘ganarse la vida’, de incrementar los ingresos, clave del ‘estilo de vida’ (pero carente de la satisfacción personal que debiera reportar el trabajo como exteriorización y autorrealización del individuo). Es el tiempo de las expectativas reducidas, del escepticismo, donde, para muchos, los esfuerzos no deben ser orientados por la expectativa de ‘un mundo mejor’, apenas, si acaso, por la de uno ‘menos peor’. Es la combinación y retroalimentación de la sensación de inseguridad y la inseguridad real. Y en ese mundo, lo único que parece

ofrecer refugio, así sea pasajero, es la industria del entretenimiento, particularmente para los más jóvenes, pero no solo, que al menos tiene un efecto balsámico, o directamente analgésico, opiáceo (que proporciona ‘un breve escape de sus vidas’). Por esta vía, el tiempo de ocio se ve invadido, en niveles inéditos, por una multiplicada variedad de dispositivos dispensadores de placeres sustitutivos, compensatorios.

La crisis civilizatoria (un presente sin futuro y un futuro sin presente discernible, desde la percepción de muchos) es la representación que surge a partir de la combinación de diversas tendencias objetivas del capitalismo tardío, en un contexto de ausencia, para la gran mayoría, de alternativa reconocible, por la desacreditación de la idea socialista, tal como fue experimentada: la enorme desigualdad (que inevitable y previsiblemente se vuelca en magnitud desproporcionada sobre los grupos étnicos objeto de discriminación, en todas partes; la opresión étnica preselecciona a las víctimas preferenciales de la explotación y la desigualdad, sometiéndolas, con particular desprecio, a formas agudizadas) y la hiperconcentración de la riqueza, que lejos de detenerse es fogueada por los determinantes de las crisis y las políticas encaminadas por los centros de poder para su superación (‘cuando hay crisis, salgo de compras’, ha declarado algún prominente nombre de la lista de multimillonarios de la revista Forbes);⁷ los problemas ambientales, en particular las manifestaciones del trastorno climático; la persistencia, incluso multiplicación, de los conflictos armados regionales, tan cruentos y brutales como siempre, estimulados, si no directamente provocados, por la agresiva política de las potencias centrales, que mata y mutila, física y psicológicamente, a granel, haciendo alarde de su incontrastable poder de fuego y ventaja tecnológica; la preservación e instrumentalización por el poder de enmohecidos mecanismos de influencia y control, como la religión institucionalizada –en sentido contrario por cierto de las tendencias más profundas del sistema, y del ‘espíritu del capitalismo’, hacia la secularización–, que prolongan tabúes e interdicciones injustificables, hábitos y prácticas culturales limitantes, que alimentan prejuicios y discriminaciones ya no solo injustas sino sencillamente absurdas; o la frustración y

confusión, desaliento, ‘indignación’, y no poco extravío de millones de jóvenes alrededor del mundo, con particular visibilidad, en los últimos tiempos, los del mundo capitalista avanzado; son todos hechos o fenómenos que marcan la contemporaneidad y que ahora incrementan su impacto psico-cultural porque con los nuevos dispositivos tecnológicos se hacen presentes y resuenan en la cotidianidad de la mayor parte de las personas, en las diversas regiones del planeta.

La crisis civilizatoria es la clave, objetiva, y cada vez más también subjetiva, del ‘espíritu del tiempo’, del clima cultural de inicio de siglo. La multiplicación de placeres sustitutivos o compensatorios por la industria-sociedad del entretenimiento, que densifica al límite la alienante cultura-vida cotidiana, rasgo inherente de la cualidad-dinámica de la reproducción social amplia bajo el capitalismo, puede, y de hecho así ocurre, operar como un analgésico social-moral, que permite a muchos individuos sobrellevar la carga de temores, disconformidades e incertidumbres que saturan la existencia/convivencia, dándole esa textura inauténtica, que alienta, e incluso legítima, el refugio en la evasión, que erosiona la firmeza del carácter y la autoestima, y contribuye a ese arco de comportamientos que oscila entre la exasperación y el cinismo.⁸

Y en realidad, esta situación, por el ya varias veces apuntado carácter contradictorio del capitalismo, puede prolongarse por un largo período; la historia del siglo pasado, si algo enseña, es que no se debe subestimar la capacidad del capitalismo para superar situaciones de riesgo; lo cual significa que también puede ocurrir que los grupos dominantes en el sistema consigan encontrar nuevas formas de administrar el conflicto de clase, y social en general, sea conteniendo y debilitando la capacidad de organización y resistencia de los subordinados, sumidos en la fragmentación y desmoralización de la pobreza y el desempleo, la inferiorización y el desamparo, mientras garantiza la tasa de explotación del trabajo, modificando a su favor, aún más, la relación de fuerzas y el balance de poder; sea atemperando, tal vez, algunas de las fracturas anotadas, imponiendo salidas en línea con la lógica del sistema, rentabilizando el problema al generar formas lucrativas de abordarlo: capitalismo ‘verde’, por ejemplo, toda

una nueva rama de la industria y los servicios florecida sobre la oportunidad ocasionada por los estragos ambientales del capitalismo y la nueva ‘sensibilidad ambiental’; la industria turística, presentada como medio más eficaz para proteger la vida silvestre y ecosistemas –con lo que se termina discriminando vía poder adquisitivo y artefactos ideológicos el acceso a bienes anteriormente públicos–, o, también, incorporando los aspectos menos controversiales de la agenda de diversos movimientos sociales, que entonces se tornan funcionales en la reproducción social, etc.; incluso, la eventualidad no descartable de un neokeynesianismo internacional, por el que abogan los regulacionistas.

Por eso no se trata aquí de ningún fatalismo, triunfal o catastrofista, de derrumbes inminentes e inevitables, aunque históricamente no se pueda descartar como posibilidad real períodos de prolongado estancamiento, incluso de involuciones más o menos importantes, hasta ruinosas, provocadas justamente por la ruptura con o la crisis general de los referentes y la desconfianza respecto de la experiencia y la historia en general (cosa a la que lleva el irracionalismo del núcleo de la pose postmoderna, que algún pensamiento ‘progresista’ parece considerar atractivo en su irreverencia aparente, inocua, incluso funcional o rentabilizable), signo de la creciente agudización de las contradicciones, nuevas o tradicionales, que acompañan el proceso civilizatorio conducido por el capital, y que pueden conducir a una dislocación de envergadura, al fortalecimiento de la resistencia política y cultural al orden existente, abriendo un nuevo período de radicalización político-social y de masificación de los movimientos conscientemente anticapitalistas; pero que también, en buena medida por la dosis de desesperanza y desconcierto desarmante, que introduce el deplorable final del proyecto postcapitalista del siglo XX, amenazan con incrementar el atractivo aparente de salidas ilusorias, distopías profundamente reaccionarias, de retorno a formas sociales superadas.

El incremento de las tensiones y contradicciones del orden social imperante y la persistente incapacidad de la humanidad para encontrar/construir una salida progresiva, racional –en tanto que socialmente emancipadora, capaz de

enriquecer la vida y ampliar el horizonte de realización humana, fundamento colectivo de la libertad individual—, puede acabar provocando la quiebra del proceso civilizatorio. La sobrevida del capitalismo alimenta fenómenos sociales y culturales que representan un verdadero peligro para el futuro de la humanidad.

En esta segunda década del siglo XXI, como resultado de un recorrido de cuarenta años, y más allá de los rasgos específicos de la última crisis económica mundial, asistimos a una exacerbación de todas las contradicciones del orden burgués: un capitalismo que genera poco empleo —por la combinación del incremento de la productividad con el ataque a los salarios— y que degrada el mercado de trabajo y el poco empleo que produce; que empobrece a los propios ciudadanos—trabajadores del mundo capitalista avanzado, devolviendo la desigualdad a niveles anteriores a los años 50; que sobre todo impulsa un tremendo salto en la concentración de la riqueza, la cual alcanza niveles sin precedente a escala mundial; que como producto combinado de la sobreacumulación y la hiperconcentración, tiende a la financierización, que amplía los rasgos rentistas y parasitarios del sistema y el dominio sobre el sector productivo real; que deprime la capacidad de consumo de la mayoría de los trabajadores, mientras paralelamente promueve el florecimiento de los sectores de artículos y servicios suntuarios;⁹ que en los últimos años ha llegado incluso a instalar el riesgo persistente de crisis alimentaria, con brotes periódicos de disparada de los precios, como en 2007-8 (que según el Banco Mundial provocó disturbios, ‘revueltas de hambrientos’, en 33 países), producto en buena medida de la especulación en los mercados de futuros y el desplazamiento de millones de campesinos por el ‘agronegocio’; que arrastra al planeta al borde de una tremenda descompensación ambiental,¹⁰ que, ya en sus inicios, cada año incrementa su cuenta de muerte, sufrimiento y destrucción; que avanza progresivamente, incluso en el capitalismo avanzado, sobre la limitación de los derechos humanos (libertad vs ‘seguridad’) y el secuestro de la libertad de expresión y el derecho a la información por las grandes corporaciones mediáticas; que lejos de superar, realimenta antiguas formas de opresión, en particular el racismo

y la xenofobia; que multiplica las intervenciones político-militares en la periferia, con su secuela de devastación, exterminio de centenas de miles y hasta millones, y muchos más desplazados y obligados a abandonar su tierra; que asiste impávido a las muchas veces infrahumanas condiciones del enorme flujo migratorio provocado por el intento desesperado de escapar de la miseria, el hambre y la violencia que desgarran buena parte de la periferia capitalista, situaciones en las cuales las potencias occidentales tienen una directa responsabilidad histórica. Como inescapable consecuencia, las profundas y crecientes dificultades del sistema capitalista-imperialista están llevando al desquiciamiento de todo el sistema de dominio internacional, con elementos de debilitamiento de la hegemonía norteamericana.

La crisis civilizatoria consiste pues, en último término, en el fracaso, hasta aquí, en encontrar una salida histórica al capitalismo, con todas sus desquiciantes contradicciones e incapacidad absoluta para superar los desgarros sociales estructurales y dar lugar a un orden social justo. Por el contrario, la sobrevida del capitalismo, y los conflictos a que inevitablemente da lugar, impone la permanente convivencia con el riesgo de una catástrofe involutiva, o de una evolución distópica, que puede irrumpir por distintas vías. Socialismo o Barbarie, alertaba Rosa Luxemburg hace un siglo.

II

Pero la historia es siempre la articulación de un presente, un existente, con un conjunto de posibles cursos de desarrollo cuya resolución depende del resultado de las luchas y confluencias de distintas fuerzas sociales. La historia se produce a sí misma, como resultado general de la acción total humana. La crisis civilizatoria es el producto de las tendencias contradictorias del curso histórico, y, como apuntaba Marx, el capitalismo crea las condiciones objetivas de su propia superación, pero las neutraliza en su propio movimiento al apoyarse en la explotación del trabajo y las distintas formas de opresión que la desigualdad estructural tornan necesarias para la

prolongación del régimen social.¹¹ De modo que el proyecto emancipatorio no surge de alguna ensoñación utópica, sino que echa raíces como posibilidad efectiva en la desgarrada realidad del capitalismo como fenómeno social. El proyecto emancipatorio se hace posible por probabilidades crecientes, vinculadas a la propia lógica del desarrollo del capitalismo. La centralización de la propiedad y la mundialización económica, hacen parte de esa lógica, e inducen concomitancias políticas, culturales, institucionales y de mentalidad, que acto seguido interactúan en el proceso histórico general.

La única salida verdaderamente progresiva a la crisis civilizatoria es desarrollar las tendencias que apuntan a la superación del capitalismo. *Sin superación del capitalismo no hay horizonte emancipatorio*. Esas tendencias, sustanciadas por el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, el avance científico-tecnológico y los concomitantes cambios macro y micro-culturales, en su capacidad de reoperación autónoma sobre el conjunto del proceso histórico-social, crean las condiciones objetivas para la superación de la propiedad privada de los grandes medios de producción y circulación de riqueza y de la desigualdad social estructural, la división clasista de la sociedad, y los privilegios asociados.

Crean las condiciones objetivas, pero no resuelven por sí mismas el conflicto inherente a la estructura social. Las posibilidades históricas se resuelven en el plano de la acción consciente, de la praxis transformadora; de los proyectos sociales y culturales alternativos levantados por la acción política revolucionaria, orientada conscientemente a la crítica teórica y práctica del orden social vigente. No hay derrumbe del capitalismo, ni transición apacible, no, al menos, en el punto fundamental de inflexión, mientras se invierte definitivamente el balance de poder entre las principales fuerzas sociales enfrentadas. Aparece entonces la necesidad histórica y la posibilidad real de la supraestructuración de la base, el intento de domeñar, someter a control intencional, racional, las fuerzas ciegas de la economía, de someter a control político consensuado el funcionamiento de lo económico; de romper la resistencia inevitable de los explotadores y de la minoría de privilegiados. Y es a esto a lo que

los movimientos anticapitalistas han denominado ‘socialismo’, desde el siglo XIX. El proyecto emancipatorio consiste en la lucha por el socialismo, entendida como una nueva sociedad, fundada en la igualdad, la libertad y la solidaridad, en tanto condiciones de posibilidad de realización de la emancipación social y el principio de autonomía.

No obstante, la monstruosa degeneración burocrática de las sociedades de transición del siglo recién pasado, y su derrumbe final, colocan la imperiosa necesidad de la reconstrucción de la idea y el proyecto socialista, como horizonte efectivo de superación de la crisis civilizatoria. Solo un marco societal fundado en la igualdad de condiciones, derechos y oportunidades, puede realizar el proyecto de emancipación social y de libertad de realización personal, desplazando el horizonte de lo posible y de lo factible. Una sociedad de iguales en la libertad y en las posibilidades de desarrollo personal, hecha posible por el definitivo comienzo de una verdadera Historia de la Humanidad, liberada de las trabas y taras de la explotación y las opresiones que constriñen y dividen a los seres humanos, y apoyada sólidamente en un proceso racional de expansión de las fuerzas productivas humanas, de conocimiento, control y aprovechamiento no destructivo del planeta y el cosmos, reconciliado con sus equilibrios y capacidad de restauración.

La superación práctica del capitalismo requiere, en efecto, bastante más que la imprescindible crítica de sus desgarros y contradicciones insolubles, que ninguna ‘regulación’ eliminará. Requiere una actualización crítica de la idea socialista, sobre la base del examen exhaustivo de la experiencia concreta del siglo XX. Con sus luces, penumbras y sobre todo terribles oscuridades, la experiencia general y particular de la pasada centuria constituye un enormemente rico laboratorio social.

La investigación/reflexión sobre las raíces históricas y sociales, desarrollo y desenlace de la monstruosa deformación burocrática de las sociedades de transición, de los Estados postcapitalistas, y en particular de la URSS, como uno de los elementos de base para los estudios y discusiones sobre el futuro de la lucha por el socialismo, está lejos de haber alcanzado un nivel satisfactorio en

relación con las necesidades y desafíos del presente y el futuro previsible. Su punto de partida y marco general no superado sigue siendo el trabajo fundamental realizado por Trotsky en los años 30. En Katz, Claudio, *El porvenir del socialismo*, se puede encontrar, más allá de reservas, discrepancias y polémicas, una presentación particular del desarrollo del debate, doblemente útil, por lo que aporta y por lo claro que queda cuanto trabajo hace falta.

En cuanto al tema pendiente y necesario de una valoración objetiva de la experiencia vivida, unos cuantos elementos de análisis de una fuente nada sospechosa de complicidad:

La planificación dio resultados impresionantes: aumento de la producción, industrialización, enseñanza básica, salud, vivienda y empleos para poblaciones enteras [...] En el sistema de planificación centralizada, los países de la ECO y la Unión Soviética eran sociedades bien instruidas, con índices casi universales de matrícula primaria y secundaria inicial, altos niveles de alfabetización comparados con los otros países de renta semejantes (y a veces con países de renta muy superior) y niveles excepcionales de conocimientos básicos de matemáticas e ingeniería... También en China los niveles de aprovechamiento educacional eran –y son– excepcionales en comparación con los países en desarrollo [...] En la ECO y en la Unión Soviética, las empresas tenían incentivos para emplear al mayor número posible de personas, motivo por el cual era más común encontrar escasez de mano de obra que desempleo [...] Al final de la era soviética las familias dedicaban a la vivienda (alquiler y servicios) apenas 2,4% de sus salarios –menos de lo que gastaban en bebidas alcohólicas y cigarrillos [...]. (Banco Mundial, 1996)

Trotsky, en la *Revolución traicionada*, da cuenta con precisión descriptiva y rigor teórico-metodológico de los espectaculares avances de la economía soviética, sin olvidar sus enormes debilidades: el bajo nivel comparativo del que partía, la mala calidad de los productos de consumo, baja productividad y eficiencia, relacionados

con los problemas de compromiso inducidos por el burocratismo:

Ya no hay necesidad de discutir con los señores economistas burgueses: el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de *El capital*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en la del hierro, del cemento y de la electricidad. Aún en el caso de que la URSS, por culpa de sus dirigentes, sucumbiera a los golpes del exterior –cosa que esperamos firmemente no ver– quedaría, como prenda del porvenir, el hecho indestructible de que la revolución proletaria fue lo único que permitió a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia. (Trotsky, 1977, pp. 33-34)

El triunfo de la Revolución rusa y la extensión de la expropiación del capitalismo a sociedades distintas y distantes, económica y culturalmente, que llegó a abarcar un tercio de toda la población mundial, que pudo avanzar bastante más allá si procesos de dinámica objetivamente anticapitalista no hubiesen sido frenados o directamente traicionados por factores políticos, constituyen una monumental corroboración de la teorización y la hipótesis más general de Marx y Engels sobre la naturaleza y contradicciones inherentes e irresolubles del capitalismo como sistema social, del marxismo como un análisis crítico del marxismo, en el marco de una teoría materialista de lo histórico-social. Pero el marxismo también puede ser definido como una teoría general de la totalidad social, fundada en un análisis de economía política (que incluye el estudio del conflicto de clases; sin análisis de clase, no hay marxismo); marco teórico-metodológico en base al cual adquiere sentido la hipótesis de Engels y Marx acerca del poderoso impulso que recibiría el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, y el proceso civilizatorio todo, la ‘humanización’ de la naturaleza y la sociedad, a partir de la erradicación de la propiedad privada de los medios de producción.

Más allá de la multiplicidad de elementos y circunstancias inevitables que concurren en la modelación efectiva del curso histórico,

la vigorosa activación social experimentada por una sociedad sumida en el atraso económico y maniatada por anacrónicas estructuras sociales y un marco cultural cuasi-feudal, en comparación general con las sociedades del capitalismo avanzado del occidente europeo, valida igualmente la anticipación de Marx y Engels. En unas cuantas décadas, Rusia pasó de ser el gigante torpe de Europa, con rasgos de despotismo oriental, de alma *muzhik* y mística, bastión decadente de todo conservadurismo y de todo atavismo, escandalosamente humillado por el ‘no-caucásico’ Japón, a inicios del siglo XX, a transformarse en una sociedad industrializada, urbanizada, que incorporó a decenas de millones a las ventajas de la forma moderna de vida, racionalizada y secularizada, una de las dos superpotencias político-militares de la segunda postguerra y una poderosa referencia político-cultural, y materialización histórica de la esperanza de una sociedad y una forma de vida superior, para buena parte de la humanidad. Todo eso pese a la devastadora experiencia de la Segunda Guerra Mundial, con un saldo de 25 millones de pérdidas humanas, y la correspondiente destrucción económica y física, y las contradicciones y absurdos del régimen burocrático.

En el siglo XX, el único proceso efectivo de desarrollo de un establecimiento científico-tecnológico realmente autónomo, a partir de condiciones iniciales de notorio atraso, se verificó en la Unión Soviética, pero requirió la ruptura con el sistema capitalista-imperialista, y, en el marco de la deformación despótico-burocrática del sistema político, en buena medida relacionado con la combinación de las rudimentarias condiciones de partida y el aislamiento en un entorno agresivamente hostil, cobró un alto precio al provocar una severa distorsión de la estructura económico-social interna por la masiva orientación de las inversiones hacia la industria pesada, de bienes de capital y de tecnología de punta (al menos en algunos sectores, en buena medida vinculados a las indesatendibles necesidades militares de defensa). Los distorsionadores efectos de esta orientación, implementada por un prolongado periodo, son de sobra conocidos (subdesarrollo de la industria de bienes de consumo, con afectaciones al bienestar y la calidad de vida de la

población), aparte de los efectos negativos que tal desequilibrio proyectó sobre la dinámica de conjunto del desarrollo económico y social de la URSS (un consumo crónicamente deprimido por la limitada y baja calidad de los bienes y servicios disponibles, que de vuelta opera sobre el ritmo de expansión, la diversificación-innovación y el control de calidad de la producción), lo que, a la postre, previsiblemente provocó una desastrosa disociación entre las necesidades y aspiraciones de la población y el ordenamiento social directamente experimentado, representado como ‘el socialismo’; de la desilusión y la frustración a la ruptura.

Todo esto evidentemente se verá reforzado por las consecuencias de la desastrosa política de la burocracia gobernante en la URSS, el carácter políticamente sofocante del régimen, sus agresiones y aplastamiento de los intentos de construir democracias socialistas en el este europeo, en los años 50 y 60, y el estancamiento económico de los años 70 y 80. La enorme fuerza de las nuevas relaciones de producción, y de las formas de vida social y cultural que sobre ellas se levantan, y con las cuales interactúan, le permitió al proyecto de transición al socialismo sobrevivir 60 años, aunque lastrado y permanentemente socavado por la deformación burocrática, pero, finalmente, el pronóstico alternativo de Trotsky se cumplió, por su ‘lado malo’. El stalinismo terminó por llevar a la destrucción al proyecto socialista. La casta burocrática no solo acabó por asfixiar el ímpetu de la nueva sociedad, sino que fueron los propios integrantes de la burocracia del partido, del Estado y del aparato militar, los que promovieron la restauración del capitalismo, en un proceso lento y prolongado, que se acelera con el estancamiento de los años 70 y la crisis de los 80, convirtiéndose de paso en los primeros y principales beneficiarios del saqueo del Estado obrero. Crisis y estancamiento no muy diferentes, en su profundidad y aspectos formales, de las crisis regulares del capitalismo avanzado, pero que la desmoralizada burocracia, acorralada por la irreversible pérdida de legitimidad y de toda credibilidad del régimen burocrático, prefirió ‘resolver’ acelerando el curso de la restauración capitalista, antes que permitir la regeneración del Estado obrero postcapitalista, mediante la reinstauración

de la democracia socialista que la constitución soviética original consagraba y que las fuerzas revolucionarias se disponían a consolidar.

Trotsky había alertado en los años 30 que el despotismo burocrático era absolutamente incompatible con el Estado y la sociedad de transición al socialismo; que, en último término, si no era desplazada del poder por una revolución política, la burocracia terminaría llevando a la destrucción del proyecto socialista. “Una economía planificada necesita la democracia como el cuerpo humano necesita el oxígeno”, decía. Su solidez intelectual y aguda inteligencia le permitieron comprender, desde muy temprano, lo que el resto no consiguió captar (y que luego la mayoría decidió sencillamente ignorar) sino cuando ya la deformación despótica se tornó harto evidente. La paranoica necesidad de control del despotismo centralista, la obsesión por el secreto, la absoluta desconfianza de las masas y la férrea oposición a todo mecanismo de participación política independiente, de libre ejercicio ciudadano en el marco de una democracia socialista, llevaron a y produjeron no solo terribles deformaciones en la vida política y social cotidiana de la sociedad de transición, sino que permiten explicar hechos más que absurdos, como el monitoreo policial del acceso a las máquinas fotocopadoras, ¡¡¡con-vertidas en asunto de seguridad interna!!! (Katz, 2004, p. 180).

Un régimen político que le teme a las máquinas de hacer fotocopias, obviamente no puede sino obstaculizar el desarrollo y el acceso generalizado a las tecnologías de la información y a la red internet, que desde fines de los años 60 se van rápidamente transformando en la base tecnológica del siguiente salto económico-productivo, con los concomitantes efectos sociales y culturales. El desarrollo de la contradicción, de la incompatibilidad, llevó al régimen stalinista a ahogar el desarrollo científico-tecnológico de la URSS, privilegiando su supervivencia e intereses, fabricando una crisis económico-social del todo autoinfligida. La dictadura burocrática socavó la economía, alienó políticamente a la sociedad, desmoralizó a los ciudadanos, destruyó los vínculos solidarios y culturales entre los distintos pueblos integrantes de la URSS y dilapidó el entusiasta apoyo de millones alrededor

del mundo, para quienes ‘los países socialistas’ representaban la materialización histórica de la ‘utopía’, de la esperanza y de la aspiración y la lucha por la abolición del capitalismo y de toda forma de sociedad de clase y fundada en la explotación del trabajo.

Como se dice al inicio de este trabajo, la tarea de someter a un exhaustivo examen crítico la experiencia toda de las sociedades postcapitalistas del siglo pasado, tarea que debería contar con el concurso de los mejores recursos científicos, teóricos y empíricos, y que solo puede acometerse desde un resuelto compromiso con la construcción del proyecto emancipatorio, con la lucha por la transición al socialismo, sigue pendiente y resulta más necesaria que nunca. Este trabajo no puede más que intentar argumentar la urgente necesidad de abordar con seriedad, amplitud y rigor crítico, una tarea tan compleja como decisiva para la lucha contemporánea por el socialismo.

III

El trabajo de reconstrucción de la idea socialista, imprescindible para avanzar en la reversión del catastrófico retroceso en la conciencia de clase, para cumplir el decisivo tránsito de clase en sí a clase para sí de los explotados y oprimidos, es inseparable y solo puede desarrollarse en el seno de las luchas sociales cotidianas, espacio de experiencia principal de los subordinados para alzarse a la comprensión de que sin la abolición del capitalismo es imposible superar definitivamente las taras sociales y culturales (desde el racismo hasta la degradación ambiental) inherentes a su carácter contradictorio, que incluso pueden llevar a una catástrofe involutiva, contratendencia de la que ya tenemos evidencia observable en el presente.

No hay un estado de conciencia particular que sea una condición de posibilidad de las luchas. La lucha de clases se sigue sistémicamente de las contradicciones estructurales del orden burgués; radica en el insuperable conflicto de intereses entre el capital y el trabajo, vinculado a la estructura de propiedad, la producción socializada y la apropiación privada del excedente,

la competencia entre los capitalistas que mantiene bajo presión constante las condiciones de vida de los trabajadores, la producción organizada alrededor de la ganancia, etc. Alrededor del mundo son centenas de millones los que, hoy como ayer, por muy distintas vías y con diversos objetivos específicos, muestran que, independientemente de la ‘relación de fuerzas’, el malestar y el descontento, la ‘indignación’, una y otra vez se sobreponen a las corrientes de frustración, desaliento y resignación, incluso las travestidas de ‘progresismo’; que pese a sus ingentes recursos y denodados esfuerzos, el orden burgués no puede sofocar la resistencia social; que pese al escepticismo de no pocos referentes políticos e intelectuales, la lucha de clases y las luchas sociales en general, continúan siendo un factor decisivo del modelamiento de la historia, obstáculo insuperable para las tendencias a la adaptación, como en cualquier otro tiempo del último siglo; y, sobre todo, que en cualquier momento las luchas pueden, amenazan con, dar un salto, de la limitada conciencia de los objetivos particulares y locales, a los más generales e históricos, volviendo a poner en el orden del día el objetivo consciente de la superación del capitalismo.

La conciencia ‘para sí’ no es una condición necesaria de la lucha de clases, pero es imprescindible para elevarla al nivel del objetivo histórico, condición de posibilidad de todo proyecto emancipatorio: acometer conscientemente el movimiento práctico por liberar a la humanidad del capitalismo y emprender la transición al socialismo, y para enfrentar con determinación los múltiples obstáculos y desafíos que la historia no le ahorrará a la humanidad en el proceso. El proyecto emancipatorio no tropieza pues en el elemento de la disposición de lucha de los trabajadores y los movimientos; tropieza en el retroceso de la conciencia de clase, de la conciencia socialista, y del reconocimiento de que solo la lucha por la abolición del capitalismo puede abrir el camino para asegurar definitivamente las conquistas civilizatorias ya alcanzadas por la humanidad, deshaciendo el nudo histórico y allegando las condiciones para la construcción de una sociedad de iguales en la libertad, una sociedad donde ‘cada cual tenga el espacio necesario para el desenvolvimiento esencial de su vida’,

‘para hacer valer su verdadera individualidad’ (Marx y Engels, 2008, p. 146).

Pero la reconstrucción de la conciencia de clase y socialista no puede fundarse en la sola crítica del capitalismo, por completa, precisa y justa que sea. Necesita, para alcanzar amplitud y solidez, sustanciarse en el reconocimiento de la ventaja civilizatoria que el proyecto emancipatorio representa respecto del estado de cosas existente. El proyecto emancipatorio tienen que mostrar, evidenciar, su superioridad. Tanto más cuanto que el desafío/dilema se debate contra la frustrada experiencia del siglo XX.

El Socialismo como proyecto tiene que formularse como una democracia socialista. Una revolución democrática, porque no solo recupera la democracia formal de su vaciamiento de contenido bajo el capitalismo y la desigualdad social estructural, porque es una combinación de democracia representativa, directa y de sovietsismo (consejismo), y porque desborda los límites de lo jurídico-formal para constituirse en una verdadera democratización de lo político y de la administración, de la actividad económica, del clima cultural-como reconocimiento de la diferencia en la identidad colectiva, como universalidad diferenciada-, y de toda la vida social, sobre la base del control ciudadano-popular. Y es también una democracia revolucionaria, porque se defiende con implacable determinación de sus enemigos, conflicto inevitable en el período de transición, porque los explotadores no renunciarán graciosamente a la vida privilegiada de la que disfrutaban, al dominio y al estatus.¹²

La posibilidad de una creciente democratización de la vida social, y el concomitante retroceso del carácter coercitivo del Estado, hasta su completa superación, está siempre en relación con el avance de las fuerzas productivas, como condición de posibilidad de la imprescindible reducción de la jornada laboral, y el incremento del nivel cultural, condiciones necesarias para avanzar en el control y la gestión ciudadano-popular, única forma por lo demás de frenar y combatir las tendencias burocráticas inherentes a todo Estado y organización.

En un plano histórico muy general, la escasez de bienes materiales, de recursos y medios necesarios para la satisfacción de las necesidades

humanas, es el factor clave para entender las tensiones y conflictos sociales:

[...] en una sociedad con un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en la cual todos traban una ardua lucha con los restantes para obtener lo suficiente para vivir, sacado de un rendimiento nacional demasiado bajo para ser distribuido, se torna necesario un fuerte dispositivo de fiscalización [de 'vigilancia y control, de arbitraje.'].¹³ (Mandel, 2011)

En un sentido histórico general, el Estado, como aparato coercitivo, regulador, está íntimamente ligado a la existencia de conflictos sociales, y estos conflictos por su vez a una cierta escasez de recursos. El proceso de erradicación de la escasez relativa pone las condiciones definitivas de la superación del individualismo competitivo, y, sobre tal base, del Estado. El reino de la libertad es el reino de la abundancia; el horizonte emancipatorio está en relación con la superación del reino de la necesidad, con la superación de la economía, como dimensión de lo social. La solidaridad es necesaria para la verdadera libertad, para que los individuos puedan realizar sus capacidades y aspiraciones; pero una comunidad de iguales en la libertad, forjada sobre valores y principios solidarios, solo puede consolidarse sobre la base de la definitiva superación de la escasez. El socialismo es la construcción económica, política y cultural de la superación de la escasez.

El proyecto socialista tiene que mostrar que, en el terreno de lo económico y de la innovación tecnológica, por un lado, es capaz de mantener la enorme capacidad del capitalismo para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad, el conocimiento y capacidad de control racional del entorno que habitamos (que, por su carácter contradictorio, tienden a convertirse en fuerzas destructivas), como condición ineludible para avanzar en la reducción de la jornada laboral, del tiempo que necesitamos dedicar a la producción de las condiciones sociales de la existencia, sin lo cual la gran mayoría de las personas no tiene posibilidad real de disponer del tiempo necesario, ni de acceder a los recursos culturales,

que resultan la condición de posibilidad de una efectiva participación política y una genuina democracia social; y por otro, de conducir una forma de desarrollo de las fuerzas productivas mucho más racional que el capitalismo, ambientalmente equilibrada, no suicida.

El socialismo tiene que evidenciar, luego de la monstruosa deformación despótico-burocrática del siglo pasado, que es una verdadera y consecuente defensa de la libertad personal. Tomar al marxismo como una propuesta de colectivismo solo puede ser manifestación de ignorancia, mala intención, o alguna combinación de ambas. Para el marxismo el objetivo del proyecto emancipatorio, lo que lo hace digno de tal título, es alcanzar la mayor libertad personal posible, la más amplia capacidad de realización personal, para todos los seres humanos, en las condiciones sociales, culturales y tecnológicas, cambiantes, de la época.

El liberalismo es una falsa defensa de la libertad y la defensa de una falsa libertad: sacrifica la verdadera libertad al mecanismo ciego del mercado, y la libertad que realmente defiende es la libertad del mercado, una alienante pseudo-libertad. Lo mejor de su legado, del liberalismo revolucionario clásico, el derecho a la individualidad, a la intimidad, y el laicismo, ha sido incorporado, como principios constitutivos, al humanismo socialista.

El proyecto emancipatorio tiene que mostrar que la sociedad postcapitalista de transición pone el marco histórico-social para una real emancipación humana. Uno de los rasgos que evidencia el callejón sin salida que el capitalismo es está dado por la rígida separación de trabajo y disfrute. Civilizatoriamente, de lo que se trata es de recuperar el trabajo como una actividad interesante, un despliegue gratificante y enriquecedor de las fuerzas físicas y espirituales de los seres humanos, como exteriorización no alienante, sino constitutiva y autorrealizadora, como constructor de tejido social potenciador de las capacidades y aspiraciones de los individuos, una entrega de esfuerzo y talento que no se transfigure en mundo opresivo (no 'ideas regulativas', proyecto histórico). El trabajo como algo que da (que contribuye a dar, de manera principal) sentido a la vida, que realiza y satisface, y que además es precondition, dependiendo del nivel de desarrollo

alcanzado, para gozar y ampliar el tiempo libre. André Gorz (1998), entre otros, ha mostrado con sobrada solidez, que en las condiciones culturales, organizativas y tecnológicas imperantes hace ya dos décadas, se ha hecho, más que posible, del todo factible una económicamente racional reducción de la jornada de trabajo, sin reducción de las remuneraciones, justamente porque se da sobre la base de un espectacular aumento de la productividad del trabajo, claramente en los países avanzados, pero no solo, por la vía de la redistribución del tiempo de trabajo socialmente disponible y necesario; una redistribución técnica y económicamente factible, y sobre todo socialmente racional, si se considera la tendencia y ritmo del constante incremento del rendimiento del trabajo. Sin reducción de la jornada de trabajo y redistribución, solo podemos esperar un inevitable aumento de la desocupación, de acuerdo a la lógica mercantil.

En un contexto de proliferación de tecnologías ahorradoras de trabajo, problemas de subconsumo, por el desempleo y bajos salarios, que empantanar la economía, y, particularmente relevante, de sobreacumulación en las corporaciones, la reducción de la jornada y redistribución del tiempo de trabajo disponible, sin reducción de las remuneraciones, es la única salida racional, en el mejor sentido. Lo que lo impide es el obtuso afán de los grandes capitales de apropiarse superganancias a partir del incremento de la productividad (sin aumentar la producción), y, desde ahí, de la tasa de explotación. Como esas superganancias no pueden reinvertirse en el proceso productivo, por el represamiento de la capacidad de consumo, se dirigen a los circuitos financieros (aparte del consumo suntuario, de una minoría), en busca de alguna rentabilidad, donde refuerzan la financierización del sistema, y donde terminan alimentando los fundamentos de una crisis que tiende a tornarse crónica, por la persistente debilidad de la demanda, producida por la ofensiva sobre los salarios. Siendo que la salida racional, técnica y organizativa, se encuentra ya disponible, la explicación obvia de todo este descamino radica en el carácter insuperablemente irracional del capitalismo.

Concluyendo

El proyecto emancipatorio se construye en las luchas de resistencia de millones en todo el mundo; en las demandas de movimientos sociales diversos, que recogen y dan forma a sensibilidades y aspiraciones de múltiples individuos y grupos, en lucha contra formas anacrónicas de opresión, que coartan derechos y truncan expectativas, que humillan y desarman; sobre todo, en las luchas del pueblo trabajador, del viejo proletariado, más allá de toda su diferenciación, contra la ofensiva del capital sobre sus condiciones de trabajo y por mejorar sus condiciones de vida y las posibilidades de sus hijos. En el mundo, 4 mil millones dedican 70-80% de su tiempo activo a trabajar (tal es la centralidad del trabajo en la vida y la identidad, y la dimensión de la refutación de la tesis central de Gorz).

A esta contundente realidad social responde, como necesidad histórica ('lo racional es real, Hegel), el proyecto emancipatorio, la lucha por la transición al socialismo, como salida progresiva a la crisis civilizatoria, como marco histórico-social, material-cultural, de la libertad, del derecho a la intimidad y el libre despliegue de la individualidad, condición efectiva de la realización personal, de la solidaridad, de la igualdad de condiciones, derechos y oportunidades, del enriquecimiento de la vida, de la reconciliación de los seres humanos con el mundo que construyen, y consigo mismos, de la autodesalienación.

Es por todo ello que *sin superación del capitalismo, no hay proyecto emancipatorio*. La emancipación, como todo, es multidimensional, pero la abolición de la explotación del trabajo y de su fundamento, la propiedad privada de los medios de creación de la riqueza y de la construcción de la vida social, es una condición absoluta de posibilidad, porque es el fundamento primero y último de todo el orden social, y, por tanto, de todas las formas funcionales de opresión, en su relativa autonomía en el proceso más amplio de la reproducción social.

Hoy, como en octubre de 1917, en la 'atrásada y bárbara Rusia', solo la confluencia de la acción consciente y decidida de los trabajadores, de todos los explotados y oprimidos, junto a la

intelectualidad crítica y comprometida, siempre crucial, de todos aquellos, en fin, que aspiran a un futuro de libertad, igualdad y solidaridad, puede abrir el horizonte a posibles vías de superación progresiva de la crisis civilizatoria a la que ha conducido el orden capitalista. De lo contrario, nadie debiera permitirse descartar que la frustración y el cansancio, el desconcierto y el cinismo, acaben abriendo las puertas más bien de una aberrante involución social. ¡Socialismo o barbarie! Rosa Luxemburg...

Notas

1. El 9 de Termidor del año III, se da el golpe de Estado que derroca a Robespierre y los Jacobinos. Trotsky marca este episodio como el inicio de un período de reacción dentro del proceso de la revolución (ver *Trotsky y la Revolución francesa*, de Pierre Broue).
2. Ver de L. Trotsky, *La revolución traicionada*.
3. “La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente”. Así consiguen “[...] presentar un interés particular como general o hacer ver que es ‘lo general’ lo dominante” (Marx y Engels, 1982, Pp. 48 y ss.).
4. Desde el marxismo, el uso de ‘proceso civilizatorio’ se enmarca en la disputa por una noción también empleada como perverso eufemismo para justificar y maquillar ideológicamente el proceso de expansión colonialista de las potencias europeas, y remite a la conceptualización de la evolución histórico-social como proceso de autoproducción humana en la lucha por la humanización de la naturaleza y por la construcción de una sociedad de individuos iguales en la libertad. En realidad, el término connota una diversidad de experiencias históricas, accidentadas, conflictivas, no pocas frustradas, otras confluyentes, no raro por vías violentas, pero que tomadas en conjunto han contribuido en variada medida a producir un resultado histórico provisional, el presente, con diversas posibilidades de desarrollo, incluyendo las regresivas, el futuro abierto. Este carácter contradictorio, agonial, y no pocas veces brutal, de la historia del proceso civilizatorio humano, no se le escapaba a Hegel: ‘la historia avanza por el lado malo’. Y así seguirá siendo, agregan Engels y Marx, mientras sea gobernada por los intereses y el egoísmo de clase.
5. Mandel, en *El poder y el dinero*, presenta una elaborada, y polémica, reflexión sobre las raíces históricas y sociales, desarrollo y desenlace de la monstruosa deformación burocrática de las sociedades de transición, de los Estados postcapitalistas, y en particular de la URSS, como uno de los elementos de base para los estudios y discusiones sobre el futuro de la lucha por el socialismo. En Katz, Claudio, *El porvenir del socialismo*, se puede encontrar, más allá de reservas, discrepancias y polémicas, una presentación particular del desarrollo del debate, doblemente útil, por lo que aporta y por lo claro que queda cuanto trabajo hace falta. Trotsky, en la *Revolución traicionada*, da cuenta con precisión descriptiva y rigor teórico-metodológico de los espectaculares avances de la economía soviética, sin olvidar sus enormes debilidades: el bajo nivel comparativo del que partía, la mala calidad de los productos de consumo, baja productividad y eficiencia, relacionados con los problemas de compromiso inducidos por el burocratismo.
6. La miseria y el sufrimiento social infligido a los perdedores del avance inclemente de la ‘modernización capitalista’, así como las cruentas e interminables campañas militares de las potencias imperialistas contra pueblos de la periferia y el creciente deterioro ambiental, son un recordatorio de que las fuerzas productivas, bajo la sociedad de clase, son siempre también fuerzas de destrucción, son dos aspectos de un mismo fenómeno.
7. Un informe de la agencia EFE, de junio 15 de 2015, se titula: *Los millonarios controlarán casi la mitad de la riqueza mundial en 2019*, sobre la base de un estudio realizado por Boston Consulting Group: “El informe revela que el número de millonarios creció en 2014 hasta 17 millones de personas, que controlan en la actualidad 41% de los 164 billones de dólares de la riqueza global en manos privadas [...] Los más ricos son cada vez más y más ricos y tienen cada vez más una parte de su riqueza invertida en los mercados financieros, según la directora ejecutiva de BCG, Anna Zakrzewski”. Hiperconcentración de la riqueza y financierización.
8. Se trata de un aspecto intrincado de la vida social. Un mundo sin espacios y momentos de esparcimiento, ocio recreativo, sería un mundo

inhumano, insoportable. En las condiciones generales del capitalismo, y teniendo en cuenta la desestimulante rutina laboral, la grisácea y frustrante monotonía de la vida cotidiana de la inmensa mayoría de los trabajadores, sin importar el color del cuello (dejando fuera a los simplemente sumidos en la miseria), la industria del entretenimiento (del fútbol televisado al cine o las teleseries, hasta la implicación emocional con las estrellas del deporte o de la música), instrumentalizando esta necesidad básica, ofrece desde su propia lógica un muy terapéutico tiempo de reparación, de distracción, un paréntesis, de relajación o de excitación, que no cambia nada, pero que permite sobrellevar la abulia y el malestar, el sin sentido y los episodios de inexplicable malhumor. Por esta vía, al menos en parte, el orden social consigue gestionar, en tiempos de reproducción normal, las tensiones, frustraciones y agresividad, produciendo resignación, conformidad y, dentro de ciertos límites, reconciliación temporal. La mercantilizada industria del entretenimiento está en continuidad con la vida confusamente percibida como una sucesión de expectativas frustradas, como condena.

9. Según BBC-Mundo, “Así compran los superricos que impulsan el mercado de la vanidad”, junio 15, 2015: “así definido, estamos hablando de un mercado (de bienes suntuarios) que en los últimos 15 años creció de unos 140 millones de personas a unos 350 millones. Este perfil de consumidor narcisista ha aumentado en todas las regiones [...] Si se compara con otros sectores de la economía, el consumo de este conjunto de productos ha crecido más que el resto. Esto se ve reflejado en la cotización bursátil del sector. Desde 1995, las acciones de este mercado en Asia aumentaron a un ritmo del 14,6% anual [...] Es una de las pocas áreas de la economía mundial en que el consumo está aumentando muy por encima de la media [...] Este crecimiento se explica por el aumento de una clase de superricos en todo el mundo. En EEUU el 0,1% domina hoy el 23% de la riqueza nacional”.
10. “[...] la limitación de la jornada laboral fue dictada por la misma necesidad que obliga a arrojar guano en los campos ingleses. La misma rapacidad ciega que en un caso agota la tierra, en el otro había hecho presa en las raíces de la fuerza vital de la nación”, *El capital*, T1, p. 184. “Con la preponderancia incesantemente creciente de la población urbana, acumulada en grandes centros por la producción capitalista, ésta por una parte

acumula la fuerza motriz histórica de la sociedad, y por otra perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra, esto es, el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el hombre bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo. Con ello destruye, al mismo tiempo, la salud física de los obreros urbanos...”, *El capital*, T1, p. 422. “La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del trabajo social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: *la tierra y el trabajador*”, *El capital*, T1, p. 424. Hace 150 años Marx y Engels comprendían las raíces estructurales de la tendencia terricida del capitalismo, que les permitió anticiparla, las que cierto ‘ambientalismo’ contemporáneo aún se niega a reconocer.

11. Según Claudio Katz, “el capitalismo es estructuralmente incompatible con los objetivos declarados de equidad, el sistema recrea sistémicamente la desigualdad social al sostenerse en la explotación del trabajo asalariado y en la competencia entre los empresarios, cuya intensificación erosiona la equidad porque las empresas rivalizan por aumentar la tasa de explotación” (2004, pp. 31-35).
12. Lo único que puede llevar los enfrentamientos de la revolución y la transición a su mínima expresión es la masividad de la conciencia socialista del movimiento social, la extensión y fuerza del apoyo social consciente, y la magnitud de la solidaridad internacional, de la ola de entusiasmo y optimismo que despierte entre los más distintos y distantes pueblos del mundo. De todo ello hay evidencia contundente en la historia del siglo XX, cosa que el escepticismo convenientemente decide ignorar.
13. Bajo el capitalismo la escasez es relativa porque resulta, en parte, de la desigual distribución y acceso a los recursos y goces.

Bibliografía

- Borón, A. (comp.). (2006). *La teoría marxista hoy*. Buenos aires: CLACSO.
- Broue, P. (2009). *Trotsky y la Revolución francesa*. Buenos Aires: CEIP León Trotsky.
- Callinicos, A. (1993). *Contra el postmodernismo*. Bogotá: Ed. El Ancora.
- Eagleton, T. (2011). *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Ed. Península.

- Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización*. México: Ed. FCE.
- Engels, F. (2003). *Antiduhring*. Marxist Internet Archive.
- Engels, F. (2000). *Ludwig Fuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Marxist Internet Archive.
- Gorz, A. (1998). *Miseria del presente, riqueza de lo posible*. Madrid: Ed. Paidós.
- Harvey, D. *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: Ed. IAEN.
- Katz, C. (2004). *El porvenir del socialismo*. Buenos Aires: Ed. Herramienta.
- Lowy, M. (2003). La dialéctica de la civilización: barbarie y modernidad en el siglo XX. *Rev. Herramienta*, No.22. Buenos Aires.
- Mandel, E. (1994). *El poder y el dinero*. México: Ed. Siglo XXI.
- Mandel, E. (2011). *Teoría marxista del estado*. Marxist Internet Archive.
- Marx, K. (2010). *El capital*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1982). *La ideología alemana*. La Habana: Ed. Pueblo y Educación.
- Marx, K. y Engels, F. (2008). *La sagrada familia*. Buenos Aires: Ed. Claridad.
- Molyneux, M. (2000). "Ciudadanía y Política Social en perspectiva comparada". En Reuben, S. (2000). *Política social*. San José: Ed. UCR.
- Moreno, N. (2017). *Conversaciones con moreno*. S. Paulo: Ed. Marxismo Vivo.
- Trotsky, L. (2010). *La revolución traicionada*. Marxist Internet Archive.
- Vega-Cantor, R. (2009). Crisis Civilizatoria. *Rev. Herramienta*, No. 42. Buenos Aires.

Roberto Ayala Saavedra. Profesor de la Universidad de Costa Rica. Doctor en Estudios de la Sociedad y la Cultura.

Correo electrónico: raas4758a@yahoo.com.ar

Recibido: 8 de agosto de 2018

Aceptado: 16 de agosto de 2018

Daniel Zango Bulgarelli

El constitucionalismo revolucionario: análisis de las primeras constituciones soviéticas desde la teoría marxista del Estado y del Derecho

Resumen: *En la concepción del marxismo clásico sobre el Derecho, este último llegaría a desaparecer una vez que la sociedad se constituya en una formación social sin clases sociales, dinero, ni Estado. No obstante, el estatuto, la función y la utilidad del Derecho no quedan del todo definidos teóricamente en relación con las etapas de transición al comunismo, a saber, la dictadura del proletariado y el socialismo. En este artículo se analiza el papel del Derecho, específicamente del constitucionalismo, en la experiencia histórica de la Revolución rusa durante los años previos al giro estalinista. En este sentido, luego de sistematizar la concepción marxista a propósito del Derecho y de las etapas transicionales al comunismo, se discutirá el contenido y la forma que asumen las primeras dos Constituciones de la experiencia rusa en tanto que etapa de transición, analizando a su vez si existen contradicciones con la teoría marxista del Derecho.*

Palabras clave: *Constitucionalismo. Derecho soviético. Marxismo. Revolución. Estado.*

Abstract: *In the Marxist's classical approach to the Law, legal norms would eventually disappear once that society become classless, moneyless, and stateless. However, the nature, function and uses of the Law are not precisely defined in the theory regarding to the transitional stages to communism, in other*

words, the dictatorship of the proletariat and socialism. This article analyses the role of the Law, specifically of Constitutionalism, in the historical experience of the Russian Revolution in the years prior to Stalinism. In this way, after describing the Marxist's conception of Law and the theory about the transitional stages of society towards communism, the article analyzes the content and the form that assumed the first two Constitutions of Revolutionary Russia, taking into account its nature of being a transitional society, as well as debating whether there are contradictions between this historical experience and Marxist's approach to the Law.

Keywords: *Constitutionalism. Soviet Law. Marxism. Revolution. State.*

Introducción

El presente ensayo pretende analizar la aparición y el papel del constitucionalismo en la Unión Soviética durante el periodo previo al estalinismo. De esta forma, las constituciones que figuran en el análisis son la Constitución de 1918 y la Constitución de 1924, dado que las Constituciones posteriores (1936 y 1977) no pertenecen al periodo inicial de la Revolución rusa, sino que se dan luego del giro estalinista. Si bien la Constitución de 1918 es anterior a la formación de la URSS, esta es efectivamente la primera

Constitución de la Revolución rusa, y por lo tanto es englobada dentro del análisis.

Más allá de realizar un análisis jurídico-conceptual tradicional en el marco del Derecho Constitucional, el presente trabajo consiste en la problematización de aspectos de índole filosófico y concernientes a la tradición marxista, por ejemplo: ¿Es problemática la reaparición del sistema de Derecho en la nueva sociedad revolucionaria?, ¿Hasta qué punto las Constituciones Políticas reflejan el carácter clasista de la nueva sociedad? y ¿La Constitución Política es un instrumento temporal o permanente durante la nueva sociedad revolucionaria? Todas estas preguntas se encuentran vinculadas mediante el problema central del ensayo: ¿Por qué reaparece el modelo constitucional en la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas?

De esta manera, y para responder a la pregunta central, el trabajo se divide en las siguientes secciones: una breve introducción al constitucionalismo, el papel del Derecho en la teoría marxista, las etapas de transición entre el capitalismo y el comunismo y el análisis de las primeras dos Constituciones.

Breve introducción al constitucionalismo

Para señalar los aspectos problemáticos que se desprenden del constitucionalismo soviético, no resulta vano realizar una pequeña introducción para precisar técnicamente qué se entiende por constitucionalismo.¹ En primer lugar, es importante señalar que el constitucionalismo es un rasgo que surge en la modernidad y que se mantiene en la edad contemporánea. Mientras que en la antigüedad la constitución es referida a la forma que adopta determinado Estado (el ejemplo más claro de esta concepción es el que aparece en la *Política* de Aristóteles o en la obra *Constitución de los Atenienses*, del mismo autor),² en la modernidad ésta adquiere el grado de norma jurídica, además de constituirse como la norma suprema dentro de su respectivo ordenamiento jurídico.

El inicio del constitucionalismo en este segundo sentido puede rastrearse hasta Gran Bretaña (que supone una excepción, en tanto que país con una Constitución no escrita) y posteriormente hasta la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. Si bien aquí la Constitución no aparece aún como norma jurídica, su significado ya no es el mismo de antaño, en tanto que se entiende como un texto prescriptivo en donde aparecen ciertos principios a los que el Estado Nacional Moderno se debe sujetar. Esto será así para las primeras Constituciones europeas (De Otto, 1977, p. 13). Sin embargo, con el surgimiento de Estados Unidos como país, el constitucionalismo norteamericano especifica “[...] desde el principio que las normas contenidas en la Constitución escrita son derecho, el derecho supremo del país, al que han de sujetarse los órganos del Estado en el ejercicio de sus poderes [...]” (p. 13).

Esta última tendencia es la que se ha instaurado prácticamente de forma global, en tanto que todo Estado es entendido principal y programáticamente a través de su norma fundamental o Constitución Política. Se trata entonces de un fenómeno propiamente moderno, pero que se consolidó con el afianzamiento de la concepción liberal del mundo, en tanto que el Constitucionalismo está indisolublemente asociado con la división de poderes, con democracia procedimental y con derechos fundamentales. Por su parte, dentro de la disciplina jurídica, quien ha conceptualizado y propugnado la más célebre teoría a propósito de la Constitución como norma, es el famoso jurista Hans Kelsen.

En su célebre obra, *Teoría pura del derecho* (1982), Kelsen asume la idea de que el ordenamiento jurídico no se compone de normas iguales, sino que existe toda una jerarquía a propósito de normas, que se dan validez unas a otras según emanen de una norma superior: “El orden jurídico no es un sistema de normas de derecho situadas en un mismo plano, ordenadas equivalentemente, sino una construcción escalonada de diversos estratos de normas jurídicas” (Kelsen, 1982, p. 232). Dada la naturaleza superior de esta norma, y siendo que esta debe ser la norma más general para dar fundamento

a todas las demás, la Constitución contiene las disposiciones a propósito de la creación de las leyes, así como las disposiciones generales que le dan forma al Estado.

La Constitución entra a operar en esta dinámica como la norma jurídica superior de todo el ordenamiento, la cual directamente da validez a las normas jurídicas que le siguen en la jerarquía,³ e indirectamente a todas las normas que se encuentran por debajo de estas. Esta función puede ser ilustrada con una figura propuesta por Kelsen, en el sentido de que, si el ordenamiento jurídico se entiende como una pirámide, la Constitución sería la norma que corona la pirámide, la cual da fundamento a todo el resto de la construcción que se encuentra debajo de esta. Este autor también introduce la distinción fundamental entre Constitución en sentido material y en sentido formal, siendo la primera el conjunto de normas que constituyen las disposiciones generales del ordenamiento jurídico, y la formal el documento en donde estas disposiciones suelen concentrarse y que se denomina como Constitución Política⁴ (pp. 232-233).

Finalmente, puede distinguirse entre tres partes de las Constituciones Políticas contemporáneas. Por un lado, está el preámbulo de la Constitución, que consiste en una especie de introducción al documento, y que, si bien no tiene la forma de norma jurídica propiamente, es útil para comprender el *ethos* que inspira todo el documento. En segundo lugar, está la sección dogmática de la Constitución, en donde se hace el listado de derechos constitucionales con los que cuentan los ciudadanos del Estado. Estos derechos son conocidos por la doctrina jurídica como ‘Derechos Fundamentales’, los cuales suelen coincidir con los Derechos Humanos, y esta parte del documento se conoce en la literatura especializada como *Bill of Rights* o carta de derechos, dado que suele tener la forma de un listado o catálogo de derechos. Finalmente, la Constitución cuenta con una parte orgánica, que refiere a la descripción de la forma que tiene el Estado, en tanto que se describen sus instituciones principales, sus poderes, sus funciones, entre otros.

El papel del Derecho en la teoría marxista

Como puede apreciarse en la sección anterior, la aparición del constitucionalismo (la idea de que hay una norma jurídica fundamental de la cual emana y se sustenta todo el resto del ordenamiento jurídico), no parece problemática en una sociedad que presupone al Derecho y a las normas jurídicas como parte fundamental de la vida en sociedad. Sin embargo, la tradición marxista tiene una visión sumamente distinta a propósito del Derecho y del Estado.

Dentro del marxismo, el Derecho es uno de los elementos supra estructurales de la sociedad. Esto quiere decir que las normas sociales que rigen la vida social no son producto de ideas sobre cómo gobernar o sobre cómo organizar la sociedad, sino que son un reflejo de la estructura económica de la sociedad. El Derecho es conceptualizado por Marx y Engels de la siguiente manera: “[el] derecho no es más que la voluntad de vuestra clase [(la clase dominante).] elevada a ley” (Marx y Engels, 1999), voluntad que además responde a las condiciones materiales de existencia de esa clase. En otras palabras, se trata de normalizar los intereses de la clase dominante para que rijan a toda la sociedad.

En otros textos como en la *Introducción para la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* (1968), el Derecho sigue apareciendo como elemento supra estructural, pero se conceptualiza directamente con una región de la ideología. En este sentido, no solo el Derecho representa a los intereses de una sección de la sociedad, sino que el Derecho los hace pasar como un imperativo y como un interés universal de la sociedad como totalidad. Esta idea aparece también en *La ideología alemana* (1974), en donde el Derecho “[...] proclama las relaciones de propiedad existentes como el resultado de la voluntad general” (Marx y Engels, 1974, p. 73), aun cuando claramente son las relaciones que favorecen a una capa específica de la sociedad. En esta última obra, los autores reseñan su crítica al Derecho contenido en otros textos, al responder a las críticas realizadas a ellos por Max Stirner:

Por lo que al derecho se refiere, nosotros hemos puesto de relieve, entre muchos otros, la contraposición entre el comunismo y el derecho, tanto el político como el privado y bajo la forma más general de todas, la del derecho humano. Véanse los Anales franco-alemanes, donde se concibe el privilegio, el derecho preferente, como lo que corresponde a la propiedad privada vinculada a un estamento, y el derecho en general como lo que corresponde al estado de la competencia, de la libre propiedad privada, [...]; y lo mismo el derecho humano como privilegio y la propiedad privada como monopolio; [...]. (p. 240)

En aportes más recientes al marxismo, esquemas conceptuales como el de Althusser (1970) permiten comprender al Derecho como un Aparato Ideológico de Estado en tanto que reproduce la vida social de una determinada manera y genera cohesión social. Esto debido a que las normas jurídicas no operan únicamente mediante el cumplimiento por la fuerza, sino que generan en la consciencia de los ciudadanos la idea de que las normas jurídicas obedecen a principios de justicia, y que las mismas deben ser obedecidas voluntariamente y no solo por la coacción de los órganos del Estado. Sin embargo, es fundamental señalar que, a su vez, al Derecho están circunscritos los aparatos más represivos de toda la estructura estatal, como lo son los juzgados y la policía. En este orden de ideas, el Derecho es un elemento que destaca tanto como Aparato Ideológico, como parte del Aparato (represivo) del Estado.

Otro aspecto fundamental es que el Derecho únicamente se entiende como emanación de un Estado (sea este un Estado Nacional Moderno, o tome otras formas). De esta forma, el Derecho es exclusivo, en principio, de las sociedades que mantienen la división de clases sociales. De conformidad con el análisis del marxismo clásico, el Estado encuentra su razón de ser en tanto que es una de las figuras principales mediante la cual se mantiene la explotación de una clase sobre otra. Lo anterior se debe a que es mediante el Estado que la violencia ejercida para mantener a las clases oprimidas en dicha condición se abriga bajo nociones tales como el interés general o colectivo, el bienestar social, la preservación del orden,

etc. Sin este ropaje ideológico que posibilita la mediación del Estado, la fuerza ejercida para mantener el *status quo* se revela como arbitraria, o a lo sumo como un uso privado de la fuerza que no puede justificarse como legítimo en todos los casos. La violencia ejercida mediante el Estado, se muestra como legítima solo por el hecho de provenir de este, aun cuando oculta que lejos de una supuesta neutralidad, el Estado responde a intereses de clase y no al bienestar general.

Con la elevación del proletariado a clase dominante y la subsiguiente eliminación de las clases opresoras, los antagonismos de clase desaparecen y el Estado pierde su razón de ser, en tanto que ya no hay una clase hacia la cual ejercer esa violencia. Por ello, señalan Engels y los demás teóricos marxistas, el Estado no es abolido forzosamente, sino que llega a ser innecesario y se termina disolviendo: “La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y cesará por sí misma” (Engels, 2000, III). Finalmente, se creará otro tipo de organización social, en tanto que: “El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción” (Engels, 2000, III). Junto con esta extinción del Estado, debería desaparecer, a su vez, el Derecho, dado que el Estado es condición de este y en última instancia lo es también la sociedad de clases. Al desaparecer estos elementos, sus manifestaciones institucionales deberían también desaparecer, por lo que la muerte del Estado implica necesariamente la muerte del Derecho.

A pesar de todo lo anterior, la nueva sociabilidad de un país en transición hacia el socialismo, como lo fue en sus inicios la URSS, genera con su aparición una nueva Constitución política a raíz de la cual se legitima el nuevo Estado Soviético. Para determinar si esta aparición es problemática, se vuelve necesario adentrarse en el análisis de los apartados siguientes.

Las etapas de transición entre el capitalismo y el comunismo

En el texto conocido como *Crítica al Programa de Gotha*, Marx (2000) menciona cómo

conceptualiza las etapas de transición del capitalismo a la sociedad comunista. Sobre este respecto, señala:

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*. (Marx, 2000, IV)

En este sentido, no hay un solo periodo de transición, como generalmente se entiende, sino antes bien la sociedad capitalista transita a la dictadura revolucionaria del proletariado, la cual avanza luego a la sociedad socialista y finalmente arriba al comunismo. Con respecto a la primera transición, es decir, la dictadura del proletariado, Lenin señala que:

[El Estado, o] la “fuerza especial de represión” del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por un puñado de ricachos, debe sustituirse por una “fuerza especial de represión” de la burguesía por el proletariado (dictadura del proletariado). En esto consiste precisamente la “destrucción del Estado como tal”. En esto consiste precisamente el “acto” de la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. (Lenin, 2003, I)

La dictadura del proletariado se perfila entonces como aquella primera etapa en que el proletariado asume el poder político y se acentúa la lucha de clases. De esta forma, el antagonismo de clases no solo se encuentra presente, sino que se encuentra en su punto cúspide, y por lo tanto se invierte la opresión de unos pocos a los muchos, por la opresión de los muchos a los pocos. Lo que esto quiere decir, es que el Estado se mantiene todavía, debido a la sociedad clasista de la sociedad (aun cuando se han invertido las relaciones de poder), y que este mismo Estado es necesario para evitar que aquellos a quienes se les han sustraído sus privilegios no impongan un régimen contrarrevolucionario.

Por su parte, la transición hacia el socialismo implica que ya han desaparecido las clases sociales, pero aún no se encuentran desarrolladas completamente las condiciones para el surgimiento de la sociedad comunista. La explicación de esta segunda fase es descrita con bastante claridad en el siguiente extracto:

A medida que la sociedad socialista se desarrolla, cambian las funciones del Estado socialista; liquidadas las clases explotadoras, desaparece la función de aplastar su resistencia y se desarrollan en todos los aspectos las funciones principales del Estado socialista: las concernientes a la organización económica y a la educación y cultura. Al constituirse el sistema socialista mundial, el Estado socialista, junto a las funciones de luchar por la paz y defender el país, asume una nueva función exterior, la de desarrollar la colaboración fraterna con los países socialistas. (Diccionario soviético de Filosofía, 1965, p. 153-154)

De conformidad con todas las precisiones conceptuales anteriores, la sociedad comunista (entendida como una sociedad sin mercado, sin dinero, sin Estado y sin clases sociales) puede presuponerse como una sociedad sin Derecho, dado que su única fuente de emanación, el Estado, ha quedado extinguido. De todas maneras, en una sociedad sin clases no hay clase dominante que imponga sus intereses como Ley, y por lo tanto la figura del Derecho, al menos tal y como se conoce en nuestras sociedades de clase, pierde todo sentido.

Sin embargo, es evidente que en la dictadura del proletariado debe subsistir el Derecho, aun cuando éste sea completamente distinto al que han sostenido las otras clases dominantes durante el mantenimiento de su hegemonía. Es prácticamente certero que áreas antiquísimas del Derecho, como lo son el Derecho Civil, queden en gran medida sin uso, en tanto que encuentran su sustento en la forma privada de la propiedad. Sobre esta rama del Derecho, sostienen Marx y Engels:

El derecho privado se desarrolla, conjuntamente con la propiedad privada, como resultado de la desintegración de la comunidad natural. Entre los romanos, el desarrollo de

la propiedad privada y el derecho privado no acarreó más consecuencias industriales y comerciales porque el modo de producción de Roma siguió siendo enteramente el mismo que antes. (1974, p. 72)

Si bien el Derecho Civil encuentra el fundamento de la mayoría de sus figuras en la propiedad privada y por lo tanto posiblemente quede sin uso en sociedades sin este tipo de propiedad, otras partes considerables del Derecho deben subsistir precisamente porque la lucha de clases ha alcanzado un punto culminante. En cuanto que el proletariado se erige como nueva clase dominante ante sus antiguas clases opresoras, debe servirse del Estado y del Derecho para no ver su poder político usurpado.

En el periodo de transición socialista, dado que el Estado subsiste, es posible que el Derecho también se mantenga, pero cabe realizar la siguiente observación. En este periodo, el Estado ha cambiado cualitativamente, y ya no se trata del antiguo Estado Nacional sino de una nueva forma estatal que corresponde a las nuevas bases económicas socializadas. Dado que este nuevo Estado ya no se encuentra sometido a las tareas propias de la lucha de clases, su actuación se vuelve más bien puramente creadora y administradora, por lo que el Derecho razonablemente también alcanzará una mutación cualitativa en esta misma dirección.

Con respecto al constitucionalismo, es bastante claro que la dictadura del proletariado puede servirse del instrumento constitucional para dar el giro clasista del Estado. Siendo que la Constitución es la norma suprema que define la forma y los principios sobre los que se sostiene el Estado, es perfectamente comprensible que la toma y transformación radical del Estado comience por su fundamento normativo. La promulgación de una nueva Constitución se torna entonces importante, en tanto que genera coherencia con las nuevas normas de hegemonía proletaria que vayan a ser creadas, permite plasmar el programa político del partido en el documento orientador del Estado y finalmente refleja el cambio de hecho que sufra el Estado, siendo la Constitución un reflejo de la nueva forma estatal de origen proletaria. En cuanto al constitucionalismo dentro del periodo

socialista no se puede más que conjeturar, en tanto que puede que se encuentre un uso creador y administrador en el instrumento constitucional, o puede quedar superado por otros medios que surjan en esa nueva sociabilidad. En todo caso, es impensable que la figura de la Constitución se mantenga tal cual se conoce en la actualidad, si es que se mantiene, dado los grandes cambios en el ordenamiento social.

El contenido de las primeras dos Constituciones de la URSS

Luego de todas las consideraciones previas a propósito de los aspectos teóricos referentes al marxismo y al Derecho, se arriba finalmente al análisis de la experiencia histórica de la Revolución rusa. Como era de esperarse y de conformidad con las nociones marxistas a propósito de la Dictadura del Proletariado, en la Rusia revolucionaria surgieron nuevas aproximaciones al Derecho. A propósito de lo anterior, señala Stucka (1974), uno de los grandes juristas soviéticos:

Cuando el poder soviético hubo vencido, tuvo que manifestar su actitud hacia el derecho. Ante todo, realizó una obra de destrucción, 'quemó todas las leyes' del viejo régimen; pero desde el momento en que conservaba las funciones de los Tribunales, aunque se tratara de Tribunales nuevos, obreros, tenía que promulgar también normas jurídicas. (Stucka, 1974, p. 312)

En este sentido, y siendo que el nuevo Estado nació en el contexto de la de la Primera Guerra Mundial y posteriormente paso por la cruenta guerra civil, el Estado y el Derecho fueron elementos indispensables para hacer frente a las amenazas que se cernían sobre la Revolución. Sin embargo, aun con posterioridad a la Guerra Civil rusa, las normas jurídicas continuaron en uso, aun cuando fuera un Derecho distinto a los sistema continental y anglosajón.⁵ Obras como *La función revolucionaria del Derecho y del Estado de Stucka* (1974), que recoge textos de la década de los 20s y los 30s, y la *Teoría general del derecho y el marxismo* de Pashukanis (1976), la cual data

del año posterior al final de la Guerra Civil rusa, atestiguan la necesidad de las normas jurídicas en la Dictadura del Proletariado, y la formación de un Derecho distinto en la experiencia histórica de la Revolución rusa.

Una vez reconocida la importancia del Derecho en general en la experiencia rusa, se prosigue a continuación a detallar los aspectos más relevantes de las primeras dos Constituciones Políticas de la Revolución rusa, determinando en que aspectos brindan aspectos novedosos a la teoría del constitucionalismo, así como detectando continuaciones del constitucionalismo burgués.

Constitución de 1918: Constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia

Con respecto a la estructura de la Constitución, esta es muy similar a la de las Constituciones tradicionales, siendo que engloba un preámbulo, una carta de derechos o *bill of rights*, en donde se garantizan los derechos constitucionales, así como la parte orgánica de la Constitución, en donde se describe la forma y el funcionamiento general del nuevo Estado. Pese a esta similitud formal, el contenido de ambos elementos si conlleva diferencias importantes con respecto al constitucionalismo liberal.

En cuanto a los derechos, los Títulos I y II del documento señalan cuáles son los *Derechos del pueblo trabajador y explotado*, así como las bases fundamentales de la nueva Constitución. En el primer título, los Derechos contemplados son únicamente de carácter colectivo, y no son derechos exigibles individualmente, sino que la Declaración consiste en medidas generales que benefician al pueblo. De esta forma, todo el poder político queda establecido para los soviets (art. 1), en el artículo 3 se anula la propiedad privada de la tierra, se declara la demanialidad de los recursos naturales, la industria y el agro, se nacionaliza la banca, se anulan los préstamos realizados por el zarismo y el gobierno provisional, se instaura el trabajo obligatorio y se arma al pueblo y se crea el ejército rojo. Asimismo, se excluye a los explotadores de los órganos de representación

popular (los soviets) en el artículo 7. En el ámbito internacional de la Declaración, se denuncian los tratados secretos y a la guerra imperialista (art. 4), se rechaza el colonialismo (art. 5) y la libre autodeterminación de los pueblos (art. 6).

Por su parte, el Título II resulta interesante en tanto que sí se asemeja más al *bill of rights* clásico, dado que los derechos contemplados son individualizados para los ciudadanos (trabajadores, en los términos de la Constitución). De esta manera, se garantiza la libertad de conciencia y de religión (art. 13), la libertad de expresión (art. 14), de reunión (art. 15), asociación (art. 16), cultura (art. 17) y la igualdad ante la Ley (art. 22). Fuera de este título, el título IV dispone el derecho al sufragio y a ser elegido, todo lo anterior sin discriminación por género (lo cual resulta sumamente novedoso), religión, residencia y nacionalidad. Sin embargo, aun en su similitud con las otras cartas de derechos, esta tiene varias particularidades que la hacen única. En primer lugar, los derechos no se declaran en abstracto, sino que los artículos disponen de medidas para garantizar los derechos. Así, por ejemplo, con respecto a la libertad de expresión y de prensa, la Constitución reza:

Con el fin de garantizar a los trabajadores la verdadera libertad de expresión de sus opiniones, la RSFSR suprime la dependencia de la Prensa respecto del capital; pasando a manos de la clase obrera y de los campesinos pobres todos los recursos técnicos y materiales necesarios para la publicación de periódicos, libros y otras publicaciones de imprenta, garantizando su libre difusión en el todo el país (Art. 14).

Como puede observarse, se trata de libertades positivas (según la célebre clasificación de Isaiah Berlin), dado que el Estado brinda las condiciones materiales para que estos derechos puedan ser materializados. El otro aspecto de ruptura consiste en que estos derechos no se ven como inalienables, lo cual rompe con la tradición de los Derechos Humanos y los Derechos Fundamentales, en tanto que, desde su surgimiento, estos han sido entendidos como inherentes al ser humano. La Constitución dispone que “Inspirándose en

los intereses de la clase obrera en su conjunto, la RSFSR priva a los individuos y grupos particulares de sus derechos si los usaran en detrimento de los intereses de la revolución socialista.” (Art. 23), por lo que es claro que los derechos no son una finalidad en sí mismos, sino que se encuentran supeditados al bien común y a la instauración del socialismo.

Dejando de lado la carta de derechos, otro aspecto novedoso de esta Carta Magna es su carácter marcado de clase. En primer lugar, su sujeto no es el clásico ciudadano abstracto, sino propiamente los trabajadores y los campesinos (así como los soldados y demás grupos afines al proletariado). La Constitución tiene

[...] como objeto esencial la abolición de toda explotación del hombre por su prójimo, el aniquilamiento total de la división de la sociedad en clases, el aplastamiento sin piedad de los explotadores, el establecimiento de la organización socialista de la sociedad y el triunfo del socialismo en todos los Estados [...] (Art. 3).

Aun así, el carácter proletario del documento es claro, el cual se afirma en disposiciones tales como “La República rusa es una libre comunidad socialista de todos los trabajadores de Rusia. Todo el Poder en los límites de la RSFSR pertenece a la totalidad de la población obrera del país, organizada en los soviets.” (Art. 10). A esto se suma que la Constitución explícitamente se conceptualiza como la Carta Magna del periodo de la dictadura del proletariado, con lo cual se confirman las precisiones teóricas sobre el uso del Derecho elaboradas en la sección anterior de este trabajo:

Durante la actual fase de transición, el objeto principal de la Constitución de la RSFSR consiste en el establecimiento, mediante un fuerte poder soviético en toda Rusia, de la dictadura del proletariado de las ciudades y del campesinado más pobre, a fin de conseguir el aplastamiento completo de la burguesía, la abolición de la explotación del hombre por el hombre y la instauración del socialismo, bajo el cual no habrá ni división de clases ni poder del Estado. (Art. 9).

Lo anterior lleva a aclarar otra característica novedosa sobre esta Constitución: la misma se plantea como una normal temporal, perteneciente a una fase de transición, a diferencia de las Constituciones liberales que se pretenden normas cuasi pétreas y de larga (o perenne) duración. Finalmente, la parte programática de la Constitución resulta claramente una ruptura con respecto al Derecho burgués, en tanto que la forma que asume el Estado es una forma nueva en la historia de la humanidad (la forma soviética), y el poder se concentra en el pueblo ya no de forma abstracta, sino mediante los grandes mecanismos de democracia popular. Esto a su vez lleva a la extinción de la idea clásica de la separación de poderes.

Constitución de 1924: Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

Esta Constitución es realmente la primera Constitución de la URSS, dado que la Constitución de 1918 es en realidad la Carta Magna de la Rusia revolucionaria, pues la URSS no se había formado aún. A diferencia de la Constitución de 1918, esta carece de la sección dogmática, en tanto que es una Constitución Federal, que regula las relaciones entre los Estados integrantes y el sistema de gobierno federal. En este sentido, esta Carta Magna no presenta tantos elementos de ruptura como la anterior, dado que no hay un *bill of rights* y las relaciones entre los Estados soviéticos no son tan disímiles de la relación de los Estados federados burgueses.

No obstante lo anterior, las rupturas que plantea esta norma fundamental son, por un lado, el elevamiento de la forma de Estado Soviético a una forma supranacional, en tanto que ya no solo queda englobado el país ruso sino varios otros Estados. Los órganos estatales son, en este sentido, acordes con la nueva forma de Estado, siendo que estos siguen expresando su carácter de clase y el poder se canaliza mediante formas de democracia popular. Adicionalmente, las disposiciones a propósito de los órganos del Estado contenidos en la nueva Constitución mantienen

finalidades relacionadas explícitamente con la situación propia de la Dictadura del Proletariado. Por ejemplo, en el título dedicado a la Dirección Política Unificada de Estado se señala que:

Con el objetivo de unificar los esfuerzos revolucionarios de las repúblicas federadas en su lucha frente a la contrarrevolución política y económica, el espionaje y el bandidaje, se constituye adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS una Dirección Política Unificada de Estado, cuyo presidente forma parte del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS con voz pero sin voto. (Art. 61).

Por otro lado, el preámbulo de esta Constitución deja claro que el nuevo ordenamiento no es rígido: la forma federal se elige como manera de unir a los Estados que consisten en dictaduras del proletariado, de hacer frente a las devastaciones de la guerra civil y a la agresión de los países capitalistas. Asimismo, la idea consiste en que cuando un país logre alcanzar la etapa de la dictadura del proletariado, este tenga el derecho y pueda unirse a la URSS, por lo que los límites del Estado federado no están realmente delimitados permanentemente. A esto se suma que la conformación del Estado federado, según el preámbulo, “[...] marcará un nuevo paso decisivo en el camino de la unificación de los trabajadores de todos los países en la República soviética socialista universal.”, siendo entonces un Estado de transición al Estado Socialista mundial y por lo tanto es una figura temporal.

Conclusiones

De conformidad con el análisis llevado a cabo en el presente ensayo, es posible exponer las siguientes conclusiones. En primer lugar, aun cuando el Derecho es tenido como un elemento ideológico, no es problemático que aparezca la figura Constitucional en la primera fase de la Revolución Socialista. Dado que el Estado y el Derecho se mantienen como formas en las que se apoya la Dictadura del Proletariado para hacer frente a la contrarrevolución e impulsar el nuevo

proyecto social de clase proletaria, no es incoherente que el nuevo Estado asuma una nueva forma Constitucional. Sin embargo, dado que el Estado se ha transformado cualitativamente, no es de extrañar que la Constitución asuma una forma distinta a las Constituciones burguesas de los Estados Nacionales Modernos, aspecto que queda claro en el análisis de las dos primeras Cartas Magnas de la Unión Soviética.

En segundo lugar, el constitucionalismo soviético supone una innovación y una ruptura con la teoría clásica de la Constitución, en tanto que ésta siempre se ha asociado a un régimen de democracia formal, al sostenimiento de la Concepción Liberal del Mundo, al ensalzamiento del concepto burgués de libertad y a la protección de las formas privadas de la propiedad. Aun cuando todos estos elementos están ausentes, en tanto que la división de poderes es sustituida por el poder unitario en el pueblo, el Estado asume una forma soviética y no de república burguesa y axiológicamente se encuentra constituida por otros valores incompatibles con la idea liberal de libertad, las dos Constituciones soviéticas analizadas no pueden tenerse por ilegítimas o falsas. En efecto, ambas constituyen formas nuevas de constitucionalismo moderno, en cuanto que aun cuando contradigan la prescripción de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, “Toda Sociedad en la que la garantía de los Derechos no esté asegurada, ni la separación de poderes determinada, no tiene Constitución.” (Art. 16), se constituyen como la norma suprema del nuevo Estado, siendo además que en su estructura permanece correlativa a las Constituciones nacionales modernas al tener preámbulo, *bill of rights* y la sección orgánica. En cuanto a las rupturas con el constitucionalismo burgués que se encuentran presentes en las dos Constituciones, se pueden identificar con precisión:

- I. Hay un cambio de paradigma en lo que se entiende por derechos. Algunos de ellos son de carácter colectivo, y no son exigibles individualmente, sino que suponen medidas que beneficien a la mayoría de la población.
- II. Con respecto a los derechos individuales (lo que en la disciplina jurídica se entienden como Derechos Fundamentales), estos

no son declarados en abstracto. Se añaden medidas específicas con la finalidad de darle efectividad inmediata a esos derechos.

- III. Los Derechos Fundamentales no son inalienables, estos se encuentran supeditados al interés de las masas por lo que es plausible despojar a alguien de sus derechos constitucionales si atenta contra la Revolución.
- IV. La Constitución misma tiene un marcado carácter de clase. A diferencia con las Constituciones burguesas, que se escudan en términos como el interés general o el bienestar común, las Constituciones Soviéticas plasman transparentemente su posicionamiento de clase.
- V. Las Constituciones no son pensadas como normas permanentes o de muy largo plazo. Por el contrario, se promulgan en un periodo de transición y con el fin exclusivo de ser útil en ese determinado contexto histórico, es decir, en la Dictadura del Proletariado.
- VI. Las formas de Estado que plantean ambas Constituciones son completamente distintas a los otros Estados organizados por las Constituciones liberales. Sus órganos son distintos, carecen de división de poderes y sus instituciones están vinculados explícitamente con el proyecto de clase al cual responden las Constituciones.
- VII. El Estado federal planteado en la Constitución de 1924 es un Estado que no tiene límites cerrados. Por el contrario, se plantea como una organización temporal, a la cual pueden irse sumando nuevos Estados que den pasos hacia la Revolución Socialista.

Puede concluirse entonces, que el constitucionalismo soviético supone una forma original y creativa en que la dictadura del proletariado se apropia de los instrumentos estatales y jurídicos para llevar a cabo su proyecto. De la misma manera, se puede afirmar que en él se puede encontrar una forma creadora, en tanto que se plasman normativa, axiológica y programáticamente las bases de un nuevo modelo de sociedad.

Notas

1. Si bien en este apartado se han trazado los elementos más básicos del constitucionalismo, han quedado por fuera grandes discusiones a propósito de esta rama de la disciplina del Derecho, puesto que no es el objetivo de este documento brindar una descripción exhaustiva sobre esta temática. Se han brindado los elementos más generales que permitan a un lector no formado en la disciplina jurídica tener las bases para comprender la discusión contenida en el artículo. Para una comprensión más profunda sobre el constitucionalismo, se recomienda consultar la literatura especializada sobre la temática.
2. Previo a la concepción moderna sobre la Constitución, esta no fungía como una norma jurídica en el sentido propio del término. Antes bien, se trataba de una declaración en donde se plasmaba la forma de determinado Estado, mas esta no era una fuente de Derecho por cuanto no era una norma de acatamiento obligatorio. En este sentido, se trataba más bien de una descripción de la forma política que adoptaban los Estados pre-modernos.
3. En la teoría de Kelsen, las normas que siguen a la Constitución Política serían las leyes. Sin embargo, en el Derecho Constitucional contemporáneo, los tratados internacionales se encuentran jerárquicamente por encima de la Ley, pero siempre por debajo de la Constitución. La única excepción a lo anterior es en el caso de instrumentos internacionales sobre Derechos Humanos, los cuales se entienden como al mismo nivel de la Constitución, una vez que el Estado los ha adoptado dentro de su ordenamiento jurídico. En este sentido, cuando el tratado de Derechos Humanos es más progresivo que la propia Constitución, jurídicamente se debe aplicar la norma contenida en el tratado.
4. Esta distinción es importante para los efectos del presente artículo, dado que el análisis va a versar a propósito de las Constituciones soviéticas en sentido formal, es decir, los documentos oficiales reconocidos como tales.
5. El Derecho contemporáneo puede categorizarse en dos grandes sistemas: el continental y el anglosajón. Esto, no obstante, no debe llevar a pensar

que existen solamente dos formas de entender el Derecho, dado que junto a estas dos coexisten otras formas, como el Derecho consuetudinario indígena en algunos países de América Latina.

Bibliografía

- Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Notas para una investigación*. En: Žižek, S. (comp) (1994/2003). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Diccionario Soviético de Filosofía*. (1965). Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- De Otto, I. (1977). *Derecho Constitucional: Sistema de Fuentes*. Barcelona: Ariel.
- Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. (1789). Recuperado de: <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/derechos-humanos-emx/article/view/5120/4492>
- Engels, F. (2000). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Puerto Rico: Marxist Internet Archive.
- Kelsen, H. (1982). *Teoría pura del derecho* (2^{da} reimpresión, traducción de la segunda edición en alemán por Roberto J. Vernengo). México D.F.: UNAM.
- Lenin, V.I. (2003). *El estado y la revolución*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/estylrev/>
- Marx, K. (1968). *Introducción para la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1844/intro-hegel.htm>
- Marx, K. (2000). *Crítica al Programa de Gotha*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gotha/gotha.htm#i>
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas* (5ta edición). Montevideo y Barcelona: Ediciones pueblos unidos y Ediciones Grijalbo.
- Marx, K. y Engels, F. (1999). *Manifiesto del partido comunista*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>
- Octubre1917.net (2016). *La primera Constitución socialista de la historia: contexto y texto*. Recuperado de: <https://octubre1917.net/2016/12/23/constitucion-rsfsr-1918/>
- Octubre1917.net (2017). *Constitución de la URSS de 1924*. Recuperado de: <https://octubre1917.net/2017/03/31/constitucion-1924/>
- Pashukanis, E. (1976). *Teoría General del Derecho y el Marxismo*. Barcelona: Labor Universitaria Monografías.
- Stucka, P.I. (1974). *La función revolucionaria del Derecho y del Estado*. Barcelona: Ediciones Península.

Daniel Zango Bulgarelli. Estudiante de la Universidad de Costa Rica. Bachiller en Derecho; egresado de la Licenciatura en Derecho y en el Bachiller de Filosofía.
danielzango@hotmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018

María Fernanda Quirós Moya

El amor romántico, otra forma de opresión zarista y patriarcal

Resumen: *En este artículo se pretende analizar el papel de las mujeres obreras en la Revolución rusa, como parte fundamental de los sujetos revolucionarios ante la lucha contra el zarismo. Para ello, se hará un balance sobre la situación de las mujeres en la Rusia zarista, lo que implica una doble explotación y opresión en mayor grado que los hombres de clase obrera: por un lado, la explotación en las fábricas; por otro, la opresión dentro del ámbito privado, cuya justificación se puede encontrar dentro de la idea del amor romántico. Una vez planteada la situación de las mujeres, se recalca la importancia de las demandas feministas dentro de la Revolución rusa, demandas cuya necesidad hoy en día, requieren de una lucha que debe ser permanente.*

Palabras clave: *Revolución rusa. Mujeres. Clase obrera. Opresión patriarcal. Amor romántico.*

Abstract: *In the present article, it is intended to analyze the role of the working class women during the Russian Revolution as a fundamental part of the revolutionary subjects in the fight against tsarism. In order to understand the situation of those Russian women, a balance is required, which implies the analysis of the double exploitation and oppression that they suffered in comparison to men: on one hand the exploitation in the factory and on the other hand oppression within the private sphere, whose justification lies within the idea of romantic love. Once the*

women's situation is explained, it is necessary to emphasize the importance of feminist demands during the Russian Revolution; demands which nowadays need of a permanent fight.

Keywords: *Russian Revolution. Women. Working class. Patriarchal oppression. Romantic love.*

Para tener un análisis de la totalidad concreta, hay que cristalizar todos los aspectos de las relaciones sociales: lo económico, lo político, lo social. Pero también, hay que tomar en cuenta la subjetividad, en tanto que ésta implica una interacción con el modo de producción del momento (en este caso, el capitalismo). Es decir, lo subjetivo implica el cómo se analiza la sociedad, a través de quién y para quién se analiza.

Por ello, cabe estar en una constante indagación acerca de quién es el sujeto revolucionario, el sujeto central de la política, como sujeto transformador del mundo. Sin embargo, este sujeto revolucionario no es homogéneo (el obrero de hoy, no es igual al obrero de la Rusia zarista), sino que, dentro de este grupo, se encuentran las mujeres obreras. Y éstas, en cuanto son sujetos políticos, tienen un papel fundamental dentro de la revolución socialista, que no puede ser reemplazado, puesto que ellas son las únicas que pueden acabar con la opresión de género.

Tal es el caso de la gran función de las mujeres obreras en la Revolución rusa, especialmente, en la revolución de 1917. Por ello, a 100 años de

su aniversario, cabe, urgentemente, indagar en la situación de las mujeres dentro de la Rusia zarista, sus demandas, específicamente, aquellas demandas que son histórico socialmente pertenecientes a su género, tales como el amor libre, el derecho al aborto y su participación política, tomando en consideración que a las mujeres se les negaban cuestiones como el derecho al voto.

Pero, a la vez, a raíz de la experiencia y los logros feministas y obreros que surgieron por la Revolución rusa (como el derecho al aborto), este artículo pretende servir como análisis frente a las exigencias feministas actuales planteadas dentro de las organizaciones políticas, centralmente, del marxismo. Su importancia dentro de la coyuntura actual, es en la medida en que parece haber una crisis de dirección, que incluya el feminismo, para promover derechos como el aborto libre, gratuito y seguro hacia las mujeres trabajadoras.

Balance sobre la situación de las mujeres ante la Rusia zarista

Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja (Trotsky, 2008, p. 5).

¿Qué sentido tiene hablar del amor frente a otras cuestiones que parecen tener más importancia, como la crisis alimentaria en la que vivía la clase obrera? ¿Por qué es necesario plantearse, específicamente, el problema de las mujeres dentro de una revolución socialista? Frente a una Rusia atrasada, en el ámbito económico, cultural, tecnológico, incluso políticamente, las mujeres sufrían también del atraso ideológico y patriarcal, en cuanto estaban subordinadas por su género, lo que las obligaba a sufrir doblemente la sobreexplotación y opresión zarista: eran explotadas en las fábricas, pero también lo eran a nivel de su vida privada, en sus casas. Eran mujeres, pero también pertenecían a una clase explotada, la clase obrera.

Primeramente, las mujeres constituían el sector más oprimido, como clase y como mujeres.

Una gran cantidad de ellas eran trabajadoras, lo que significaba que eran mano de obra barata para la burguesía. Las mujeres eran una nueva mercancía que explotar, con lo que se podría producir más, abaratando los costos de producción, por lo que sufrían las malas condiciones materiales del trabajo, explotación económica, pasividad política, crisis alimentaria y la opresión zarista.

La Revolución rusa surgió de una vida completamente conservadora. Las condiciones materiales de existencia dentro del zarismo, eran miserables. Tanto así, que las mujeres se vieron en la necesidad de incorporarse en las fábricas para acceder a un poco más de dinero con el cual poder sobrevivir. El grado de explotación al que fueron expuestas las mujeres obreras, las convirtió en el sector más oprimido, incluso más que los hombres obreros, lo que las llevó a la necesidad de rebelarse ante las condiciones zaristas.

Este es el caso de las mujeres obreras textiles, quienes, de manera espontánea, comenzaron el 23 de febrero de 1917 (8 de marzo, Día Internacional de la Mujer) una huelga que pretendía ser una manifestación de mujeres (cfr. Trotsky, 2008, p. 98). Sin embargo, las condiciones de miseria de la época, llevaron a que esta huelga continuara, con el apoyo de soldados y obreros, así como de los bolcheviques, lo que se convirtió en el inicio de la Revolución y la caída definitiva del zarismo.

Muchas de ellas, además de sufrir en carne propia la explotación, eran esposas no sólo de obreros, sino también de soldados, gracias a lo cual, lograron poner a disposición de la clase obrera el servicio militar (cfr. Trotsky, 2008, p. 98). El hecho que de fueran las mujeres las primeras en rebelarse, mismas mujeres cuyos esposos morían producto del hambre y la guerra, al igual que sus hijos e hijas, favoreció el triunfo de la revolución de 1917 (a diferencia de lo ocurrido en 1905), puesto que hubo menos represión por parte de los soldados, con lo que se facilitaban las posibilidades de revolución.

Con los hechos ocurridos y expuestos anteriormente, se evidencia la dialéctica, método del marxismo. Hay interacciones, movimientos contradictorios, que permiten ubicar las relaciones sociales y todos sus productos, dentro de un entramado histórico social, por lo que ningún hecho se encuentra aislado. Por ello, ante un

conservadurismo zarista, que cada vez explota y oprime más, es que surge una revolución.

Además, la dialéctica permite explicar el hecho de que, con la incorporación de las mujeres, niños y niñas a las fábricas, el trabajo explotado y la miseria en los hogares, no disminuyeron. Más bien, la incorporación de estos grupos, permitió que se produjera más sobre la base del aumento del trabajo asalariado agotador y la miseria creciente de las y los trabajadores (cfr. Engels, 1979, p. 10).

Por otro lado, si bien las mujeres sufrían la opresión de clase, también está el hecho de que sus cuerpos son leídos como mujeres. Esto último conlleva a otro tipo de opresión, del que el capitalismo se aprovecha y lo fomenta al mercantilizarlo, y es la opresión patriarcal, la opresión por género de sus cuerpos, su trabajo, su reproducción y de su sexualidad.

Por tanto, al afirmar que las mujeres obreras eran más oprimidas que los hombres obreros, es porque el hecho de que sean leídas como cuerpos femeninos, hace que sean ellas a las que se les pague menos, a las que su *naturaleza irracional y pasional* (de lo que ya venían afirmando anteriormente filósofos y científicos) *permita domar más a las mujeres* que a los hombres. Y en una crisis alimentaria, la jerarquía también se impone en la mesa, por lo que son las mujeres las que comen menos.

Ahora bien, si se parte de los debates de la época zarista, entre las posiciones de los marxistas y los esclavófilos populistas acerca del futuro de Rusia, también supone un debate en torno al futuro de la emancipación de las mujeres. Pues, el hecho de que el rumbo de Rusia supusiera pasar por el capitalismo, generaba el problema de la propiedad privada aplicada a los cuerpos de las mujeres y el hecho de que cada nuevo modo de producción, trae consigo nuevas formas de relaciones sociales, lo que implica a su vez nuevas formas de opresión y desigualdad, especialmente hacia las mujeres obreras. Mientras que, si se asentaba la idea de que Rusia era única y forjaba su propio camino, es decir, que no debía pasar por el capitalismo, ¿acaso los hogares de la tan original Rusia estaban exentos de patriarcado?

Por tanto, “los procesos que se desarrollan en la conciencia de las masas no son nunca

autóctonos ni independientes” (Trotsky, 2008, p. 6), por lo que las relaciones sociales y la forma de pensar-actuar, están marcadas por un fuerte patriarcado, división sexual del trabajo y desigualdad de género, lo cual se ve reflejado en instituciones como la familia tradicional, burguesa y patriarcal. Por ello, las condiciones productivas, ideológicas y patriarcales de las mujeres, debían cambiar, lo que correspondía a las mujeres ser agentes activos de su propia emancipación.

Las demandas de las mujeres, en un principio de “¡Pan!”, no pueden ser vistas simplemente como una demanda de su vida privada, sino que están relacionadas a lo que la Rusia de ese entonces padecía: sobre-explotación de la fuerza de trabajo con un mal salario, crisis alimentaria, que dificultaba a las madres dar alimento a sus hijos e hijas, puesto que ello recaía (y recae aún) como una obligación de las mujeres. Todos estos problemas, pese a que afectan en mayor grado a las mujeres, pertenecían a toda una clase (el proletariado) que vivían inmerso en el hambre y la guerra. Por esto, no se puede afirmar que los problemas de género, sean aislados de la vida pública y, por ende, que deban quedarse en los hogares sin trascender a lo público y lo político.

Esto posiciona también a las mujeres como sujetos políticos, capaces de luchar por cambiar el viejo orden con estructuras patriarcales, y posicionar demandas feministas dentro del bolchevismo. Una de esas demandas fue el derecho al amor libre, en tanto esto les proporciona el que ya no sean cuerpos encasillados como pasionales, irracionales, amas de casa exclusivas al cuidado de la familia, sino que esto les otorgaba la posibilidad de acceder a la vida pública y política, así como de acceder al derecho al divorcio y al aborto, por ejemplo.

Sin bien las mujeres no tenían las mismas oportunidades que los hombres de realizar acción política (puesto que no tenían siquiera acceso al voto), con la Revolución rusa se logra romper el problema de la quietud política dentro de las mujeres obreras. Rompe con el hecho de creer que la vida privada excluye de poder participar y llevar los problemas de género a un ámbito político y social, y no sólo desde un punto de vista del feminismo burgués.

Rompe también con el mito de que lo personal no sea político, pero también con el hecho de negar que se vive dentro de una lucha de clases. Las condiciones materiales hacen una separación innegable entre mujeres obreras y burguesas, en la medida en que sus intereses son diferentes. Es decir, las primeras sufren explotación, mientras que las segundas, desean obtener los privilegios que los hombres burgueses, con lo que desean preservar el orden de dominación, que no es más que un orden de opresión hacia la clase obrera.

Esto se logró con la instauración de las mujeres en la industria y la fábrica, lo que no equivale a decir que la instauración de las mujeres en el trabajo asalariado, sea su liberación. Sino que responde a la dialéctica, pues el hecho de estar expuestas a una doble jornada laboral de miseria (esclavitud doméstica y esclavitud en la fábrica), les permitió dar cuenta de la explotación y opresión de clase. Además, el hecho de tener que desenvolverse en la vida pública (en la fábrica), les permitió tener acceso a propaganda socialista y llevar a cabo sus demandas específicas, pero también la conquista del poder político proletario.

El bolchevismo tomó en cuenta las demandas feministas, y la Revolución rusa, en un principio, llegó a implementar en la práctica, las demandas de las mujeres obreras, como el derecho al aborto. Las mujeres estaban dentro del programa de la socialdemocracia internacional, gracias a precursoras como Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo. Con la inclusión de demandas de las mujeres, el bolchevismo ponía en evidencia la ineficacia del modo de producción de la época, la existencia de la explotación, opresión y patriarcado, y además, la lucha de clases. Pues “la falta de derechos políticos para la mujer es un residuo del pasado muerto pero también el resultado del dominio” (Luxemburgo, 1912).

Por ello es que, a la par de demandas tales como tierra para quien la trabaje, o fábricas para los y las obreras, era de igual importancia la demanda de amor libre para las mujeres. Pues to que, al igual que un obrero era esclavo de la fábrica y le pertenecía al patrón, una mujer era esclava del matrimonio y le pertenecía al esposo. Y, al igual que un obrero sufre alienación de su fuerza de trabajo, la mujer obrera no sólo sufre de

esta alienación, sino que también, está sujeta a la alienación de su propio cuerpo y su sexualidad.

Derecho al amor libre, una demanda política más para la Revolución

Antes de llegar a tener participación política y de tener una función dentro de la vida pública, hay una cuestión fundamental que las mujeres deben resolver. Esta cuestión es la vida privada y pasiva como negación política. Es decir, la negación del trabajo social útil que realiza una mujer, empezando por la negación de la categoría trabajo a lo interno del hogar, junto con la apropiación de su fuerza de trabajo dentro de las relaciones sociales. Además, está la apropiación de su valor reproductivo por parte del Estado, respaldado en el amor romántico, lo que viene a afirmar la desigualdad entre los sexos. También, es una imposición de roles sociales, estableciendo una competencia entre mujeres, al ser su cuerpo interpretado como mercancía, con la idea instaurada del derecho de la propiedad privada sobre las mujeres.

A través de instituciones como la familia monogámica y patriarcal, así como el derecho a la herencia por la línea paterna (cfr. Engels, 1976), se obtiene la sumisión de las mujeres, controlando aspectos políticos, económicos y sociales de su vida. Por lo cual, la emancipación de las mujeres comienza con la emancipación de su vida privada, siendo “una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor” (Kollontai, 1978, p. 74).

Entonces, ¿cómo pueden las mujeres emanciparse completamente, si están sujetas a normas de conducta explícitas, tales como el matrimonio, el amor romántico, la maternidad, el ser amas de casa, el control sobre su sexualidad y el hecho de ser leídas como mercancías? Desde el mundo antiguo:

[...] la ‘amistad’ (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo,

sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de 'amistad', el que suplía al marido al lado de la mujer. (Kollontai, 1978, p. 130)

Por tanto, en el mundo antiguo de lo que se habla es del sentimiento de amistad entre hombres, pero no se habla de las mujeres ni del amor. Es decir, en cuanto la amistad entre hombres implica la vida pública, hay espacio para hablar de ello. Pero las mujeres y el amor son cuestiones relegadas a la vida privada, por lo que no se habla de la sexualidad o disfrute de ésta. El amor es invisibilizado de las relaciones sociales cotidianas y es despojado de carácter alguno. Las mujeres son asexuadas en tanto disfrute de su cuerpo y sólo en la medida en que su sexualidad funcione no para sí, sino para disfrute de otro o para la reproducción (cuestión político-económica).

Ya en el capitalismo, una vez instaurado el individualismo, el amor, en tanto funciona como ideología, es inútil, nocivo para las tareas burguesas (cfr. Kollontai, 1978, p. 131). Entonces, en este modo de producción capitalista, el amor tiene un papel mucho menos importante como tal, en cuanto que lo imperante es la competencia, lo *racional*, lo mercantilizable, incluso lo masculino. Esto implica anular lo subjetivo, los sentimientos, la vida privada, que, en un principio, son temas relegados y estereotipados para las mujeres. Además de ser cuestiones que no generan mayor ganancia, si se comparan con la virtud egoísta de la competencia masculina dentro del capitalismo, y borrando las realidades de la prostitución.

Partiendo de la afirmación de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, "[...] ¿qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?" (Kollontai, 1978, p. 121). Más aún, ¿cómo funciona el amor como factor de opresión hacia las mujeres de clase obrera? La institucionalización de hábitos, de normas de conducta como las relaciones sexuales, el comportamiento *femenino delicado* y el amor romántico, son construcciones que toman en cuenta factores sociales, económicos y políticos de la época, y que responden a intereses de la clase dominante.

Por lo que el amor no es algo metafísico, sino que es parte de las relaciones sociales. Por tanto,

el amor romántico no es estático ni natural, sino que es parte de la transformación de lo real que se desprende de una revolución. Entonces el amor expresa también la lucha de clases y juega un papel en el mercado; por ejemplo, al cosificar y poner en competencia a las mujeres como mercancía que produce más valor del que tiene en un primer instante.

A la vez que estos comportamientos son maquillados como normas morales, al fin y al cabo, sólo el sector más vulnerable debe apegarse a ellas: las mujeres, especialmente, las mujeres de clase obrera. Esto no quiere decir que las mujeres de clase burguesa estén exentas de opresión, pero sí que su opresión, sus intereses y su meta de emancipación, sean diferentes a los de las mujeres de clase obrera. Por lo cual, el amor, en cuanto forma parte también de las relaciones sociales y, en tanto una revolución debe contemplar y cambiar todo aspecto social, debe ser suprimido en cuanto manifiesta el amor romántico opresor y patriarcal.

Por tanto, "[...] el amor se convirtió en una cadena" (Kollontai, 1978, p. 75) para las mujeres, en la medida en que se convirtió en una regla moral de la decencia y sumisión de un sexo sobre otro y, más allá, también de una clase sobre otra. Mientras que un sector de la sociedad consume sin producir, hay explotación de fuerzas de trabajo. Dicha explotación es de mano de obra barata en las fábricas, pero también lo es por la explotación de la fuerza del trabajo en el hogar.

Es decir, aunque invisible, hay alguien que debe preparar el desayuno, lavar ropa, etc., cuya labor no está siendo reconocida como tal, sino que se piensa como un producto del amor, normalizando la esclavitud doméstica. Tanto social como éticamente, se privilegia a la mujer madre por encima de aquella que no lo es, siendo la maternidad una imposición social protegida y sustentada por el Estado.

Por ello, para Federici, lo que llaman amor, en realidad es trabajo no-pagado (cfr. 2015), respondiendo a una esclavitud mercantil y patriarcal. El amor 'bueno', deseable y aceptable, es el amor que obliga a las mujeres a negarse como personas, al mismo tiempo que sustituyen sus intereses tanto por los de otro, como el hecho de dedicarse al hogar, lo que implica quitar toda

responsabilidad del cuidado a los hombres. Pero también el hecho de que su vida responde a los intereses de otra clase, la burguesía. Esto responde a la instauración del matrimonio monogámico y sumiso (cuestiones que sólo son impuestas a las mujeres) como único símbolo del amor burgués. Asimismo, el amor implica propiedad, fuerza, 'lo masculino' para los hombres, implantando comportamientos de género.

El hecho de que la fuerza de trabajo de la mujer fuese gratuita, y su sexualidad estuviera ligada meramente a la reproducción, permitía la "[...] acumulación de capital. La familia se convertía en la guardadora de las riquezas acumuladas" (Kollontai, 1978, p. 136). Para ello ocupaban la sumisión de la mujer ante un único hombre: su esposo, y así resguardar la propiedad privada. Sin embargo, aunque esta moral es de carácter burgués, está el problema de que no toda la sociedad es de clase burguesa.

De esto se deriva el problema del hombre obrero que, al enfrentarse a no tener capital que acumular, y al estar inmerso no sólo en relaciones sociales que responden al capitalismo, sino también al patriarcado, por lo que también está en juego su masculinidad, se ve en la necesidad (aún más que un hombre de clase alta), de someter a la mujer, su esposa, como propiedad privada. Con esto entra otro problema: el hecho de perder la identidad-conciencia de clase, al ser sustituida por un pensamiento-acción burguesa.

Es decir, el hombre obrero, no ve en la mujer obrera una compañera de lucha, en tanto que ambos están siendo oprimidos por la burguesía, sino que reproduce la opresión de clase y agrava la opresión de la mujer al poseerla, ya sea a través de apropiarse de su fuerza de trabajo (labores domésticas), su riqueza reproductiva (para efectos de herencia) y su cuerpo (sexualidad). Puesto que la conciencia emerge de las relaciones sociales, y ante una actividad a nivel obrero que reproduce las mismas opresiones impuestas de la burguesía, mediante el matrimonio burgués, es que los obreros poseen una conciencia burguesa de la moral, entrando en contradicción consigo mismos.

"El amor es un precioso factor social y psíquico que la Humanidad maneja instintivamente

según los intereses de la colectividad" (Kollontai, 1978, p. 140). Sólo mediante un conocimiento histórico y obrero de la realidad, se podría articular una praxis del mundo que corrija las ideas-acciones burguesas dentro del proletariado y reconozca a las mujeres como sujetos revolucionarios también, sujetos independientes de otro, que no son propiedad privada de alguien, pero tampoco propiedad común como si fueran un bien material más.

Incluso, este tipo de amor patriarcal y exclusivo, entra en contradicción con las necesidades de la clase obrera, en donde es necesaria la solidaridad entre hombres y mujeres para su liberación como clase. Además, siendo que los sujetos son complejos y diversos, las relaciones de amor no deberían limitarse a normas homogéneas tales como las impuestas por la moral burguesa, sino que el amor debería contemplar diversas formas de relaciones.

Además, siendo que las relaciones de amor cambian en cuanto lo hacen las relaciones de producción, la institución del matrimonio como opresión, debería desaparecer. Pero sólo en la medida en que las mujeres actúen sobre el mundo, para transformar las relaciones sociales. Esto no quiere decir necesariamente que la monogamia deba desaparecer, pero sí que sea un acuerdo real entre las personas, a la misma vez que se permitan diversos tipos de relacionarse, siendo las formas de opresión anuladas. En donde se llegue a:

Substituir al 'exclusivo' y 'absorbente' amor conyugal de la moral burguesa (por el) reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones. (Kollontai, 1978, p. 145)

El amor libre (en un sentido marxista) no es posible dentro de condiciones capitalistas, puesto que el capitalismo trabaja sobre sujetos abstractos, universales, y la propiedad privada, fomentando la discriminación, dentro de la cual está la discriminación y desigualdad de género, negándole a las mujeres el control de sus propios cuerpos, una educación sexual laica y feminista,

al igual que el derecho al aborto. Por ello, en cuanto las relaciones sociales están mediadas por la mercantilización, el amor, tal y como se piensa-actúa dentro del capitalismo, es una actividad enajenada, una actividad mercantil más.

Por lo tanto, el bolchevismo incentivó una verdadera emancipación para las mujeres, lo cual se reflejó con la Revolución rusa, al promover el acceso de las mujeres en todos los ámbitos. No sólo se lograron tareas democráticas como el derecho al voto, sino también les permitió liberarse de su rol impuesto dentro de la familia y sus funciones privadas hechas por *amor*, al convertir tales funciones en tareas colectivas como “un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc.” (Trotsky, 2001, p. 115).

Esta nueva forma anulaba la opresión del amor romántico y la propiedad privada dentro de la familia monogámica, a la vez que lo sustituía por la solidaridad y la socialización de una comuna, lo que permitía la liberación de las mujeres de la esclavitud doméstica, en la medida en que “buscaban transferir el trabajo doméstico a la esfera pública” (Goldman, 1993, p. 31).

100 años después: mujeres dentro de perspectiva de la política marxista actual

¿Qué tan libres somos actualmente? ¿Podemos hablar de realización personal, libertad para elegir, como por ejemplo, libertad en el amor, incluso de libertad en cuanto tenemos acceso a múltiples opciones, como en el caso del derecho a decidir sobre nuestros propios cuerpos, sobre el aborto? No una libertad mercantilizada y liberal, que esconde la historia, las realidades de clase y, dentro de ésta, las realidades de género, sino una libertad que permita entender(me) como mujer, pero también como mujer obrera capaz de transformar las relaciones sociales.

La revolución comenzada el 8 de marzo de 1917 por las mujeres, y respaldada por los obreros, muestra, en primer instante, que no hay que

tener ninguna confianza en los gobiernos provisionales, ni en los Estados, Iglesias y políticas y leyes burguesas. Sino que sólo mediante una organización política y una dirección feminista, que se forme desde abajo, y que tome en cuenta la coyuntura internacional actual, teniendo en consideración las demandas de las y los obreros en cuanto son clase trabajadora, y las demandas de las mujeres trabajadoras en cuanto oprimidas por el Estado, la Iglesia y el capitalismo patriarcal, se lograrán hechos efectivos.

Pues “la liberación de la mujer sólo podía ocurrir como resultado del triunfo de un orden social nuevo y un sistema económico distinto” (Kollontai, 1978, p. 80). Por tanto, aun cuando dentro del capitalismo se obtengan algunos logros para la mujer, en cuanto no cambien las relaciones de producción capitalistas, las mujeres seguirán siendo oprimidas. Es por esto que los cuerpos leídos como femeninos, siguen siendo explotados, más abruptamente, dentro del capitalismo, además de ser mercantilizados.

Hay muchos ejemplos de la ineficacia del capitalismo para la emancipación de las mujeres. Dentro de ellos, está la ilegalidad del aborto hoy en día, lo que permite tener futura mano de obra barata. Además, la prostitución, la trata de personas, el hecho de que las mujeres estén en una constante competencia y en tener que estar demostrando con frecuencia, que también son racionales, y el hecho de que hoy en día, algunas figuras importantes crean que la violencia patriarcal es natural.

La creencia de la posesión y propiedad privada de las mujeres, lleva a que aún en la actualidad, se deban enfrentar graves y múltiples casos de agresión doméstica, femicidios, tabús en cuanto a la sexualidad, violaciones, el problema de la prostitución, que se maquilla como un trabajo deseado por mujeres ‘liberales’ y la negación de todo lo concerniente a tomar decisiones sobre nuestros cuerpos. Tal es el caso de la prostitución y la negación del aborto, especialmente para mujeres de clase obrera, con el fin de no perder mano de obra barata, con lo cual, todo aspecto de la vida de las mujeres, queda como propiedad privada, sea del esposo, la Iglesia o la burguesía.

Actualmente, mujeres obreras y burguesas tienen derecho a ejercer su voto, con lo que, para Zetkin, “la democracia burguesa ha llegado a su último grado de desarrollo, (y es) la forma más completa de dominio de clase por parte de los poseedores y explotadores” (1920). En su momento, el derecho al voto femenino fue una tarea democrática por la cual, era imperante luchar. Fue una conquista que se pudo ganar pese al capitalismo.

Sin embargo, se puede vislumbrar, que, a pesar de ser un logro, no es suficiente para la verdadera emancipación. A todo ello, cabe sumarle que, en muchos países, no hay derecho al aborto, e incluso es penalizado. Además, la familia como institución burguesa sigue estando instaurada, de la misma forma que la prostitución y la esclavitud doméstica. A pesar de los avances en materia de tareas para las mujeres, aún hay mucho por recorrer, con la dificultad de que las feministas burguesas siguen haciendo un intento por anular y ocultar las desigualdades de clase entre mujeres obreras y mujeres burguesas.

La emancipación sólo se logrará mediante un trabajo en la conciencia de las personas, en donde se luche por erradicar las viejas prácticas dominantes, clasistas, patriarcales y conservadoras, y es allí donde las izquierdas deben plantearse una nueva discusión: los y las antiguas marxistas, ya ganaron una conquista, ahora, ¿qué harán las nuevas generaciones de militantes, y cómo aportarán para profundizar en la verdadera emancipación de las mujeres y de la clase obrera?

Bibliografía

- Engels, F. (1976). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (cuarta edición). Moscú: Progreso.
- . (1979). *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Federici, S. (2015). *El patriarcado del salario: “Lo que llaman amor, nosotras lo llamamos trabajo no pagado”*. Recuperado de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=198208>
- Goldman, W. (1993). *La mujer, el Estado y la revolución: política familiar y vida social soviéticas 1917-1936*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Kollontai, A. (1978). *Autobiografía de una mujer emancipada*. Fontamara.
- Luxemburgo, R. (1912). *El voto femenino y la lucha de clases*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1912/mayo/12.htm>
- Trotsky, L. (2001). *La revolución traicionada* (segunda edición). Madrid: Fundación Federico Engels.
- . (2008). *Historia de la Revolución rusa*. Izquierda Revolucionaria.
- Zetkin, C. (1920). *Directrices para el movimiento comunista femenino*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1920/0001.htm>

Fernanda Quirós Moya. Estudiante de Filosofía de la Universidad de Costa Rica.

Correo electrónico: ferqm19@hotmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018

Esteban Fernández

El lugar de Alexander Luria en la historia de la dialéctica

Resumen: *En el texto se hace una ubicación de Alexander Luria en la historia de la dialéctica y en la historia de la ciencia soviética. Se repasan sus logros y el matiz ético político de algunas de sus posturas. Se establece una crítica a la interpretación que Malabou ha vertido de Luria y finalmente se extrae una conclusión sintética sobre el lugar privilegiado de Luria en la historia dialéctica.*

Palabras clave: *Luria. URSS. Historia de la ciencia. Neurociencia. Malabou. Dialéctica.*

Abstract: *In the present paper I place Luria in the history of dialectics and in the history of the Soviet science. I examine his achievements and the political nuances of the positions he exposes in his investigations. I establish a critique of the interpretation of Catherine Malabou on Luria and finally conclude that Luria has a privileged position in the history of dialectics.*

Keywords: *Luria. URSS. History of science. Neuroscience. Malabou. Dialectic.*

A la memoria de Boris Hessen y Alexander Luria

1. La historia de la ciencia soviética y la historia de la URSS

Es necesario algún primer acercamiento que permita hacer una idea amplia, construir un

cuadro grande, de la manera en que la ciencia se desarrolló en la URSS. La URSS muchas veces parece para nosotros -hablantes de castellano- como un inmenso bloque burocráticamente compacto, y muchos elementos de esa imagen previa ideológica son verdaderos. Pero respecto del desarrollo de la ciencia, la URSS parece tener particularidades tales que, al extremo, lo mejor sería comprenderlas a través de los anteojos de Paul Feyerabend y su anarquismo epistémico.

De los autores clásicos que podríamos tomar en historia y filosofía de la ciencia (Popper, Kuhn, Lakatos, Feyerabend o incluso Piaget) la de Feyerabend es la teoría que mejor ayudaría a comprender el desarrollo de la ciencia en la URSS, debido a que las combinaciones entre las líneas libres de investigación, la intromisión burocrática arbitraria del estado soviético, el marxismo como filosofía, la *realpolitik* de los gobernantes soviéticos y la herencia simbólica de la revolución en las masas soviéticas, constituyen para los efectos que nos interesan una red tan densa de relaciones que el ‘anarquismo epistemológico’ pareciera encontrar un objeto de estudio prefabricado en la historia de la ciencia soviética.

Vale entonces lo siguiente:

Más bien debería esperarse que los cambios catastróficos del contorno físico, las guerras, el colapso de los sistemas de moralidad imperante, o las revoluciones políticas, habrán de transformar también los modelos de reacción del adulto, incluidos importantes modelos de argumentación.

Esta transformación puede ser también un proceso completamente natural, y la única función de la argumentación racional quizás radique en aumentar la tensión mental que precede y causa la explosión de la conducta. (Feyerabend, 1975, p. 9)

En medio de esas enormes tensiones sociales, la ciencia soviética se desarrolló de diversas maneras y también se impidió su desarrollo por diversas maneras. Sin embargo, parece haber un hecho difícilmente controvertible de la propia historia de la sociedad soviética, hecho que nos interesa sobre manera pues parte en dos la historia de la Revolución rusa y con ella también la historia de la ciencia que nos interesa trazar. Nos interesa trazar una transformación argumentativa que da un primer impulso al desarrollo de las ciencias soviéticas y una segunda transformación que más bien tiende a la esclerotización burocrática y posterior decaimiento de las diversas ciencias soviéticas. Y nos interesa examinar a Alexander Luria en esa transformación.

1.1 El estado soviético

Marcel Van Der Linden ha realizado un comentario de Trotsky respecto de la caracterización específica, de la definición del estado soviético que nos parece relevante. Dice Van Der Linden que “So long as no violent counterrevolution has occurred, it remained necessary to characterize the Soviet Union as a worker’s state” (2009, p. 63).

Si los grandes hechos políticos, como una revolución, son motivos de transformaciones en las estructuras argumentativas de adultos, es natural que este cambio se aprecie también en las ciencias de la sociedad que sufre esos cambios. Y lo mismo debe ser válido para las contrarrevoluciones.

Tanto una revolución como una contrarrevolución marcaron la primera historia del estado soviético. La revolución del 17 y la contrarrevolución de la invasión nazi en el 41. En este sentido, la caracterización de la URSS como un estado obrero parece ser la única con validez científica (ver nuevamente Van Der Linden).

Pero es nuestra conclusión que la especificidad del estado obrero cambia después de la invasión nazi, pasando de ser un estado obrero burocrático a ser un estado obrero ‘en retirada’, a la defensiva y en trance lento de muerte y transformación capitalista.

El burócrata Molotov describió bien cuál era el sentimiento de las masas soviéticas respecto de la invasión.

The Soviet people will never forgive the atrocities, rape, destruction and mockery which the bestial bands of German invaders have committed and are committing against the peaceful population of our country. They will never forget, nor will they ever forgive, these crimes. (1942, p. 16)

No en el sentido vengativo del tono de Molotov, pero sí hay numerosos testimonios (Schogel, 2015 y Aleksievich, 2016) del grado de trauma que significó en la sociedad soviética la invasión militar nazi.

La instalación de la teoría del socialismo en un solo país, el retraimiento de la sociedad soviética por casi una década después del fin de la segunda guerra, la disolución de la tercera internacional, son todas manifestaciones del profundo cambio político que se operó en la sociedad soviética después de la Segunda Guerra.

No de manera mecánica, pero sí como atractores históricos de un modelo dinámico, los hechos políticos del 17 y del 41 marcan de manera esencial la estructura argumentativa en la sociedad soviética, implicando un antes y un después en el desarrollo de la ciencia soviética.

Insistimos en la importancia de los atractores y sistemas dinámicos para explicar el desarrollo de la ciencia soviética debido a que con estos modelos podemos explicar, por ejemplo, como el asesinato por motivos políticos de Boris Hessen (de quien hablaremos adelante) se da en 1937 y es un asesinato que tanto marca un giro en la ciencia soviética (que por años renegará de la física cuántica y de la relatividad) como es un paso hacia la completa descomposición antidemocrática y contrarrevolucionaria de la sociedad soviética, que empieza en el 41.

1.2 Las censuras, luchas políticas y desarrollo científico

El desarrollo de fuerzas productivas de la URSS hacia mediados de los treinta es envidiable, al punto que Moscú, que es una ciudad que naturalmente no tiene contacto con masas de agua, logró a través de canales tener contacto marítimo con 5 mares (Schlogel, 2015). Trotsky idénticamente señala que

The vast scope of industrialization in the Soviet Union, as against a background of stagnation and decline in almost the whole capitalist world, appears unanswerably in the following gross indices. Industrial production in Germany, thanks solely to feverish war preparations, is now returning to the level of 1929. Production in Great Britain, holding to the apron strings of protectionism, has raised itself three or four per cent during these six years. Industrial production in the United States has declined approximately 25 per cent; in France, more than 30 per cent. First place among capitalist countries is occupied by Japan, who is furiously arming herself and robbing her neighbors. Her production has risen almost 40 per cent! But even this exceptional index fades before the dynamic of development in the Soviet Union. Her industrial production has increased during this same period approximately 3 1/2 times, or 250 per cent. (1983, p.7)

Este enorme desarrollo industrial, se daba condicionado sin embargo por la contradicción entre las formas políticas burguesas occidentales y europeas, las formas democráticas obreras y las formas burocráticas y despóticas asiáticas, éstas últimas descritas ya incluso por Marx en sus diversos textos sobre las sociedades asiáticas (Marx y Engels, 1972).

Esta acumulación industrial originaria de la sociedad soviética se daba bajo lo que en el capítulo *El capital* (1986 y 2010; capítulo 11 y capítulo 13 respectivamente según la edición) se define como cooperación, esto es, el trabajo físico de humanos que cuando son multitud rellenan los diversos poros del proceso del trabajo.

La manera en que se decidía quién iba a ser parte de esa multitud, era con unos ciertos *modales asiáticos*, es decir, mediatizada por la represión política ejercida directamente desde los gobernantes del estado soviético. En la segunda mitad de los treinta Stalin se está haciendo por completo con todo el poder del partido bolchevique, después de que ha aniquilado físicamente a todas las facciones opositoras después de una década de batalla. Según Schlogel (2015) esa batalla política termina significando el asesinato de 2 600 000 muertos aproximadamente.

Entonces, el desarrollo económico en la medida en que requería el esfuerzo físico mancomunado de cientos de miles se daba paso a paso vinculado a la consolidación de la brutalidad stalinista y la destrucción de las formas democráticas heredadas de la revolución del 17. Es en este contexto político-económico que empieza la intervención directa del partido comunista de la URSS y del estado soviético en los diversos programas de investigación científica.

1.3 Las influencias políticas en la ciencia soviética

De la revolución del 17 se nota un impacto positivo en la proliferación de investigación científica libre y original; de la contrarrevolución del 41 se nota un impacto en la proliferación de la censura y la arbitrariedad administrativa en los proyectos de investigación científica. Ambos hechos se dan sin embargo de manera tal que los avances científicos no necesariamente se detienen.

Así por ejemplo señala Loren Graham que

La influencia de la política en la historia de la ciencia no es un hecho sorprendente ni excepcional; por el contrario es parte integrante de ella. Unos científicos soviéticos han tomado el marxismo muy en serio; otros, no tanto; algunos, finalmente, lo han desconocido por completo. Existe incluso una categoría de filósofos y científicos soviéticos que toman tan en serio su materialismo que se niegan a aceptar las declaraciones oficiales del partido comunista al respecto, afanándose por desarrollar

sus propias interpretaciones materialistas dialécticas de la naturaleza, recurriendo para ello a artículos muy técnicos como pantalla contra la censura. (1976, p. 8)

El mismo Luria (2010) nos da en su autobiografía un ejemplo del espíritu cultural emanado de la revolución del 17:

The Revolution freed us, especially the younger generation, to discuss new ideas, new philosophies and social systems. Neither I nor any of my friends were familiar with Marxism or scientific socialist theory. Our discussions had not gotten beyond the utopian socialist schemes that were in the air in those days. I had no idea of the real causes of the Revolution. But my friends and I immediately threw our whole beings into the new movement because we recognized the opportunities that it offered. My enthusiasm came more from a strong emotional, romantic feeling toward the events of the time than from any deep intellectual appreciation of their social roots. (p. 19)

40 años después la situación ya había variado ampliamente. Loren Graham (2008) señala al respecto lo siguiente:

Among the disadvantages of the Soviet scientific system were the separation of research and teaching (a result of the division of functions in the three pyramids already described); the distortion of priorities, particularly toward the military; the low productivity of the research system (especially when one considers the enormous resources devoted to science), a flaw that was connected to the absence of genuine peer review; political restrictions (secrecy, repression of dissidents, prejudice against some ethnic groups, such as Jews, and suppression of certain fields, such as genetics from 1948 to 1965); the pervasiveness of corruption, and, finally, an emphasis on “reverse engineering” of Western innovations. (p. 4)

1.4 La física como ejemplo de la transformación de la ciencia soviética

Boris Hessen saltó a la palestra mundial en el II Congreso Internacional de la Ciencia, realizado en Londres en 1931, donde la URSS participó incluso con algunos teóricos del mejor nivel del Partido Comunista, como el propio Bujarin. Hessen presentó un texto llamado *Las raíces socio-históricas de la mecánica de Newton*. Según autores como Graham (1985) y Freudenthal y McLaughlin (2009) uno de los textos más influyentes jamás presentados en una reunión de historiadores de la ciencia.

Insiste más Graham

The place of Hessen's paper in the accepted references of the discipline is further shown by the fact that the article on ‘externalism’ in the Dictionary of the History of Science, published in 1981, cites Hessen's paper as its first reference, illustrating that one of the major interpretative concepts of the history of science, externalism, is historically connected with Hessen.

En este sentido podríamos sin ningún problema hablar del texto de Boris Hessen y de Hessen mismo como ‘paradigmático’ en la historia de la ciencia como disciplina. Esto se debe al uso ortodoxo –mucho más claro, preciso, conciso y riguroso que sus oponentes stalinistas y capitalistas– de las herramientas conceptuales marxistas para dar una explicación socio-histórica del surgimiento de la física newtoniana, tanto de los problemas productivos, mecánicos e industriales propios del capitalismo en surgimiento, como dentro de una ideología general de la época de Newton, y así la física era producida por una dialéctica de ideas de la época, que incluía los fuertes sentimientos religiosos de Newton, su papel político, y las exigencias mecánicas del capitalismo del siglo XVII para impulsar su desarrollo.

Con razón Graham apunta:

Hessen was illustrating that Marxists should simultaneously recognize the value

of Newton's physics while seeing that it developed in mercantilist England and was used as a tool to support religion; therefore, they should similarly recognize the value of Einstein's and Bohr's physics while acknowledging that they arose in imperialist Europe and are often used to counter Marxism. (p. 716)

El procurar defender la cuántica y la relatividad era una posición difícil en los treinta en Rusia, pues empezaba la consolidación del poderío stalinista, que incluía una intromisión totalitaria en la vida cultural y científica de la sociedad soviética (Graham, 1976 y Josephson, 1991), y debido a que la 'acumulación originaria' soviética implicaba el desarrollo privilegiado de la mecánica clásica, la cuántica y la relativa eran arbitrariamente rechazada.

Pero no sólo eso. Hessen no era físico solamente. Hessen fue soldado del Ejército Rojo y miembro del Comité Militar Revolucionario. Y por lo tanto asociado al momento más álgido de la revolución y también a Trotsky, algo mortal para la época (Graham, p. 21). Hessen terminó asesinado en un campo de trabajo en 1937, víctima del Gran Terror stalinista de 1936.

Sin embargo, en 1954 la situación ya era diferente:

In 1954, at the previously secret Physics Engineering Institute in Obninsk (in the province of Kuluga, two hours south of Moscow), physicists brought on line a 5,000- kilowatt reactor, a forerunner of the Chernobyl reactor, that produced electricity for the civilian grid. Though small by modern standards of 1,000- megawatt reactors, and unfairly rejected as insignificant by the American scientific community because of its size, the Obninsk reactor enabled the USSR to claim that it was the first nation to use the atom for peaceful purposes for the benefit of humankind, while the United States pursued only military ends. (Josephson, 2010, p. 113)

De la oposición a la física nuclear a su utilización práctica, la política del estado soviético

había cambiado. Pero sin embargo, bajo la condición de represión así como bajo la condición de una relativa libertad de investigación propiciado por Khrushchev (Josephson, 2010), en ambos casos hubo desarrollo científicos específicos en diversas áreas.

Sin embargo, el tipo de programas científicos antes y después de la II Guerra son claramente diferentes. Antes de la guerra los programas científicos son revolucionarios casi excéntricos por la manera extrema en que se presentan las combinaciones de los elementos de cada investigación, mientras que después de la guerra son programas de ciencia normal, usando terminología kuhniana. Loren Graham refiriéndose a esto señala el origen revolucionario de las ciencias soviéticas y su posterior institucionalización (1976, p. 31).

Así como para el estado soviético la agresión nazi y consecuentemente la II Guerra fueron eventos que modifican la especificidad del estado obrero, así también esta modificación cambió la especificidad de los programas de investigación científica, normalizando el conjunto de las investigaciones. Es en este contexto que se ubica la carrera científica de Alexander Luria.

2. El lugar y contexto de Alexander Luria

El lugar de Luria en el pensamiento dialéctico y en la Revolución rusa está delineado por diversos problemas y fuentes, que van desde la historia de la dialéctica a la historia del stalinismo. A estos diversos campos nos referimos a continuación.

2.1 Vigotsky

En primera instancia, para muchos lectores en castellano, el nombre de Alexander Luria ha quedado bajo la sombra de Vigotsky, de quien Luria fue muy cercano y efectivamente un pupilo, pero que murió muy joven, relativamente alejado de los grandes debates políticos que atravesaban

la URSS y en una disciplina en la que estaba haciendo innovaciones revolucionarias, como en psicología del desarrollo.

Stephen Toulmin por otro lado caracteriza bien el vínculo entre ambos de la siguiente manera:

Mientras algunos de los colaboradores inmediatos de Vygotskiy aún trabajan en Rusia, ya están en sus 70 años. Su más distinguido colaborador, Alexándor Románovich Luria, cuyo extraordinario rango de intereses y habilidades le hacen muy posiblemente el más fino psicólogo del siglo XX, murió en agosto del año pasado. Si Luria es a Beethoven lo que Vygotskiy a Mozart –y Vygotskiy puede ser visto como el Mozart de la psicología, tal como Sadi Carnot lo es de la física- fue sólo porque tuvo la buena fortuna que necesitaba. El sobrevivió. El amplio rango de posibilidades intelectuales ejecutado por Luria, en sus vías menos teóricas, de la literatura en el escritorio a la neurofisiología mediante la lingüística y la innovación educativa, todo había sido inicialmente sugerido en discusiones con Vygotskiy y colaboradores durante los años alrededor de 1930. (1978, párrafo 8)

La unidad entre Vigotsky y Luria y su revolucionaria (kuhnianamente) excentricidad se puede apreciar en su famosa introducción a *Más allá del principio de placer* de Freud, donde sostienen:

In front of our eyes, a new and original trend in psychoanalysis is beginning to form in Russia, which, with the help of the theory of the conditional reflexes, attempts to synthesize Freudian psychology and Marxism and to develop a system of 'reflexological Freudian psychology' in the spirit of dialectical materialism. Such a translation of Freud into Pavlov's language is an objective attempt to decode the dark 'depth psychology', and is a living proof of the great vitality of this theory and its inexhaustible research potential. (1994, pp. 10-11)

2.2 Pávlov

Desde el punto de vista político social, las instituciones de psicología soviética en su inicio eran marcadamente dominadas por el conductismo pavloviano, uno de los científicos que logró trazar de buenas maneras con el régimen bolchevique desde el inicio de la revolución, un logro excepcional al punto que demuestra el siguiente documento que citamos completo, de Lenin:

Decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo

Considerando los méritos científicos verdaderamente excepcionales del académico I. P. Pávlov, que tienen enorme importancia para los trabajadores de todo el mundo, el Consejo de Comisarios del Pueblo dispone:

1.-Formar de conformidad con los documentos presentados por el Soviet de Petrogrado, una comisión especial dotada de amplios poderes e integrada por el camarada M. Gorki, el camarada Krist, director de los centros de enseñanza superior de Petrogrado, y el camarada Kaplún, miembro del departamento gubernamental del Soviet de Petrogrado, la que en el plazo más breve, deberá crear las condiciones más favorables para asegurar el trabajo científico del académico Pávlov y de sus colaboradores.

2.-Encomendar a la Editorial del Estado que imprima, en el mejor taller de la República, en edición de lujo preparada por el académico Pávlov, un libro en el que se recojan los resultados de sus trabajos científicos en los últimos 20 años; el académico I. P. Pávlov conservará el derecho de propiedad de esta obra, tanto en Rusia como en el extranjero.

3.-Encomendar a la comisión de abastecimiento obrero que otorgue al académico Pávlov y a su esposa cuotas especiales de racionamiento con un contenido doble de calorías.

4.-Se encomienda al Soviet de Petrogrado que asegure al profesor Pávlov y a su esposa el usufructo vitalicio del departamento que ocupan y que instalen el laboratorio del académico con el máximo de comodidades.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

V. Ulyanov (Lenin)

Moscú, el Kremlin, Enero 24, 1921

Es probablemente por esto que la psicología soviética gozaba de un relativo grado de independencia frente al Estado. Y por otro lado el texto da cuenta del lugar que ocupaba Pávlov en el ambiente científico-político de Luria, al punto que lo convierte en un referente prácticamente cotidiano.

Pero además de esta política revolucionaria, inciden en el desarrollo de la psicología soviética el hecho de que el marxismo y más extensamente la filosofía dialéctica no tenían una teoría psicológica específica y mucho menos una teoría de la neurología en el sentido estricto como veremos adelante.

2.3 Marx, Hegel y la Frenología

Aunque Marx reconoce en *El capital* una y otra vez el rol del cerebro en la actividad humana, no ofrece una lectura completa de la ciencia neurológica de su época, sino que nos ofrece fragmentos, dentro de los cuales resulta destacable la siguiente. En carta del 4 de julio de 1864, Marx escribe a Engels:

[h]e leído: [...] Spurzheim, Anatomie des Hirn und Nervensystems; Schwann y Scheleiden sobre la mierda celular. Buena crítica de frenología en la Popular Physiology de Lord, pese a la religiosidad del tipo. Un fragmento recuerda la Fenomenología de Hegel: Su intento por separar las partes de la mente en un número de supuestas facultades originales, al punto que ningún metafísico

podría, por un instante, asumir; y separar el cerebro también en un número de órganos, que el anatomista en vano exigirá que se le muestren, para después unir esas supuestas facultades originales como modo de acción de otras supuestas facultades indemostradas. (1972, pp. 31-32)

Esta reflexión de Marx sobre Hegel y la frenología -antecedente directo de la neurociencia- es de lo más importante para contextualizar el universo teórico de Luria.

La frenología contó con científicos como Franz Joseph Gall y Johann Spurzheim. El objetivo de la investigación era determinar los rasgos de la personalidad a partir de las medidas y formas de los cráneos.

Hegel (2015) tiene toda una reflexión crítica sobre la frenología, misma que podríamos dividir en tres argumentos, que construimos a continuación.

El primer argumento, de crítica a la frenología, es así: Según la frenología, que un individuo sea ladrón o infiel, implica que tiene un abultamiento en x o y lugar del cráneo. De ahí se sigue que otro individuo, un ladrón b o un infiel b, va a tener el mismo abultamiento en x o y. De ahí se sigue que todas las personas que comparten alguna actividad van a tener algún tipo de abultamiento compartido, lo cual no explica nada específicamente, más que las zonas del cerebro tienen funciones, que era el inicio del razonamiento. Es decir, no se comprueba nada debido a que es evidente que todos realizamos funciones similares con cráneos de medidas similares (p. 441).

Esta es una crítica al localizacionismo, pues deja entrever la perspectiva de que no se puede asociar un lugar a una única función, sino que, como veremos, el cerebro realiza muchas funciones a la vez.

El segundo argumento crítico es así: La relación entre el mundo y la representación no es mecánica, por tanto, no cabe esperar una relación entre el cerebro y el cráneo del tipo tal que la actividad del cráneo o del cerebro sean una contigua a la otra, pues en tal caso cualquier abultamiento sería una explicación funcional, lo cual es imposible por el argumento de arriba. En definitiva, de aquí se concluye que “con el cráneo

no se asesina, no se roba, no se escriben novelas ni versos” (p. 434).

Por tanto, como no hay una relación causal entre cerebro y cráneo (p. 435) ambas deben tener formas (*Gestalt*) separadas y diferentes. Existe una armonía pre-establecida, fruto de la evolución humana, como “ser articulado en momentos” (p. 432), que permite pensar al cerebro como el órgano de la autoconciencia, es decir, como órgano del individuo consciente del mundo alrededor de sí. El cerebro es el término medio que ha de poseer tanto elementos de la naturaleza del espíritu como del cuerpo, lo cual quiere decir que el cerebro es el medio entre la riqueza cultural o simbólica acumulada más todas las representaciones naturales y un cuerpo que es capaz de vivir en ese medio. Esta mediación sin embargo termina ‘torciendo la vara’ a favor de las ventajas cognitivas de la cultura y en detrimento de la naturaleza.

El tercer argumento se apoya en que el espíritu se articula en un cuerpo para cumplir diversas funciones, siendo la función del cerebro es líquido o material fluido, de que permite que los “círculos que se dibujan en su superficie sin que se exprese ninguna diferencia en cuanto ente” (p. 432). Es decir, el cerebro no es una tabla rasa, sino más bien materia acuosa autocontenida, que es aferente y eferente sobre los nervios, que son los órganos de la conciencia hacia afuera. La referencia a los círculos podría venir de Acerca del Alma, ya que Aristóteles había dicho que

[...] el intelecto ha de ser necesariamente el círculo: el movimiento del intelecto es, en efecto, la intelección, así como el movimiento del círculo es la revolución; por tanto, si la intelección es revolución, el intelecto habrá de ser el círculo cuya revolución es la intelección. (407a, 20-23)

Entonces de conjunto, podríamos decir que se entiende el cerebro de la siguiente manera: el cerebro es el medio entre el cuerpo y el universo representable, tiene la capacidad de hacer muchas funciones sobre sí mismo y sobre los demás órganos, al punto que logra que esos demás órganos realicen varias funciones diferentes, como con la mano por ejemplo, que al ser el órgano del

trabajo, puede realizar muchas diferentes tipos de trabajo.

De hecho, a los tres argumentos anteriores hay que sumar como elemento enmarcador, la existencia de una antropología filosófica según la cual el agente se guía en torno a fines específicos, que para ser conseguidos no requieren sólo una destreza instintiva, sino que requiere una representación precisa, que el cerebro ordenando a la mano, logrará realizar utilizando las fuerzas de la naturaleza, sean estas las fuerzas físicas o las fuerzas naturales externas.

Además de esto, el medio simbólico-cultural-social afecta al cerebro actual, de manera que éste toma las representaciones conceptualizadas que son funcionales en el medio.

Entonces de Hegel tenemos cuando menos cinco características de un agente cognitivo: evolutivo, activo, cerebral, multifuncional, consciente y espiritual. No podemos dejar de señalar que es sorprendente esta noción de agente cognitivo, desarrollado desde el año 1807 por parte de Hegel y que vamos a reencontrar de manera casi idéntica en Luria.

2.4 El aporte de Luria

Luria era parte del núcleo de psicologías soviética dirigido en sus primeros años por Vigotsky. Pero se tiene asumido que Luria es quien hizo el primer tránsito entre psicología y neurología, es decir un enfoque que no pretendía atender los problemas neuronales como problemas médicos, sino como fenómenos cognitivos.

A través de los textos de Luria se encuentran varias ideas relativas a nuestra investigación que merecen atención. No siempre Luria hará referencias filosóficas que hagan explícito su vínculo con la historia que hemos reseñado hasta acá, pero la simetría de sus opiniones permite identificar la inspiración que el pensamiento dialéctico del siglo XIX significó para Luria.

Que a nosotros nos interese, veremos posiciones de Luria (1974) que vayan en el sentido de oponer a la simplicidad de la función localizada en un núcleo nervioso una multifuncionalidad cognitiva sistémica y jerarquizada verticalmente, que se instancia funcionalmente y no localmente,

y en la que además la mediación sociocultural es fundamental para el desarrollo operativo de la multifuncionalidad dinámica-sistémica.

Esta multifuncionalidad cognitiva estructura la unidad de la experiencia y por lo tanto se coloca como el *apriori* que hace posible la experiencia empírica, pero también veremos un agente también evolutivo, activo, indiscutiblemente cerebral, y consciente.

En primer lugar, Luria (1975) da cuenta de la actividad empírica:

Las sensaciones le permiten al hombre percibir las señales y reflejar las propiedades y atributos de las cosas del mundo exterior y de los estados del organismo. Ellas vinculan al hombre con el mundo exterior y son tanto la fuente esencial del conocimiento como condición principal del desarrollo psíquico de la persona. (p. 10)

Para Luria los órganos de los sentidos son productos evolutivos:

Un estudio cuidadoso de la evolución de los órganos de los sentidos muestra convincentemente cómo en el proceso de un largo desarrollo *histórico* fueron constituyéndose órganos receptivos especiales (los órganos de los sentidos o receptores) que iban especializándose en el reflejo de ciertos tipos 'y formas de movimiento de la materia (o «energía»), objetivamente existentes: los receptores cutáneos reflejando las influencias mecánicas; los auditivos, las vibraciones sonoras; los visuales, determinados diapasones de las oscilaciones electromagnéticas, etc. [la *itálica* es propia]. (p. 12)

Pero estos sentidos no son capaces de detectar ciertos tipos de movimientos. Luria sabe que hay procesos físicos cuya longitud de onda y número de oscilaciones hacen imposibles que sean percibidos por los sentidos que en principio deberían percibirlos.

Así hemos dicho que la abeja reacciona con mucha mayor actividad a los colores mezclados que a los puros; que el azor reacciona ante los olores pútridos, y permanece insensible ante los olores de las hierbas y

granos, mientras que el ánade manifiesta peculiaridades inversas en sus reacciones; que el gato destaca activamente el escarbo del ratón, y no reacciona ante los sonidos para él indiferentes del diapason. *Este hecho indica el carácter activo y selectivo de las sensaciones.* (1975, p. 16)

¿Cuál es el objetivo específico de esta actividad selectiva? Pues sintetizar de los fragmentos perceptivos exteriores, ordenar los fragmentos de manera tal que se logre una unidad de la experiencia.

Los procesos reales de reflejo del mundo exterior rebasan en mucho los marcos de las formas más elementales. El hombre vive no en un mundo de manchas luminosas o cromáticas aisladas, de sonidos o contactos independientes, vive en un mundo de cosas, objetos y formas, en un mundo de situaciones complejas; cuando percibe las cosas que le rodean en casa o en la calle, los árboles y las hierbas en el bosque, las personas con quienes se relaciona, los cuadros que contempla y los libros que lee, invariablemente se trata no de sensaciones sueltas sino de imágenes íntegras; el reflejo de dichas imágenes rebasa los marcos de las sensaciones aisladas, tiene como soporte el funcionamiento mancomunado de los órganos de los sentidos y la síntesis de sensaciones sueltas en complejos sistemas de conjunto. (p. 1)

Queda así clara la forma análoga en que Kant, Hegel y Luria reflexionan sobre la empiria en general. La diferencia es que Luria hace esta aproximación ya desde la neurociencia. Veamos un ejemplo respecto de la percepción visual:

Ahora bien, retomemos los tres 'argumentos hegelianos' que antes hemos desarrollado para ubicarlos en Luria, respecto del localizacionismo, el cerebro como órgano de la conciencia y la multifuncionalidad del cerebro.

Los argumentos uno y tres parecen contar con una base común en Luria. Veamos el clásico *Higher Cortical Functions in Men*:

According to this view, a function is, in fact, a functional system (a concept introduced by Anokhin,) directed toward the performance

of a particular biological task and consisting of a group of interconnected acts that produce the corresponding biological effect. The most significant feature of a functional system is that, as a rule, it is based on a complex dynamic “constellation” of connections, situated at different levels of the nervous system, that, in the performance of the adaptive task, may be changed with the task itself remaining unchanged. As Bernshtein (1935, 1947, etc.) pointed out, such a system of functionally united components has a systematic, not a concrete, structure, in which the initial and final links of the system (the task and the effect) remain constant and unchanged and the intermediate links (the means of performance of the task) may be modified within wide limits. (1980, p. 22)

La conciencia adquiere, naturalmente, una complejidad mayor, pero veremos una suerte síntesis de todos los rasgos cognitivos desarrollados por Hegel y Marx. “Consciousness is ability to assess sensory information, to respond to it with critical thoughts and actions, and to retain memory traces in order that past traces or actions may be used in the future” (1978, p. 6).

Además:

This view that consciousness is semantic and system-based in structure, that psychological processes are complex and variable in structure, as a result of which the specifically human forms of active reception of reality and conscious control over human behavior become possible, demands a radical redirection of our attempts and of the attention of the research worker toward the identification of the system of brain mechanisms, each component of which contributes to human conscious activity.

There is no need to say that such an approach has nothing in common with the correct but empty assertion that “the brain works as a whole” and that the “whole brain” is the organ of consciousness. Without pursuing this theme that consciousness is a function of mass action of the brain, the parts of which exhibit “equipotentiality” (such views are nowadays rejected by all progressive

neurologists; see Eccles, 1966, pp. 553-554), we must direct our attention to the analysis of the concrete contribution made by each brain system to human conscious activity so that we can analyze the integral pattern of those systems whose combined function makes these highly complex forms of vital activity possible. (pp. 8-9)

Tenemos entonces en consonancia con Hegel, que Luria estudia neurológicamente la multifuncionalidad, el cerebro como órgano de la conciencia y del espíritu y como sintetizador de la experiencia empírica.

2.5 La ética emancipadora de Luria

Con el objetivo de actualizar el debate sobre Luria, quisiéramos exponer un elemento de su pensamiento que es transversal a sus investigaciones y que alumbra una faceta emancipadora de la historia de la ciencia soviética.

Mundo perdido y recuperado. Historia de una lesión (2010) es un trabajo de corte divulgativo en que Luria se permite algunas licencias, licencias que, más que políticas, resultan de corte ético-socialista o ético-emancipador. Luria tiene acceso al diario de un paciente que tuvo una herida de bala en la Segunda Guerra, misma que impedía la realización de las funciones sociales más elementales, salvo que no destruyó la capacidad consciente del paciente, quien, durante 25 años, con paciencia franciscana, logró escribir un diario, al que sumaba máximos una o dos hojas diarias debido a que no tenía la capacidad de recordar inmediatamente lo que se le solicitaba o su quehacer cotidiano.

Citemos, como ejemplo, un grupo de fragmentos que Luria decidió publicar de su paciente, así como un comentario final del autor, que refleja el matiz ético-emancipador de la aproximación científica de Luria.

Si no hubiera guerras, la humanidad habría avanzado hace tiempo por el camino de la paz y habría realizado grandes descubrimientos. No comprendo la opresión y el esclavismo que existe en otros países, cuando la tierra podría vestir y calzar a toda la humanidad, alimentar y dar de beber hasta la

saciedad, calentar e iluminar a tantas y tantas generaciones del globo terráqueo ¿Para qué es necesaria entonces la guerra? ¿Por qué en los países del capital existe la violencia, el esclavismo, la opresión, los asesinatos, las ejecuciones, la pobreza, el hambre, el frío, el trabajo extenuante y el desempleo?

En la tierra tenemos reservas de materias primas y energía, tanto en la superficie, como en el agua y subsuelo, y la humanidad no debe tener ninguna escasez. En un futuro próximo se iniciarán los vuelos al espacio exterior, primero a la luna y a planetas cercanos, y esto nos brindará la oportunidad de descubrir y enriquecernos con sustancias y elementos que quizás escasean en la tierra y abundan en otros planetas [...]. (p. 300)

Así termina el texto. Luria inmediatamente comenta: “¿Hace falta añadir algo más? ¿No son estas líneas llenas de optimismo el mejor final para este pequeño libro?” (p. 300). También Luria señala en una nota al final del texto citado: “Así finaliza esta parte del diario, interrumpida en el año 1957, dos años antes de nuestros magníficos logros en el cosmos” (p. 300).

Se señala este matiz ético-emancipador en la medida en que es un rasgo que se puede encontrar en general en la cultura soviética, y cuyos rasgos idealistas se acentúan posterior a la Segunda Guerra, justamente en la medida en que el socialismo parecía una cuestión del futuro en medida cada vez mayor.

Como prueba por la negativa de esta ética de la emancipación, hay suficiente cantidad de testimonios sobre la desmoralización que vivieron los ciudadanos soviéticos durante y después de la implosión de la URSS, ejemplo de esto es el famoso texto *Fin del Homo Soviéticus* de Svetlana Aleksiévich, ya citado.

Como un ejemplo de la transmutación de valores que sufrió la sociedad soviética, vale el siguiente texto, del momento en que las naciones de Armenia y Azerbaiyán entraron en un conflicto genocida, al final de la URSS.

¿No podía escuchar lo que decía! ¿Cómo podía ser cierto lo que contaba? ¿Acaso era

concebible algo así? «¿Qué le sucedió a tu casa?» «La saquearon.» «¿Y qué les pasó a tus padres?» «A mi madre la sacaron al patio, la dejaron en pelotas y la empujaron a la hoguera. A mi hermana embarazada la hicieron bailar en torno a la hoguera. Después de matarla, le sacaron el bebé no nato clavándole varas de hierro...». «¿Calla! ¿Calla?» «A mi padre lo mataron de un hachazo. Los vecinos solo pudieron identificarlo al reconocer sus botas». «¿Oh, callate! ¡Te lo ruego!». «Se formaban grupos de 20 o 30 hombres, tanto jóvenes como viejos, para asaltar las casas habitadas por familias armenias. A las mujeres las violaban antes de matarlas. A las hijas las violaban delante de sus padres; a las mujeres, delante de sus maridos...». «¿Calla! ¡Callate y llora en silencio!». Pero ella ni siquiera lloraba, de tanto miedo que había pasado... «Quemaron los coches. Echaron abajo las lápidas con apellidos armenios en el cementerio. Profanaron las tumbas». «¿Calla! ¿Acaso los seres humanos pueden hacer algo así?». Le cogimos miedo a la chica... (2016, p. 415)

Es claro que entre la moral de Luria en 1957 y la moral del pogromo de Sumgait en 1988 existe una enorme distancia. Este matiz da a las investigaciones de Luria un tono optimista, cuyos descubrimientos están en función de un proyecto colectivo emancipador, misma que lo separa de los principales dirigentes soviéticos.

3. Debates en torno a Luria

Interesantes por el lugar que ocupan dentro de la reflexión filosófica y política contemporánea resultan las interpretaciones de Catherine Malabou sobre Luria respecto de la plasticidad cerebral, misma que se extienden incluso a Zizek (2006).

3.1 Catherine Malabou y plasticidad

En *The New Wounded* (2012) Malabou realiza una interpretación de Luria que, como dijimos arriba, resulta relevante respecto del ya citado texto de Luria *Historia de una lesión*.

En primera instancia Malabou señala de manera adecuada cuál es el gran mérito científico de Luria

It was the great Soviet psychologist Alexander Luria, who, advancing the work of his master, Lev Vygotsky, founded neuropsychology in the 1930s. Luria proposed to replace the notion of “cerebral function” with the concept of “functional system.” While the function is anatomically located in an “air,” the “functional systems” suppose dynamic interactions between different neuronal mechanisms. These systems are characterized, in particular, by the ability to reorganize their elements; and this means that a lesion does not merely affect a single place in the neuronal organization but transforms the link ages or interactions between the systems. Brain lesions always have a dynamic localization. (p. 13)

Pero de allí, después, Malabou da un giro interpretativo que, a falta de mejor nombre, hemos de llamar medicinal-existencial.

Luria apprehends wounded individuals as wholes [...] There is thus a very close relation between the metamorphosis of an identity that survives with a wound and the story of this metamorphosis— as if the plasticity of writing supported that of systems; as if writing itself repaired the wound that, as it repairs itself, nourishes writing. This structural solidarity between novelistic neuropsychology and its transformed patients demands an entirely new approach to medicine, which Sacks calls “existential medicine.”

Esta interpretación medicinal-existencialista implica que el hecho de escribir pudiera reparar una herida cortical o subcortical en el cerebro. La solidaridad estructural de Luria con su paciente —lo que nosotros hemos llamado ética-emancipadora— se convierte en una interpretación existencialista del concepto de plasticidad neuronal. Esta interpretación existencialista se nota en el uso que Malabou hace de lo heroico (p. 55 y p. 85) para referirse a los pacientes recuperados de una herida neurológica.

Derrida en su prefacio a *The Future of Hegel* —la tesis doctoral de Malabou— nos da una impresión, cuando menos, del grado de amplitud que indica para Malabou el concepto de plasticidad que la autora ubica en Hegel y que después ubica en Luria.

Before inquiring into the immense breadth of this conceptual word, plasticity, before interrogating the very plasticity of this conceptual word which is what it states and states what it is, which is precisely what it thinks and reflects, before specifying its very opportunity which is discovered and offered by Malabou’s philosophical writing, we should remark that plasticity is not a secondary concept [...] It is the same concept in its differentiating and determining process [...] Since its self-interrelating with its own difference also passes through the *Aufhebung*, we would almost be tempted to recognize in it the Hegelian concept, the very concept itself, the concept of the concept. (2005, XI)

El concepto de plasticidad de Malabou aparece entonces como una reinterpretación *del concepto* hegeliano, como una manifestación enteramente neurológica de lo que en español podríamos traducir como superación, es decir, como un nuevo equilibrio metabólico superior con el medio, una nueva autoregulación del agente cognitivo, que sufre una metamorfosis general.

En palabras de la autora:

[P]lasticity signifies the general aptitude for development, the power to be moulded by one’s culture, by education. We speak of the plasticity of the newborn, of the child’s plasticity of character. Plasticity is, in another context, characterized by ‘suppleness’ and flexibility, as in the case of the ‘plasticity’ of the brain. Yet it also means the ability to evolve and adapt. It is this sense we invoke when we speak of a ‘plastic virtue’ possessed by animals, plants, and, in general, all living things. (2005, p. 8)

Esta noción de plasticidad es parcialmente ubicable en Luria. Así por ejemplo en *Higher Cortical Functions* señala lo siguiente:

With the passing of the concept of the brain as a static aggregate of organs or centers in which the faculties, independent in character, are localized, there developed the view that the cerebral cortex is a dynamic association of formations, distinguished by their high plasticity, unification into mobile, dynamic complexes, and joint participation, in varying degrees, in the various stages of the foundation, development, and perfection of the different forms of cortical activity. (p. 38)

Aunque Luria, más comedido que Malabou, no lo extrapola a todas las cosas vivientes. El enfoque existencialista de Malabou sobre el equilibrio metabólico tiene un enfoque individualista difícilmente rastreable en Luria. Así, comentando los pasajes de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel referidos a la frenología y la fisiognomía, dice lo siguiente:

I do not have time to expound on the fascinating movement of this section, devoted to organs and expression, flesh and signs, the originary nature and cultural transformation of the body. I just wish to insist on the plastic relationship between the individual and his or her body, between the natural, unshaped and animal part of it, on the one hand, and the labored and spiritually sculpted part of it, on the other. (p. 634)

Dando finalmente una noción de que la plasticidad como la función de la naturaleza animal y la parte espiritual cuyo producto es el individuo.

3.2 Señalamientos críticos a Malabou

Nuestra crítica es simple, en el sentido de que señalamos que en Luria (aunque también lo podríamos decir de Hegel, como ya preparamos en uno de los apartados de arriba) la plasticidad no es condición de un sujeto individual heroico y en capacidad de transformar literalmente su propio cuerpo, de hacer una metamorfosis completa, mientras se encuentra en una relación absoluta (o sea infinita en sentido hegeliano) entre la naturaleza y el espíritu.

La posición de Luria, por la herencia hegeliana y marxista que extraña e inesperadamente

no es tomada en cuenta por Malabou, parece deslizarse hacia posiciones donde la naturaleza no ejerce la misma fuerza sobre el individuo, sino donde el carácter social del lenguaje es la base natural a partir de la cual se despliega todo el contenido específicamente cultural, que permite métodos diferentes de acercamiento para las distintas funciones naturales.

In realizing these tasks we inevitably take another road than that of the classical school psychology. Psychology in approaching the study of a child was mainly interested in the changes of individual functions in the process of natural growth and maturation” of the child. Classical works were devoted to the study of the evolution of children’s associations, their quickening and widening, to the child’s memory, development of attention and of ideas. The authors everywhere strove to study first of all the quantitative increase in these functions in the process of child’s growth. We are interested mainly in other matters. We consider the development of the child’s conduct can be reduced to a series of transformations, that these transformations are due to the growing influence of cultural environment, the constant appearance of new cultural inventions and habits, and that each invention of a new “artificial” habit involves the change of the structure of the child’s conduct. Compare the conduct of a pupil in his first year at school with that of a preschool pupil. Compare the course of mental processes of these two, and you will note two structures essentially different in principle. Compare a village boy with another boy of the same age who lives in a town, and you will be struck by a huge difference in the mentality of both, the difference being not so much in the development of natural psychical functions (absolute memory, the quickness of reactions, etc.) as in the subject-matter of their cultural experience and those methods which are used by those two children in realizing their natural abilities. (1928, p. 494)

El acercamiento de Malabou desde este punto de vista resulta demasiado especulativo, mientras que un acercamiento más ortodoxo desde la historia de la ciencia y la teoría de la revolución puede

explicar los límites más restringidos del concepto de plasticidad en Luria, así como la importancia cultural por encima de la natural.

3.3 Conclusión

Trotsky señalaba, sobre la invasión de la URSS a Polonia y Finlandia, previa a la Segunda Guerra, que “las medidas sociales revolucionarias llevadas a cabo por vía burocrático-militar no modificaron en absoluto nuestra definición dialéctica de la U.R.S.S. como estado obrero degenerado, sino que la corroboraron incontrovertiblemente” (2014, p. 190).

Esta cita nos resulta de lo más significativo pues Luria como figura militante del Partido Comunista de la URSS, es decir, como agente activo del estado obrero degenerado cumple con las contradicciones propias del estado. Las medidas revolucionarias de la burocracia, en realidad, se dieron en gran cantidad de ámbitos, algunas ya comentadas por Luria en el comentario final a *Mundo perdido*...

Para nosotros, el programa de investigación de Luria fue una de esas medidas revolucionarias. Lo es en primer lugar por el esfuerzo sintético que en sus primeros años sintetizó al conductismo, al psicoanálisis y al pensamiento dialéctico, extrayendo conclusiones basadas en toneladas de evidencia científica, de casos, a los que Luria podía acceder privilegiadamente en condiciones de burócrata.

Para la dialéctica, como hemos visto, el lugar de Luria debe ser reconocido de manera privilegiada en la medida en que logra una transición de una primera etapa de intuiciones filosóficas y lecturas sobre científicos de las respectivas épocas de Hegel y Marx a una etapa de madurez en que la dialéctica es inspiración para los primeros pasos reales y efectivos en investigaciones neurológicas y donde se confirman muchas de las intuiciones de Hegel y Marx.

En su calidad de burócrata, la vida de Luria estaba atravesada por tensiones contrarias respecto de su investigación, su posición de bajo perfil en sus posiciones políticas e incluso sus propias creencias personales, y es por ello que el programa de investigación de Luria puede ser

comprendido respecto de la historia de la URSS. Y así, cuando la URSS a finales de la década de los setenta empezaba la implosión de la primera revolución obrera triunfante, cuando empezaba el abandono total de las formas obreras heredadas de la revolución, el programa de investigación de Luria colapsó, con la muerte del científico.

En la medida en que el marxismo ha entrado en un proceso importante de discusión para establecer los parámetros marxistas posteriores a la experiencia de la URSS, conocer las posiciones de Luria resulta necesario no solo para comprender la magnitud que la filosofía dialéctica tuvo en el siglo XX, sino también para comprender en específico la manera en que los postulados dialécticos obtienen validación empírica y científica.

Pero no solo para teóricos la lectura de Luria resulta pertinente. También para quienes tengan intereses más bien políticos, revolucionarios, la lectura de Luria es una herramienta forjada dentro de los parámetros del socialismo científico y por ello se puede extraer de ella una ética y estrategia política de la sociabilidad, de la predilección por la cultura y la espiritualidad, de la cooperación y del triunfo del socialismo, en contra de una ética medicinal existencial de individuos heroicos que lograrán una metamorfosis completa de sí, enfrentando al mismo tiempo y de igual manera las presiones culturales y naturales que implican la humana en las actuales condiciones capitalistas.

Bibliografía

- Aleksiévich, S. (2015). *El fin del «Homo-Sovieticus»* (traducido por Jorge Ferrer). Barcelona: Acantilado.
- Aristóteles (1978). *Acerca del alma* (traducido por Carlos García). Madrid: Gredos.
- Freudenthal, G. y McLaughlin P. (2009). *Classical Marxist Historiography of Science: The Hesselmann-thesis* en *The Social and Economic Roots of the Scientific Revolution*. Boston: Boston Studies In the Philosophy Of Science, Vol. 278).
- Graham, L. (1976). *Ciencia y filosofía en la Unión Soviética*. Madrid: Siglo XXI.
- _____. (1990). *Science and the Social Soviet Order*. Cambridge: Harvard Press.

- Graham, L. y Dezhina, I. (2008). *Science in the New Russia*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Hegel, G. W. F. (2015). *Fenomenología del espíritu* (traducido por Manuel Jimenez Redondo). Valencia: Pretextos.
- . (2015). *Ciencia de la lógica*, Tomo II (traducido por Felix Duque). Madrid: ABADA.
- Josephson, P. R. (1991). *Physics and Politics in Revolutionary Russia California Studies in the History of Science*. California: University of California press.
- Lenin, V. (2012). *Medidas para asegurar el trabajo científico del académico I. P. Pavlov y sus colaboradores*. Tomado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1921/enero/24.htm>. 23:14 p.m. 20 de junio de 2017.
- Luria, A. R. (1978). *The Human Brain and Conscious Activity en Consciousness and Self-Regulation*, Vol 2. Schwartz y Shapiro (ed). New York: Plenum Press.
- . (1980). *Higher Cortical Functions in Man* (translation by Basil Haigh). New York: Basic Books.
- . (1994). *Sensación y percepción* (traducido por Mateo Merino). Barcelona: Martínez Roca.
- Luria, A. R. (2010). *Mundo perdido y recuperado. Historia de una lesión* (traducido por Fernández-Valdez). KRK: Oviedo.
- Luria, A. R. y Vitgotsky, L. (1994). *Introduction to the Russian Translation of Freud's Beyond the Pleasure Principle en Vigotsky Reader* (translation by Theresa Proud y René Van der Veer). Massachusetts: Blackwell.
- Malabou, C (2005). *The Future of Hegel* (translation by Lisabeth During). New York: Routledge.
- . (2012). *The New Wounded* (translation by Steven Miller). New York: Fordham University Press.
- Marx, K. (1986). *El capital*. La Habana: Editoria de Ciencias Sociales.
- . (2010). *Capital*. Electronic book: Lawrence & Wishart. Collected Works, Vol. 35.
- Marx, K. y Engels, F. (1974) *Cartas sobre ciencias de la naturaleza y las matemáticas* (traducido por Joaquín Jordá). Barcelona: Anagrama.
- Schlogel, K. (2014). *Terror y utopía* (traducido por Aníbal Campos). Barcelona: Acantilado.
- Toulmin, S. (2015). *El Mozart de la psicología*. Tomado de <https://marxismocritico.com/2015/08/31/el-mozart-de-la-psicologia/>. 23:11 p.m. 20 de julio de 2017.
- Trotsky, L. (1972). *What is the Soviet Union and Where is it Going?* (translation by Max Eastman). New York: Pathfinder.
- Trotsky, L. (2004). *Escritos filosóficos*. Buenos Aires: CEIP.
- Van der Linden, M. (2009). *Western Marxism and the Soviet Union* (translation by Jurriaan Bendien). Chicago: Haymarket.
- Zizek, S (2006). *Parallax*. Boston: MIT press.

Esteban Fernández. Docente e investigador de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica.
(estebanfernandez83@gmail.com).

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018

Adriana Monge Arias

La Revolución rusa y la opresión de género

Resumen: *El siguiente ensayo trata de realizar un estudio de la praxis que lleva a cabo la Revolución rusa durante los primeros años en relación a la opresión de género. Lo que se busca es generar una discusión respecto a la forma en que se trató de operar los derechos de las mujeres y, por tanto, articular la opresión hacia las mujeres en el marco de la lucha anti-capitalista. Esto permite colocar la relación entre marxismo y feminismo, tema controversial, que cobra auge en la época actual.*

Palabras claves: *Revolución rusa. Marxismo. Opresión de género. Feminismo.*

Abstract: *The aim of the following essay is to carry out a study of the praxis performed by the Russian Revolution during its first years in relation to gender oppression. The purpose of this is to generate a discussion about the way in which the rights of women were addressed and, therefore, to articulate the oppression towards women in the framework of the anti-capitalist struggle. This enables to establish the relationship between Marxism and feminism, a controversial issue, which is booming in the present era.*

Keywords: *Russian Revolution. Marxism. Gender oppression. Feminism.*

...Cuánto más inteligente era una mujer, más probabilidad tenía de ser declarada “bruja” por los sacerdotes. La iglesia escenificó por varios siglos una serie de procesos de “brujería” en los que de forma espeluznante fueron perseguidas y muertas infinidad de mujeres. (Alexandra Kollontai, 1973)

Este artículo busca aportar de forma general en la discusión sobre el marxismo y la opresión de género hasta el periodo de la Revolución rusa. Con esto, se quiere evidenciar la importancia que para este pensamiento de la praxis tiene la búsqueda de la emancipación de la mujer. Desde sus clásicas y clásicos se logra encontrar avances relevantes para la comprensión de la opresión que viven las mujeres en relación a la división sexual del trabajo.

Desde el marxismo se puede realizar un análisis partiendo de la totalidad en su relación dialéctica entre las partes y el todo, y con ello se logra comprender la opresión de género no desde un esencialismo, como lo plantean las feministas liberales o los organismos internacionales, que pretenden generar abstracciones de un sujeto mujer, desarticulado de sus condiciones materiales. Tampoco se trata de un economicismo ‘vulgar’, sino por el contrario, avanzar en la teorización tomando lo mejor de los aportes de las luchas de las mujeres y las teorías feministas, para colocarlo en un marco general, que da o permite reconocer que, si bien las mujeres comparten formas opresivas, las mismas son operadas de acuerdo a la clase social.

Es por ello que las luchas feministas deben ser anti-capitalistas, porque de lo contrario, no se trastoca las bases generales que le permiten al patriarcado continuar operando. Dejando claro que no se trata de una dualidad de sistemas o un utilitarismo automático del capitalismo, sino que, en la sociedad burguesa dominante, la opresión de género es operada, re-operada y re-funcionalizada en una lógica contradictoria de avance en los procesos de secularización, pero que, para mantener su régimen de dominación, la burguesía limita o coloca barreras a la emancipación de

las mujeres, su libertad y desarticulación de una opresión, que si bien es pre-capitalista, en el capitalismo encuentra los cimientos para continuar reproduciéndose.

La Revolución rusa permite comprender, desde un proceso concreto, la forma en que la opresión de género requiere de condiciones materiales para ser desarticulada. No es un efecto automático, y menos reflejo, que sin sociedad de clases no hay opresión, sino que las condiciones que se generaron en los primeros años de la revolución propiciaron espacios para el inicio de la superación de la opresión de género en aspectos medulares para ese periodo de la historia, a la vez, esto conlleva a valorar elementos que deben ser superados o por el contrario actualizados en el momento actual de la búsqueda de superar el capitalismo.

La Revolución rusa: la emancipación socialista

La Revolución rusa significó una ruptura en las relaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas culturales de la Rusia capitalista. Esto se evidencia en la transformación de una sociedad centrada en la explotación y opresión hacia el socialismo. Se trata de un proceso donde convergieron diferentes fuerzas, condiciones materiales y subjetivas, que en su combinación desigual y combinada (Vitale, 2000) dan origen a algo nuevo y comienza una transformación que busca desplazar las “viejas relaciones de producción” por nuevas formas de producción, distribución y circulación, lo cual conlleva a una totalización de las relaciones sociales en un nivel más elevado del desarrollo de la humanidad. Por tanto, Lenin y la Revolución de Octubre se convirtieron en el punto de referencia para los diferentes movimientos revolucionarios que surgían y/o legitimaban luego de 1917 (Hobsbawm, 1996).

Se trataba de la “dictadura del proletariado” (Lenin, 2014) que daría paso a la sociedad socialista, en un proceso ascendente que originaría las condiciones para la transición hacia el comunismo, no en un proceso lineal, sino dialéctico en la combinación de fuerzas y desde un marco general

de condiciones materiales. La toma del poder del Estado significó un espacio, tiempo transicional hasta que se concretara otra sociedad que superara a la burguesa dominante, en tanto, busca la emancipación de quienes producen la riqueza.

El proletariado toma en sus manos el poder del Estado y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado. Pero en este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado, y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases, y con ello mismo, el Estado como tal. (Engels, 1970, p. 69)

Fue la abolición del capitalismo por la consolidación de una nueva base económica que no requiere de una organización política-administrativa tal y como se concibe en las sociedades capitalistas, la opresión desde el monopolio de la violencia organizada por el Estado; sino, de una institucionalidad que permita una praxis transformadora hacia el reconocimiento de las leyes de la naturaleza que rigen la existencia y que por tanto, de forma consciente, se busca operar sobre estas para la búsqueda de la libertad, en el sentido que plantea Engels (2014), es decir el reconocimiento del origen de las necesidades para avanzar al convertirse en dueñas, las personas, de sí mismas, de la naturaleza en seres humanos libres (Engels, 1970).

El estado solo preservará las normas organizativas para fines demográficas, como estadísticas de mortalidad y natalidad. Se trata de la nueva República de trabajadores [trabajadoras], donde la clase trabajadora se sublevó y tomó el poder en sus “propias manos”. (Kollontai, 1976, p. 65)

Va surgiendo lo que Lenin (2014) planteó sobre el Estado burgués, basado en los aportes de Marx y Engels, la abolición de la institucionalidad burguesa y el origen de un Estado proletario, que en la lógica socialista se va extinguiendo desde su origen, como lo plantea Kollontai en la cita anterior.

Con la toma del poder se iniciaron una serie de medidas económicas en primera instancia y a la vez políticas, sociales e ideológico-culturales.

Estos nuevos procesos fueron un espacio para que la lucha contra la opresión de género se articulara como un campo importante dentro de la revolución. Los y las bolcheviques en la construcción del nuevo orden, hegemonía y poder debían colocar las demandas de las mujeres que surgían dentro del Partido, de las obreras que lucharon durante la revolución, pues conformaban una masa importante que requería de ser organizada y concientizada desde la lucha de clases para su emancipación.

Las luchas de las mujeres y el socialismo

Durante el denominado primer periodo moderno de la historia del movimiento feminista se había logrado articular, de forma inicial, las luchas de las mujeres desde el feminismo liberal. El cual tiene sus condiciones materiales en el nuevo modo de producción, el capitalismo, en relación con procesos que fueron convergiendo producto de este nuevo orden económico, este permite el ámbito de las posibilidades históricas de la Revolución francesa y la Ilustración. Su representante más sobresaliente es Olympia Gouges con su declaratoria por los derechos de las mujeres y las ciudadanas. Esta feminista fue llevada a la guillotina por los Jacobinos debido a su 'irreverencia' al cuestionar la pureza que solo correspondía a los hombres.

También existieron otras mujeres relevantes que fueron partícipes activas de la Revolución francesa, y fundaron además el Club de Ciudadanas Revolucionarias, algunas de ellas artesanas que apelaban por su derecho al trabajo y que pertenecían a los suburbios de París (Kollontai, 1976).

Las mujeres pobres y campesinas fueron obligadas a ganarse la vida vendiendo su fuerza de trabajo, habían sido despojadas de sus gremios artesanos o tierras y se veían expulsadas en las ciudades sin ningún tipo de condiciones materiales y políticas. Se convierten poco a poco en las trabajadoras pobres que serán confinadas a las más crueles formas de explotación y opresión del capitalismo, ya en los siglos XVII y XVIII.

Durante la primera mitad del siglo XX las mujeres de la burguesía planteaban el derecho al trabajo, llegando de esta manera a reivindicar la conquista de la independencia financiera; siendo ya, el trabajo, una puesta en la práctica por millones de proletarias. Es decir, el movimiento de las mujeres era resultado de un proceso de integración de la fuerza de trabajo femenino a lo productivo en el establecimiento de forma definitiva del capitalismo (Kollontai, 1979).

Ya en el siglo XIX, se consolidaba el movimiento feminista de carácter internacional. Surge heredando parte de las problemáticas presentadas por el feminismo liberal-burgués, pero a la vez se despliegan diferentes tendencias; y esto lo llevará a ocupar un lugar importante en otros grandes movimientos, como el socialismo y anarquismo. Diversos hechos se convirtieron en el parte-aguas de este proceso. Esta nueva forma de la lucha contra la opresión de género, surge en respuesta a las contradicciones que empiezan enfrentar las mujeres trabajadoras con su 'salida de lo doméstico', como producto del avance del capitalismo en su necesidad de fuerza de trabajo barata. "El desarrollo rápido del desarrollo capitalista del siglo XIX, permiten que entren en las industrias miles y miles de mujeres, de tal forma que para 1835 era mayor la cantidad femenina que masculina en las fábricas" (Carrasco y Petit, 2009, p. 51).¹

Surgen así, los planteamientos de la lucha articulada de las mujeres al movimiento obrero, se empiezan a vincular a los sindicatos, crean sus propios partidos, círculos, donde las reivindicaciones de las trabajadoras estaban ya ligadas a las acciones de los trabajadores. Pero presentaban sus propias demandas que representaban a las mujeres de la clase trabajadora. Esta distinción de clase en las mujeres, la realiza por primera vez Clara Zetkin, quien argumentaba que la opresión de las mujeres estaba diferenciada de acuerdo a su posición en el sistema productivo.

Es decir, surge una nueva forma de comprender la opresión de género en el que sobresale la tendencia marxista, socialista, socialista utópica, anarquista y ligada algunas en la socialdemocracia.² Fueron mujeres que crearon sus propios partidos a pesar que la ley se los prohibía y se lanzaron a la lucha siendo silenciadas, discriminadas y oprimidas.

Las marxistas como Clara Zetkin (1854-1933), Alexandra Kollontai (1872-1952), representan la lucha de las mujeres obreras de la época que fueron de gran importancia en la vinculación con la idea del socialismo. Sus planteamientos desmentían que hubiera una condición especial de la mujer aislada del capitalismo, sino que la opresión de las mujeres surgía de la división social del trabajo, propiedad privada y la sociedad de clases, donde converge la división sexual del trabajo, por tanto, no era posible verlo de forma 'fragmentaria' al problema social mayor.

En el capitalismo, plantean, se dan las condiciones para que se visualice la opresión de género en la familia y lo público, son los inicios de las teorizaciones en el marxismo sobre la dialéctica de la producción y la reproducción. Si bien Marx y Engels aportan en las ideas sobre la familia como un producto socio-histórico, la opresión de género en relación al surgimiento de la propiedad privada, la división social del trabajo y las sociedades de clase. Por tanto, desarticulan la visión de naturalización de la desigualdad de las mujeres en relación a los hombres, y convergen en un análisis de totalidad, que posteriormente será complementado y surgirán nuevas propuestas tanto teóricas, como prácticas. Ambos autores no se centran o no avanzan en la comprensión específica de la opresión de las mujeres en las familias proletarias.

Se trata de un análisis que determina que la condición de las mujeres es distinta según la clase y que no tiene una 'esencia pura' que deba comprenderse aislada del capitalismo. Evidencia que la opresión que surge producto de las sociedades clasistas coloca a las mujeres en una condición social desigual, y no así biológica, según los planteamientos de Engels, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Por tanto, la emancipación de las mujeres iría ligada al retorno a la vida productiva y su independencia económica. Esto provocaba la desunión con las feministas liberales, pues se enfatizaba en las diferencias de clases que separan a las mujeres.

Alexandra Kollontai avanza en el análisis y propuestas de Marx y Engels enfatizando en el espacio reproductivo como un campo que no permite a las mujeres romper con las ataduras de esclavización, mantenía una atención crítica a la

familia, la doble moral y su relación con la explotación económica y sexual de la mujer.³

"Kollontái fue una de las mujeres relevantes durante la Revolución rusa y puso en primer plano teórico la igualdad sexual y mostró su interrelación con el triunfo de la revolución" (Álvarez, s.f., p. 12). Planteaba que, en el sistema capitalista es imposible la igualdad de la mujer y el hombre y de imponer su total libertad, sino que, hay una contradicción entre la economía que "permitía su salida del hogar al trabajo productivo" y la dependencia y la falta de derechos en la familia, en el Estado y en la sociedad, es decir por las leyes burguesas vigentes, se es productiva pero ciudadana de segunda categoría.

Su participación no fue solamente teórica, sino que además ocupó el cargo como ministra en el gobierno de Lenin. A los seis meses ya planteaba su preocupación respecto el programa dirigido a las mujeres, el cual se estableció por decreto, pero que no se estaban tomando las medidas concretas contra la desigualdad de las mujeres obreras y campesinas.

Kollontai (1976) dejaba claro que esto se explica producto del caos económico por el que pasaba la Rusia socialista, lo cual provoca que las condiciones materiales no mejoren y, por tanto, en muchos casos las mujeres deban permanecer sometidas al hombre y a los oficios domésticos que la alejan de la vida productiva y su liberación. Además, enfatizaba que las disposiciones implementadas debían de ir de forma evolutiva y no imponer las nuevas instituciones, para las cuales aún la República de trabajadores y trabajadoras no contaban con la madurez de la conciencia social requerida. Se hablaba de un proceso de 'transición' que pronto se concretaría, cuando la base económica evolucionara y se consolidara en la sociedad la colectivización del trabajo y el reconocimiento de la mujer como fuerza de trabajo independiente.⁴

La misma autora y otras han planteado, con gran entusiasmo y relevancia a la Revolución rusa como un hecho que permitió la emancipación de las mujeres desde el programa del partido que se consideraba revolucionario y adelantado para su tiempo.⁵ Se llevaron a cabo acciones políticas, económicas y culturales que modificaron las relaciones y dinámicas de género dominantes de

la época de la Rusia zarista, a partir de la ruptura de lazos familiares tradicionales, confesionales y el surgimiento de un nuevo tipo de familia, que buscaba centrarse en el trabajo colectivo y la vida en comuna.

Políticas familiares, sociales y de género

Durante la dictadura del proletariado se creó el Departamento de Mujeres del Partido (*Zhenotdel*), fundado en 1919 y que tenía como objetivo infundir energía a las dispersas comisiones de la mujer del partido. Fue de gran relevancia en la lucha por el socialismo en la Rusia y tuvo importancia en la implementación de acciones para la participación de las mujeres obreras en la vida social, económica y política del nuevo orden social. Se determinaba que habría una evolución central, de la maternidad individual, a la maternidad social.

Los y las bolcheviques implementaron diferentes medidas durante el periodo de 1917-1930 que fueron de gran relevancia para las mujeres proletarias, tales como los derechos civiles que se concretaron en la igualdad ante la ley, derecho al divorcio y al aborto legal y gratuito. El Estado y la sociedad son quienes se convierten en el centro, desplazando a la familia nuclear, la Iglesia y el matrimonio.

Hasta la Revolución de Octubre, la mujer estuvo obligada legalmente a su marido, sometida a su amor, tutela, acatamiento y a ser buena ama de casa. Estaba regulada por el varón, bajo los condicionamientos de un “amor” “impuesto desde la ortodoxia cristiana” (Kollontai, 1976, p. 85). Los preceptos centrales de la revolución bolchevique fueron cuatro: la unión libre, la emancipación de la mujer a través del trabajo asalariado, la socialización del trabajo doméstico y la extinción de la familia burguesa (Goldman, 2010).

Goldman (2010) afirma que algunos temas ya venían siendo discutidos por diferentes grupos disidentes del cristianismo durante las luchas ‘religiosas’, como lo fue la cuestión de la unión libre y sus implicaciones para las mujeres. Cuestionamientos respecto a la doctrina Cristiana del

Catolicismo que pasaba por la liberalización de ‘Eva’, por lo cual se relacionaba con la familia, el matrimonio, la sexualidad, el amor. La Iglesia durante esta época acusó, quemó y excomulgó a muchas consideradas brujas y a diferentes grupos que condenó como herejes por sus planteamientos sobre el amor y la unión en libertad.

También, la cuestión sobre la situación de las mujeres y el trabajo, fueron puestos en lo público desde diferentes posturas socialistas que empiezan a surgir desde la primera mitad del siglo XIX con el socialismo utópico. En la segunda mitad de este siglo se discute en los partidos obreros generándose una especie de antifeminismo proletario, pues se consideraba que las mujeres venían a competir en una lucha por el trabajo, lo cual disminuía aún más el salario. Su incorporación como política partidaria tuvo gran recelo, oposición y expresaban las ideas y prácticas conservadoras que no aceptaban las teorías de Marx y Engels respecto a la división del trabajo por género. A la vez, fue una de las luchas que se generó en el partido bolchevique y en el campesinado que rechazaban los cambios referidos a las relaciones y dinámicas de género, que de forma sistemática pretendió la revolución incorporar.

La implantación del trabajo general obligatorio fue uno de los elementos centrales de los bolcheviques, era el centro para la emancipación de las mujeres, su ruptura con la opresión de lo doméstico que no les permitía el desarrollo como personas. Toda mujer que no acude a ser productiva y que no tiene en su familia niños-niñas de cuidado se determinaba que debía ser obligada a trabajos forzosos, tal y como se hacía con las prostitutas.

La prostitución no se consideraba un trabajo productivo que aportara a nivel social y colectivo, sino significaba para los y las bolcheviques “vivir de la ración de las demás personas”, son desertoras de la producción y, por tanto, deben ser insertadas en el trabajo emancipador. El trabajo productivo debía ser ejercido por toda la población en forma colectiva, quien se niegue a ello representa una ruptura con la sociedad que se buscaba. No se trataba de perseguir y crear leyes que las condenaran, sino de comprender las condiciones que propician que se mantengan en dicha actividad.

Entre nosotros, la prostitución está condenada a desaparecer y en nuestras grandes ciudades, por ejemplo en Moscú y Petrogrado, ya no existen en la actualidad [se refiere al periodo de 1917-1921], contraste con otros tiempos, 10 000 prostitutas, sino solamente, a lo más unos cientos. (Kollontái, 1976, p. 88)

Clara Zetkin (2011), calificaba la prostitución como una actividad propia del sistema de propiedad privada que condenaba a las mujeres a ser víctimas también de una sociedad burguesa con una moral hipócrita. Por tanto, la labor de las mujeres comunistas era organizar la vida de la prostituta, “hacer que la prostituta retorne al trabajo productivo, encontrar para ella un puesto en la economía social: a esto se reduce todo” (Kollontai, 1976, p. 88).

Sin embargo, determinaba la autora, que las mujeres continuaban en los puestos de trabajo peor pagados y que ante esto emergía una nueva forma de prostitución encubierta, una dirigida por el intercambio de comida, casa-comuna, lugar en el tren, es decir en la búsqueda de complementar el ingreso recibido que no le proveía de las condiciones materiales necesarias para una vida en colectivo, en la cual pudiera subsistir. La emancipación era la condición de trabajadora productiva, por ello la mujer debía de ser liberada del trabajo doméstico y orientada para el desarrollo de una nueva conciencia proletaria, para el surgimiento de la relación comunista entre el hombre y la mujer.

El trabajo doméstico fue visto como improductivo, al no ser parte del proceso de producción de la riqueza comunitaria, posición que era y es cuestionada por otras tendencias del feminismo, que buscan una lucha autónoma y no la desplegada de la llamada movilización mayor de clases proletarias. Para los y las bolcheviques, los derechos y la situación de la mujer estaban determinados, en última instancia, por la función en la producción, es decir su base material,⁶ pues la esclavitud de las mujeres ha sido la división sexual del trabajo, modulada, principalmente, en el surgimiento de la propiedad privada y la división de la sociedad en clases. “Formalmente, la introducción de la propiedad privada fue el punto de inflexión de un proceso en cuyo curso la mujer

quedó eliminada de lo productivo” (Kollontai, 1976, p. 11).

La ruptura con el trabajo doméstico y la vinculación con el proceso productivo significaban la emancipación de las mujeres, ya que la vida familiar las oprimía y las colocaba en una situación de dependencia del marido que podía utilizarlas como un bien privado. La familia burguesa propiciaba esta condición al sentar sus bases sobre la propiedad privada, por tanto, al colectivizarse los medios de producción y la riqueza las ‘ataduras’ de las mujeres serían extinguidas pues la función tradicional de la familia ya no tendría cabida en la nueva sociedad, donde las relaciones entre los sexos se basarían en la colectividad del trabajo y en la emancipación del comunismo (Kollontai, 1976 Goldman, 2010).

Por ello, la participación activa de las mujeres obreras y campesinas en el Ejército Rojo conformó parte del proceso de su vinculación al trabajo social productivo y tuvo según Kollontai (1976), gran relevancia para la ruptura de la dependencia que se vivenciaba desde el ser mujer proletaria y campesina. El oficio de la guerra, fue una muestra del desarrollo de la conciencia de clase y una condición material necesaria para que las mujeres se liberaran de la opresión de la familia tradicional burguesa. Ellas se movilizaron en servicios de correos, secciones sanitarias, combatientes, propagandistas y organización de cocinas. Esto les permitió ser parte de la revolución y su trabajo fue indispensable durante la lucha que llevó a la victoria de octubre en 1917.

Las mujeres debieron ir hacia los mismos intereses universales del proletariado y se relacionaban con su condición de opresión de género en el referente social de ser madres enmarcadas en la división sexual del trabajo. Las nuevas formas de vida socialista requirieron de personas cuidadoras, organización y planificación de las cantinas populares y hogares lactantes de la niñez. No se apeló a la distribución de las tareas domésticas dentro de la familia, sino a utilizar de forma razonable y planificada la inserción de la fuerza de trabajo femenina y para ello, los teóricos bolcheviques planteaban transferir el trabajo doméstico a la esfera pública (Goldman, p. 31). “Actualmente, todos los pensamientos de las obreras deben estar concentrados en la revolución proletaria”

(Lenin, en Zetkin, 2011, p. 16); y para ello se las debe liberar del trabajo ‘banal’ de lo doméstico.

En la fase de la dictadura del proletariado no es nuestra tarea conseguir la total igualdad entre los sexos, sino asegurar la incorporación razonable de la mano de obra femenina y organizar un sistema apropiado de instalaciones especiales de protección a la madre (Kollontai, 1976, p. 94).

Las tareas domésticas ya no serían de lo privado, sino que se buscó que el Estado asumiera esto como parte del nuevo orden social, donde el trabajo era colectivo y por tanto la reproducción social de la vida se convirtió en un asunto público, y ello incluía la educación de los hijos e hijas. Fue la forma de despojar a las mujeres de la opresión doméstica y su integración a la vida productiva, condición material-objetiva básica para su emancipación. Es un asunto centrado en la clase en relación con el género según los planteamientos principales de los y las bolcheviques. “No se trata de una defensa burguesa de los derechos de la mujer, sino de los intereses prácticos de la revolución” (Lenin, en Zetkin, 2011, p. 30).

Las mujeres solo serían libres a través del trabajo asalariado, es decir no había una valoración del trabajo doméstico, sino que era visto como atraso, invisible e improductivo que mantenía una opresión que no permitía la emancipación. La libertad se obtenía, en el tanto fueran productivas, y de éstos, los trabajadores y comunistas, no se podría hacer ruptura de la opresión femenina si no se articulaba a la transformación de una nueva sociedad establecida desde el socialismo bolchevique.

A la vez, los aportes de Kollontai dejaron ver la sujeción de la mujer a partir de la familia burguesa, ponía en evidencia el encierro a la que eran sometidas las mujeres a partir de la desigualdad entre los sexos, desigualdad de derechos y desvalorización de su experiencia física y emocional. “La sociedad burguesa no puede considerar a la mujer como una persona independiente, separada de la célula familiar, le es completamente imposible apreciarla como una personalidad fuera del círculo estrecho de las virtudes y deberes familiares” (p. 15).

Por ello, la importancia de transformar la familia burguesa donde la mujer no fuera obligada a depender del marido y del capital. Se tienen que librar a las mujeres de las condiciones materiales que la hacen doblemente dependiente desde la explotación y la opresión.

Otro aspecto importante y de gran relevancia fue el derecho al aborto aprobado en 1919. El origen de esta política se encontraba en el aumento desmedido de abortos clandestinos donde morían miles de mujeres. Ante esto, se plantea la necesidad de terminar con la persecución de esta práctica e institucionalizarla de tal manera que se propiciaran las condiciones para su atención.

En la nueva sociedad soviética, el derecho al aborto no fue enmarcado en el concepto de derechos reproductivos de las mujeres, sino se explicaba que la búsqueda de esta práctica era una salida ante la pobreza y la escasez en la que se encontraban cientos de mujeres obreras y campesinas. Sin embargo, a la vez, significó un gran avance en la opresión de género, con este decreto del aborto libre, gratuito y legal la Unión Soviética se convirtió en el primer país del mundo en dar la posibilidad de interrumpir el embarazo, ya que el feto no era considerado una persona con derechos, por ello las mujeres que se practicaban un aborto en cualquier periodo de su gestación estarían exentas de un proceso legal (Goldman, 2014).

El Código Integral del Matrimonio, la Familia y la Tutela, octubre de 1918 y los derechos civiles

Otra de las acciones que buscaban propiciar las condiciones objetivas para la búsqueda de la emancipación de las mujeres dentro de la revolución, fue el Código Integral del Matrimonio, la Familia y la Tutela. El joven idealista Goiknburg, disidente menchevique, fue el autor de este documento. Era una forma legal de preparar una época en la cual las cadenas de marido y mujer serían obsoletas, pero la misma norma llegaría a ser obsoleta, en la medida que cada día se socavaba la necesidad de su existencia (Goldman, 2010). Establecía una nueva doctrina basada en los derechos individuales y la igualdad entre los sexos;

abolieron las leyes establecidas contra los actos homosexuales y todas las formas de actividad sexual consensual. Dos decretos establecieron el matrimonio civil, eliminando la validez del matrimonio religioso y permitiendo el divorcio a petición de cualquiera de las personas cónyuges.⁷ Se elimina la distinción entre hijos-hijas legítimas e ilegítimas, pudiendo la mujer reclamar la manutención, aunque no estuviera casada.

Expresaba una ruptura entre la vida familiar y el matrimonio, donde las funciones que se consideraban inherentes una de la otra, era la unión de iguales en la cual cada quién tenía el control de sus bienes y su individualidad. Ambas partes se mantendrían a sí mismas, lo que implicaría la abolición de la dependencia económica de las mujeres, y con ello el avance hacia la superación de la opresión de género.

Así como el Estado proletario se extinguiría, lo harían el matrimonio y la familia, siendo instituciones de la burguesía en una sociedad asentada en la propiedad privada;⁸ esto en un periodo de transición de la dictadura proletaria. Se crearon las condiciones materiales para que el amor, y las relaciones familiares propias del capitalismo se modificaran y se implementaran relaciones sociales comunistas, por tanto, se esperaba que la ley fuera momentánea, hasta evolucionar hacia la síntesis de la contradicción entre la familia y el trabajo. Los y las bolcheviques argumentaban que solo el socialismo podría resolver la contradicción entre el trabajo y la familia.

Bajo el socialismo, el trabajo doméstico sería transferido a la esfera pública: las tareas realizadas en el hogar por millones de mujeres individuales, sin pago serán encomendadas a trabajadores pagos mediante la puesta en marcha de comedores, lavaderos y centros de cuidado infantil comunitarios. (Goldman, 2010, p. 29)

Es decir, se resuelven los conflictos entre los sexos apelando a la extinción de la familia burguesa, como una forma de evolucionar a la mujer en lo público hacia el trabajo productivo, donde éste sería el espacio para su realización, autonomía, libertad, individualidad y a la vez la de sus nuevas relaciones comunistas. Se trataba,

por tanto, de romper con la situación de la mujer producto de una sociedad burguesa en decadencia, oprimiendo a las mujeres dentro de las tareas domésticas, que tienen como objetivo 'resguardar' la propiedad privada. Es en la esfera pública que la mujer participaría como una camarada con su compañero, debía ser parte de la transformación de la cultura, la economía y la política, parte del proceso de transformación socialista (Lenin, 1973).

Era la supremacía de los hombres el problema a partir del patriarcado, pero en las condiciones sociales de producción que han subyugado y colocado a las mujeres en situaciones de opresión histórica. Las mujeres obreras no verían como enemigos y opresores a los varones, por el contrario, eran sus compañeros, porque compartían con ellos la rutina diaria y la esclavización del sistema capitalista. Están dentro de un mismo sistema marco, que los vincula y alía en una lucha común por la nueva sociedad comunista, donde la libertad y la autonomía para disfrutar de los placeres de la vida pudieran ser vivenciados y compartidos por ambos sexos (Kollontai, 2011).

Los bolcheviques ofrecían entonces una solución aparentemente clara a la opresión de la mujer. Sin embargo, sus recetas, a pesar de su sencillez aparente, se basaban en suposiciones complejas sobre las raíces y el significado de la liberación. En primer lugar pensaban que el trabajo doméstico debía ser separado casi por completo del hogar. No se volvería a dividir entre los géneros dentro del hogar. Los bolcheviques no les exigían a los hombres compartir el trabajo doméstico, sino que deseaban transferir simplemente las tareas al ámbito público. (Goldman, 2010, p. 35)

Son las condiciones objetivas para que las mujeres se insertaran al trabajo general que las llevaría a la emancipación. Las mujeres recibirían la misma educación y salario que los hombres, pudiendo concentrarse en sus propios objetivos y desarrollo individual (Goldman, 2010; Kollontai, 1976). Por tanto, el matrimonio obligatorio por la dependencia femenina a los varones, se empezaría a tornar superfluo, la necesidad económica no sería el referente para la unión entre

los sexos. El Estado asumiría la tarea del cuidado como una función social, sin importar si los hijos e hijas corresponden a un matrimonio, por tanto la categoría de ‘ilegitimidad’ no sería aplicable al nuevo orden. Hay un desplazamiento de las funciones reproductivas de la familia a la esfera de lo público, ya no son una responsabilidad privada que absolutiza el poder del padre sobre la niñez;

Las modificaciones de las formas del matrimonio y de la familia a lo largo de la historia, en dependencia de la economía, ofrecen un medio cómodo para extirpar de las mentes de las obreras el prejuicio sobre la eternidad de la sociedad burguesa. (Zetkin, 2011, p.14)

Eran los cambios que para Lenin (en Zetkin, 2011) se aproximaban, producto y en consonancia con la revolución proletaria, ya que las relaciones sexuales y el matrimonio serían parte de las instituciones que iban a evolucionar con la nueva sociedad.

La unión entre las personas sería libre bajo las bases del amor y el respeto mutuo. Para Lenin en sus discusiones con Zetkin (2011), los problemas sexuales y del matrimonio se debían a la base de la sociedad burguesa, la propiedad privada, y por tanto eran necesarios de analizar desde el marxismo y “no bajo supuestos teóricos como los de Freud que buscan justificar la moral hipócrita de la burguesía y colocan el problema social como un apéndice del problema sexual. Esto nubla las mentes, la conciencia de clase de las obreras” (p. 16).

Y esto significaba, según Lenin, que la nueva cultura no iba a surgir de forma automática de la base económica, sino que la superestructura requería de ser modificada; agregaba que el amor también necesitaba de autodisciplina y de control, pues la incontinencia en cuanto a la sexualidad desviaría la atención y la energía que se demandaban para la revolución. Es decir, una nueva moral que se centrara en la lucha por la sociedad comunista, teniendo claro que lo primero era el restablecimiento de la economía y ese proceso se haría en relación dialéctica desde la superestructura. “Pero a la vez expresaba su posición conservadora, revelando sus prejuicios victorianos en relación a la

sexualidad, justificando su posición al relacionar la promiscuidad como propia de la burguesía y su decadencia” (Goldman, 2010, p. 32).

La posición de Lenin era contraria a la de muchos de los teóricos y teóricas bolcheviques, discutía con Kollontai; ésta planteaba que el matrimonio estaría basado por el deseo mutuo de sus cónyuges, y esto es lo que determinaría el tiempo de su duración. Para ella, la moralidad es una construcción histórica, sujeta a cambios, y por tanto la nueva sociedad debía de consolidar la transformación de la moral por una comunista, basada en la libertad de amar y en la satisfacción del instinto sano y natural. A la vez, ‘chocaba’ con las discusiones de la juventud rusa donde había mucha controversia en la búsqueda de la libertad de la vida sexual y esto se convertía en un problema central, más allá de la misma lucha revolucionaria.

Para Lenin (1973) las mujeres debían participar en la nueva edificación de la sociedad socialista, el Poder Soviético, planteaba, solo puede avanzar con la participación no de cientos, sino de millones y millones de mujeres, demostrando de esta manera, la clase trabajadora, que puede edificar una nueva organización de la vida, donde la opresión de género sea superada con la praxis de las mismas mujeres. Dejaba claro que con la implementación de las nuevas leyes anteriormente mencionadas, no era suficiente, pero sí demostraba ser un avance y superaba las llamadas repúblicas democráticas que se proclamaban la igualdad, pero que en las leyes civiles y sobre los derechos de las mujeres,

[...] en el sentido de su situación dentro de la familia y en el sentido del divorcio, vemos a cada paso la desigualdad y humillación de la mujer, y decimos que esto es una violación de la democracia, y precisamente una violación de que son víctimas los oprimidos. (p. 71)

Dejando claro la relación entre democracia y derechos de las mujeres, que si bien con solamente la proclamación de la ley no es extingue la opresión, sí se convierte en una nueva herramienta de lucha para la emancipación femenina. Con esto, no se quiere decir que se agota la

lucha, sino es el inicio de un proceso que debía de avanzar conforme se elevaba la revolución a un nivel superior.

No basta con las condiciones materiales, se requiere la superestructuración de acciones prácticas que conlleven a cambios en los distintos espacios donde las mujeres se insertan y transversa la división socio-sexual del trabajo que pretende oprimir basada en una división desigual por género a las mujeres.

Conclusiones

Muchas de las medidas que se toman en la revolución significaron una novedad para la lucha de las mujeres. Si bien, existen diversas críticas respecto a la no autonomía del movimiento de mujeres en relación al partido, lo cierto es que dichas acciones políticas implementaron cambios en las dinámicas y relaciones de género al ser parte sistemática de la política revolucionaria que consolidaron importantes derechos para las mujeres.

Algunos de estos cambios tuvieron que enfrentarse al caos económico producto de la guerra civil y pobreza a la que eran sometidas miles de mujeres. Brindar los derechos formales sin las condiciones materiales repercutía de forma negativa en la opresión femenina, pues se podían divorciar, pero 'optar' por su propia autonomía económica no era posible en una sociedad donde el desempleo era alto, especialmente para las mujeres, son las contradicciones de lo formal y lo objetivo (Goldman, en Murillo, 2014). La liberación femenina no fue posible solamente con una ley que era creada con la intención de extinguirse ella misma con el avance de las fuerzas productivas.

Una vez que el régimen de Stalin se impuso, la mayor parte de estas políticas tuvieron un retroceso; si bien las mujeres salieron a trabajar fuera del hogar por los procesos acelerados de industrialización, a la vez se propiciaba y alentaba la división socio-sexual del trabajo tradicional, Goldman, en Murillo (2014), llama a esto un Estado híbrido en cuanto a la participación de las mujeres en lo productivo y lo reproductivo. Una

de las grandes 'pérdidas' fue la criminalización del aborto en 1936 (Mujer y revolución, 2006), anulando la autonomía de las mujeres y negando su atención de la salud sexual y reproductiva.

El gran aporte de la revolución fue ser uno de los hechos que propició la organización y lucha internacional de las mujeres. Permitió que las trabajadoras se cuestionaran el lugar asignado y la posición de subordinación y opresión, configurándose nuevas 'trincheras de lucha' al buscar otros espacios y estrategias para hacer concretas sus necesidades e intereses desde objetivos estratégicos.

Sin embargo, respecto a este tema hay otras medidas que se llevaron a cabo y habría que profundizar para completar lo que Goldman (2010) ha llamado, la política de la vida social y familiar en la nueva sociedad revolucionaria.

Notas

1. [...] Este formidable medio para ahorrar trabajo y trabajadores se convierte, pues, desde el primer momento, en un recurso para aumentar el número de los asalariados colocando a todos los miembros de la familia obrera, sin distinción de edad ni sexo, bajo la dependencia directa del capital (Marx, 2014, p. 352).
2. Son los socialistas utópicos los primeros en abordar el tema de la mujer, apelan a la no sujeción económica de las mujeres y las diferencias. Sobre sale Flora Tristán con su obra Unión Obrera (1843), donde dedica un capítulo a determinar que todas las desgracias del mundo son producto de la discriminación, opresión y explotación de las mujeres. Además, también pensadores como Saint-Simón apelaban al agotamiento espiritual de los varones y que por tanto la salvación de la humanidad solo podía provenir de lo femenino. Su importancia radica en la búsqueda de la transformación de la institución familiar, considerando el matrimonio y el celibato como opresivos (Álvarez, sf, p.11).
3. Teniendo las feministas burguesas un capital simbólico que atraía a las mujeres obreras ante sus luchas, sobre todo centrada en el sufragio, la educación, provoca que las socialistas deban realizar sus acciones dirigidas a romper esa alianza para platear la especificidad de las mujeres proletarias, darle un carácter de clase al movimiento feminista (Kollontai, 1976).

4. Para Lenin la importancia de las mujeres radica en la necesidad de conquistar estas masas, porque de lo contrario, puede ser que los contrarrevolucionarios hagan que éstas actúen contra los bolcheviques. Era una masa que debía ser incorporada a la transformación de la sociedad hacia el comunismo, sus problemas eran importantes de ser incluidos como parte del apoyo que se requiere para consolidar el poder desde la dictadura del proletariado (Zetkin, 2011).
5. El Partido Bolchevique es el único que proporciona al movimiento femenino comunista internacional valiosas fuerzas, instruidas y probadas, siendo al mismo tiempo un gran ejemplo histórico (Zetkin, 201, p. 6).
6. Comprendiendo que lo económico es el elemento general que brinda las posibilidades que serán resueltas en lo político, en las heterogéneas luchas sociales que convergen en contextos históricos donde se entrecruzan de forma contradictoria distintos intereses. Es decir, los seres humanos son dotados de conciencia, actúan movidos por la reflexión o la pasión persiguiendo determinados fines en ciertas condiciones materiales que se concretan en sus praxis (Engels, 1975; Engels, 2014).
7. Antes de la Rusia revolucionaria era casi imposible divorciarse. La Iglesia Ortodoxa consideraba el matrimonio como algo sagrado. Solo los hijos-hijas dentro del matrimonio tenían reconocimiento y tenían amparo legal. Ni los más progresistas juristas se plantearon durante la Rusia del Zar la igualdad entre la mujer y el hombre (Goldman, en Murillo, 2014).
8. El ideal de la posesión absoluta, de la posesión no sólo del “yo” físico, sino también del “yo” espiritual por parte del esposo, del ideal que admite una reivindicación de derechos de propiedad sobre el mundo espiritual y emocional del ser amado es un ideal que se ha formado totalmente, y que ha sido cultivado igualmente por la burguesía con el fin de reforzar los fundamentos de la familia, para asegurarse su estabilidad y su fuerza durante el período de lucha para la conquista de su predominio social (Kollontai, 2011, p.12).

Bibliografía

- Alvarez, A. (S.f.). *Los feminismos a través de la historia*. En: *Mujeres de socialismo libertario*. Taller de reflexión, estudio y discusión. Feminismo como lucha social, autonomía y revolución. Historias, debates y desafíos. Cuadernillo 1. Buenos Aires, Argentina.
- Carrasco, C. y Petit, M. (2009). *Mujeres trabajadoras y marxismo: Un debate sobre la opresión*. San Pablo: Editora Lorca.
- Engels, F. (1970). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Moscú: Editorial Progreso.
- . (1975). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente.
- . (2014). *Anti-Duhring. La revolución de la ciencia por el señor Eugen Durhring*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Hobsbawm, E. (1996). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Kollontai, A. (1976). *La mujer en el desarrollo social*. Barcelona: Editorial Guadarrama.
- . (1979). *Sobre la liberación de la mujer* (seminario de Leningrado 1921). España: Editorial FONTAMARA S. A.
- . (2011). Extractos de: *Los fundamentos sociales de la cuestión femenina y otros escritos*. En: <http://www.marxists.org/espanol/kollontai/1907/001.htm>
- . (2011). *Las relaciones sexuales y la lucha de clases*. En: <http://www.marxists.org/espanol/kollontai/1911/001.htm>
- Goldman, W. Z. (2010). *Las mujeres, el Estado y la revolución: Política familiar y vida social soviéticas 1917-1936*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Lenin, V. I. (1973). *Obras escogidas. Tomo X (1919-1920)*. Moscú: Editorial Progreso.
- . (2012). *El Estado y la revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Murillo, C. (2014). Entrevista a la historiadora Goldman, Wendy Z, sobre las mujeres en la Revolución rusa. En: *Mujer y revolución*.
- Zetkin, C. (2011). *Sobre la emancipación de la mujer: Recuerdos sobre Lenin* (fragmento). Traducido de acuerdo con el texto del libro de Clara Zetkin *Recuerdos sobre Lenin* (Editorial del Estado de la Literatura Política, 1955), págs. 40-65.

Adriana Monge Arias. Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente. Licenciatura en Trabajo Social.
(monge.adriana@gmail.com)

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018

Aldo Casas

1917 – Revolución rusa – 2017

Resumen: *La Revolución de 1917 analizada como proceso revolucionario ‘permanente’. El poder soviético debía conducir una transición socialista basada en la alianza de obreros y campesinos y el desarrollo de otras revoluciones obreras en Europa. La Guerra Civil y el cerco hostil enfrentaron a la Revolución con imprevistas dificultades. La fuerza inspiradora del acontecimiento no debe inhibir su análisis crítico.*

Palabras clave: *Revolución. Socialismo. Soviets. Alianza obrero-campesina. Burocracia.*

Abstract: *The 1917 Revolution is to be analyzed as a ‘permanent’ revolutionary process. The Soviet power should have led a socialist transition based on an alliance of workers and peasants, as well as the development of other European worker’s revolutions. The Civil War and hostility made the Revolution face unseen difficulties. The inspiring strength of the historical event should not inhibit its critical analysis.*

Keywords: *Revolution. Socialism. Soviets. Worker-peasant Alliance. Bureaucracy.*

Hace cien años, entre febrero y octubre de 1917 (según el calendario juliano, utilizado en Rusia por entonces) se inició en el inmenso territorio que ocupaba el imperio zarista un proceso revolucionario que conmovió el equilibrio del mundo y se convertiría en un factor activo, ideal y materialmente, de la historia contemporánea. Más precisamente, del período que Eric

Hobsbawm (1995), con agudeza y oficio de historiador, acotó y llamó ‘el corto Siglo XX’.

El aniversario motiva una nueva andanada de libros, artículos, conferencias y congresos que recogen, rediscuten y engrosan con nuevos títulos la ya imponente literatura referida a la Revolución de 1917, al auge y colapso de la URSS y a la desaparición del comunismo en el horizonte político de nuestros días. El *mainstream* de tan abundante producción abona la idea de que la derrota o fracaso del antiguo ‘campo socialista’ sería la irrefutable prueba de que ‘no hay alternativa’ al capitalismo. Fatalismo que, en cierto modo, afecta también, a gran parte de lo que se produce desde la izquierda: algunos sostienen que la frustrada experiencia impone reducir las aspiraciones de cambio a una ambigua ‘radicalización de la democracia’ sin contenido de clase, en tanto otros evocan el centenario de un modo que linda con lo nostálgico o con un culto supersticioso que venera viejos instrumentos políticos emancipadores hipostasiados y un puñado de teoremas de incierta vigencia. Pareciera que, ante el agotamiento de una matriz política centenaria y una crisis del capital de dimensiones sistémicas y civilizatorias, no se supiera hacer otra cosa que anclarse en las viejas certezas y apelar a los recursos litúrgicos.

Este ensayo propone una conmemoración *irreverente*, aunque respetuosa, de aquella heroica y admirada revolución bajo cuya influencia nos educamos y formamos políticamente. Entiéndase que las críticas que aquí se expresan, constituyen también una *autocrítica*. Porque el irrenunciable horizonte del comunismo y la emancipación humana exigen fidelidad a la máxima del joven

Karl Marx que decía (cito de memoria) “la primera obligación de la crítica es criticarse a sí misma”.

1. La revolución, de febrero a octubre

En febrero de 1917, una insurrección popular condujo a la abdicación del Zar Nicolás II, luego de que fracasara el intento de aplastar la rebelión con el Ejército. La casi inexistente cuarta Duma,¹ tras desalentar la entronización de algún otro miembro de la dinastía de los Romanov, improvisó (con antiguos funcionarios y militares zaristas, representantes de la burguesía liberal y algún izquierdista ‘moderado’) un primer *Gobierno Provisional*. Éste contaba con el respaldo de los gobiernos de la Entente,² pero nació sin programa ni autoridad. Sólo los unía la voluntad de continuar con la guerra y evitar que el poder cayera en las calles, en donde la movilización había asumido una expresión político-institucional: los *Soviets de diputados obreros y soldados* (con el tiempo, también se conformarían *Soviets de diputados campesinos*).

La tensa coexistencia entre ambas instituciones y poderes sólo podía mantenerse en tanto las fuerzas políticas que dirigían a los Soviets (Socialistas populares o *trudoviques*, Socialistas revolucionarios o *eseristas* y Social Demócratas *mencheviques*) apoyaran al Gobierno Provisional. Ese apoyo llegó al punto de incorporar seis ministros, conformando un *Gobierno de Coalición* con los Kadetes, en el cual Kerensky fue la figura principal. Pero el colaboracionismo de los dirigentes chocaba con el carácter sustancialmente democrático de los sóviets: allí se expresaban directamente las voces y exigencias de los soldados que en el frente se amotinaban o desertaban, de los trabajadores que manifestaban, hacían huelgas y ocupaban empresas exigiendo medidas de urgencia contra el paro y el hambre, y de los campesinos que reclamaban las propiedades de los terratenientes. A la impaciencia y alarma por la catástrofe económica se sumaba el peligro de un golpe militar de extrema derecha.

Aquella paradigmática situación de ‘doble poder’ en realidad no conformaba a nadie: León

Trotsky llegó a escribir que era más bien una ‘doble impotencia’ (Trotsky, 1976, p. 28). Por eso mismo la exigencia de ‘Todo el poder a los Soviets’ –que el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (*bolchevique*) no inventó, pero supo recoger y proponer como tarea– terminó por imponerse. Los partidarios del ‘bolchevismo’, que eran 5000 a comienzos de 1917, llegaron a ser 250.000 en el verano de ese mismo año, fortalecidos no sólo cuantitativa, sino también cualitativamente con la incorporación de León Trotsky y el *Comité Interdistrital*³ (Haupt, 2017). Los bolcheviques contribuyeron a la derrota del golpe del General Kornilov y pasaron –no sin fuertes discusiones internas en torno a la oportunidad, el cómo y el cuándo de la acción– a organizar la insurrección que el 24 y 25 de octubre derrocó al Gobierno de Coalición. Los adversarios políticos de Lenin y Trotsky denunciaron ‘un golpe de Estado’, pero fue una insurrección preparada *políticamente* a través de la prensa, con actos en las calles, fábricas, cuarteles y acalorados debates en el Soviet... Adoptando, claro está, los recaudos conspirativos y militares necesarios para actuar en el instante preciso y alcanzar la victoria con un mínimo de víctimas.

2. ¿Dos revoluciones o un proceso revolucionario?

El brevísimo relato anterior ilustra las diferencias que existieron entre la primera e inesperada irrupción revolucionaria de las masas (Revolución de Febrero) y la cuidadosamente preparada insurrección que instauró el gobierno de obreros y campesinos (Revolución de Octubre). Mucho se ha escrito sobre estas ‘dos revoluciones’, comenzando por Lenin y Trotsky que eran, además de experimentados ‘revolucionarios profesionales’, prolíficos ‘intelectuales orgánicos’ que acompañaban la acción con la reflexión teórica y la difusión de sus ideas a través de discursos, periódicos y libros. Para ellos, se trataba de caracterizar la articulación compleja entre las luchas de clases y las expresiones políticas que las mismas asumían, para definir orientaciones tácticas y/o militares de intervención en esos

momentos excepcionales y decisivos cuyo desenlace condiciona en gran medida el posterior curso de los acontecimientos: se trataba de dominar, en palabras de Lenin, el “arte de la insurrección”.

Pero las referencias al ‘calendario’ ruso de 1917 y la canonización de ‘las dos revoluciones’ terminó convirtiéndose en un corsé interpretativo que presenta ambas insurrecciones como si fuesen revoluciones diferentes o distintos tipos de revolución,⁴ violentando así la unidad dialéctica del proceso revolucionario y dejando en un segundo plano la elaboración más importante y original de esos mismos dirigentes: el carácter ‘ininterrumpido’ (Lenin) o ‘permanente’ (Trotsky) de la Revolución rusa. Caracterización que no estaba referida solamente al curso de los acontecimientos entre ‘febrero’ y ‘octubre’,⁵ sino a la dinámica más general del proceso revolucionario, atendiendo tanto a la evolución de la alianza obrero-campesina (incluyendo las tensiones en el seno de la misma) como a la relación entre la revolución en Rusia con el desarrollo de la revolución socialista en otros países de Europa, especialmente Alemania.

El proyecto revolucionario de Lenin surgió de un análisis de las relaciones de fuerza y el afán de eficacia, más que de consideraciones doctrinarias: el protagonismo de los obreros y soldados organizados en Soviets, que eran también un instrumento de alianza con el inmenso campesinado ruso y, sobre todo, la crisis del conjunto del sistema imperialista del que la Gran Guerra era manifestación, lo llevaron a sostener que la Revolución rusa podía ser punto de partida y base de la revolución mundial, en cuyo marco incluso en la atrasada Rusia pasaba a estar planteada la lucha por el socialismo. De esta caracterización se derivaba una combinación (flexible) de tareas, dirigidas a implantar el poder soviético y asumir los desafíos de la transición socialista en Rusia y, al mismo tiempo, hacer todos los esfuerzos para el triunfo de la revolución en algunos países avanzados de Europa (Haupt, 2017; Louca, 2017).

Pero es importante advertir que la victoriosa insurrección de octubre fue en gran medida preparada por el curso de la lucha de clases, la autoactividad de las masas y su educación política en el marco de los Soviets y Comités de fábrica durante los meses previos, y no debe ser atribuida

solamente a la decisión y clarividencia del bolchevismo. El mérito mayor de Lenin, Trotsky y otros⁶ fue, en todo caso, aplicar con decisión una línea política elaborada en forma colectiva, y con muchísimas polémicas⁷ no sólo en el Comité Central (Boffa, 1972), sino involucrando a toda la organización y muy especialmente a los militantes con representatividad en organismos de masas (Vazeilles, 1971). Cabe insistir, asimismo, que la conquista del poder en octubre no puede ser presentada como el triunfo y culminación de la revolución, sino como *primer paso* en un largo y complejo camino: ayudar a desplegar lo que Marx llamara ‘el alma social de la revolución’ y no sólo en Rusia sino internacionalmente.

La narrativa que presenta febrero de 1917 como una ‘revolución a medias’, redimida y justificada *a posteriori* por una genuina revolución, que sería la de octubre, distorsiona hasta hacer irreconocible la realidad de la revolución, su dinámica relación entre la movilización popular, las cambiantes formas y grados de autoorganización y el rol de los comunistas. Aquella primera sublevación que terminó con siglos de autocracia tuvo como sello distintivo la irrupción de las masas populares, las más plebeyas, en una escala jamás vista. *Millones* de actores sociales aportaron originales coreografías políticas. La huelga y manifestación de las mujeres el 23 de febrero de 1917, reclamando pan y el regreso de los combatientes, que prendió la chispa ‘que incendió la pradera’. Los soldados, obligados primero a disparar contra la multitud, que luego se negaron a obedecer las órdenes y enviaron sus diputados al Sóviet. La inmediata recuperación por el proletariado de Petrogrado y Moscú de aquella experiencia de auto-organización de 1905, convertida ahora en *Sóviets de diputados obreros y soldados*, que le confería legitimidad político-social y fuerza material sin precedentes. La revolución también sacudió y trastocó el mundo intelectual y artístico abriendo un período de febril productividad y experimentación en todos los terrenos. El estallido tuvo tal magnitud que su eco llegó hasta las aldeas de la Rusia profunda.

Estos anónimos hombres y mujeres, sobreponiéndose a siglos de opresión y a la carnicería de la guerra inter imperialista, fueron capaces de imprimir a su movilización el carácter de una

revolución social *en acto* y fueron los más decididos de ellos quienes empujaron a los bolcheviques a la toma del Palacio de Invierno. Porque querían barrer con todos los restos de la autocracia, poner fin a la guerra, quitarle las tierras a la Nobleza y la Iglesia Ortodoxa y superar la catástrofe económica, debieron forjar, en un áspero combate, la esperanzada voluntad de cambiar el mundo y cambiar la vida. La Revolución rusa fue profundamente *plebeya* y *diversa*, porque en ella confluyeron tres afluentes: la revolución de la *clase obrera* relativamente reducida pero muy concentrada en algunas ciudades y centros productivos, la revolución del inmenso *campesinado* donde se conjugaban el atraso y la miseria extrema con una vieja tradición de rebeliones agrarias abonadas por la prédica del *populismo* y, por último pero no en importancia, la revolución de las *nacionalidades oprimidas* contra la ‘cárcel de pueblos’ que era el imperio zarista.

El mérito de los bolcheviques fue tratar de articular tan inmensas y disímiles fuerzas, ponerse al frente de la desmesurada empresa y, aportándole una perspectiva profundamente internacionalista, concebirla como parte del desarrollo de la revolución socialista en Europa y especialmente en Alemania. No se equivocaba Rosa Luxemburgo, la más ilustre y crítica defensora de la Revolución rusa, cuando escribiera desde la cárcel (¡en 1918!) estas clarividentes líneas:

En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial [...] suyo es el inmortal galardón de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia

solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al “bolchevismo”. (1976, p. 202)

3. La revolución después de octubre

La insurrección que cerró el período de febrero a octubre, abrió un segundo capítulo de la Revolución rusa, mucho más controvertido (aunque no más, ni mejor conocido): el de la conformación del poder soviético, sus primeros pasos así y el trauma brutal que representó la Guerra Civil.

Cuando se reunió el *Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia*, el 25 de octubre de 1917, el Gobierno Provisional ya había sido depuesto, aunque algunos de sus ministros intentasen todavía resistir en el Palacio de Invierno. Las furiosas protestas de mencheviques y eseristas de derecha contra lo que denunciaban como ‘golpe mortal contra la revolución’, no impidieron que el Congreso comenzara a sesionar. Bolcheviques, mencheviques internacionalistas y eseristas de izquierda propusieron que la Mesa que debía conducir los debates fuera designada en base al criterio de proporcionalidad, y la elección puso en evidencia que una sólida mayoría de los delegados apoyaba la insurrección. Luego de agotadoras discusiones, y como conclusión de la jornada, Lunacharski leyó el *Llamamiento a los obreros, soldados y campesinos*, en el que se anunciaba un nuevo régimen estatal:

“El gobierno provisional ha sido depuesto. El Congreso toma el poder en sus manos”. El gobierno soviético propondrá una paz inmediata, entregará la tierra a los campesinos, dará un estatuto democrático al ejército, establecerá un control de la producción, convocará en el momento oportuno la Asamblea Constituyente, asegurará el derecho de las naciones de Rusia a disponer de sí mismas. “El Congreso decide que todo el poder, en todas las localidades, es entregado a los soviets”. (Trotsky, 1985, p. 457)

En la segunda la sesión, entre la noche del 26 y la madrugada del 27, el Congreso designó un nuevo gobierno que adoptó el nombre de *Soviet de Comisarios del Pueblo*, presidido por Lenin. Y se promulgaron una serie de trascendentales decretos: *Sobre la paz* (inmediato armisticio con Alemania, llamamiento a todos los gobiernos a una paz libre, democrática y sin anexiones, terminar con la diplomacia secreta); *Sobre la tierra* (nacionalización y reparto de los latifundios, abolición sin indemnización de la gran propiedad); *Sobre las nacionalidades* (reconociendo su derecho a la autodeterminación); *Sobre el control estatal de empresas y banca* (que anunciaba también el desconocimiento de la deuda externa de Rusia); *Convocatoria a Asamblea Constituyente*. Los decretos ganaron inmensa popularidad, y dieron tal legitimidad al nuevo gobierno que, cuando el 6 de enero de 1918 la Asamblea Constituyente (donde los bolcheviques eran minoría) se negó a ratificarlos, el poder soviético procedió a disolverla sin encontrar mayores resistencias. Los *eseristas*, el partido con mayor respaldo en el campesinado, habían quedado aislados y fueron completamente incapaces de movilizar a su antigua base, porque el decreto sobre la tierra había dado un nuevo y formidable impulso a la movilización revolucionaria de los campesinos⁸ que se lanzó a ocupar las tierras en manos de la Nobleza y la Iglesia Ortodoxa.

Apenas conformado el nuevo gobierno, Lenin comenzó su intervención con una frase tan simple como firme: “Ahora, vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista”. Para eso había que terminar con la guerra, y por eso, continuó Lenin “El gobierno obrero y campesino creado por la revolución [...] propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos el inicio inmediato de las negociaciones para una paz justa y democrática”. Rusia no estaba en condiciones de plantear ningún *ultimátum*, pero Lenin sostuvo que la negociación con los gobiernos debía ser pública y en términos tales que fuesen un llamado a la movilización de los pueblos de Europa, diciendo: “todas nuestras esperanzas están puestas en que nuestra revolución desencadenará la revolución europea. Si los pueblos sublevados de Europa no aplastan al

imperialismo, nosotros seremos aplastados, sin lugar a dudas” (Trotsky, 1985, pp. 471-472).

Se acordó un inmediato armisticio con Alemania que ésta rápidamente desconoció: en febrero de 1918 relanzó la ofensiva, las tropas rusas se desbandaron sin lucha y en marzo Rusia se vio obligada a firmar por separado un acuerdo de paz con Alemania y en los términos ominosos que ésta le impuso. El acuerdo de Brest-Litovsk, representó un duro golpe para la revolución, con un enorme costo político y económico.⁹

Para colmo de males, ya para ese entonces la contrarrevolución había desatado la Guerra Civil, que debió librarse sobre un extenso territorio y en varios frentes, hasta 1920. La acción concertada de una oposición muy heterogénea pero que militarmente se concentró en los *Ejércitos Blancos*, dirigidos por antiguos generales zaristas, contó con la colaboración en armas, logística e incluso tropas de catorce Estados capitalistas empeñados en aplastar a la revolución (Alemania, Francia, Inglaterra, Rumania, Checoslovaquia, Turquía, Japón...). Durante tan prolongado y penoso combate, avances, retrocesos y bruscos cambios de frente, y hubo momentos en que la situación llegó a ser desesperante y el territorio efectivamente controlado por el gobierno soviético era poco más que el del antiguo principado de Moscú, e incluso allí la situación era inestable¹⁰ (Dullin, 1994).

Para defenderse, la revolución debió ‘inventar’ casi desde la nada al *Ejército Rojo*. Fue creado en enero de 1918 y se constituyó un Consejo Militar Revolucionaria comandado por Trotsky en su calidad de *Comisario del pueblo de Asuntos Militares y Navales*. Inicialmente se apeló a la incorporación voluntaria, y decenas de miles de militantes comunistas abandonaron sus trabajos y actividades normales para marchar al frente, pero fue necesario restablecer la conscripción obligatoria (abril de 1918). El Ejército Rojo llegó a tener más de cinco millones de efectivos, con disciplina, grados militares y el novedoso principio del ‘doble comando’, con antiguos oficiales (‘Especialistas Militares’) políticamente supervisados por comunistas (‘Comisarios Militares’). Se movilizaron todos los recursos humanos y materiales necesarios para afrontar la guerra, y como el mismo Trotsky dijera, se debió literalmente “saquear a Rusia” para sostener el esfuerzo

de guerra.¹¹ Finalmente, la contrarrevolución fue derrotada en todos los frentes: las últimas tropas de los *Blancos* fueron aplastadas en noviembre de 1920. Aunque ese mismo año, la invasión lanzada por Pilsudski contra Rusia impuso al Ejército Rojo un esfuerzo más: la ‘campana polaca’. Esta operación militar, inicialmente defensiva, fue convertida luego en una contraofensiva que esperaba alentar el levantamiento de los trabajadores polacos contra su gobierno bonapartista y, muy especialmente, ‘llegar a Berlín’ en auxilio de la tan esperada revolución en Alemania. El intento terminó en un completo fracaso, cuando los polacos detuvieron el avance del Ejército Rojo a las puertas de Varsovia (Trotsky, 2006).

4. El *impasse* de la revolución

La agresión contrarrevolucionaria fue derrotada, el gobierno soviético y ‘la patria soviética’ sobrevivieron, pero a un costo terrible. En la Guerra Mundial, Rusia había perdido 1,8 millones de hombres y alrededor de 1 millón de vidas fueron sacrificadas en la Guerra Civil, pero las bajas civiles fueron mucho mayores: 1,5 millones durante la Guerra, 8 millones en la Guerra Civil (por hambre, frío y epidemias, agravadas por la severa sequía arrasó el campo en 1921). Entre 1 y 2 millones emigraron (Dullin, 1994, p. 20).

Los costos sociales y políticos son mucho más difíciles de estimar y tuvieron muy diversas dimensiones. Las ciudades se despoblaron y al finalizar el conflicto armado Rusia era mucho más campesina que antes. El número de obreros quedó reducido a 1 millón (cuando en 1914 eran 3 millones), debido al cierre de fábricas, pero también por la incorporación de muchos de ellos al Ejército y al aparato del Estado. El poder soviético quedó prácticamente suspendido en el aire por la pérdida de su base social y se consideró entonces no sólo posible sino obligatorio que el PC *sustituyera* a la clase obrera para ejercer en su nombre la dictadura del proletariado. El campesinado, que había acompañado a los bolcheviques cuando decretaron la distribución de las tierras, para sufrir casi inmediatamente la violenta expropiación de todo lo que producían, una vez

derrotados los Blancos pasaron a enfrentar las requisas de ‘los comunistas’ en lo que amenazaba convertirse en una nueva guerra campesina. Por otra parte, la satisfacción por haber contribuido a salvar ‘la patria soviética’ se mezclaba con el cansancio y el rechazo a los métodos de ‘los Comisarios’ y cuadros comunistas que tras su heroico desempeño con el Ejército Rojo se reincorporaban a la vida civil con métodos de ordeno y mando que no podían dejar de generar rechazo.

Para triunfar, los bolcheviques debieron responder al terrorismo y la salvaje violencia de los *Ejércitos Blancos*, con una violencia también extrema.¹² El contexto histórico contribuía a la naturalización de las prácticas macabras utilizadas por combatientes (de ambos bandos) que habían pasado por la ‘escuela’ de la Gran Guerra. Pero contextualizar no significa justificar y mucho menos enaltecer decisiones éticamente deleznable y políticamente dañinas y mucho menos que se las siguiera utilizando tras la Guerra Civil. El Terror Rojo institucionalizado por el Estado obrero, la *Cheka* (*Comisión Extraordinaria de Combate a la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje*) facultada para detener, torturar, juzgar sumariamente, condenar e incluso asesinar sin control ni supervisión, la utilización indiscriminada del calificativo de ‘contrarrevolucionario’ contra cualquier opositor, crítico o disconforme, toda esta deriva autoritaria disminuyó la autoridad política y moral de los comunistas.

También en el terreno económico se incurrió en graves errores. Apenas instalado el gobierno soviético, las medidas contra la propiedad privada de los medios de producción habían sido cautelosas. Se dispuso inicialmente la nacionalización y distribución en usufructo de la tierra a los campesinos, se nacionalizó la banca, se desconoció la deuda externa contraída por el zarismo y el depuesto Gobierno de coalición, pero desde el gobierno se alentó el *control obrero* más que la expropiación de las fábricas. Habían sido los mismos capitalistas, abandonando o descapitalizando sus empresas, quienes desencadenaron una dinámica de nacionalizaciones impuestas “desde abajo”. Pero iniciada la Guerra Civil y en respuesta a la agresividad de la contrarrevolución, dando un brusco giro, se decretó el ‘Comunismo de guerra’ y con él la estatización casi total de la

economía y el manejo centralizado de sus distintas variables por la VNSK (*Consejo Superior de la Economía Nacional*), con una ineficiencia de catastróficas consecuencias. La industria terminó de desmoronarse. El Estado asumió la asignación racionalizada de los alimentos y bienes más indispensables, pero para poder hacerlo y sobre todo para abastecer al Ejército, se procedió a la violenta requisita de toda la producción agrícola.¹³ Presentar este tipo de medidas como si fuese *El ABC del comunismo* (título de un famoso libro de Bujarin y Preobajensky) es descabellado. Sin embargo, Lenin recién admitió que se había tratado de ‘un error’ en 1921.

Sería completamente equivocado ignorar que el rumbo adoptado fue, en gran medida, una desgraciada consecuencia de circunstancias extremas. En muchos casos, tal vez fueran inevitables. Pero no puede ignorarse que fueron adoptadas y justificadas en nombre de políticas erróneas que deformaron la concepción y la práctica del *gobierno obrero-campesino* y la *dictadura del proletariado* (términos a veces utilizados como sinónimos y sin mayores precisiones) llevando a la teoría y práctica del ‘Partido único’. Es verdad que las vacilaciones y contradicciones de quienes eran los posibles aliados (eseristas de izquierda, mencheviques internacionalistas y anarquistas) hacía muy difícil conformar un gobierno de coalición de los partidos soviéticos, y que la breve experiencia pluralista con eseristas de izquierda en el gobierno terminó muy mal, por responsabilidad de estos últimos. Pero la ‘solución’ que se encontró al problema fue peor aún: el Partido Comunista reivindicó y reclamó el monopolio del poder y se impuso el criterio del partido único. Se argumentó que el PC era único representante de la totalidad de la clase obrera, y debía ejercer la dictadura en su nombre. El *sustitutismo* dio un paso más cuando se convirtió a los Soviets (concebidos inicialmente como organismo de poder con funciones deliberativas y ejecutivas) en instituciones formales limitadas a endosar resoluciones adoptadas por los órganos del Partido. Paralela, y aceleradamente, el Estado reconstruyó un aparato burocrático (¿6 millones de funcionarios al terminar la Guerra Civil!), con el que pasó a confundirse el mismo aparato del Partido.

Finalizada la guerra civil, hubiera sido necesario corregir rápidamente los errores cometidos, restablecer la democracia soviética, subsanar los abusos cometidos y reconstruir la imprescindible alianza obrero-campesina, ajustando las medidas y el ritmo de la transición socialista a las condiciones que impusiera el momentáneo aislamiento de la revolución en Rusia y a lo que permitieran la movilización y autoorganización de obreros y campesinos. Nada de eso se hizo, y la consecuencia fue la crisis general de 1921: teniendo como telón de fondo de la desarticulación de la economía, se agravaron las revueltas en el campo, se desató una ola de huelgas en las ciudades y, como máxima expresión de tanto descontento, los marineros de la base de Kronstadt, reconocidos en 1917 por ser ‘la gloria y el honor de la Revolución’ se levantaron contra el gobierno, proclamaron la *Comuna de Kronstadt* y reclamaron una regeneración del poder soviético lanzando la explosiva consigna de ‘Soviets sin comunistas’. El levantamiento de Kronstadt fue ahogado en sangre, argumentando que se trataba de un motín organizado por los Blancos y la contrarrevolución.¹⁴

Pero Lenin no cerraba los ojos a la realidad. Estuvo totalmente a favor de aplastar la Comuna de Kronstadt porque estaba convencido de que ese ejemplo podía erigirse en una amenaza letal al monopolio político del PC, pero al mismo tiempo reconoció que el verdadero problema a enfrentar estaba en otra parte. Y en el mismo X Congreso del PC (que estaba sesionando cuando se produjo el levantamiento, y se reanudó una vez sofocada la rebelión) Lenin insistió en que lo más grave y peligroso era la crisis general de la revolución, el profundo descontento existente entre los trabajadores y sobre todo en el campesinado. Para conjurar estas amenazas se lanzó una batería de dispares medidas que recibieron el nombre de *Nueva Política Económica*.

Lenin reconoció que la NEP era, lisa y llanamente, un transitorio ‘repliegue’, impuesto por la necesidad de superar la catástrofe económica y también por el cambio que se había producido en la situación internacional¹⁵ (Broquen, 1973). Para salir del marasmo económico se hicieron importantes concesiones al campesinado, se introdujeron mecanismos de mercado y se postuló una especie de ‘capitalismo de Estado’ que debía estar

encuadrado por el ‘sector socialista’ de la economía y el poder soviético. A sabiendas que ese tipo de medidas generaría presiones de uno y otro lado y se agravarían las tensiones, rivalidades, el ‘carrerismo’ y las cliques ya existentes en el Partido e incluso en la máxima dirección, Lenin quiso imponer la unidad (y control) del partido con medidas disciplinarias y organizativas. Se reforzó el control sobre los sindicatos, se crearon organismos para controlar el aparato estatal (que terminarían agravando la burocratización), se llamó a excluir a los oportunistas que ingresaban al partido para obtener ventajas personales. Pero lo más importante, y lo más grave, fue que se intentó mantener la disciplina restringiendo la democracia interna del Partido, prohibiendo la conformación de tendencias y ordenando la inmediata disolución de las ya existentes (la *Oposición obrera* y la *Tendencia del centralismo democrático*). ¡Y se incrementaron los poderes ya inmensos del Comité Central, que paso a tener facultades que lo colocaban por encima de la autoridad del Congreso del Partido!

El resultado de todas estas medidas, independientemente de los motivos e intenciones que pudo tener Lenin, fue tremendamente contradictorio. Se logró una importante recuperación de la economía que, hacia 1924 había ya recuperado los niveles de producción anteriores a la guerra, y una relativa prosperidad que puso al alcance de la población los alimentos y bienes de consumo tan ardientemente esperados, e incluso en el campo el nivel de vida mejoró sensiblemente. Pero también crecieron de un modo evidente las diferenciaciones sociales, se agudizaron las recurrentes tensiones entre el campo y la ciudad, aumentó la confusión y desmoralización entre la militancia cada vez más heterogénea y despolitizada incorporada al Partido, los enfrentamientos en el Comité Central se agravaron, y la burocracia fortalecida comenzó a actuar con creciente prepotencia y peso, contando con aliento y protección en las más altas instancias del Partido y en particular de Stalin, elevado al cargo de *Secretario General*.

La situación se agravó a tal punto que Lenin, ya gravemente enfermo, a finales de 1922 el comienzo de 1923, decidió emprender una desesperada lucha, en lo que se conoce como ‘el

último combate de Lenin’. En realidad, ya en el XI Congreso (marzo de 1922) Lenin había dicho que el Estado soviético era un automóvil que no marchaba hacia donde el conductor creía dirigirlo, porque la realidad era que no lo manejaban los comunistas sino la burocracia. Más aún, aseguró: “Las ideas que teníamos sobre el socialismo deben ser repensadas”. En los escasos momentos en que la enfermedad se lo permitió, llamó a la revisión de anteriores concepciones y prácticas. Insistió en la lucha contra la ineficiencia y la ‘presunción’ de los cuadros del Partido, advirtió que, si los comunistas y el sector ‘socialista’ de la economía no eran capaces de competir exitosamente con el sector privado, el fracaso sería inevitable. Retomó la idea de recurrir lo que llamaba ‘capitalismo de Estado’ si eso permitiese superar el atraso de Rusia y asegurar la provisión de mercancías en la cantidad y calidad necesarias para restablecer la alianza con el campesinado. Buscaba alguna manera de salvaguardar la perspectiva de construcción del socialismo a largo plazo, proponiendo objetivos inmediatos realistas, retomando la sobre economía de transición que Trotsky había propuesto (sin utilizar el término ‘capitalismo de Estado’) a fines de 1921.¹⁶ Su preocupación recurrente era encontrar estrategia económica que amén de satisfacer las necesidades vitales de los campesinos, éstos pudieran comprender y aceptar, para lo cual la dictadura del proletariado debería actuar de otro modo. Dicho de otra manera: redefinir el concepto del socialismo en función de la realidad rusa, cambiar la estrategia en lo referido al campesinado, atacar la burocratización y cambiar el tipo de Estado, conformar la URSS respetando el criterio de asociación voluntaria de Repúblicas soberanas con igualdad de derechos (incluido el de retirarse), corregir el funcionamiento del Partido para restablecer el control colectivo sobre el Buró Político (Lewin, 2003)... ¡Y ‘desplazar’ a Stalin del cargo de Secretario General! (Lenin, 1971, p. 134).

El combate de Lenin quedó interrumpido a comienzo de marzo de 1923, cuando un ataque lo priva definitivamente del habla (murió nueve meses después). Trotsky y la Oposición de izquierda, no sin algunos matices, quisieron continuarlo, pero fueron derrotados (Louca, 2017).

Cuando la URSS fue reorientada por Stalin hacia lo que llamó ‘la construcción del socialismo en un solo país’, la NEP pasó a ser mero instrumento de una orientación ‘termidoriana’ que desembocaría en el viraje de 1928, la ‘colectivización forzosa’ del campo con violencia sistemática y a gran escala que preparó el aparato represivo para volverlo inmediatamente contra los trabajadores para imponer la brutal explotación que acompañó ‘la industrialización acelerada’, y culminó con la total y absoluta degeneración del Estado soviético. Pero esta sería ya *otra historia*.

5. La revolución ofrece inspiraciones, no ‘lecciones’ a repetir

Volviendo al centenario que nos ocupa, sin idealizar la revolución de 1917 (y mucho menos convertirla en ‘modelo’ a repetir), creo posible ‘revisitar’ aquellas apuestas y experiencias de tal modo que se despierte en ellas fuerza inspiradora.

Aquellos revolucionarios rusos desafiaron ese *marxismo adocenado y posibilista* que se había impuesto en la Segunda Internacional, no sólo porque reconocieron que el Imperialismo y la Guerra Mundial imponía repensar la *actualidad de la revolución* y el rol que ella podían jugar las masas de la atrasada Rusia (‘eslabón débil’), sino porque acompañaron esa caracterización con el *empeño militante* para construir al calor de la lucha de clases la masiva voluntad colectiva de avanzar hacia el socialismo.

Estuvieron dispuestos a innovar y construir sobre la marcha una *fuerza política organizada y decidida a impulsar la revolución*. Pudieron apoyarse, por cierto, en el paciente trabajo previo de socialistas revolucionarios, anarquistas y socialdemócratas (el especial destaque que merecen los *bolcheviques* no implica desconocer el rol destacado otros socialdemócratas como los mencheviques internacionalistas o el ya mencionado Comité Interdistrital), pero el partido de Lenin no se conformó con eso, aceptó el desafío y el riesgo de cambiar(se) incorporando *decenas de miles* de nuevos militantes y a renovar todos los niveles de su organización (base, cuadros medios y Comité Central), construyendo un partido de

masas, dinámico, pleno de contradicciones y debates, dispuesto a modificar radicalmente programas y tácticas, y capaz de ganar la dirección de las masas porque demostró ser también capaz de aprender con ellas y sus experiencias.

Alentaron la *auto-actividad de las masas* explotadas y apostaron al *poder creativo que podían desplegar los soviets* (pero también otras formas de auto organización) en las fábricas, el campo y las trincheras. Así, el ‘arte’ de los bolcheviques consistió en articular las más urgentes aspiraciones populares con la perspectiva internacionalista del socialismo, sintetizando eso en consignas y tareas que socavaban los pilares del viejo orden: ‘Paz, pan y tierra’, ‘Todo el poder a los soviets’ y ‘Revolución socialista mundial’.

Asumieron que la revolución debía terminar con el poder político de la burguesía y sus formas institucionales, y esbozaron el proyecto de un poder revolucionario de nuevo tipo, inspirado en la Comuna de París y al que imaginaron, al decir de Lenin, como ‘un Estado-no estado’, con una burocracia mínima y la perspectiva de extinguirse. Lejos estuvieron de lograrlo y podría incluso decirse que una vez en el poder terminaron hicieron casi lo opuesto, pero ello no les quita el mérito de haberlo intentado.

Como internacionalistas que se habían opuesto a la guerra inter-imperialista y convencidos de la necesidad de luchar por la revolución socialista a escala mundial, se propusieron reagrupar a todas las organizaciones revolucionarias del mundo: no sólo a los partidarios del bolchevismo, sino al *espartaquismo* alemán, la anarquista CNT de España, los *sindicalistas revolucionarios* en Francia, los socialistas de izquierda de diversos países, los *Shop Stewards Committees* británicos, los *I.W.W.* de los Estados Unidos y otras muchas organizaciones similares. ¡Para ellos, hacer la revolución fue, también, hacer la *Internacional Comunista*, que en marzo de 1919 celebró su Congreso fundacional!

Por todo ello y a despecho del accidentado derrotero posterior, inspirarse en aquella Revolución rusa: por la desmesura de su propósito emancipatorio, por el reconocimiento y respaldo mundial que supo despertar y canalizar en favor de la revolución internacional. Sabemos que muchas cosas se hicieron a medias o mal y que

en el ejercicio del poder se cometieron gruesos errores, pero podemos reivindicar *lo que apenas pudo entorse y no llegó a desarrollarse* pero indudablemente está en aquella libertaria convocatoria al derrocamiento del orden burgués en todo el mundo. Tomando en préstamo expresiones del filósofo Ernst Bloch, aquella revolución puede ser evocada como el *aún-no* de la Revolución: no en el sentido de fracaso, sino de *anticipo de lo que puede y merece ser*. Podría decirse, metafóricamente, que vemos en aquella revolución no sólo algo ya pasado, sino también *un recuerdo del futuro*.

6. No queremos (ni existen) modelos

Hemos visto que un Estado ‘obrero’ que, se suponía, debía marchar hacia una gradual desaparición, terminó siendo un Leviatán, un *Estado burocrático* que aplastó el más mínimo intento de organización política o sindical con visos de autonomía, redujo la planificación a un instrumento de ‘modernización’ y ‘desarrollo’ y, en las antípodas de un genuino proceso de socialización, pretendió competir con los Estados capitalistas produciendo las mismas cosas, del mismo modo y con menos eficiencia. Así, aunque la clase capitalista había sido expropiada, el capital estatizado mantuvo o recreó diversas formas de explotación, fetichismo y alienación del trabajo, impuestas por el puño de hierro de una burocracia convertida en imprevista ‘personificación del capital’. La URSS logró industrializarse, convertirse en potencia atómica, sacar momentánea ventaja en la ‘carrera espacial’, y proclamar incluso que ‘el socialismo realmente existente’ estaba en vías de superar al capitalismo y marchaba ya hacia el comunismo... El espejismo no duró mucho: vinieron los años del ‘estancamiento’, los sucesivos intentos de reforma (haciendo guiños al capitalismo) que culminaron con la *Perestroika*, el desmoronamiento-implosión de 1989 y la vertiginosa restauración del capitalismo, en coincidencia con aquella ‘Revolución conservadora’ que impuso esa máxima que aún hoy se sigue repitiendo: ‘no hay alternativa’. Pero ya es hora de que la izquierda termine de procesar el duelo, hablando

con claridad de aquel *socialismo que no fue* para no quedar atados al pasado, mirar hacia adelante y pensar con nuestra propia cabeza *el socialismo que puede y merece ser en el siglo XXI*.

Estamos obligados a hacerlo, porque el centenario de la Revolución rusa nos enfrenta con el hecho irrefutable que de la URSS y la Internacional Comunista no quedan ni las ruinas, que Leningrado volvió a llamarse San Petersburgo y sobre los muros de un Kremlin en el que manda Putin, flamea la bandera tricolor de la vieja Rusia. Y estamos obligados a hacerlo, sobre todo porque (como lo dijera el Che en los años sesenta y nos lo recordara el Comandante Chávez a comienzos de este siglo XXI), ninguno de nuestros problemas puede ser solucionado bajo el capitalismo y, por lo tanto, nuestras revoluciones serán socialistas o no pasaran de ser caricaturas de revolución.

El eventual derrocamiento revolucionario de un gobierno burgués por los trabajadores y el pueblo no asegura en ningún caso el carácter socialista de la revolución esté asegurado, mucho menos que tenga carácter irreversible. Debemos saber pues que semejante victoriosa platearía inmediatamente nuevos terrenos de confrontación, nacional e internacionalmente. La revolución socialista debe ser concebida como *un proceso de confrontaciones y cambios sociales ininterrumpido o permanente, interna y externamente*. Porque se trata de hacer una *revolución total*, esto es, construir la *nueva sociedad* a escala planetaria, lo que implica un proceso necesariamente largo, complejo y creativo.

Durante ese período o capítulo de la revolución que denominamos *transición socialista*, ningún tipo de Estado, y mucho menos si asume la forma hipostasiada de ‘dictadura del proletariado’ concebida como dictadura de un Partido o Movimiento, puede sustituir la auto actividad de las masas trabajadoras, ni el imprescindible despliegue de originales y cambiantes formas de genuino *poder popular* que impulse y sostenga la construcción de nuevas normas de convivencia y racionalidad social y, con ellas, de un metabolismo económico-social en equilibrio con la naturaleza y mediado por la *autogestión social coordinada*.

Las experiencias del ‘socialismo realmente existente’ o ‘socialismos históricos’ por un lado,

y por el otro la catástrofe ecológico-ambiental generada por el capitalismo, indican que no podemos seguir pensando la transición socialista en términos de porcentajes de propiedad estatal, industrialización, índices productivos y tal o cual modelo de planificación. Hay que superar la perniciosa influencia de las ideologías del ‘progreso’, el ‘crecimiento’ y el ‘desarrollismo’, pero será necesario asumir desde los primeros pasos el desafío de *ir más allá del capital*, oponiendo al orgánico sistema de control del capital¹⁷ nuevas mediaciones orientadas a la producción de valores de uso y la modificación de la heredada *división social jerárquica del trabajo*, fuente continua de alienación y fetichismo (Mészáros, 1995).

La transición socialista debe ser concebida como una sucesión de pasos enderezados a la construcción de un orden social alternativo y auto-suficiente, en el cual individuos auto-determinados conquisten la capacidad de reapropiarse positivamente de las funciones vitales de intercambio metabólico con la naturaleza y en la sociedad, mejorándolas y transformándolas. La construcción del socialismo debe ser concebida como combate internacional e internacionalista, que sólo puede culminar a escala mundial, sabiendo al mismo tiempo que el desarrollo de semejante proceso será necesariamente desigual, por cuanto la revolución no estalla simultáneamente en todos los países, y se desarrollará en cada uno con distintos ritmos y originales combinaciones de tareas ajustadas según las condiciones estructurales, políticas y culturales existentes.

Un siglo después de la Revolución rusa, desde esta convulsionada Latinoamérica y las asediadas trincheras de la revolución bolivariana y chavista en Venezuela con la cual declaro mi plena solidaridad, a nosotros nos corresponde construir teórica y prácticamente las mediaciones políticas y económicas que hagan de la transición socialista en Nuestra América no ‘calco y copia’ sino ‘creación heroica’, como nos indicara tempranamente Mariátegui. A tal fin, corresponde superar esquematismos obreristas y la *vulgata* sociológica, para investigar y actuar en función de las concretas expresiones que asume el antagonismo social en nuestro tiempo y lugar. Reconociendo en y con sus particularidades al conjunto

de clases y grupos subalternos que enfrentan la necesidad de combatir la multivariada opresión y explotación impuesta por el imperialismo y ‘nuestros’ capitalismos subordinados, construyendo una subjetividad revolucionaria tan ‘enraizada’ como universalista y emancipatoria, porque capaz de sentir, pensar y actuar con la voluntad de ir más allá del capital, del productivismo, del modelo civilizatorio que nos han impuesto y nos empuja a un ‘eco-suicidio’.

Estamos en un momento histórico que requiere una original combinación de utopía y realismo. Un *realismo estratégico* (no inmediateista ni posibilista, dado que el sistema no admite reformas) y nos oriente en un combate de largo aliento, hasta cambiar una relación de fuerzas que sigue siendo globalmente desfavorable. Y un *utopismo cotidiano y táctico*, para asumir las luchas inmediatas con la esperanza de contribuir en ellas *al ad-venir* del socialismo, aportando ideas y prácticas que fecunden, como escribiera Marx, “el movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual”. Recordando, también con Marx, que “la coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o autocambio sólo puede ser lograda y racionalmente comprendida como práctica revolucionaria”. Los rusos lo intentaron, como entendieron y pudieron, hace un siglo. Nosotros deberemos hacerlo, ahora, a nuestra manera.

Notas

1. La Duma era una ultrarreaccionaria institución pseudo parlamentaria electa por voto calificado ‘de las cuatro clases’ que el Zar reunía o disolvía cuando quería.
2. Los gobiernos de las potencias aliadas con Rusia en la guerra contra Alemania ya no confiaban que el zarismo fuese capaz de mantener sus compromisos militares. Respaldaron al Gobierno Provisional para que lo hiciera.
3. A fines de julio y comienzos de agosto se realizó el VI Congreso del POSDR (*bolchevique*), que pasó a llamarse *Partido Comunista (bolchevique)* y eligió un nuevo Comité Central del que ya formaban parte León Trotsky y otros militantes del *Comité Interdistrital* incorporados formalmente al Partido.

4. Exageración interpretativa que erigida en método llevó a buscar (y encontrar) ‘Revoluciones de febrero’ y ‘Revoluciones de octubre’ en las más diversas latitudes y circunstancias. Así lo hemos hecho los trotskistas y, muy especialmente, la corriente ‘morenista’ en la que yo mismo me formé.
5. Según la muy conocida explicación de Lenin, en febrero, las masas populares derrocaron al viejo régimen, pero dejaron el Gobierno en manos de la burguesía debido a la falta de preparación del proletariado, en octubre en cambio la maduración política de los trabajadores expresada ya en la hegemonía ganada por los bolcheviques en los soviets de Petrogrado y Moscú, permitió conjurar la amenaza golpista de la extrema derecha (*putch* de Kornilov) y terminar luego con el gobierno burgués presidido por Kerensky, para instaurar el gobierno de los obreros y campesinos o dictadura del proletariado.
6. Kamenev, Zinoviev, Lunacharsky, Bujarin, Stalin... aunque es justo destacar que el poco conocido Iako Sverdlov fue el principal artífice de la reorganización del partido en el curso de la revolución.
7. En abril, cuando Lenin y sus Tesis de abril cambian la inicial política de ‘apoyo crítico’ o condicionado al Gobierno Provisional, en la decisión de acompañar las manifestaciones antigubernamentales de julio pese a considerarlas prematuras, en la decisión de preparar la insurrección, en la definición de cuándo y cómo derrocar al Gobierno de Coalición: en cada uno de estos momentos se dieron ásperas discusiones, y en más de una ocasión las posiciones de Lenin quedaron en minoría.
8. Durante el invierno 1917-1918, se desarrolló una descomunal *Jacquerie* durante la cual la Nobleza fue liquidada como clase y los campesinos se apoderaron de la tierra, sin esperar directivas ni autorizaciones de la ciudad, conducidos en muchos por militantes eseristas.
8. Alemania pasó a controlar las provincias bálticas, Ucrania y el Sur de Rusia, que perdió así casi la mitad de sus recursos industriales y alimentarios. Grande fue también el costo político, porque los eseristas de izquierda, anarquistas e incluso los ‘comunistas de izquierda’ denunciaron que el tratado constituía una traición a la revolución en Europa y especialmente en Alemania.
10. Tras romper con el gobierno, los eseristas de izquierda llamaron a la insurrección, asesinaron al Embajador alemán para sabotear el acuerdo de paz y el mismo Lenin fue víctima de un atentado, en agosto de 1918.
11. En 1920 el Ejército consumía el 25% de la producción de trigo, 50% de los demás cereales, 60% del abastecimiento de carnes y pescados y 90% de los zapatos y botas de hombre.
12. Cabe mencionar que en la Guerra Civil actuaron, con métodos similares, también los llamados “Ejércitos Verdes” de base campesina y los “Ejércitos Negros”, anarquistas.
13. Políticamente, la requisita llevó a romper violentamente la alianza de obreros y campesinos en base a la cual surgiera el gobierno soviético. Se dijo que con el comunismo de guerra se trataba de “llevar la lucha de clases a la aldea” apoyándose en los “campesinos pobres”, pero el resultado fue exactamente el opuesto.
14. Esta acusación nunca fue probada. Por el contrario, las investigaciones más serias, incluso de historiadores que justifican la represión, pero por otras razones, concluyen en que los grupos realmente contrarrevolucionarios no tuvieron ninguna influencia sobre los acontecimientos de Kronstadt.
15. En Alemania se había desaprovechado la aguda crisis revolucionaria de marzo de 1920, y había fracasado también el intento de acudir en su ayuda con Ejército Rojo, derrotado en Polonia en octubre de 1920. Lenin comenzó entonces a elaborar la política rusa sin esperar la ayuda de nuevas revoluciones en Europa, al menos a corto plazo. Este punto de vista fue avalado por la Internacional Comunista, que votó (en junio de 1921) una resolución de respaldo a la política que “concentra todas las fuerzas del proletariado dirigido por el Partido Comunista de Rusia, con miras a resguardar a la dictadura del proletariado hasta el momento en que el proletariado de Europa Occidental venga en su ayuda”.
16. En una conferencia presentada ante la Internacional Comunista, había dicho que, para que las fábricas del Estado llegasen a ser efectivamente socialistas, deberían pasar necesariamente por la escuela de la economía de mercado.
17. Control impuesto por el trípode que conforman *el capital y sus personificaciones* en el comando de la producción, *el trabajo asalariado* subordinado a los imperativos de valorización del valor y crecimiento cuantitativo, y *el Estado* como estructura política de mando.

Bibliografía

- Boffa, G. (Introducción) (1972). *Los bolcheviques y la Revolución de Octubre. Actas del CC del POSDR (bolchevique)*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Broquen, E. (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista 1919-1923 II*. Buenos Aires: Pluma.
- Dullin, S. (1994) *Histoire d l'URSS*. París: La Decouverte.
- Haupt, G. (2017). Historia-debate: 'el bolchevismo' y la Revolución rusa. *Herramienta*, 60.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Lenin, V. I. (1971). *Contra la burocracia / Diario de las secretarías de Lenin*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Lewin, M. (2003). *Le siècle soviétique*. París: Fayard.
- Louca, A. (2017). Lenin, precursor de la Oposición de Izquierda. *Herramienta*, 60.
- Luxemburgo, R. (1976). *Obras escogidas* (tomo 2). Buenos Aires: Pluma.
- Mészáros, I. (1995). *Beyond Capital*. Londres: Merlin.
- Trotsky, L. (1976). *L'année 1917*. París: Máspero.
- Trotsky, L. (1985). *Historia de la Revolución rusa* (II). Madrid: SARPE.
- Trotsky, L. (2006). *Cómo se armó la revolución. Escritos militares de León Trotsky selección*. Buenos Aires: CEIP.
- Vazeilles, J. (1971) *La Revolución rusa*. Buenos Aires: CEAL.
- Aldo Andrés Casas.** Consejo de redacción de *Herramienta* revista de debate y crítica marxista. Antropólogo (FFyL-UBA).
Correo electrónico: aldoacasas@gmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018

Nicolás González Varela

Materialismo *militans*: La proto-Historia de Lenin

Resumen: Este texto intenta revelar el origen del marxismo en Lenin, rastreando sus influencias y condiciones de formación. Cada inicio es una definición encubierta y podemos conocer una cosa si sabemos cómo llegó a ser lo que es. ¿El inicio no nos habla sobre la verdad del ente? O si quisiéramos explicarlo con las palabras del pathos hegeliano de un granjero socialista ruso que tuvo una gran influencia en Lenin: 'Por su forma, la etapa superior de cualquier crecimiento es similar al inicio del cual proviene'. ¿La práctica y las ideas de Lenin podemos entenderlas mejor, aprehenderlas en su contexto y necesidad, si comprendemos su inepción, si somos capaces de descubrir sus raíces, si exponemos cómo llegó a ser lo que es? Lenin continúa siendo un misterio, aun cuando obliteramos la basura referente al culto a su personalidad. ¿Cuál es la particularidad del marxismo de Lenin? Krupskaja definía a Lenin como un 'sabio marxista que surgió del Volga'. ¿Podemos explicar sobre una base materialista este surgimiento específico desde el Volga? La tarea ya había sido expuesta por Dutschke: Intentando una 'reconstrucción crítica-materialista' del entendimiento de la revolución de Lenin, la cual conlleva la reconsideración del fundamento asiático de la Rusia zarista. O en las palabras de Negri: Intentar una lectura marxista del marxismo de Lenin. Una historia pre-elaborada sobre la teoría revolucionaria de Lenin solo puede evocar lo que hemos perdido. Evoquemos la forma de dicho vacío. En el mito, debemos agregar la introducción a la discontinuidad dialéctica natural a todo pensamiento, incluso el de Lenin. Calculemos lo 'otro' del marxismo

de Lenin. Se trata de intentar explicar a Lenin, no desde una geometría perfecta a propósito del éxito de octubre de 1917, sino del caos original de su nacimiento como un práctico y teórico marxista. Como veremos, durante la juventud de Lenin él tenía un objetivo en sí mismo, no es apenas un escalón. Si el discurso de Lenin se 'traduce' en términos organizacionales como la composición real de clases, algo que se entiende como específicamente determinado, podemos probarlo mediante la explicación de su formación, del inicio. 'Repetir' al Lenin de 1917 es un paso en falso, sujetarse a un fantasma, crear una nueva 'beatificación', una parodia que se sostiene sobre un mito, una burla académica que no es más que humo.

Palabras clave: Lenin. Origen. Influencias.

Abstract: This essay tries to reveal the origin of Marxism in Lenin, tracing its material influences and conditions. Every beginning is a deceitful definition, and something can be known if we know how it became what it is. Isn't the beginning telling us the truth of the being? Or if we wanted to explain it with the words of the undoubtable Hegelian pathos of a Russian socialist farmer that had quite the influence on Lenin 'By his form, the superior stage of any growth is similar to the beginning from which it started'. Can we understand it better, grasp it in its context and necessity, the practice and the ideas of Lenin if we understand its inception, if we are able to uncover its roots, if we expose how it become what it was? Lenin continues being a mystery even when we obliterate the rubbish of the Cult of Personality. Which is the peculiarity of

Lenin's Marxism? Krupskaja defined Lenin as a 'Marxist sage who emerged from the Volga'. Can we explain on a critical-materialistic manner this specific emergence from the Volga? The task was already been exposed by the less-mannered Dutschke: Trying a 'critical materialistic reconstruction' of the understanding of Lenin's Revolution, which carries the reconsideration of the Asian fundament of the Zharist Russia. Or in old man's Negri words: Trying a Marxist lecture of Lenin's Marxism. A pre-elaborate story of Lenin's revolutionary theory can only evoke what we have lost. Let's evoke this void's lump. In the myth, we must add the introduction of the natural discontinuity dialectic of all thought, even Lenin's. Let's calculate the 'otherly' of Lenin's Marxism. It's about trying to explain to Lenin not from the perfect geometry of the successful 1917'S October but from the original chaos of its birth as a practical and theoretical Marxist socialist. And as we'll see during his first youth he has a goal on itself, as it's not a milestone. If Lenin's speech "translates" in organizational terms a real composition of classes, that it is understood as something specifically determined, we can only prove it by explaining its formation, the beginning. 'Repeating' 1917's Lenin is a fake step, riveting a ghost, a new 'beatification', a parody that is practiced on a myth, an academic spoof of smoke.

Keywords: *Lenin. Origen. Influences.*

*"El materialista pone al desnudo
las contradicciones de clase"*
(Lenin, 1895)

Todo inicio es una definición encubierta. Y algo se puede llegar a conocer si sabemos cómo ha llegado a ser lo que fue. ¿El comienzo no dice la Verdad del Ser? O si lo quisiéramos decir con las palabras de indudable *pathos* hegeliano de un socialista agrario ruso que tuvo mucha influencia en Lenin, 'por su forma, la etapa superior de cualquier desarrollo es similar al inicio del que se ha partido'. ¿Podemos comprender mejor, aprehenderlo en su contexto y necesidad, la práctica y la idea de Lenin si entendemos su origen, si

logramos descifrar sus raíces, si exponemos cómo llegó a ser lo que fue? ¿Cuál es la peculiaridad del Marxismo de Lenin? Krupskaja definía a Lenin como 'un erudito marxista surgido del Volga'. ¿Podemos explicar de manera materialista-crítica este surgimiento desde el Volga? Una proto-historia de la Teoría revolucionaria de Lenin solo puede evocar lo que se nos ha perdido. Evoquemos el bulto de este vacío. O sea: se trata de explicar a Lenin no desde la perfecta geometría del éxito de octubre de 1917 sino desde el caos original de su constitución como práctico socialista y teórico marxista. 'Repetir' al Lenin de 1917 es un falso paso, remachar un fantasma, una nueva 'beatificación', una parodia que se practica sobre un mito, una voluta de humo académica.

La visión no-geométrica de Lenin, el reverso materialista que nos conduce hacia el enigmático *praktiki* Vladimir 'Volodia' Illich Ulianov de los años 1890's, se puede reconstruir no sin cierta dificultad,¹ en parte debido al propio Culto a la Personalidad en la URSS que comenzó ya en 1918,² en parte a las propias condiciones de trabajo conspirativo que imponía el Zarismo y en parte a la propia personalidad y estilo de Lenin. Detrás de la espesa niebla ideológica del 'Santo-Apóstol-Profeta-Mártir', se esconde al Lenin concreto, el *Volodia*³ de 'carne-y-hueso' que intentamos reconstruir. Lenin *qua* marxista revolucionario es inteligible sin este fundamento digamos concreto-nacional. Intentar rastrear el origen, las raíces, los preciosos momentos de formación del marxismo de Lenin es una tarea difícil, pendiente y necesaria. El culto a Lenin, ya latente a pesar de su propia opinión contraria en vida, paso a ser después de su muerte en 1924 descomunal, una producción monstruosa digna de Gargantúa. La *Leniniana* alcanzó proporciones bíblicas, desde crónicas diarias de su carrera política en todos los formatos imaginables, además que sus artículos y notas fundamentaban cada paso en la línea política oficial del Estado, cada cambio en la dirección debía ser necesariamente contrastado y ligado a una palabra maestra de Lenin. Como señala Ben-said, el Leninismo 'estalinizado' no es otra cosa que una mera ortodoxia estatal. Pero incluso las fracciones y líneas de opinión internas (Trotsky, Kollontai, Kamenev, Zinoviev, Stalin, Bujarin, Miasnikov *et altri*) se legitimaban ante las bases

a través de citas y contra-citas bizantinas de sus libros y discursos. Incluso Gorbachov en 1985 tuvo que justificar su *Glasnot* y *Perestroika* remitiéndolas al *corpus* de ideas inmortales de Lenin. La acumulación documental leniniana, alguna de la cual aportaba información interesante sobre la recepción histórica de Marx y la distintiva formación ‘oriental’ del Marxismo en Rusia, fue abruptamente interrumpida en 1938 por un *ukase* de Stalin.⁴ Toda investigación seria y materialista sobre Lenin quedó interrumpida hasta 1956, y aquellos que se habían aventurado en rastrear las raíces “rusas” del Marxismo corrían peligro, yacían en un Gulag o habían sido ejecutados.⁵ Para el *Dia-Mat* y para Stalin, Lenin fue un *ur-marxista* ortodoxo desde su adolescencia y punto. Lenin, en cuanto a Marx, era una suerte de Minerva, que nació con casco, pica, égida y escudo. En Occidente la *Leninografía* sufrió la falta de fuentes de primera mano, además de la sobredeterminación ideológica de la Guerra Fría, pero las incongruencias y heterodoxia de Lenin intentaron ser explicadas de diversas maneras. Básicamente en la mayoría de los casos juegan en diferentes jerarquías tres paradigmas sobre Lenin *praktiki* marxista. Unos sostuvieron la versión de un Lenin marxista-primitivo, anclado en el Marx juvenil de barricada, el ‘blanquista’ de 1847-1850, que todavía no había madurado hacia el cientificismo de *Das Kapital*. Otros veían a Lenin como un caso para ser analizado desde el punto de vista histórico-psicológico (al estilo del Wilson de Freud), respuesta de su *psyché* al conflicto con la figura zarista y noble de su padre y para resolver en lo real la ejecución vergonzosa de su hermano; finalmente la más extendida presentaba al Marxismo heterodoxo y pragmático de Lenin como el último y más ilustre representante de la larga tradición rusa jacobina (terrorista y violenta que se remonta a Pestel), de la cual se habría apropiado en cuanto a ideas y estilos organizativos, agregándole *a posteriori* el stock teórico de Marx y Engels. Lenin en este caso nunca puede ser considerado un ‘socialdemócrata ortodoxo’ (o lo fue durante un corto tiempo), y al *corpus* ideológico jacobino ruso simplemente le sumó una fina pátina de ideas marxistas. Intentaremos aquí salir de este atolladero, esquivar los dos polos opuestos de la mala interpretación de Lenin, tanto el del mito

beatificador stalinista como el del Neo-jacobino, intentando saber cómo Lenin llegó a ser lo que fue en la Práctica como en la Teoría.

El viaje es de adelante hacia atrás, desde la consolidación ya sin retorno del Estado de partido único en 1922, hacia el pasado conspirativo, hacia el sofocante mundo paranoico de los círculos populistas y marxistas durante el Zarismo, pero también hacia la creatividad de un Marxismo abierto, alejado del naciente *Dia-Mat*. El año 1922 es el principio del fin para Lenin, pero en marzo de ese año logra escribir un ensayo revelador: *Significación del materialismo militante*, título-homenaje a su maestro marxista Plekhanov,⁶ para la revista teórica mensual: *Bajo la bandera del marxismo*.⁷ En él afirma que “afortunadamente las tendencias principales del pensamiento social avanzado de Rusia tienen una sólida tradición materialista. Sin mencionar a Plekhanov, bastará nombrar a Chernishevsky”. Más adelante Lenin afirmaba que “sin un sólido fundamento filosófico [...] ningún Materialismo puede soportar la lucha contra la ofensiva de las ideas burguesas, contra la restauración de la concepción burguesa del Mundo”, por lo que propone al comité editorial de la revista, “organizar el estudio sistemático de la Dialéctica de Hegel desde el punto de vista materialista, o sea: de la Dialéctica que Marx aplicó prácticamente en *El capital* y en sus trabajos históricos y políticos.” Lenin concluye diciendo que “basándose en el modo como Marx aplicaba la Dialéctica de Hegel, concebida de manera materialista, podemos y debemos desarrollar esta Dialéctica en todos sus aspectos, publicar en la revista fragmentos de las principales obras de Hegel, interpretarlas de un ‘modo materialista’, comentándolas con ejemplos de la aplicación de la Dialéctica por Marx.” Y como colofón final sugiere al grupo de redactores y colaboradores que la revista se constituya en una suerte de “Sociedad de amigos materialistas de la Dialéctica hegeliana”. Lenin consideraba que “sin plantearse semejante tarea y sin cumplirla sistemáticamente, el Materialismo no puede ser Materialismo combativo” (Lenin, 1978, pp. 198-199). El artículo es sintomático, advierte de la posibilidad de una “restauración burguesa” en la Teoría: la exhortación de Lenin es contemporánea a su reflexión práctica sobre la exigencia

de normas más severas para el ingreso al partido, además de señalar el deficiente nivel de los militantes, previa al XIº Congreso de marzo, así como su preocupación por la composición de clase del Comité Central. La praxis se desmorona, pierde su eficacia y se hace ‘administrativa de las cosas’ sin una Teoría revolucionaria, sin el Método materialista... ¿El núcleo esencial de toda Filosofía es en última instancia la Política?

Lenin recuerda a las nuevas generaciones la sólida tradición materialista rusa (no-jacobina e independiente de la ‘Narodnaya Volya’) con la cual se formó, que se inicia, de manera sorprendente, no con Herzen, no con Plekhanov sino con un economista ‘socialista agrario’ llamado Nikolái Gavrilovich Chernishevsky.⁸ Personaje destacado en su tiempo, que llamó la atención del Marx tardío, que lo calificaba de ‘gran sabio y crítico’. El *Dia-Mat*, en el obligado Diccionario Soviético de Filosofía (edición de 1959) lo define malamente como “gran demócrata revolucionario ruso, filósofo materialista, crítico literario y socialista utópico.” ¿Utópico? Sabemos que el régimen stalinista nunca rindió homenaje a Chernishevsky, o a su discípulo Dubroliúbov, raro porque siendo predecesores reconocidos del Leninismo son predecesores *ab initio*, por lo tanto, de la misma URSS. El problema era que el espejo antidespótico de Chernishevsky, su lucha contra la forma autoritaria-despótica asiática de Estado y Sociedad, lo que denominaba *Aziatstvo*,⁹ además de su anti-Nacionalismo eslavo, lo hacía muy incómodo al régimen de Stalin. Obviamente, se sabe que la famosa obra de Lenin sobre la organización de 1903, *¿Qué hacer?*,¹⁰ al parecer se inspiraba en su título en la novela homónima de Chernishevsky, cosa dudosa para algunos escolares, pero poco más. En sus memorias la Krupskaja reconocía que “en sus artículos y en sus libros [Lenin] no habla nunca de un modo directo, pero cada vez que se refería a Chernichevski su verbo tomaba un acento apasionado. Si dais una ojeada a las obras de Lenin veréis que los pasajes en que habla de Chernichevski están escritos de un modo particularmente caluroso.” Se puede reconstruir, a través de varias fuentes y testimonios, así como de las escasas palabras autobiográficas de Lenin, el papel teórico-práctico de Chernishevsky. Lenin comentaba que “lo había leído con un lápiz en la

mano”, que había sido “una influencia esencial” o en otro testimonio oral reconoce que “Chernishevsky ha arado sobre mí una y otra vez”. Si no bastara las reminiscencias de Lenin además tenemos lo indeleble, como decía Krupskaja, la propia palabra escrita. Retrocedamos en la Historia.

La familia noble de Ulianov llevaba una vida prosaica en un barrio pudiente segregado en Simbirsk, es el inicio del año 1887. Como señala Deutscher (contra toda la Leninografía) las cuestiones sociales contemporáneas “le eran tan lejanas como a cualquier joven apolítico”. Tiene razón Trotsky (contra toda la Leninografía) al señalar que el nombre de Marx no decía absolutamente nada al adolescente “que dedicaba casi exclusivamente su interés a las bellas letras”. Por diversos testimonios sabemos que *Volodia* tuvo una adolescencia acomodada y confortable, nunca se entendió con su hermano Aleksandre, el futuro ejecutado, sus lecturas se encontraban guiadas por la literatura de Turguénev, su autor familiar favorito.¹¹ Recordemos que Turguénev fue el que acuñó por primera vez la palabra ‘nihilista’ (“Nihilista es la persona que no se inclina ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio como artículo de fe”).¹² Por lo que, además de Chernishevsky, la forma en que Turguénev configuró (o no) la orientación revolucionaria de Lenin es una cuestión de considerable importancia. Todas las menciones de Lenin a Turguénev se producen en un contexto político, sus escritos se convirtieron cada vez más en un poderoso estímulo intelectual y de la posibilidad de una lectura entre líneas, ‘esópica’, de la situación político-social-psicológica de Rusia. Lenin en su exilio forzoso en la aldea de Shushenskoie en 1898, le solicitaba en una carta a su madre y hermanas, le enviaran las obras completas de Turguénev.¹³ Ante el temor que los escritos de Turguénev en la edición rusa estuvieran ‘editados’ por la autocensura y la censura estatal, Lenin buscó la edición completa en alemán. Los personajes de Turguénev, aunque poseían un *pathos* vagamente liberal, discutían abiertamente sobre cómo mejorar a Rusia, eran, en general, exponentes del Racionalismo occidental (consideraba a Feuerbach, y su Materialismo, tal como hará Chernishevsky, el mejor pensador de Occidente), críticos de la feudal servidumbre zarista,

opuestos al Nacional-eslavismo (conservador, radical o terrorista, crítico acérrimo de Herzen), escépticos en torno al futuro socialista de la *Obshchina*, la mítica comuna campesina. Lenin, después de pasar por el fulcro ideológico-literario de Turguénev, ya no podría permanecer encerrado en pantano *narodnik*, ni en alguna variante de izquierda eslavófila (Turguénev decía que la doctrina Nacional-eslavófila no solo era falsa sino fútil). En este caso, es evidente que el ‘liberal’ Turguénev es un primer influjo importante para que Lenin comprendiera que las condiciones rusas carecían de ‘excepcionalidad’, eran ya relaciones de producción burguesas y que, por ende, era en ella plenamente aplicable las enseñanzas revolucionarias que se difundían en Occidente. Una singular interpretación y prognosis de Rusia que en ese entonces ningún marxista teórico de la época, mucho menos los terroristas populistas, aceptaba. Lenin ingresa a la Política revolucionaria de mano de uno de los llamados ‘hombres de la década del cuarenta’ (Bakunin-Herzen-Ogarév-Turguénev-Belinsky),¹⁴ como se los conocía en Rusia, la última generación de románticos, que políticamente se educaron dentro del Liberalismo constitucional de Occidente, y, lo que es más decisivo para nosotros, filosóficamente en el Idealismo subjetivo y objetivo alemán: Kant, Fichte, Schelling, Hegel y en algunos casos incluso en el post-Hegelianismo (Bauer y Feuerbach).¹⁵ Como alumno en Berlín, Turguénev frecuentó el ambiente joven-hegeliano, incluso escuchó los sermones izquierdo-hegelianos del joven Bakunin, todavía pre-anarquista. Llegó a conquistar a su hermana a la que luego abandonó.¹⁶ De aquí seguramente surgió el personaje ‘materialista-nihilista’ Bazarov, que en un momento de la novela reemplaza bruscamente un libro de Pushkin por *Kraft und Stoff* de Ludwig Büchner,¹⁷ ¡última exposición de la época sobre el Materialismo!. A su vez el reaccionario Dostoievski satirizará a los nuevos materialistas-militantes estilo Bazarov en su novela *Demonios*: “en su habitación tenía colocadas, en sendos soportes, en forma de atriles, las obras de Vogt, Moleschott y Büchner, y ante cada uno de los tres atriles ardía un cirio de los de las iglesias” (Dostoievski, 1953, p. 245). Por supuesto, quedaba claro que los ‘nihilistas’ afirmaban que el Arte, la Religión, la Propiedad

e incluso la propia familia eran instrumentos que servían a estructuras sociales y políticas explotadoras. Sólo la Ciencia, el Realismo en el arte y el Materialismo en la Filosofía podrían desenmascarar la podredumbre de los viejos valores que apoyaban el dominio de clase y la explotación servil. El Arte se convirtió en un lujo a menos que sirviera objetivos progresistas y materiales identificados por las ciencias naturales y sociales, tal el mensaje subliminal de Bazarov. Bazarov es el ‘Nuevo Hombre’, el representante de la novísima *raznochinaia intelligentsia*. Muchos estudiosos (como Berlín o Lunacharsky) observaron que Bazarov puede ser considerado no solo el primer héroe ‘positivo’ en la Literatura moderna rusa sino ¡el primer bolchevique!, tanto por su férrea voluntad en luchar por la igualdad y la justicia social como por su escala heroica imperturbable. Bazarov tiene otra virtud: se encuentra en estado de rebelión perpetua, no está atado a ninguna teoría formal o dogma, esa es su fuerza oculta, además no cree en principios sino en hechos. Su centro de gravedad es la ‘concretidad’. Es un moralista racionalista con mirada dialéctica. No es casualidad que precisamente Chernishevsky se inspirara en el personaje de Bazarov para crear a Rakhmetov en su novela *¿Qué hacer?*, aunque su *dramatis personae* era una versión perfeccionada y en cierto sentido antinómica, con lo que el rizo ideológico se cerraba. Otro personaje de Turguénev como Rudín,¹⁸ inspirado en la jerga filosófica de Bakunin y en su propia persona, retrata a un hombre de altos y nobles ideales, excelente retórica (lemas, diatribas), pero carente de carácter y sin proyecto político ni respaldo organizativo, que muere inútilmente luchando en las barricadas de París durante la revolución de 1848. En una novela tardía, *Tierras vírgenes*,¹⁹ el personaje Nezhdanov, ‘nihilista de acción’ (adorado por Ana, la hermana de Lenin), revolucionario fracasado, demasiado civilizado, demasiado sensible, demasiado complejo, termina por suicidarse porque sus orígenes sociales y su carácter individualista le incapacitan para adaptarse a la dura disciplina de una organización revolucionaria eficaz, termina confesando “no puedo simplificarme a mí mismo”. Allí están los dos grandes ejes: odio sin concesiones a la opresión zarista, a la clase terrateniente (irrecuperable para cualquier tipo de

emancipación social) y odio a la pasión política romántica pasiva. Lo que resultaba claro para el joven Lenin era que los liberales en general (Turguénev era paradigmático) concebían las actitudes políticas como funciones de carácter de los seres humanos, pero nunca como funciones coercitivas de leyes sociales objetivas que se imponían con coerción, naturalidad y fatalismo. Hasta qué punto Lenin apreciaba a Turguénev es que utilizaría frecuentemente citas en sus ensayos y artículos polémicos (pero colocándolo más atrás en su conciencia revolucionaria que Chernishevsky o su discípulo Dubroliúbov). Por ejemplo, en el artículo de 1912, *En memoria de Herzen*, Lenin expone esta diferenciación ideológica, desde el punto de vista de su composición de clase, señalando que

Chernishevsky, Dubroliúbov, Serno-Soloviévich, quienes representaban la nueva generación de revolucionarios no procedentes de la Nobleza, tenían mil veces razón cuando reprochaban a Herzen [y a la generación de los 1840's] las desviaciones de la Democracia hacia el Liberalismo [por lo que puede verse] [...] con claridad tres generaciones, tres clases que actuaron hasta ahora en la Revolución rusa. Al principio, los nobles y terratenientes, los 'Decembristas' y Herzen. Estos revolucionarios constituían un pequeño grupo. Estaban muy lejos del Pueblo. Pero su esfuerzo no fue estéril [...] [En segundo lugar.] Los revolucionarios no precedentes de la Nobleza, desde Chernishevsky hasta los héroes de 'Narodnaia Volia', recogieron esta tarea, la ampliaron, la intensificaron y consolidaron. El círculo de los luchadores se hizo más amplio, más estrechos sus vínculos con el Pueblo [...] pero todavía no eran la verdadera tempestad. [En tercer lugar] La tempestad es el movimiento de las masas mismas. El Proletariado, la única clase revolucionaria hasta el fin, se levantó al frente de ellas [...] El primer embate de la tempestad fue en 1905. (Lenin, 1977, pp. 69-76)

Lenin no se equivocaba: el mismo Turguénev reconocía que era un 'gradualista', un 'anticuado liberal en el sentido dinástico (constitucional) inglés, un hombre que espera reformas *sólo desde arriba*'. Veremos que Chernishevsky no estaba

en desacuerdo con Turguénev, solo en los medios para llevarlo a cabo los mismos fines. Como buen joven-hegeliano, Turguénev creía que ninguna cuestión estaba cerrada para siempre, ninguna situación podía ser cancelada y clausurada en la Historia, que toda Tesis debe sopesarse contra su Antítesis, que todo Absoluto es una forma sofisticada de Idolatría. En cuanto al hombre revolucionario, el tiempo histórico exige no más Hamlets ni Quijotes. Está claro por qué las precauciones de la policía zarista en el funeral de Turguénev no fueron exageradas, y por qué jóvenes anarco-terroristas como el hermano de Volodia, Aleksandre, intentaron transformarlo en un gran acto político radical. En un artículo de enero de 1914, Lenin atacó una declaración del diario liberal *Dien*, que exigía un Lenguaje estatal centralizado y obligatorio para que la supuesta 'riqueza' de la Cultura rusa se derramara entre los pueblos minoritarios dominados por Rusia:

El idioma ruso es un idioma grande y poderoso, nos dicen los liberales [...] Todo esto es cierto, caballeros liberales, respondemos nosotros. Sabemos mejor que ustedes que el lenguaje de Turguénev, Tolstoi, Dubroliúbov y Chernishevsky es grande y poderoso [...] Lo que no queremos es el elemento de *coerción*. No queremos que la gente sea llevada al Paraíso a golpes de garrote. (Lenin, 1977, p. 416)

El Lenin triunfal y tardío seguirá recordando a Turguénev, como por ejemplo en abril de 1918, criticando a los Mencheviques compartir sesenta años después las fantasías constitucionales de Turguénev:

Los 'socialdemócratas' modernos del tipo de Scheidemann o, lo que es casi igual, de Márto, sienten repugnancia por los soviets y atracción por el respetable Parlamento burgués o la Asamblea Constituyente, del mismo modo que Turguénev, sesenta años atrás, sentía atracción por la moderada Constitución monárquica y aristocrática, y repugnancia por la Democracia 'mujik' de Dubroliúbov y Chernishevsky". (Lenin, 1976, p. 482)

Lenin se encuentra en su *Stimmung* revolucionario temperamentalmente más próximo a Chernishevsky y Dubroliúbov (de quién Marx había dicho que era una suerte de Lessing ruso, un Diderot eslavo) que de Turguénev, pero jamás olvida su efecto catalizador con respecto al Populismo eslavo²⁰ de Herzen. Y finalmente en el IX Congreso de RKP (b), marzo de 1922, Lenin criticaba la nueva jerga burocrática de la *Nomenklatura* del mismo CC: “No sabemos dirigir la Economía. Este año lo hemos demostrado. Desearía mucho tomar como ejemplo varios ‘Est-Trust’²¹ (si puedo expresarme en ese hermoso idioma ruso, tan alabado por Turguénev) y mostrar de qué manera dirigimos la Economía” (Lenin, 1978, p. 242).

Estamos en el otoño de 1887, año decisivo en la biografía política y existencial de Lenin. En mayo Aleksandre, ‘Sasha’, su hermano mayor, es ejecutado en San Petersburgo por intentar hacer volar al zar Alejandro.²² Nadie en su familia conocía su militancia ni sospechaba su pertenencia a la renacida organización terrorista ‘Voluntad del Pueblo’. La conmoción es total. En el último año Sasha, que podemos definir como un ‘terrorista darwiniano’, había llevado por primera vez textos marxistas a su casa, los había discutido con su hermana Anna, uno era el conocido trabajo de Plekhanov *El Socialismo y la lucha política*; el segundo libro que estudiaría ese verano de 1886 sería la traducción rusa del tomo I de *Das Kapital* de Marx. El impacto de las ideas de Marx en él fue negativo, aunque comprendió que el Socialismo basado en la *Obschina*, en la comuna campesina rusa carecía de realismo, era incapaz de aplicar la ‘traducibilidad’ (en el sentido de Gramsci) de la Teoría de Marx en su aplicación en la acción inmediata. Lenin tenía la razón al considerar al ‘Populismo’ como una completa ‘Visión del Mundo’, una *Weltanschauung*, que comenzaba con Herzen y acababa en Danielson. Aleksandre llegó hasta el Materialismo dialéctico (también fue un lector atento de Chernishevsky) pero no alcanzó al histórico: en Rusia en los 1880’s uno podía admirar-estudiar la obra de Marx y al mismo tiempo ser terrorista y un comprometido *narodovolets*. La centralidad de la clase obrera industrial, la idea de la hegemonía naciendo en la fábrica, era un panorama extraño e inimaginable

en las condiciones rusas. A lo sumo, Aleksandre intentó amalgamar y conciliar las ideas *narodnik* con algunas básicas tesis marxistas (como puede comprobarse en su propia declaración en el juicio marcial que le condenó a morir en la horca).²³ En su alocución frente al tribunal, Sasha presentó la paradoja de todo revolucionario materialista: el Socialismo presumiblemente se realizará sí o sí espontáneamente a través de leyes socioeconómicas ‘naturales’ que dictaban las fases del desarrollo histórico progresivo. ¿Por qué, entonces, los revolucionarios tenían que dedicar sus vidas a la realización de esas leyes? Sasha responde enunciado el corolario populista del credo *narodnik*: porque “para un miembro de la intelectualidad el Derecho a pensar libremente ya compartir sus ideas con los menos desarrollados que él, no es sólo un Derecho inalienable sino también una necesidad y un deber” (Ul’ianova-Elizarova, 1927, pp. 290-292), y afirmará que

[...] los individuos separados no pueden, incluso por la fuerza, producir cambios en la estructura social y política de un Estado, e incluso los derechos naturales, como el Derecho a la libertad de expresión y al pensamiento, sólo pueden adquirirse mediante la acción de un grupo bien definido que incorpore y conduzca la lucha.

Haciendo eco de sus lecturas marxistas mencionó su formación ideológica:

[...] sólo el estudio de las cuestiones sociales y económicas me llevó a la profunda convicción de que el estado de cosas de Rusia no era normal; y a continuación los vagos sueños de Libertad, Igualdad y Fraternidad cobraron formas estrictamente científicas es decir: socialistas.

Antes que el juez interrumpa su discurso de tribuno dirá que “en Rusia siempre habrá pequeños grupos de personas, tan dedicados a sus ideas y sintiendo tan apasionadamente la miseria de su Patria, que no piensan que es un sacrificio morir por su causa. Es imposible asustar a esas personas”.²⁴ No pedirá clemencia a los jueces ni al Zar, cumpliendo el código *narodnik* escrito por Lavrov.²⁵ Todos los biógrafos y personas

cercanas a la familia coinciden unánimemente en una cosa: Sasha jamás intentó influenciar a *Volodia*. Solo podemos conjeturar que desde el interior de un hecho brutal se inicia su interés por la Política revolucionaria.

Entonces: ¿Chernishevsky es indispensable en la elaboración del Marxismo de Lenin?²⁶ Lenin descubrirá al ‘genial’ Chernishevsky (y parte de la literatura radical de los 1860’s y 1870’s) en una biblioteca familiar de Kokushino, cerca de Kazán, tierra irredenta tártara, el lugar habitual de vacaciones de la familia. La finca (400 hectáreas, un pequeño latifundio) es propiedad de la familia de su madre, los Blank, de comprobable ascendencia judía (dato oculto por Stalin).²⁷ La rica biblioteca en casa del abuelo (aunque al parecer herencia de un tío ilustrado) contiene mucho material político y filosófico, casi un muestrario de la literatura rusa crítico-revolucionaria de los últimos decenios.²⁸ Trotsky va un poco más allá, señala que

[...] por fortuna, en una ala del edificio, se encontraba un estante lleno de libros de un difunto tío que, en su época, había tenido reputación de erudito [...] Vladimir se arrojó sobre el estante del tío [...] Al comenzar a leer las revistas progresistas de antaño, por primera vez se dio cuenta del sentido de la lucha que oponía las diversas tendencias sobre el destino económico de Rusia. El conocimiento de las publicaciones de los años 1860’s y 1870’s, que siguió completando constantemente, más tarde habría de serle de gran utilidad en sus debates con los populistas y en sus primeros trabajos literarios.”²⁹ (Trotsky, 1972, pp. 186-187)

El aporte bibliográfico además se complementaba con libros y materiales de la biblioteca pública de Kazán e incluso de un Casino de comerciantes. El período de Kokushino-Kazán-Kokushino, como recuerda su hermana Anna, fue decisivo en su formación política y filosófica: en agosto Lenin se inscribe en la carrera de Derecho en la Universidad de Kazán, y como confiesa a sus personas más cercanas (recuerdos de sus hermanas, de Bonch-Bruévich, Essen, Krupskaja, Lepenski, Lunacharsky, Riazanov, Valentinov *et alii*),³⁰ se siente cada vez más

cercano a Chernishevsky, ha ejercido sobre él una ‘influencia esencial’. Si es así, lo sorprendente es que Lenin es un discípulo peculiar y bastante tardío. El testimonio más concreto y sorprendente es el de Nikolai Valentinov, *aka* ‘Volski’, que se encuentra con Lenin en París en 1904. Valentinov era un socialdemócrata bolchevique con pasado *narodnik*,³¹ discutiendo la importancia de Chernishevsky y su novela *¿Qué hacer?* de 1863,³² se sorprende de la defensa a ultranza de Lenin a los que cuestionaban la calidad literaria y política de la novela. Lenin afirma que

[...] es inadmisible que encuentren *¿Qué hacer?* como primitiva y pobre.³³ Este libro ha despertado cientos de vocaciones revolucionarias. ¿Podría ser eso posible si fuera una obra primitiva y pobre? Entusiasmó a mi hermano [Aleksandre], me entusiasmó a mí. Me ha arado de arriba abajo. ¿A qué edad has leído *¿Qué hacer?* Es inútil leerlo cuando uno todavía está en la cuna. La novela de Chernishevsky es demasiado complicada, demasiado repleta de ideas, como para que una persona joven pueda entenderla y apreciarla. Intenté leerla creo que a los catorce años. Fue una lectura inútil y superficial. Pero, después de la ejecución de mi hermano, sabiendo que el libro de Chernishevsky era uno de sus libros de cabecera, empecé a leerla en profundidad, y la estuve leyendo no unos días, sino semanas enteras. Solo entonces pude comprenderla en profundidad. Es una obra que te marca para toda la vida. Las obras primitivas y pobres no hacen eso.” (Valentinov, 1964, pp. 110-115)

Valentinov confiesa quedar en shock: no era normal en la época relacionar a Chernishevsky con Marx.³⁴ Valentinov lo olvidaba pero ya Herzen (1919) reconocía que todos los jóvenes revolucionarios rusos después del año 1862 eran una mezcla del Rahmetov de Chernishevsky con el Bazarov de Turguénev (p. 226); Berdiaev en su *Los orígenes del comunismo ruso*, llamaba a la novela *¿Qué hacer?* el catecismo del Nihilismo ruso y el manual escolar de la ‘Intelligentsia’ revolucionaria rusa (Berdiaev, 1937, p. 51). En la misma obra Valentinov transcribe una nota personal de Lenin enviada a Vatslav Vatslavovich

Vorovsky,³⁵ bolchevique y futuro embajador en Italia, en la cual se le interrogaba, para notas eruditas que se incluirían en la futuras *Obras Completas*, en particular sobre sus inicios en el Marxismo. A partir de 1919, Vorovsky fue fundador y director de la casa editorial oficial de la URSS (la Gosizdat) y como tal preparaba la primera edición de la *Polnoe Sobranie Sochinenii* formalmente a cargo de Kamenev. Lenin *dixit*:

Creo que nunca en mi vida, incluso ni siquiera en la cárcel de Petersburgo y en el exilio en Siberia, he leído tanto como lo hice al año siguiente a mi expulsión de Kazan [1887], cuando me enviaron al destierro forzoso al campo [Kokushino, diciembre de 1887-diciembre de 1888]. Me intoxicaba leyendo hasta altas horas de la noche. Estudiaba clases de la Universidad, pensando que pronto me dejarían volver a ella. Leía literatura, Nekrasov me entusiasmaba.³⁶ Mi hermana [Anna] y yo rivalizábamos a ver quién memorizaba más cantidad de sus versos. Pero leía especialmente los viejos artículos de la revista *Sovremennik*, de *Otiéchestvennye Zapiski* y también de *Vestnik Evropy*. Me parecía que esas publicaciones contenían los mejores y más interesantes contenidos sobre los problemas sociales y políticos de las últimas décadas. Mi autor preferido era Chernishevsky. Leí hasta la última línea de todos los artículos que *Sovremennik* había publicado de él. Fue gracias a Chernishevsky que pude conocer el Materialismo filosófico. Él fue el primero en mostrarme el rol de Hegel en la evolución del pensamiento filosófico y así fue que pude comprender el Método dialéctico de Marx. Leí de inicio a fin destacados ensayos de Chernishevsky sobre Estética, el Arte y la Literatura. Pude comprender la figura revolucionaria de Bielinsky. Estudié todos los artículos de Chernishevsky sobre la cuestión campesina, sus notas sobre la traducción del libro de Economía Política de Stuart Mill.³⁷ Y como Chernishevsky fustiga a la Ciencia Económica burguesa,³⁸ fue una buena preparación para pasar más tarde a Marx. Leí con gran interés y gran beneficio los estudios, notablemente profundos, de Chernishevsky, con un pequeño lápiz en la mano, anotando pasajes enteros y haciendo

resúmenes. Incluso durante un largo tiempo guardé los cuadernos que había dedicado a esta tarea.”³⁹ (1956, pp. 267-268)

No deja de sorprendernos la confesión sincera de Lenin: fue gracias a Chernishevsky que pudo conocer no solo el Materialismo filosófico (Feuerbach especialmente),⁴⁰ no solo la crítica socialista la Economía Política, sino que le introdujo, nada más ni nada menos, que en el conocimiento del Método dialéctico de Hegel y Marx. La comunicación de Lenin a Vorovsky no concluye aquí:

La extensión enciclopédica del conocimiento de Chernishevsky, la claridad de sus puntos de vista revolucionarios, su despiadado talento polémico, todas estas cosas me conquistaron. Habiendo podido conocer su domicilio [en el destierro forzoso], fui tan lejos como para escribirle, y estaba muy decepcionado de no recibir una respuesta. La noticia de su muerte, un año después [1889], me hizo sentir muy triste. Chernishevsky, amordazado por la censura, no podía escribir libremente. Tenía que adivinar la mayoría de sus opiniones. Pero al sumergirme, como he hecho, en sus artículos, se encuentra infaliblemente la clave que permite descifrar sus opiniones políticas, aun cuando están expresadas en palabras encubiertas.

Lenin reconoce que no es una lectura fácil ni ingenua ‘entender’ a Chernishevsky, que hay que poseer una clave hermenéutica, la exacta combinación de su lenguaje ‘esópico’, una herramienta retórica de propaganda antidespótica fundamental que Lenin (y el Bolchevismo en general) transformará en un arte de la agitación y la resistencia. ¿Cómo es que Lenin posee esta cifra, este *quid* para entender a Chernishevsky? Que se necesitaría una clave para comprender en profundidad a Chernishevsky lo confirma el testimonio de la legendaria Vera Zasúlich, veterana terrorista *narodnik* y luego marxista,⁴¹ quién replica a Valentinov en 1904:

–‘Conoce a Chernishevsky?’ Me preguntó;
–Claro, le respondí, lo he leído, pero sin encontrar lo que Usted, o Lenin, hallaron

en él; –‘Entonces Usted no le conoce, no le conoce en absoluto!’ me respondió con fuerza. ‘Será una tarea muy difícil. Chernishevsky debía recurrir a jeroglíficos para poder escapar a la censura. Nuestra generación puede y sabe descifrarlo, pero Ustedes, las jóvenes generaciones de los años 1890’s, ignoran este arte. Tome cualquier pasaje de sus obras y le parecerá vacío, sin embargo contiene una gran pensamiento revolucionario. Chernishevsky siempre le dio la clave de sus jeroglíficos a sus amigos y colaboradores de la revista *Sovremennik*; llegaba finalmente a los círculos revolucionarios o se transmitía de boca en boca. Sus obras poseen así una especie de ‘código cifrado’, que permanecía durante un tiempo en vigor, más allá de que Chernishevsky hubiera sido exiliado en Siberia y ya no podía dar a nadie la clave de sus artículos. Si no se conoce éste código, Usted no puede comprender a Chernishevsky. (Valentinov, 1964, pp. 117-118)

Cerrando el rizo ideológico, Zasúlich en sus memorias relata que en los círculos populistas-terroristas ella recomendaba siempre para la formación de militantes revolucionarios... ¡leer el prólogo y las notas de Chernishevsky a la edición en ruso de *Principles of Political Economy* de Mill!⁴² Chernishevsky como *retor* revolucionario fue un auténtico maestro en el trabajo de publicación de ideas ‘ilegales’, sus técnicas basadas en el lenguaje ‘esópico’ o ‘de esclavos’ fueron una enseñanza decisiva para Lenin y para el Bolchevismo *in toto*. Hacía un uso sofisticado de alegorías, ironías y metonimias, algunas claves fueron develadas por la misma Zasúlich: por ejemplo, cuando escribía ‘construcciones antiguas’, significaba ‘falansterios comunistas’ al estilo Fourier; cuando aparecía ‘asunto o causa común’ equivalía a Revolución, ‘ideas sanas sobre la Organización de la manera de vivir’ significaba Socialismo; ‘Luis XIV’ era el filósofo Feuerbach, así sucesivamente.⁴³ Por ejemplo: muchos críticos encontraron absurdo o ridículo que Rahmetov durmiera sobre clavos, pero el mensaje de Chernishevsky era que todo revolucionario debía prepararse psicológica y físicamente para neutralizar los maltratos y torturas de las cárceles zaristas (Drozd, 2001, pp. 118 y ss).

Otra característica curiosa de Rahmetov es que lee a... Isaac Newton.⁴⁴ Rahmetov finalmente es un desclasado (ha renegado de su origen noble), un ‘excéntrico’, efectivamente puede parecer ridículo a la masa vulgar, pero no un demente, tal como se presentaba a santos y mártires en la tradición revolucionaria rusa. En cuanto a la configuración del modelo de militante radical, el lector no podía deducir linealmente ‘todo’ del personaje de Rahmetov (la censura lo impediría) sino que, en un inteligente juego de interior y exterior de la novela, en la cual el autor interrumpe el hilo argumental de manera arbitraria, se debería contrastar mucho de los rasgos y opiniones del personaje con la propia Teoría materialista que profesaba Chernishevsky (Drozd, 2001, pp. 123-125). Esencialmente Chernishevsky era un tribuno-publicista, todas las diversas formas literarias eran vehículos para su propaganda social y política. Lukács lo compara con Diderot y Lessing (Lukács, 1951, p. 7). “Me parece que pertenezco al partido radical, a los *ultras*” decía de sí mismo. Contra todo fetichismo de la Política, señalaba que “el verdadero problema radica en las relaciones sociales, [que deben ser organizadas] para que una clase no pueda chupar la sangre de otra”. Creía que detrás de todo proceso histórico latía el factor económico en cuanto ‘circunstancias’, que determinaba en última instancia a las propias ideologías (Chernishevski, 1928-1930, pp. 270-271). Obviamente nunca pudo expresarse plena y definitivamente. Se vio obligado a elaborar un lenguaje especial propio que, aun engañando al censor, todavía podía ser descifrado por lectores comprensivos. Sus artículos están llenos de sutiles indicaciones, alusiones irónicas, marcas filosóficas y ambigüedades intencionales. Para obtener su verdadero significado a menudo es necesario leer entre líneas. Pero en muchos ensayos no-literarios su *pathos* radical es evidente, por ejemplo en los dos artículos que forman su obra *El Principio antropológico en la Filosofía* (1860).⁴⁵ Se trata de una crítica a los fundamentos filosóficos del Populismo y de la ideología *Narodnichestvo*⁴⁶ sostenida por P. Lavrov, basándose en Stuart Mill y Proudhon. En su exposición crítica, Chernishevsky se acerca de manera increíble a la orilla de

Marx, por ejemplo en su visión sobre la relación entre Filosofía y Política:

Las teorías políticas y las doctrinas filosóficas en general siempre se han elaborado bajo la poderosa influencia de las situaciones sociales a las que se refieren, y cada filósofo ha sido el representante del partido político [...] la que pertenecían. No hablaremos de los pensadores que se ocupan especialmente los aspectos políticos de la vida [(menciona a Hobbes, Locke, Milton, Montesquieu, Rousseau, Bentham)] [...] Kant pertenecía al partido que deseaba introducir la libertad en Alemania por medios revolucionarios, pero retrocedió ante los métodos terroristas; Fichte dio un paso más, tampoco se aparta de los medios terroríficos. Hegel era un liberal moderado; inusualmente conservador en sus conclusiones, afirmó principios revolucionarios en la lucha contra la reacción extrema, con la esperanza de que no lograría dejar que el espíritu revolucionario, que utilizó en su teoría para derrocar al pasado demasiado podrido, se desarrollara [...] sus sistemas filosóficos estaban, de principio a fin, impregnados por el espíritu de los partidos políticos a los que pertenecían los autores de dichos sistemas.” (Chernyshevski, 1928-1930, p. 2)

Chernishevsky había hecho suya aquella fórmula de Feuerbach: ‘Quien persigue un Fin que es en sí verdadero y esencial, tiene ya en ello Religión’. El recurso indirecto de la ficción, para la difusión, diseminación y discusión de ideas político-sociales, era ya una tradición rusa en el siglo XIX que había perfeccionado Herzen. Recordemos que el Bolchevismo se originó en un círculo marxista en Ginebra en 1904 que incluía un diario, una biblioteca y una editorial, y la batalla ideológica contra el Absolutismo dependía del uso revolucionario (legal e ilegal) de palabras y textos, de hacerlos difundir y llegar a las masas rusas, esquivando la censura inaudita zarista. ¿Cómo pudo Lenin llegar apropiarse de la clave hermenéutica-política *narodnik* que permitía entender al esotérico Chernishevsky? ¿El código de lectura de Chernishevsky nos ayudará con el código de lectura sobre Lenin? La conmoción de Valentinov, socialdemócrata

al estilo Erfurt, nos da otra pista valiosa: Lenin no asimiló a Chernishevsky (ni a la tradición populista revolucionaria rusa) de igual manera que sus contemporáneos socialistas. Tenemos un indicio escandaloso: Lenin se acerca por primera vez a un círculo político en Kazán, en cuanto se inscribe en Derecho en la Universidad (agosto de 1887), se trata del que organiza el terrorista *narodnik* judío Lazar Bogoraz, cuyo plan era reconstruir la *Naródnaya Volia*, como su hermano Aleksandre, y Bogoraz (una figura sombría) no era un mero recitador ni un retórico esotérico: su círculo era muy activo, producía panfletos, volantes y proclamas, además de tener conexión fluida y directa con activistas de San Petersburgo (Derek, 1986, pp. 65 y ss.). Un conocido miembro de este círculo era A. M. Peshkov, *aka* el escritor Maksim Gorki, futuro financista de los Bolcheviques. Además, un camarada cercano a su fallecido hermano Aleksandre pertenecía al círculo. Bogoraz además utilizaba en sus manifiestos y panfletos párrafos e incluso metáforas que usaba Chernishevsky para referirse al revolucionario Rahmetov: ‘flor de la mejor gente’, ‘motor de los motores’, ‘sal de la sal de la vida’, ‘defensores de la Oscuridad y del Mal’, etc.⁴⁷ La ideología del grupo solo puede conjeturarse, pero básicamente sus miembros desarrollaban una campaña terrorista típica y dudaban de la capacidad del Pueblo para llevar a cabo una Revolución por sí mismo. El círculo mantenía contactos con otros grupos revolucionarios, como marxistas y anarquistas. El rol exacto de Lenin en el círculo se desconoce, aunque no puede haber sido importante. En 1924 le recordó a Radek que en éste círculo escuchó por primer vez hablar de Marx.⁴⁸ Su próxima actividad ‘legal’ será con la asociación de estudiantes de Samara-Simbirsk, que apoyó una manifestación el 4 de diciembre de 1887, siendo detenido con cientos de estudiantes y expulsado de la Universidad, obligado a estar confinado en la hacienda familiar de Kokushino bajo vigilancia policial. Volvió nuevamente a los libros de su hermano y de su tío, volvió por segunda vez a Chernishevsky. Quedó conmocionado, tanto política como emocionalmente, llegando a cometer la torpeza de escribirle personalmente. En 1889 al enterarse de su muerte, Lenin dibujó una cruz sobre la fotografía que poseía de él en el

escritorio, y escribió: ‘Octubre de 1889, Saratov’. Sigamos leyendo la nota de Lenin a Vorovsky en torno al inicio de su formación:

Hay músicos que se dice que tienen un oído absoluto. Hay personas que se puede decir que tienen un estilo revolucionario absoluto. Tal era Marx, como también lo era Chernyshevsky. Hasta el día de hoy, ningún revolucionario ruso ha comprendido o juzgado de una manera tan fundamental, penetrante y fuerte la cobardía, la villanía y la traición inherentes a todo Liberalismo. En las revistas que pasaron por mis manos, podría haber habido estudios sobre el Marxismo (el debate entre Mikhailovsky y Zhukovsky, por ejemplo).⁴⁹ No puedo decir honestamente hoy si los he leído o no. Pero una cosa es cierta: antes de conocer el Volumen I de *Das Kapital* de Marx y *Nuestras diferencias* de Plekhanov, esos autores no habían atraído mi atención. Sin embargo, gracias a los artículos de Chernyshevsky, había comenzado a interesarme por cuestiones económicas y, en particular, por la vida rural en Rusia [...] Antes de conocer a Marx, Engels y Plekhanov, sólo Chernyshevsky ejerció sobre mí la influencia dominante, y comenzó con ¿Qué hacer?.

Pero: ¿Qué actividad llevaban estos círculos? ¿qué pudo aprender en ellos Lenin? Tenemos el testimonio de uno de los principales organizadores de estos círculos populistas en el Volga y en Kazán, Ivanski:

[...] las tareas de estos círculos eran las siguientes: 1) elaborar de manera sólida la concepción socialista y revolucionaria, formular y definir a partir de ellos la orientación política [...]; 2) al mismo tiempo el círculo se fija un objetivo práctico para un futuro próximo: introducirse en todos los establecimientos de enseñanza, con el fin de cooptar los elementos con sentimientos más revolucionarios.” (Ivanskij, 1958, p. 237)

Grigorev describe de esta manera los círculos de investigación y estudio en el Volga del legendario marxista Fedoseev, que tendrá tanta influencia en Lenin:

El círculo es un pequeño grupo de diez a quince personas que desean adquirir conocimientos sobre las cuestiones sociales [...] Para estudiar se reúnen al menos una vez a la semana. Generalmente se leen artículos de revistas, o cualquier exposición de algún tema por un miembro, que luego se discute. Las tareas del círculo eran: despertar el interés por las cuestiones sociales, orientarse en medio de la literatura correspondiente, elaborar a partir de ello determinadas convicciones políticas.” (Grigorev, 1923, pp. 57-58)

Un ejemplo de este tipo de exposición polémica serán los primeros ensayos de Lenin: *Los nuevos cambios económicos en la vida campesina* (1893), *El llamado ‘Problema de los mercados’* (1893), partes importantes de libro *Quiénes son los ‘Amigos del Pueblo’ y cómo luchan contra los socialdemócratas* (1894, varios capítulos fueron informes en círculos de Samara escritos en 1892 y 1893) y *El contenido económico del Populismo y su crítica en el libro del sr. Struve* (1895, basado en un informe leído en 1894 en un círculo de Petersburgo con el nombre de *Reflejo del Marxismo en la literatura burguesa*).⁵⁰ Lo cierto es que Bogoraz se mueve hacia Rostov (por la persecución policial) y Lenin (tenía dieciocho años) debe buscar otro círculo político alternativo: será el de la jacobina M. P. Chetvergova, otro ex miembro de la *Naródnaya Volia*,⁵¹ también mantenía contactos con otros círculos marxistas fuera de Kazán, y estaba asociado con el líder populista terrorista M. V. Sabunaeve,⁵² la ideología del grupo era muy parecida a la sostenida por su hermano Aleksandre. Recordemos que Aleksandre intentó de alguna manera conciliar en un híbrido ideológico inestable a Marx con el Populismo *narodnik*.⁵³ Valentinov lanza la hipótesis que el primer material de Marx llegó a manos de Lenin desde el círculo de Chetvergova, es decir: el tomo de *Das Kapital* en la edición rusa de 1872.⁵⁴ Según el testimonio de su hermana Anna fue durante el invierno de 1888-1889. Ulyanova-Elizarova, 1927, p. 21). Finalmente Volodia se encuentra directamente con Marx. ¿Chernyshevsky con el código de lectura *narodnik* le permite ‘traducir’ a Marx a las condiciones rusas? Y viceversa: ¿Le permite ahora Marx entender mejor a Chernyshevsky? No solo es un

mero agregado teórico, una influencia intelectual, recuerda Lenin:

El mayor mérito de Chernishevsky es haber demostrado no sólo que todo hombre verdaderamente honrado que piense correctamente debe ser revolucionario, sino también, lo que es más importante, *qué* clase de revolucionario *debe* ser, *cuales* reglas debe seguir, cómo *debe* marchar hacia su meta, con *cuales* métodos y medios puede alcanzarla. Este mérito borra todos sus defectos, defectos, además, imputables menos a sí mismo que al bajo grado de desarrollo de las relaciones sociales de su tiempo.”⁵⁵ (Valentinov, 1951, pp. 296-303)

Hasta qué punto sentirá verdadero afecto intelectual que en su despacho en el Kremlin después de 1918 Lenin hizo instalar una biblioteca con libros de... Chernishevsky.⁵⁶

Lenin permanece en el destierro cerca de un año, se le permite regresar a la ciudad de Kazán pero no se le re-admite en la Universidad. Allí durante el otoño de 1888 frecuenta ya círculos declaradamente marxistas, la red más madura consiste en los círculos dirigidos por Nikolai E. Fedoseev (en Kazán).⁵⁷ Su evolución en quizá los años más importantes en su formación (1887-1893, es decir: Kazán-Samara-Kazán) (Elizárova, 1925, p. 34 y ss.) muestra que Lenin se está convirtiendo en un ‘revolucionario profesional’ al servicio del ‘Hombre nuevo’ en el sentido de Chernishevsky, el modelo ‘Ramhetoviano’, y Fedoseev le dará su marca casi final y fructífera. ¿Qué opina el Lenin maduro, líder indiscutido de la primera Revolución socialista de la Historia y arquitecto del Estado soviético, de este casi oscuro marxista llamado Fedoseev? Recuerda Lenin en 1923, no garantizando la exactitud de su memoria, que

[...] fue uno de los primeros que declaró su adhesión a la tendencia marxista. Recuerdo que esto fue la base de su polémica con N. K. Mijailovski, quien en *Rússkoie Bogatstvo* contestó a una de sus cartas clandestinas. Por este motivo comencé a mantener correspondencia con Fedoseev [...] Mi correspondencia con Fedoseev se refería a los

problemas que surgieron entonces sobre la *Weltanschauung*, sobre la Concepción marxista o socialdemócrata del Mundo. Recuerdo particularmente la simpatía de que gozaba entre todos los que le conocían, como revolucionario típico de los ‘viejos tiempos’, entregado por entero a su causa [...] el papel desempeñado por Fedoseev en aquel período, en las regiones del Volga y en algunas zonas de Rusia central, fue muy importante y el viraje de entonces hacia el Marxismo se debió sin duda en muy alto grado a la influencia de este revolucionario excepcionalmente talentoso y extraordinariamente abnegado.”⁵⁸ (Lenin, 1978, pp. 454-455)

La afirmación de Lenin resulta extraña en varios aspectos, pero muy reveladora: ¿Fedoseev ‘revolucionario típico de los viejos tiempos’? Era un año menor que Lenin y ya era marxista cuando Lenin empezaba a serlo [...] ¿a qué se refiere entonces? Es obvio: Fedoseev es ‘marxista teórico’, nos dice Lenin, pero en su práctica sigue siendo un militante al viejo estilo, igual que los populistas, igual que su hermano Aleksandre, no ha entendido ni asimilado la matriz materialista militante que enseña Chernishevsky. No ha entendido el valor de la eficacia en la acción revolucionaria, no ha comprendido el prototipo antidespótico del nuevo revolucionario profesional encarnado en Rahmetov. Lenin saldará sus cuentas con estos revolucionarios populistas entre 1893 y 1901 y con los marxistas típicos ‘de los viejos tiempos’ en su obra *¿Qué hacer?* de 1902. La versión-decreto de Stalin es la siguiente:

En 1887, ingresó en la Universidad de Kazán, pero a poco de esto fue detenido y expulsado de la Universidad por tomar parte en el movimiento revolucionario estudiantil. En Kazán, Lenin ingresó en el círculo marxista organizado por Fedoseev. Al trasladarse Lenin a Samara, se formó en seguida en torno a él el primer círculo marxista de esta ciudad. Ya entonces Lenin asombraba a cuantos le conocían por su conocimiento del Marxismo.” (Stalin, 1953, pp. 8-9)

Lo cierto es que no resultaría fácil para Lenin llegar a ingresar a un círculo ‘fedoseeviano’, que llegaban a una docena: los socialdemócratas

en Rusia llevaban una actividad conspirativa y secreta, similar a los *narodniks*, por lo que el reclutamiento para pertenecer a un círculo se realizaba a través de recomendaciones personales de miembros en activo. Lenin no conocía a ningún destacado socialdemócrata en la época. Un círculo ‘fedoseeviano’ como vimos se componía de entre 10 y 15 personas, que se reunían dos veces a la semana, y en los encuentros se discutía un libro, artículo o ensayo de algunos de sus miembros, que se había estudiado previamente. Había dos tipos de círculo: uno, ‘preparatorio’ o de iniciación, donde se leía y estudiaban materiales preparados por Fedoseev, quién lo supervisaba desde el anonimato; otro de mayor nivel, con los miembros más confiables y preparados, donde el mismo Fedoseev daba personalmente lecciones y conferencias.⁵⁹ De hecho, Lenin no pudo conocer en Kazán a Fedoseev, sí sus escritos y su famoso catálogo, ni pudo escucharlo o entablar debate, por lo que integraba un círculo ‘preparatorio’ de segundo o tercer orden. Trotsky reconoce que Lenin ‘no pertenecía al círculo central’. Lo que impresionaría al joven Lenin, un bibliófilo desde niño, seguramente era la impresionante y erudita ‘logística literaria’ de Fedoseev: había desarrollado un Catálogo-Biblioteca sobre Marxismo y teorías revolucionarias, incorporando un archivo tipo ‘clipping’ de la prensa rusa desde 1860, con todas las noticias y artículos sobre Marx. Además se reproducían (en una imprenta clandestina) libros descatalogados, prohibidos o censurados, así como ediciones en alemán, francés e inglés de Marx y Engels, traducciones al ruso,⁶⁰ además de un índice bibliográfico exhaustivo de sus obras. Trotsky reconoce que el círculo “poseía una pequeña biblioteca ilegal, tenía además su propias ediciones clandestinas” (Trotsky, 1972, p. 196). Trotsky reconoce que, en el desarrollo del Marxismo ruso, los círculos de Fedoseev desempeñaron ‘un papel central’. Pero Fedoseev (con dieciocho años) era incapaz de realizar este gran trabajo solo: colaboraban con él socialdemócratas eruditos de Kazán (Skvortsov, que lo introdujo en el pensamiento de Marx y Motovilov, que provenía del círculo de Bogoraz), que a su vez utilizaban el gran material reunido sobre Marx por el profesor ‘marxista-legal’, economista y estadístico, N. I. Ziber,⁶¹ que realizó la primera lectura

académica en Rusia sobre Marx, y fue expulsado por esa razón de la Universidad de Kiev (Derek, 1986, pp. 118 y 146). Ziber fue importante para Lenin directamente al explicar la formación del ejército industrial de reserva así como el rol de la producción mecanizada y el papel de la máquina en el surgimiento de la gran industria en el Capitalismo.⁶² En los círculos de Fedoseev se leía además de Marx y Engels, a Kautsky, Plekhanov y, cómo no, a... Chernishevsky. Fedoseev mismo calificaba la obra de Chernishevsky como uno de los más valiosos autores del “tesoro del pensamiento ruso” (Fedoseev, 1958, p. 120). El inquieto escritor Maksim Gorky, futuro bolchevique y financista de Lenin, que en esa época trabajaba en una gran panadería industrial, pudo conocer en persona a Fedoseev en un debate con los populistas donde defendió la posición de Plekhanov en su obra de 1885, *Nuestras diferencias*. En ella, además, Plekhanov hacía una defensa entusiasta de Chernishevsky, y calificaba a su obra como el más “destacado intento en Rusia de aplicar la Dialéctica a los fenómenos sociales”.⁶³ Gorky también recordaba que Lenin cuando lo visitó en Capri le contó que a principios de 1889 recibió un catálogo de textos que “le permitieron un acceso directo al Marxismo” (Valentinov, 1958). Fedoseev, uno de los primeros marxistas en rechazar *in toto* al Terrorismo como herramienta política fundamental (una rareza en esos tiempos en Rusia) tenía además la intención de que los círculos marxistas fueran el ‘andamio’ de un futuro partido socialdemócrata que giraría sobre un programa revolucionario basado en Marx. Fedoseev, a diferencia de Plekhanov a quién criticaba, decía que el Capitalismo “ya existía como tal” en Rusia (y no era un estadio porvenir o una meta futura a la que había que alcanzar). Una idea que nunca abandonará Lenin (y que muchos estudiosos como Berlín la consideran extravagante y extraña para la época). Su hermano Aleksandre y toda la *Narodnaia Volia* sostenían que Rusia seguiría una tercera vía, una senda histórica excepcional, que le permitiría saltarse la etapa del Capitalismo. Otro componente esencial era un fuerte anti-intelectualismo. Su objetivo era no crear más intelectuales de aparato como Bernstein o Kautsky, sino generar auténticos líderes obreros del proletariado ruso como Bebel. El problema

para Lenin es siempre de composición de clase, lo volverá a priorizar en su etapa electoral con los candidatos a las Dumas o en su gestión pedagógica de las escuelas de partido. Es casi tan importante el que aprende como lo que aprende sería el *motto* de Lenin. Este programa, del cual se trazaron esquemas y esbozos, se basaba en la centralidad del proletariado, en la idea que sería el líder hegemónico de la próxima revolución, guiando al campesinado en una alianza contra la Autocracia zarista.

En mayo de 1889 la madre de Lenin traslada a la familia a una nueva propiedad adquirida en Alakaevka (provincia de Samara), el objetivo no-explicito es sacar a Volodia de Kazán y de sus contactos revolucionarios, transformarlo en un *kulak* con tierra y campesinos, cosa que no funcionó en absoluto. En septiembre de 1889 Fedoseev es detenido junto con muchos de sus militantes relacionados con la imprenta clandestina, pero la red de círculos permanece casi intacta. Lenin reconoce que, si hubiera estado aquel verano en Kazán, seguramente lo hubieran encarcelado. Su hermano Dimitri reconoce que la hacienda de Alakaevka fue para Lenin, durante cinco años (1889-1893), “el verdadero gabinete de trabajo teórico”, el laboratorio de su encuentro final con Marx y de su *Aufhebung* del Populismo. Una amiga de su hermana María, la jacobina-*narodnik* María Yasneva, luego sería una bolchevique, que visitaba habitualmente la casa de los Ulianov en la época, recuerda que “pasaba los días entero estudiando a Marx, redactando resúmenes, copiando extractos, tomando notas. Entonces era muy difícil arrancarlo de su trabajo” (Yasneva-Golubeva, 1924, p. 30), al mejor estilo de Rahmetov. Y al mejor estilo de Rahmetov, se había autoimpuesto un horario de lectura en un lugar aislado, evitaba las visitas molestas, había erigido un pequeño gimnasio al estilo alemán (rutina llamada ‘Rek’), eliminado de manera radical vicios (como el tabaco) y se había impuesto una dieta rigurosa (Trotsky habla de sencillez ‘casi bíblica’). Lenin sería caracterizado por la Psicología moderna como un compulsivo, trastorno que exige un nivel muy alto de inteligencia. Chernishevsky además había demostrado con Rahmetov que el prototipo del nuevo hombre revolucionario podía perfectamente descender

de una familia noble y renegar de ella. Pero hay un enigma en esta época: ¿Por qué Lenin no se encontró *vis-a-vis* con el admirado Fedoseev en Kazán? ¿Por qué, a su vez, después de la primavera de 1889, intentó comunicarse en persona, intercambiando documentos, manteniendo una correspondencia (perdida) para finalmente recibir sus manuscritos inéditos? Al parecer Lenin todavía conservaba sobre el Terrorismo ideas insólitas para un marxista de la nueva época, ideas que muchos consideraban una supervivencia anómala de la etapa anterior a 1880, en la cual la oposición no se encontraba en el dilema ‘Marxismo vs. Populismo’ sino en la encrucijada entre Lucha política ‘directa’ (ergo: Terrorismo) vs. Propaganda socialista. Trotsky da una hipótesis de este desencuentro inexplicable: Lenin no podía todavía desligarse de la tradición *narodnik*, todavía Marx no significaba (como para Fedoseev) “la ruptura con la bandera que había seguido su hermano mayor”⁶⁴ (Trotsky, 1972, pp. 198-200). En su conversación con Radek en 1923, Lenin lo vuelve a confirmar: confiesa que en esos años deseó escribir una obra que intentara unificar el Marxismo teórico con la práctica de *Narodnaya Volia*.⁶⁵ La amalgama ideológica resultó imposible e inestable. Lenin estaba a punto de convertirse en un marxista heterodoxo, en un materialista combativo.

En Samara Lenin, al parecer por intermedio de su cuñado Mark Elizarov, que perteneció al círculo *narodnik* de su hermano Aleksandre, se pone en contacto con el grupo marxista del ‘doctor’ A. P. Skliarenko, recientemente liberado de prisión.⁶⁶ Dos de sus miembros, M. I. Semenov (‘Blan’) y I. J. Lalajanc (‘Klumb’), que había pertenecido al círculo de Fedoseev en el que se encontraba Lenin,⁶⁷ son el testimonio obligado sobre el grupo. Dice Semenov:

[...] durante el primer período de su existencia [antes de 1887 y del arresto de Skliarenko] [...] el círculo imprimía y difundía ediciones ilegales, asegurando la propaganda entre los jóvenes estudiantes y ensayando cómo organizar una acción política activa: publicación y difusión de folletos. En el segundo período [a partir de 1889 bajo represión] se caracteriza en especial por el

estudio atento y pertinente de las teorías política y económicas, de la economía de Rusia y por la elaboración de un programa de actividad política”.⁶⁸

Skliarenko tenía un sistema muy parecido al de Fedoseev: poseía una pequeña biblioteca de textos prohibidos (doscientos títulos según Trotsky), un ‘clipping’ de artículos sobre Marx y el Marxismo, un catálogo bibliográfico completo.⁶⁹ Las reuniones se hacían en la casa de Skliarenko, en la hacienda de Alakaevka o en alguna cervecería de la zona. Al parecer, Lenin escribe una crítica al libro de V. P. Vorontsov *El destino del capitalismo en Rusia* y sobre tres manuscritos de Fedoseev sobre las razones económicas para la abolición de la servidumbre en Rusia en 1861, trabajo que Lenin calificaría como de la primera crítica marxista sería sobre la cuestión.⁷⁰ Material del círculo que re-aparecerá como un palimpsesto en los escritos juveniles de Lenin entre 1893-1894. A fines de 1889 Lenin continuará estudiando el tomo I de *Das Kapital* en casa de Skliarenko, a los que rápidamente se le agregará el tomo II en alemán, que aparecerá profusamente utilizado y citado en sus escritos anti-populistas de 1893-1895. De manera simbólica el grupo realizará un viaje por el Bajo Volga en mayo de 1890, y visitarán en Yekaterinovka la casa del mítico ‘jacobino-nihilista’ Serguéi Necháyev (1847-1882),⁷¹ autor del famoso *Catecismo revolucionario* (1869) para organizar asociaciones secretas,⁷² expulsado de la Iª Internacional, acusado de Bakunin de ‘ladrón’, caricaturizado por Dostoievski en *Demonios* a través del personaje Verkhovensky. Necháyev fue el líder indiscutido de la organización terrorista *Narodnaya Rasprava* (Venganza del Pueblo) Allí Lenin conversará incluso con el padre de Necháyev sobre la Comuna rusa (*Obschina*) y las clases sociales, el Capitalismo en la agricultura y sus consecuencias revolucionarias. Pero en este caso debemos negar toda fuente de inspiración ‘necháieviana-blanquista’, el dilema como modelo psicológico revolucionario ‘Raskolnikov (Dostoievski) vs. Rahmetov (Chernishevsky)’ jamás se planteó en la mente de Lenin. Como había testimoniado Plekhanov, Marx les permitía a los militantes rusos escapar del laberinto de contradicciones del Populismo. Hacia fines del invierno

de 1893, Lenin prepararía su salida de Samara hacia San Petersburgo, llegando a la capital del imperio zarista y dominando de forma absoluta a los marxistas más viejos o de su generación, tanto por su sólida formación en Marx⁷³ como por su creativa pero híbrida *Aufhebung* de la ideología *narodnik*. En una ficha de censo del Partido Comunista ruso de 1921, Lenin señala como principio de su actividad revolucionaria marxista: “1892-1893, Samara, círculos ilegales de la Socialdemocracia”. O sea: que el período de formación, la *Bildung* de Volodia como militante ‘materialista’ (1887-1891), fue un período en el que fue no-marxista, filo-*narodnik* y posiblemente simpatizante del Terrorismo individual. Este “modelo Rahmetoviano” fue sobre el cual recepcionó *a posteriori* la Teoría de Marx, y es sin lugar a dudas lo que ‘colorea’ de manera singular al Marxismo de Lenin. De todas maneras, coincidimos con Trotsky, que señaló que “no hay nadie que nos diga como siguió Lenin la escuela de Marx” aunque podemos intentar una reconstrucción y un balance provisorio.

Lenin *ex ante* de Marx ya había desarrollado un Materialismo *militans*, una auténtica matriz desplegada a partir de la herencia positiva centrada en Chernishevsky como pensador y de la ‘práctica *Naródnaya Volia*’, es decir: podemos sostener que para Lenin ‘materialista militante’ no es tanto una perspectiva ‘objetivista’ del Devenir, como podía sostener el Marxismo evolucionista o ortodoxo de la época, sino como un Método que revela las contradicciones de clase, pero que al mismo tiempo, al hacer esta tarea define de manera co-originaria su postura para la acción. El segundo re-encuentro con Chernishevsky además clarificó su *pathos* anti-liberal así como su desdén por el Populismo *narodnik* y liberal, así como el alejamiento de toda forma de Nacional-eslavismo. Chernishevsky plantea al revolucionario las siguientes preguntas: ¿cuál tipo de revolucionario necesita Rusia? ¿Cuál tipo de praxis es revolucionaria en Rusia? ¿Cuál es la acción política más eficaz en Rusia? Incluso en 1908, en su polémica contra Bogdanov líder de los bolcheviques no-leninistas, Ulianov convocó al viejo maestro para combatir contra las formas nuevas de Idealismo o de Materialismo vulgar. Al final de *Materialismo y Empiricriticismo*, (1977,

pp. 347-349) Lenin sugestivamente agrega un complemento al capítulo IV: “Los filósofos idealistas como compañeros de armas y sucesores del Empiriocriticismo”, titulado: ‘¿Desde qué lado abordó N. G. Chernishevsky la crítica del Kantismo?’. Lenin considera de “extrema importancia” oponer el Materialismo de Chernishevsky (subrayando el carácter ‘gran escritor’ con magníficos razonamientos) a los ‘machistas’ dentro de la Socialdemocracia rusa, añadiendo que expondrá “la actitud adoptada en Gnoseología por el gran hegeliano y materialista ruso N. G. Chernishevsky”. Chernishevsky es presentado con dos caras como Jano, es materialista y dialéctico-hegeliano a la vez, que asume la crítica correcta en cuanto a Kant, al no saber “deducir nuestros conocimientos de una fuente objetiva” (p. 348). Para Chernishevsky, Lenin utiliza el prólogo de 1888 a *La posición estética del Arte ante la realidad*,⁷⁴ como para cualquier materialista militante, “las formas de nuestra percepción sensorial se parecen a las formas de existencia real, es decir: objetivamente real de los objetos”. Recordemos que en el prólogo, Chernishevsky demuestra ser partidario de la Izquierda hegeliana que nace de Strauss, estableciendo que ella mantuvo como núcleo central a la Dialéctica, mientras la Derecha hegeliana solo conservó la jerga y la terminología de Hegel. Chernishevsky, que comenta incluso a Bruno Bauer, considera a Feuerbach como el paradigma y exponente más avanzado de los *Junghegelianer*, a los que relaciona con la Política más progresista de la época. Sin tapujos, Chernishevsky confiesa que le gusta mucho más el Hegel que exponen los jóvenes hegelianos que el Hegel real (Chernishevsky, 1953, pp. 260-261). Los objetos, desde el punto de vista de Chernishevsky, como para el de cualquier materialista militante, “existen *realmente* y son *absolutamente* cognoscibles para nosotros, cognoscibles tanto por lo que se refiere a su existencia como por lo que se refiere a sus propiedades y a sus relaciones reales”. Las leyes del pensamiento para Chernishevsky “no tienen un valor únicamente subjetivo, es decir: las leyes del pensamiento reflejan las formas de la existencia real de los objetos; lejos de diferir, son perfectamente semejantes a dichas formas”, y, además, como cualquier materialista militante, “la realidad encierra lo que nos parece

ser la relación de causa a efecto; hay una causalidad objetiva o una necesidad natural”, por ello, dice Lenin, Chernishevsky “califica de absurdos metafísicos todas las desviaciones del lado del Materialismo tanto hacia el Idealismo como hacia el Agnosticismo”. Lenin concluye haciendo una valoración extraordinaria de Chernishevsky:

[...] es el único escritor ruso verdaderamente grande, que ha sabido mantenerse, desde la década de 1850 y hasta 1888, a la altura del Materialismo filosófico íntegro y deshechar los míseros absurdos [...] Pero Chernishevsky no supo, o más exactamente, no pudo, en razón del atraso de la vida rusa, elevarse hasta el Materialismo dialéctico de Marx y de Engels.

La posición eminentemente dialéctica de Chernishevsky, un agitador teórico más que un pensador sistemático, rechaza toda distinción de su pensamiento en ‘Idealista vs. Materialista’, ya que remarca con énfasis el momento idealista (subjetivo) de la acción iluminista así como por su visión ‘Materialista’ del propio origen y limitación de esta acción iluminista, derivada-determinada por la totalidad e relaciones económico-sociales. Lenin creía firmemente que Chernishevsky constituía un paso forzoso en la configuración histórica de una Teoría de vanguardia para una organización revolucionaria que pudiera destruir el complejo del *Aziatstvo*, la Autocracia zarista. Filosóficamente Chernishevsky pudo enseñarle a Lenin un Materialismo monista radical, ya posthegeliano, no tan feuerbachiano, que niega toda trascendencia, todo principio basado en el Idealismo (sea subjetivo u objetivo). Además la Verdad reside en el Devenir: “el Movimiento es la Libertad [...] porque el Movimiento es la Vida y el elemento principal de la Vida es el Trabajo”. Como Hegel y Marx, el Trabajo es la forma histórica metabólica, de transformación, de relación del Hombre con la Naturaleza. Como lo diría Lenin en 1895: el Materialismo presupone en todo momento “partidismo”, “impone siempre el deber de defender franca y abiertamente el punto de vista de un grupo social concreto siempre que se enjuicie un acontecimiento” (Lenin, 1974, pp. 418-419). Un materialista militante se

diferenciará de un mero objetivista ya que aquel “hace constar con precisión que existe una formación económico-social dada y las relaciones antagónicas engendradas por ella”; el materialista militante “pone al desnudo las contradicciones de clase y, al proceder así, fija ya su posición”; el materialista militante “habla de la clase que ‘dirige’ el régimen económico dado creando determinadas formas de reacción de las otras clases”; finalmente el materialista militante

[...] determina con exactitud qué formación económico-social es precisamente la que le da contenido [al proceso histórico], *qué clase, precisamente*, determina esa necesidad [...] señalaría la existencia de ciertas clases que determinan el contenido del régimen dado y excluyen cualquier posibilidad de salida que no sea a través de la acción de los productores mismos.” (pp. 418-419)

El Materialismo, expresado en una feliz fórmula de Lenin de 1894, no es otra cosa que “la explicación de las formas sociales por sus condiciones materiales”, la forma en Lenin es la ley del objeto. Igualmente un utilitarismo en su fase más radical (Bentham y Mill). Toda creencia supra o trans-natural es negada, todo dualismo suprimido, el fundamento rocoso es un Egoísmo ilustrado, explícitamente conducido por la racionalidad (eficacia) y el realismo (concretidad), trasladable al sujeto de la emancipación, como sustituto concreto de la idea de moral burguesa. Tanto la cualidad moral como la material surgen de la misma base orgánica indiferenciada. El legado de Chernishevsky a la matriz con la que Lenin recepcionaría a Marx comienza con psicología política (entendida como los efectos materiales que producen pasiones y deseos), un ámbito novedoso y revolucionario en la época. Rahmetov es importante en cuanto a la dinámica emocional del militante revolucionario. Establecerá un *Stimmung*, una disposición afectiva en sentido heideggeriano, un temple de ánimo indudable: la posibilidad concreta de subordinar todas las variables existenciales a una causa, a una meta revolucionaria. Chernishevsky consideraba que el primer acto antidespótico y el más difícil en Rusia era modificarse a sí mismo, establecer en

primer lugar una autonomía personal con respecto del *Aziatsevo*, tal como hizo el joven Lenin en 1887. Además, para Chernishevsky no hay diferencia formal entre Ética y Política, la posición política es ya una forma de eticidad desarrollada, sea implícita o inconsciente. Lenin deja suficientemente en claro que el ‘rigorista’ Rahmetov permite conformar y configurar qué clase de revolucionario se debe ser en las condiciones concretas asiáticas del *Aziatsevo*, cuales reglas debe seguir, cómo debe marchar hacia su meta y cuales deberán ser sus métodos y medios para que sea eficaz (a fin de cuentas el tipo de organización en la concepción de Lenin se encuentra íntimamente ligado a sus objetivos). En segundo lugar quizá el más evidente: su antropología y fisiología política.⁷⁵ La esencia del materialismo antropológico es el trabajo humano: “el Trabajo se representa en el análisis antropológico como la Forma esencial del Movimiento, que constituye la base y el contenido de todas las demás formas” (Chernyshevski, 1953, p. 190). Pero Chernishevsky además esboza toda una caracterización del ‘sujeto despótico’ reproducido bajo el Zarismo. La hipótesis del carácter totalitario y unidimensional del *Aziatstvo* implicaba que espontáneamente en la Rusia zarista, a diferencia de Occidente, no se podía generar ninguna fuerza social ‘libre’. De la espontaneidad no podía generarse ninguna psicología subversiva contra las formas asiáticas que despersonalizaban y dominaban cuerpo y mente. La falta de iniciativa social era la fuente de energía de la omnipotencia estatal. El perverso isomorfismo entre el régimen despótico objetivo y la conciencia ordinaria solo podría quebrarlo una forma-partido nueva y un revolucionario de nuevo tipo.

Chernishevsky lo influirá en su anti-Eslavismo radical (polémica contra Herzen), negando todo tipo de Mesianismo populista en cuanto al rol histórico de Rusia, e incluso atacando la mítica comuna campesina (Obschina), descartando su excepcionalidad nacional, presentándola como una institución común en el pasado de la humanidad, que subsiste en los pueblos más atrasados. El *pathos* contra el Liberalismo constitucional post-1848 de Chernishevsky, basado en sus estudios históricos sobre Francia, Inglaterra y Austria, será otra conquista que Lenin incorporará *ex ante*

de su recepción de Marx, y su corolario lógico: la imposibilidad de una vía moderada, el bloqueo de todo camino intermedio. El derrocamiento del complejo *Aziatsevo*, al que Lenin denomina ‘atraso asiático’, de la Autocracia zarista será, al mismo tiempo, el derrocamiento del capitalismo. Chernishevsky es sin lugar a dudas socialista en su programa y radical en su táctica.⁷⁶ Otra cuestión que lo diferencia del Populismo es su re-valorización como bloque histórico de las clases y capas no-nobles, (la denominada *raznochintsy*),⁷⁷ algo de que tomará nota Lenin en su idea de hegemonía. Otra idea de Chernishevsky de futura resonancia: solo existe la posibilidad de una Revolución democrática en Rusia si ella es el preludio casi simultáneo de la Revolución socialista en Occidente.

Políticamente para Lenin, reivindicar la herencia de *Naródnaya Volia* era como un nuevo retorno crítico a Chernishevsky. Aparte los *narodnovolistas* habían sido la única y la primera en impulsar y cristalizar la lucha ‘política’ contra el Estado zarista (contra populistas apolíticos como los de *Zemlia i Volia*). Por ejemplo, Plekhanov, se convirtió al Marxismo desde posiciones del Populismo *buntarsik* (insurreccionalista) y apolítico. Otra afinidad era la supremacía de la organización, la pre-eminencia de la institucionalización de las fuerzas revolucionarias como factor decisivo en la lucha contra la maquinaria centralizada del Estado zarista, a diferencia de los populistas que depositaban sus esperanzas en una rebelión espontánea campesina. La toma del Estado era su ‘ser o no ser’. Una última característica era que los *narodvolents* privilegiaban el trabajo político, de educación y propaganda, sobre los obreros (iniciarían el estallido que acompañarían de manera masiva y determinante los campesinos), diferenciándose en éste aspecto de los populistas. Hasta qué punto era autoconsciente Lenin de esta recepción de Marx a partir de la matriz de Chernishevsky (y la Ilustración rusa) y de la práctica de la *Naródnaya Volia*, una perfecta ‘traducibilidad’ a las condiciones asiáticas del Zarismo (al complejo *Aziatstvo*) que en sus primeros escritos siempre colocará el adjetivo ‘ruso’ a la palabra ‘Marxismo’.

En cuanto al Marxismo del Volga o ‘del interior’, Lenin recibe en especial de Fedoseev

aportes que serán identitarios del maduro Leninismo: 1) Contacto íntimo y erudito con los originales de Marx, lectura abierta, inmanente y no-dogmática, Krupskaja recordaba irónicamente que Ulianov ‘siempre consultaba a Marx’; Lukács señala que Lenin habría logrado re-establecer a Marx en su “pureza” (Lukács, 1967, p. 14); obsesión por el análisis teórico de la realidad rusa: la problemática sobre el ‘análisis concreto de la situación concreta’ no existía como problema para Plekhanov y los marxistas del grupo de ‘Emancipación del Trabajo’; dentro de este aspecto, explicación de la cuestión agraria rusa y de las condiciones peculiares del desarrollo del Capitalismo en el Zarismo; 3) Análisis concreto de una situación concreta: uso materialista combativo de estadísticas, oficiales como privadas, al mejor estilo del propio Marx o Engels, como base empírica de la Crítica al Capital; Trotsky recuerda que los anuarios estadísticos “ocupaban el sitio de honor en el escritorio de Vladimir” (Trotsky, 1972, p. 306); 4) a partir de ello desarrollo de categorías materialistas-críticas nuevas como ‘Formación económico-social’ (*Ökonomische Gesellschaftsformation*, también *Gesellschaftsform*), ampliamente usada en sus polémicas contra los populistas, término acuñado por Marx y Engels ya en *La ideología alemana* de 1845-1846, en la *Introducción a la crítica de la Economía Política* de 1857, los *Grundrisse* (1857-1858) y perfeccionado por Marx en el prefacio de su *Contribución a la crítica de la Economía Política* de 1859.⁷⁸ Por cierto: una categoría central en la *Kritik* marxiana que había desaparecido en el marxismo de la IIª Internacional (Kautsky, Plekhanov) y en el marxismo ‘legal’ ruso. Lenin consideraba un déficit del marxismo vulgar la ‘falta de concreción y de perspectiva histórica’, repetía como un mantra ‘hechos exactos, hechos indiscutibles’; la máxima materialista-dialéctica la define Lenin en 1917: “Los hechos, si los tomamos en su Totalidad, en su Interconexión, en su Interdependencia objetiva, no sólo son obstinados sino absolutamente demostrativos” (Lenin, 1977^a, p. 303).⁷⁹ Lenin podía afirmar en 1899 que

[...] los militantes de la vieja *Naródnaya Volia* [Voluntad del Pueblo] supieron desempeñar un importante papel en la Historia

rusa, a pesar de que sólo escasas capas sociales apoyaban a unos pocos héroes, y a pesar de que el movimiento tenía por bandera una Teoría que distaba de ser revolucionaria. (Lenin, 1975, p. 183)

Trotsky tendría razón al afirmar que nunca se apartó en su vida de la terminología psicológica-político-económica rusa, asimilada o elaborada por él durante el período de Samara. A modo de conclusión y balance ¿inconsciente? de su propia biografía político-intelectual, Lenin en su famoso *¿Qué Hacer?* de 1902, recopilando las etapas de la Historia de la Socialdemocracia en Rusia, escribe que

[en el período de 1894 a 1898] La Socialdemocracia aparece como movimiento social, como impulso de las masas populares, como partido político. Fue el período de infancia y adolescencia. Con la rapidez de una epidemia, se propaga el apasionamiento general de los intelectuales por la lucha contra el Populismo y por la corriente de ir hacia los obreros, el apasionamiento general de los obreros por las huelgas. El movimiento hace grandes progresos. La mayoría de los dirigentes eran hombres muy jóvenes [...] Por su juventud, no estaban preparados para la labor práctica y desaparecían de la escena con asombrosa rapidez. Pero la magnitud de su trabajo, en la mayoría de los casos, era muy grande. Muchos de ellos comenzaron a pensar de un modo revolucionario como adeptos del grupo *Naródnaya Volia* (Voluntad del Pueblo). Casi todos rendían en sus mocedades pleitesía a los héroes del Terrorismo, y les costó mucho trabajo sustraerse a la impresión seductora de esta tradición heroica; hubo que romper con personas que a toda costa querían seguir siendo fieles a *Naródnaya Volia* y gozaban de gran respeto entre los jóvenes socialdemócratas. La lucha obligaba a estudiar, a leer obras ilegales de todas las tendencias, a ocuparse intensamente de los problemas del Populismo legal. Formados en esta lucha, los socialdemócratas acudían al movimiento obrero sin olvidar ni ‘un instante’ la Teoría del Marxismo, que les iluminó con luz meridiana, ni la tarea de derrocar a la Autocracia. (Lenin, 1977b, p. 268)

Notas

1. El trabajo de Tamás Krausz (2015) es un intento en este sentido que a pesar de sus méritos tiene graves insuficiencias y lagunas.
2. La primera biografía de tono hagiográfico se publicó ya en septiembre de 1918, luego del intento de atentado contra su vida por parte de Fanny Kaplan, producto de la pluma de Zinoviev (1918): *Vladimir Il'ich Ul'yanov: ocherki zhizni i deyatel'nosti*, Petrograd, 1918; es decir: “Vladimir Ilich Ulianov, ensayos sobre su vida y su obra”; Zinoviev afirmaba que: “Lenin es un elegido entre millones. Lenin es Líder (Vozhd’) por la gracia de Dios. Lenin es la auténtica figura de un Líder (Vozhd’) como no ha existido en los últimos quinientos años de existencia de la Humanidad” (*ibidem*, p. 34), Zinoviev llega a afirmar que Lenin descende de ¡siervos campesinos!, cuando su padre era un auténtico y noble *chinovnik* zarista; el término ‘Vozhd’ será de uso corriente para nombrar a Stalin después de 1929; ya en 1919 había comenzado el trabajo editorial de sus obras llamadas ‘completas’, la *Sobranie sochinenii*, que contemplaba tan solo veintiséis volúmenes (tan solo 1500 escritos de Lenin) y terminó en 1926. Lenin sin duda fue el escritor marxista más prolífico, al que pueden adjudicarse más 35.000 documentos de su pluma y letra. Sobre la historia de omisiones y censuras en las Obras Completas de Lenin, incluso después de 1956, véase: R. C. Elwood (1979), pp. 97-105; en lo posible hemos utilizado la edición española: de Akal Editor, 45 volúmenes más índices complementarios, versión de la 4ª edición (1941-1957) con los agregados de la 5ª, se la conoce como la ‘Edición Stalin’ por su censura y omisiones; en caso de duda o falta del texto nos hemos remitido a la edición en alemán (más completa y exhaustiva que la rusa); y su correspondencia. Para una guía de las obras completas de Lenin, véase: Harding, Neil (1996), pp. 300-316; la crónica (con errores) de la vida de Lenin en español: Weber, Gerda/ Weber, Hermann (1975); la crónica de la vida de Lenin más exhaustiva sigue siendo: AA. VV. (1970-1982).
3. ‘Volodia’ es la habitual forma afectiva en ruso que adopta el nombre Vladimir; la traducción literal de ‘Vladimir’ (Влади́мир) significa ‘el que posee un gran Poder’.
4. Se trató de un decreto digamos en forma literaria: la publicación de la versión oficial del Bolchevismo y de la actividad de Lenin como político, se trata del libro de Stalin (1938) y (1939);

acompañando esta novedad historiográfica, en agosto de 1938 el presidium de la URSS aprobó una resolución que advertía que se castigaría con severidad la aplicación de “métodos pseudo-científicos de investigación al árbol genealógico de Lenin”.

5. Antes de 1929, se debatió con amplitud en la URSS la cuestión de las raíces rusas y los componentes nacionales del Leninismo, discutiendo la tesis menchevique que Lenin en realidad había retornado a la tradición ‘pre-marxista’; a partir de 1923 se debatió si Lenin era (o no) la ‘síntesis marxista’ de toda la herencia revolucionaria de Rusia, estimando que existe una filiación legítima entre Jacobinismo y Leninismo, estableciéndose cierta continuidad ideológica, partiendo de ‘La Joven Rusia’, Tchakev, Nechaev, la ‘Naródnaya Volia’, genealogía a la que ciertos historiadores agregan tímidamente los nombres de Chernishevsky (V. Kirpotin), Bakunin (B. Gorev) y Lavrov (N. Sergievsky); la mayoría de los historiadores participantes en la investigación y debate sobre el origen ‘ruso’ del Leninismo en los 1920’s serían ejecutados en el Gran Terror o morirían en un Gulag.
6. Véase el aporte al debate contra Bogdanov y el Empirio-monismo: Plechanov, Georgij Valentinovič (1910):pp.70-111; en español: Plekhanov, Jorge (1967); como vemos Plekhanov era un gran admirador de Chernishevsky: “mi desarrollo intelectual se efectuó a partir de la masiva influencia de Chernishevsky”, independientemente de la influencia paralela en el mismo Lenin, subrayando que lo había conducido al Materialismo vía Feuerbach.
7. *Pod Znamenem Marksizma*, que apareció desde 1925 en alemán como *Unter Banner des Marxismus*; el texto de Lenin apareció en el N° 2, de marzo de 1922; el objetivo de la publicación era la crítica general desde el punto de vista materialista (*Órgano del Materialismo Militante*) así como artículos sobre Marx y el Marxismo; en ese número se podía encontrar letras inéditas de Engels y Marx a Lassalle, un artículo de David Riazanov (editor de las *MEGA1*) sobre la vida cotidiana de Marx, ensayos sobre Lógica formal y Lógica dialéctica, o la relación entre Anarquismo y Marxismo, además de recensiones bibliográficas.
8. Nacido en 1828 y muerto en 1889, fue un escritor, revolucionario ruso, filósofo materialista, crítico literario y socialista, considerado el fundador del Movimiento *narodnik*, aunque luego renegó de su Ideología, muy influenciado por Hegel, la izquierda hegeliana (Bauer), Feuerbach y los materialistas de fines del siglo XIX (Büchner-Moleschott); editor-jefe de la influyente revista *Sovremennik* (*El Contemporáneo*), fue encarcelado con pruebas falsas en 1862, tuvo una ‘ejecución civil’ seguida de una reclusión penal en Siberia en 1872, donde falleció.
9. Definido por Chernishevsky en el ensayo de 1859: *La Superstición y las reglas de la Lógica* de esta manera: “Llamo ‘Aziatstvo’ al orden de cosas en el cual la inviolabilidad de los Derechos no existe, en el cual ni la persona, ni el trabajo, ni la propiedad se encuentran protegidos de la arbitrariedad. En los estados asiáticos la Ley es completamente impotente. Quién intenta apoyarse en ella se condena. Reina en ellos exclusivamente la violencia” (Chernishevsky, 1949, p. 700); para Chernishevsky la categoría de *Aziatstvo* era la clave para comprender de manera hegeliano-materialista al Estado ruso y zarista.
10. Véase la introducción de Vittorio Strada a la edición italiana de *¿Qué hacer?*; en español: “Introducción” (Lenin, 1977, pp. 11-80). Recientemente Lih a re-valorizado el Lenin de esta época y situado histórica y políticamente la obra: Lih, T. Lars (2005); Lih desconfía que el título se remita a la novela de Chernishevsky o bien a un homenaje implícito, como reza la persistente leyenda.
11. Entre otros: N. Valentinov (1968), (1969), (1972); y en la inconclusa biografía que planeaba Isaac Deutscher (1975), interrumpida por su muerte; Deutscher cuenta que en 1883 su hermano Aleksandre incluso intentó transformar el sepelio de Turguénev en un acto político, repartiendo panfletos en el cementerio (p. 64 y ss).
12. De su novela: *Padres e Hijos* de 1862, cuyo arquetipo será el materialista Bazarov.
13. Además tratando de saber si la edición que solicitaba en doce volúmenes era decorosa, esto es: “sin tergiversaciones, mutilaciones, ni errores muy burdos”; véase: carta N° 42 del 24 de febrero de 1898 (Lenin, 1987).
14. Véase el bello libro de Carr (2010) sobre los exiliados rusos románticos.
15. Véase el prólogo de E. H. Carr (1970) a la edición en inglés de la novela *¿Qué hacer?* de Chernyshevski: *What Is To Be Done?* (1964, pp. 61-70).
16. La importancia político-filosófica del viaje a Berlín (y a Occidente en general) en la biografía de Leonard Shapiro (1978, p. 20 y ss.); sobre el poco conocido Bakunin joven-hegeliano véase la edición en francés de sus artículos de 1840’s:

- Bakunin (2007), incluye sus artículos entre 1842 y 1843 en la revista de Ruge y Marx, *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst* y en el diario suizo *Schweizerischer Republikaner*.
17. Büchner, Ludwig Friedrich (1878): *Kraft und Stoff. Empirisch-naturphilosophische Studien. In allgemein-verständlicher Darstellung*. Meidinger, Frankfurt am Main, original de 1855; durante un tiempo la ‘Biblia del Materialismo’ de la época, se editaba clandestinamente en Rusia y nunca se tradujo al ruso hasta después de 1917.
 18. De la novela homónima de 1857.
 19. Turguénev pretendía que fuera la continuación de *Padres e hijos*, la novela se publicó en 1876.
 20. Entendemos aquí por ‘Populismo’ (*Narodnichestvo*) al movimiento de ideas radical en Rusia surgido a mediados del siglo XIX, cuyas principales metas eran la Justicia y la Igualdad social, creían que la esencia de una sociedad igualitaria ya existía en la comuna campesina moscovita (la *Obschina*), organizada en forma de una unidad colectiva-cooperativa (*Mir*), esta comunidad era la piedra angular de una futura federación de unidades socializadas, autogobernadas al estilo de Proudhon; el sujeto principal de la emancipación era el campesino, y no el proletariado industrial; creían en el carácter excepcional de Rusia, lo que haría que evitaran el paso obligado por las etapas del Capitalismo occidental; la expresión más genuina políticamente fue la famosa *Naródnaya Volia*, fundada en 1879 (Pipes, 1964, pp. 441-458); sigue siendo insuperable sobre el Populismo ruso la obra de Franco Venturi (1975); es muy útil para nuestro tema la obra de Andrzej Walicki (1971); sobre el Populismo entre 1870-1880, el trabajo de Valentina Tvardovskaia (1978); una visión desde el *Dia-Mat*: Pantin, I. (1979).
 21. En 1922 era sintomático que la burocracia soviética había desarrolla su propia Neolengua, una jerga administrativa y clasista no apta para neófitos y difícil de decodificar para un ciudadano común.
 22. Véase: Pomper, Philip (2010); el juicio fue de tal repercusión que aparecieron sus pormenores en los principales diarios del Mundo, como *The New York Times*, *The Washington Post* o *Daily News*.
 23. Testimonio personal de las lecturas de Marx por Aleksandre: (Govorukhin, 1927, p. 135).
 24. El discurso de Aleksandre en la compilación de importantes documentos publicados por su hermana: Ul’ianova-Elizarova, Anna.
 25. Sobre la influencia de Lavrov y el Darwinismo social en Aleksandre, véase: Philip Pomper (2008), pp. 139-156.
 26. Existe una recopilación exhaustiva de los escritos filosóficos de Chernishevsky: N. G. Tschernyschewski (1953); sobre la profundidad de la influencia de Chernishevsky en Lenin, véase: Ingerflom, Claude Sergio (1988); una introducción de Georg Lukács desde el Marxismo en la edición alemana de la novela *¿Qué hacer?*: véase: “Einleitung” (Tschernyschewski, 1951, pp. 5-42).
 27. El abuelo materno de Lenin, el doctor Aleksandre Dimitrievich Blank, vivía en Kokushino, era un *pomeshchik*, un pequeño terrateniente con sus propios siervos, eventualmente atendía pacientes en sus ratos libres, había sido médico de la policía zarista. El conflicto entre Anna, la hermana de Lenin, y Stalin, por cuestiones biográficas, comienzan ya en 1921 con la controversia en torno a las memorias de la Krupskaja; en 1929 se agudizan las diferencias, en especial sobre la cuestión de la descendencia judía de la familia, que Anna cree que debe ser publicitada para evitar el tradicional Antisemitismo ruso en el Partido y en el Estado, pidiendo permiso a Stalin para publicar la información, a lo que aquel se niega, reconociendo que se ha aplicado a las *Obras Completas* de Lenin una política editorial de censura para remover las “frases peligrosas” (sic) e insistiendo que esa información familiar debería permanecer para siempre en secreto por razones de Estado (Turton, 2007, p. 131 y ss).
 28. La más importante de la biblioteca era la revista mensual *Sovremennik* (El Contemporáneo), fundada por Pushkin en 1836 y dirigida por N. A. Nekrásov desde 1847 hasta su supresión en 1866; en ella colaboraron el poeta N. Gógol y el satírico M. Saltykov-Shchedrin (elogiado por Marx y muy apreciado por Lenin), V. G. Belinski apartir de 1839, N. G. Chernishevski desde 1854 a 1862 y N. A. Dobroliúbov de 1856 a 1860; otra era *Otiéchestvennye Zapiski* (‘Anales Patrios’), que en su segunda época (1839-1884) publicó artículos de Belinski, Herzen, Ogarev, Lermontov, Saltykov-Shchedrin, Turguénev y Dostoievski; el periódico liberal *Vestnik Evropy* (El Mensajero de Europa), creado en 1866; la revista mensual populista *Russkoie Bogatstvo* (La Riqueza Rusa), fundada en 1876; y el diario liberal *Russkie Viedemosti* (Noticiero Ruso), que empezó a publicarse en 1863. Por ejemplo, el biógrafo Pierre Chasles afirma que “en un viejo armario encontró gran cantidad de viejos libros e interesantes revistas,

- herencia de su tío materno, pero pronto terminó su lectura”, en: *Vida de Lenin*, Editora Latino-Americana. Buenos Aires, 1945, p. 17.
29. Por otro lado, es raro que Trotsky ignore o subestime el ascendiente de Chernishevsky, que no aparece en su biografía como una influencia esencial.
 30. Véase la obra colectiva con recuerdos y testimonios: *Vospominaniya o V. I. Lenine*, cinco tomos (I-V), Moscow, 1968-1969.
 31. Nikolai Valentínov (1879–1964): economista con formación filosófica, seguidor de la corriente del Empirio-criticismo de Avenarius y Mach, criticado por Lenin en su obra *Materialismo y Empiriocriticismo* de 1908, luego se pasó a la fracción menchevique internacionalista (que apoyó al Revolución de Octubre), abandonó el Menchevismo y devino un especialista ‘no-partidario’ durante la NEP, muy cercano a Bukharin y su círculo; con la caída en desgracia de los defensores de la NEP, abandonó la URSS en 1928, radicándose en París hasta su muerte; allí publicó varias obras sobre la vida de Lenin y la URSS.
 32. A su vez una contra-novela tanto contra el Bezarov de Turguénev como contra la obra del reaccionario Dostoievski: *El sueño del tío* de 1859.
 33. Lenin parece parafrasear el juicio negativo de Plekhanov sobre la novela, opinión ‘sagrada’ para los primeros socialdemócratas rusos; véase: G. Plekhanov (1967), pp. 266-267.
 34. En la URSS alrededor del año 1928, hubo una polémica entre especialistas sobre la relación entre Marx y Chernishevsky, a partir de los trabajos pioneros de Plekhanov (1894): *Nuestras diferencias* de 1885 (que incluye todo un capítulo dedicado a Chernishevsky, calificando sus ensayos como “la más brillante forma de aplicación en la Literatura rusa de la Dialéctica a los fenómenos sociales”); artículos nuevamente re-leídos por Lenin en sus *Notebooks* de 1908-1911, momento de lucha filosófico-política, en pleno combate contra el Empirio-criticismo de Bogdanov; véase: Lenin, V. I. (1974), pp. 470-522; la mayoría de los especialistas coincidía en destacar que tanto su crítica a la Economía Política como su aplicación del Método dialéctico hegeliano habían facilitado a muchos socialistas rusos, entre ellos Lenin, acceder de manera amable a la obra de Marx.
 35. Vatslav Vatslavovich Vorovsky, (1871-1923): crítico literario y socialista desde 1895, además de editor del diario *Vperiod!* (Adelante!) de la fracción bolchevique, fue fundador y director de la editorial oficial del Estado soviético, la *Gosizdat*, y además diplomático en Suecia e Italia; fue asesinado en Lausana, Suiza, cuando representaba a la URSS en la Conferencia de Génova.
 36. En su obituario sobre la muerte de Engels en 1895, Lenin lo encabezará con unas líneas de Nekrasov (Lenin, 1978, p. 242).
 37. Chernishevsky había sido el traductor y editor en ruso de la obra de J. Stuart Mill: *Principles of Political Economy* en 1860 (la edición inglesa es de 1848); en su estudio preliminar y notas eruditas, Chernishevsky aportaba críticas desde el punto de vista materialista y socialista; recordemos que el libro de Mill tenía un capítulo dedicado a la Propiedad, “Of Property”, donde se discutía el Socialismo y el Comunismo; sobre Chernishevsky y Stuart Mill, véase: S. P. Turin (1930), pp. 29-33.
 38. Comentario de Chernishevsky a Mill en nota erudita, capítulo sobre los salarios: “¿Por qué los salarios son bajos? Porque las ganancias, cuando son disociadas de los salarios, tienden a bajarlos, y viceversa, cualquier aumento en los salarios reales disminuye los beneficios, el bienestar de los trabajadores y los salarios altos no son ninguna ventaja para los empleadores. Y la gran contradicción del sistema se encuentra aquí, porque sabemos que el aumento de la productividad da como resultado un mayor bienestar de las clases trabajadoras y por ende un mayor nivel de vida”; además Chernishevsky había criticado a Malthus y el Malthusianismo.
 39. La nota remitida a Vorovsky en: *Vospominaniya o V. I. Lenine*, Tomo I, Moscow, 1956, pp. 267-268.
 40. Las obras de Feuerbach estaban prohibidas en la Rusia zarista, solo pudieron ser traducidas y editadas a partir de 1917.
 41. Vera Ivanovna Zasulich (1849-1919), anarquista bakuninista y luego populista, intentó a asesinar al gobernador de San Petersburgo, luego en convertida al Marxismo, fundadora del Grupo de Emancipación del Trabajo junto con Plekhanov y Axelrod; en el exilio en Suiza, el grupo le encomienda la traducción de todos los escritos de Marx al ruso, teniendo una correspondencia personal con Engels y Marx, terminará sus días en el Menchevismo; véase: Jay Bergman (1983); véase un fragmento de sus memorias en: Engel, B. A y Clifford, N. R. (1980) (editoras), capítulo “Vera Zasulich”, pp. 86-116; sobre la relación Marx-Zasulich, véase: Marx, K. y Engels, F. (1980), que reúne además trabajos de Boris Nikolaievski y David Riazanov.

42. Fragmento de sus memorias en: Engel, B. A./ Clifford, N. R. (editoras), *ibidem*, p. 99.
43. Véase el trabajo de Robert C. Williams (1986): pp. 5-28; un especialista en Literatura rusa llega a la misma conclusión que Zásulich y Lenin; véase: Michael M. Karpovich (1960), pp. 569-583, en p. 572.
44. Rahmetov lee una obra póstuma de Newton sobre las profecías del Antiguo Testamento: *Observations on the Prophecies of Daniel and the Apocalypse of St. John*, Darby & Browne, London, 1733; Newton allí explica que las imágenes alegóricas (divinas) utilizan reglas fijas, de modo que cualquier interpretación correcta de las mismas debe provenir de un conjunto constante de preceptos, de un código o cifra: ¡las palabras esconden verdades ocultas! Dicho de otra manera: Rahmetov muestra que las revelaciones de la novela solo pueden ser entendidas al descubrir las reglas que rigen las imágenes alegóricas constantes.
45. *Das anthropologische Prinzip in der Philosophie (Skizzen zu Fragen der praktischen Philosophie)*, P. L. Lawrow, I, *Die Persönlichkeit*, St. Petersburg 1860), aparecido en su revista mensual *Sovremennik* ('El Contemporáneo'), 1860, 80, Nr. 4 y 81, Nr. 5; ahora en: N. G. Tschernyschewski (1953), pp. 1-58.
46. Véase la investigación semántica del término en: Richard Pipes (1964), pp. 441-458.
47. Véase: Chernyshevski, N. G. (1984), en el capítulo XXXIX "Un hombre especial", p. 298 y ss. Stefan T. Possony (1966) (1970) cita por primera vez el dato en su psico-biografía; Robert Pipes (1968) vuelve a mencionar esta afiliación, remitiendo a informes de la policía zarista, pp. 26-52; además: Robert Service (1985), p. 31 y ss.
48. Conversación de Lenin con Karl Radek (1924) sobre sus orígenes revolucionarios, transcrita completa como: "Iz rasskazov tovarisca Lenina o evo vstuplenii v revoliucionnoe dvizenie", p. 2.
49. Se trata de: Nikolay Konstantinovich Mikhailovsky (1842-1904): ensayista, crítico literario y sociólogo, principal teórico del Populismo liberal, blanco de Lenin en sus primeros artículos marxistas; Mikhailovsky será el objeto central de la crítica en el artículo del joven Lenin: *¿Quiénes son los 'Amigos del Pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas* de 1894; y Yuly Galaktionovich Zhukovsky (1822-1907), economista liberal, director del Banco Central en el Zarismo y senador en la Duma; en 1877 criticó *Das Kapital* de Marx en la revista liberal *Vestnik* *Tevropy*, lo que generó la respuesta en defensa parcial de Marx de Mikhailovsky en la revista *narodnik: Otechestvennye Zapiski*, que a su vez generó la famosa carta de Marx sobre Rusia.
50. Lenin, V. I. (1974): pp. 3-84; pp. 85-138; pp. 139-350 y 351-523 respectivamente.
51. Lenin le dirá a Krupskaja que nunca ha tenido charlas más profundas sobre Chernisevsky que con Chetvergova (testimonio de Valentinov, *op. cit.* p. 141); Chetvergova a fines de 1890's llegó a tener una librería en la ciudad de Ufa a donde había sido desterrado, a su retorno del exilio de Siberia en febrero de 1900, Lenin visitará durante dos días a la "jacobina" Chetvergova en Ufa.
52. Véase la investigación de G. E. Khait (1958), pp. 189-90.
53. Su hermana Anna recuerda en sus memorias que ella pudo ver libros de Historia y Política, así como el tomo I de *Das Kapital* de Marx, en el dormitorio de su hermano estudiándolos en el verano de 1885; véase: Ul'ianova-Elizarova, Anna (1927), p. 77; a su vez Valentinov recogió el testimonio de un estudiante universitario amigo de Sasha, V. V. Vodovozov, quién le había prestado el primer número original de la revista republicana de izquierda: *Deutsche-französische Jahrbucher* de 1844, para traducir al ruso escritos de Marx contra la Religión, ejemplar que nunca pudo devolverle.
54. Lenin lo adquirió, la edición era una rareza bibliográfica en Rusia, pagando 15 rublos, una cifra alta para la época, (testimonio del propio Lenin); Trotsky reconoce que "un tomo de la edición rusa de *El capital*, entre los libreros de segunda mano, valía de cuarenta a cincuenta rublos. Y, no obstante, los obreros de San Petersburgo se las arreglaban para comprar este libro de sabiduría", en: *op. cit.*, p. 228.
55. El diagnóstico de Lenin se asemeja en este aspecto mucho al de Plekhanov. Valentinov recuerda que Lenin remarcaba las palabras 'qué', 'cuales' y 'debe'.
56. Memorias de una de sus secretarías, L. Fotieva (1965), pp. 80-81.
57. Nikolai Evgrafovich Fedoseev (1871-1898): uno de los pioneros en la difusión del pensamiento marxista en Rusia; hijo de un funcionario judicial, llegó a Marx de manera autodidacta y autónoma, en 1888 comienza a organizar grupos de estudio de Marx (incluyendo uno periférico al que asistirá Lenin entre octubre de 1888 y mayo de 1889); arrestado en 1889, fue confinado ser detenido en aislamiento en la prisión 'panóptica' de Kresty

- en San Petersburgo, donde estuvieron Kerensky, Lunacharsky y Trotsky; salido en libertad, establece una red de contactos entre grupos marxistas a lo largo del Volga, liderando la huelga de la fábrica Morozov en Nikol'skoe (San Petersburgo), por lo que fue detenido nuevamente, enviado a Vladimir, donde empieza una correspondencia con Lenin (en Samara) sobre cuestiones marxistas; en 1893 es forzado a exiliarse en Sol'vychevodsk y en 1895 a Siberia Oriental, durante este último traslado pudieron verse con Lenin desde lejos en la estación de tren de Krasnoyarsk, el 24 de abril de 1897; se suicidó en 1898; existe una biografía completa: M. A. Novoselov (1969), en especial el capítulo II "A la cabeza de los círculos de Kazán"; sobrevivieron materiales de Fedoseev reunidos en una compilación, véase la introducción de B. Volin, en: N. Fedoseev (1958); no se ha conservado su correspondencia con Lenin aunque sí con Tolstoi; sobre el único contacto personal Fedoseev-Lenin; véase: Zil'bershtein, I. S. (1930), p. 18; sobre la relación de Lenin con los grupos marxistas de Fedoseev en Kazán: Iu. Z. Polevoi (1959), pp. 349 y ss.; puede leerse un texto de Fedoseev traducido al inglés: "A programme of action for the workers" de 1892, en la compilación de Neil Harding y Richard Taylor (1983), pp. 109-112; en el documento se cita el prólogo del *Manifiesto Comunista*, sustituyendo 'comunistas' por 'socialdemócratas': la idea la retomará Lenin en su obra *Quiénes son los 'Amigos del Pueblo'...* de 1894.
58. De la estrecha relación con Fedoseev después de la primavera de 1889, quedan pruebas en la correspondencia de Lenin entre 1895 y 1898, donde incluso organiza una colecta para comprar la lápida del malogrado Fedoseev.
 59. Testimonio de I. Lalayanc, integrante del círculo superior de Fedoseev: "Nekotoryye dopolneniya k biografii N. Ye. Fedoseyeva", p. 28.
 60. Se habían traducido del alemán, entre otras obras, la introducción a las teorías económicas de Marx de Karl Kautsky: *Karl Marx' ökonomische Lehren*, publicado en 1887, usado en los círculos 'secundarios'; de Marx: *La miseria de la Filosofía* de 1846, además de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* de 1859; de Engels: *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*, de 1886; véase: N. L. Sergiyevsky, "O kruzhke Tochiskogo", en: *KL*, 7 (1923), p. 340.
 61. Nikolái Ivanovich Ziber [Sieber] (1844-1888): economista, titular de la cátedra de Economía Política y Estadística de la Universidad de Kiev, colaborar en periódicos radicales y liberales en los 1880's; traductor de Adam Smith y de David Ricardo; durante su estadía en Londres en 1881 conoció personalmente a Engels y Marx, donde discutió sobre el futuro de la Comuna rural rusa, llegado a Rusia fue uno de los primeros en popularizar y difundir la obra de Marx, exponiendo no solo las ideas de *Das Kapital* sino defendiéndolas de sus críticos liberales y narodniks; expuso el método de Marx en una serie de artículos titulados "La Teoría económica de Marx"; a su vez Marx lo elogió por su trabajo sobre Ricardo de 1871 en la conclusión a la segunda edición del primer tomo de *Das Kapital*: "El señor Nikolái Sieber, profesor de Economía Política de la Universidad de Kiev, había presentado ya en 1871... mi Teoría del Valor, del Dinero y del Capital, en sus lineamientos fundamentales, como desenvolvimiento necesario de la doctrina de Smith y Ricardo. En la lectura de esta meritoria obra, lo que sorprende al europeo occidental es que el autor mantenga consecuentemente un punto de vista teórico puro" (Marx, 1983, p. 16); véase: James D. White (2001), pp.3-14; Lenin en 1894 polemiza con un crítico populista liberal para defender a Ziber, vg.: *Quiénes son los 'Amigos del Pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas*, en: Lenin, V. I. (1974), p. 232.
 62. Lenin utiliza sus trabajos sobre las máquinas y la gran industria en su trabajo contra el Populismo: *Caracterización del Romanticismo económico* (1897), véase: Lenin, 1977, pp. 178-180.
 63. Lo cuenta Tovah Yedlin (1999) en su biografía sobre Gorka, p. 9 y ss.
 64. Podemos arriesgar a través de esta reconstrucción la hipótesis de un período *Narodovolchestvo* de Lenin entre mayo de 1887 (ejecución de su hermano) hasta la primavera de 1889 (salida de Kazán hacia Samara); Pipes directamente sostiene que Lenin fue entre 1887 y 1889 un simpatizante crítico de la *Narodnaya Volia* (Pipes, 2011, p. 345).
 65. Karl Radek (1924) sobre sus orígenes revolucionarios, transcrita completa como: "Iz rasskazov tovarisca Lenina o evo vstuplenii v revoliucionnoe dvizhenie".
 66. A. P. Skliarenko (1870-1916): militante *narodnik* que devino marxista (como Plekhanov o Zasúlich) trabajó en Samara en círculos clandestinos, después de 1903 se hizo bolchevique, uno de los dirigentes más importantes en Saratov durante la revolución de 1905, colaborador en los diarios bolcheviques *Zvezda* y *Pravda*. De Skliarenko

- quedan huellas en la correspondencia de Lenin hasta 1910; véase el volumen-homenaje colectivo sobre su carrera revolucionaria: AA. VV. (1922): *Staryi tovarishch Aleksei Pavlovich Sklyarenko (1870-1916 gg.)*; las fuentes sobre Lenin y su militancia con Skliarenko, es: M. I. Semenov: “Pamyati druga”, en: *Staryi tovarishch Aleksei Pavlovich Sklyarenko, op. cit.*, pp. 7-19, y : A. A. Belyakov (1960).
67. Lalajanc, I. J. (1870-1933): militante socialista, en 1888-1889 integró la red de círculos marxistas de Fedoseev, en 1895 deportado a Siberia, se exilió en Ginebra donde dirigió la imprenta del diario *Iskra*, se hizo bolchevique a partir de 1903, nuevamente encarcelado, fue deportado a Siberia en 1913, y se retiró de la vida política; después de 1917 fue funcionario de Educación en el Comisariado de Instrucción Pública hasta su muerte; escribió unas memorias muy importantes publicadas en 1930: *En los orígenes del Bolchevismo*.
 68. Lalaiansts reconoce que el círculo era en realidad un “troika”, que componían Semenov, a veces su compañera (M. I. Lebedeva), Lenin y él mismo (Semenov, 1940, p. 38); véase: I. H. Lalajanc (1930), p. 21 y ss.; la Leninografía denominará pomposamente a este pequeño grupo de camaradas con ideas comunes como “círculo marxista de Samara dirigido por Lenin”.
 69. Para darnos una idea de la bibliografía que circulaba en el círculo Lenin-Skliarenko, tenemos la lista de material incautado cuando fue detenido en 1893: de Marx: *La Miseria de la Filosofía*, *El Manifiesto Comunista*, discurso sobre *Libre-cambio*, *Salario*, *Trabajo y Capital*, *El Capital* (tomo I), *Reglas de la Asociación Internacional de los Trabajadores*; de Engels: *La situación de la clase obrera inglesa en 1844*, *Anti-Dühring*, *Socialismo utópico* y *Socialismo científico*; de Kautsky: *La teoría económica de Karl Marx*; de Plekhanov: *Nuestras diferencias*; de Julio Guesde: *Colectivismo*; del SPD: programa de Erfurt y muchos ejemplares de la revista teórica *Neue Zeit*. La lista completa, hay mucho de ideología *narodnik*, de bibliografía y material de propaganda incautado en: Polevoi, Yu. Z. (1959), p. 414.
 70. Testimonio de I. J. Lalajanc, en: *Vospominaniya*, op. cit., vol. I, p. 105.
 71. Véase: AA. VV. (1970), pp. 45-48.
 72. Programa para la destrucción de la Sociedad y el Estado, cuyo *motto* era: ‘El Fin justifica los Medios’.
 73. El joven Lenin incluso, conociendo los materiales de Marx en alemán, corrige en sus textos y artículos las traducciones al ruso, ya sea señalando las omisiones como los errores del traductor; curiosamente en el prólogo de Slavoj Žižek (2004) a una compilación de escritos de Lenin, que llega a firmar que “Lenin no entendió realmente a Marx [...] la complejidad hegeliana de la ‘Crítica de la Economía Política’ de Marx le venía grande”, un libro sorprendente que pese a su título y su intención (“reactivar a Lenin”) habla poco y distorsionadamente de Lenin como político; ya vemos “que poco” entendió Lenin al Marx político y que “grande” le queda al propio Žižek la complejidad leniniana y su eventual reactivación.
 74. *Die ästhetischen Beziehungen der Kunst zur Wirklichkeit. (Vorwort zur dritten Auflage)*, en: Chernishevsky, 1953, pp. 260-265.
 75. Chernishevsky cita en su novela al fisiólogo Claude Bernard, muy admirado por el realista Zola.
 76. Su biógrafo más exhaustivo, Iu. Steklov (1928), ve en Chernishevsky el origen primordial de las tácticas bolcheviques (pp. 298 y 665), Lev Kamenev llamaba a Chernyshevsky “un pionero en la lucha no solo contra el Zarismo, sino contra el Liberalismo terrateniente-burgués (sic), que después de muchas décadas desembocó en la guerra civil de 1918-1920”; véase su *Introducción* al N. G. Chernyshevski (1928).
 77. Los *raznochintsy* eran literalmente personas de origen social mixto o no clasificadas de la Rusia ‘inferior’, no noble, estratos principalmente de origen eclesiástico o mercantil, eran la ‘nueva gente’ de la década de 1860 que rechazaba el viejo y conservador ‘Idealismo’ y el ‘ineficaz’ Liberalismo constitucional de la generación anterior en nombre del nuevo Materialismo, del Positivismo, del Utilitarismo y por supuesto del Socialismo; Chernyshevsky estaba particularmente interesado en revisar la imagen negativa de la *raznochintsy* inmortalizada, como vimos, por la figura de Bazarov de Turguénev o en las novelas del reaccionario Dostoievski.
 78. Véase: Emilio Sereni (1982), pp. 55-96.
 79. Puede verse la impresionante base de datos de los artículos del joven Lenin así como el uso crítico de estadísticas; hasta tal punto lo consideraba importante en la *Kritik* materialista que el Lenin maduro, ya enfermo, se propuso escribir un tratado completo titulado *Estadística y Sociología*, del que ha quedado un borrador póstumo (Lenin, 1977a, pp. 302-309).

Bibliografía

- AA. VV. (1922). *Staryi tovarishch Aleksei Pavlovich Sklyarenko (1870-1916 gg)*. Moscow.
- AA. VV. (1970-1982). *Vladimir Il'ich Lenin. Biograficheskaya khronika* (12 volúmenes). Moscow: ed. G. N. Golikov et altri.
- AA. VV. (1982). El concepto de Formación económico-social. México: *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 39.
- Bakunin, M. (2007). *Bakounine jeune hégélien: La philosophie et son dehors*. Lyon: ENS Éditions.
- Berdiaev, N. (1937). *The Origin of Russian Communism*. London: Scribner.
- Bergman, J. (1983). *Vera Zasulich: A Biography*. Stanford: Stanford University Press.
- Büchner, L. F. (1878). *Fuerza y Materia. estudios populares de historia y filosofía naturales*. Madrid: Librería de Fernando Fé.
- Belyakov, A. A. (1960). *Yunost' vozhdya*: Moscow.
- Carr, E. H. (1970). *1917. Antes y después (la Revolución rusa)*. Barcelona: Anagrama.
- Carr, E. H. (2010). *Los exiliados románticos. (Bakunin-Herzen-Ogarev)*. Barcelona: Anagrama.
- Chernyshevski, N. G. (1928-1930): *Literaturnoe nasledie* (3 vols.). Moscow-Leningrad.
- Chernishevsky, N. G. (1949). *Polnoe sobranie socinenij*. Moscú.
- Chernyshevski, N. G. (1984). *¿Qué hacer?* Madrid: Ediciones Jucar.
- Deutscher, I. (1970). *Lenin's Childhood*. London: Oxford University Press.
- Deutscher, I. (1975): *Lenin. Los años de formación*. México: Ediciones ERA.
- Dostoievski, F. M. (1953). *Demonios*. En: *Obras completas. Tomo V*. Madrid: Aguilar.
- Drozd, A. M. (2001). *Chernyshevskii's What is to be Done?: A Reevaluation*. Evaston: Northwestern University Press.
- Kamenev, L. y Zinoviev, G. (1918): *Vladimir Il'ich Ul'yanov: ocherki zhizni i deyatelnosti*. Petrograd.
- Elizarova, A. I. (1925): "Znachenie kazanskogo i saamarskago perioda dlja dejatelnosti Vladimira Ilica". En: *Molodoy Bolshhevik, N° 1 (4)*.
- Elwood, R. C. (1979): "How Complete is Lenin's *Polnoe Sobranie Sochinenii*?", en: *Slavic Review, Vol. 38, No. 1* (March, 1979).
- Engel, B. A. y Clifford, N. R. (editoras). (1980). *Cinco mujeres contra el Zar*. México: Ediciones ERA.
- Fedoseev, N. (1958). *Stat'i i pis'ma*. Moscow.
- Fotieva, L. (1965). *De la vida de Lenin*. Buenos Aires: Anteo.
- Govorukhin, O. M. (1927). "Vospominaniia o terroristicheskoi gruppe, A. I. Ul'ianova". En: *Oktiabr, N° 3*.
- Grigorev, M. G. (1923): "Vospominaniia o Fedoseevskom kruzke v Kazani". En: *Proletarskaja Revoljucija, N° 8*.
- Harding, N. (1996). "Appendix 2. Guide to Lenin's 'Collected Works'". En: *Leninism*. Dirham: Duke University Press.
- Harding, N. y Taylor, R. (1983). *Marxism in Russia. Key Documents 1879-1906*. Cambridge-New York: Cambridge University Press.
- Herzen, A. (1919). *Polnoe sobranie sochinenii i pisem'*. St. Peterburg: ed. M- K- Lemke, Gos. izd-vo.
- Ingerflom, C. S. (1998). *Le citoyen impossible. Sur les racines russes du Léninisme*. Paris: Payot.
- Ivanskij, A. I. (1958). *Molodye gody V. I. Lenina. po vospominanjam sovremennikov i dokumentam*. Moskva: Molodaja gvardija.
- Kamenev, L. (1928). En: Chernyshevski, N. G. (1928-1930). *Literaturnoe nasledie*, 3 vols. Moscow-Leningrad.
- Khait, G. E. (1958). V kazanskom kruzhe. *Novyi mir, N° 4*.
- Karpovich, M. M. (1960). N. G. Chernyshevski between Socialism and Liberalism. *Cahiers du Monde russe et soviétique, Vol. 1, No. 4. (Jul.-Dec.)*.
- Krausz, Tamás (2015): *Reconstructing Lenin. An Intellectual Biography*. New York: Monthly Review Press.
- Lalajanc, I. H. (1923). "Nekotoryye dopolneniya k biografii N. Ye. Fedoseyeva", En: AA.VV. *Fedoseyev Nikolay Yevgrafovich: Odin iz pionerov revolyutsionnogo marksizma v Rossii (Sbornik vospominaniy)*. Moscow-Petrograd.
- Lalajanc, I. H. (1930-1931). *U istokov bolsevizma*. Moscow-Leningrad.
- Lukács, G. (1967). *Lenin. Studie uber den Zusammenhang seiner Gedanken*. Neuwied und Berlin: Luchterhand.
- Lenin, V. I. (1974). *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.
- Lenin, V. I. (1974b). *Obras Completas. Tomo I*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1977a). *Obras Completas. Tomo II*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1975). *Obras Completas. Tomo IV*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, I. V. (1976). *Obras Completas. Tomo XXVIII*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1977b). *Obras Completas. Tomo XX*. Madrid: Akal editor.

- Lenin, V. I. (1977c). *Obras Completas. Tomo XXIV*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1977d). *Materialismo y Empiriocriticismo*. En: *Obras Completas. Tomo XIV*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1977d). *¿Qué hacer?* México: Ediciones ERA.
- Lenin, V. I. (1978). *Obras Completas. Tomo XXXVI*. Madrid: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1987). *Obras Completas. Tomo XLI*. Madrid-México: Akal editor.
- Lenin, V. I. (1956–1972). *Werke* (40 Bände, 2 Ergänzungsbände, Register, Vergleichendes Inhaltsverzeichnis). Berlin (DDR): Dietz-Verlag.
- Lenin, V. I. (1967–1976). *Briefe* (10 Bände). Berlin (DDR): Dietz-Verlag.
- Lih, T. L. (2005). *Lenin rediscovered. 'What is to be done?' in context*. Leiden: Brill.
- Lukács, G. (1951). "Einleitung". En: Tschernyschewski, N. G. (1951). *Was tun?* Berlin: Aufbau-Verlag GmbH.
- Marx, K. (1983). *El capital*. Tomo I, Vol. I. México: Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1980). Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la Comuna rural rusa. *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 90.
- Novoselov, M. A. (1969): *Nikolai Evgrafovich Fedoseev*. Moskva: Prosveshchenie.
- Offord, D. (1986). *The russian revolutionary Movement in the 1880s*. Cambridge-New York: Cambridge University Press.
- Pantin, I. (1979). *El Pensamiento socialista en Rusia: paso de Utopía a Ciencia*. Moscú: Editorial Progreso.
- Pipes, R. (1964). "Narodnichestvo: A Semantic Inquiry". *Slavic Review*, Vol. 23, No. 3 (Sep., 1964).
- Pipes, R. (1968). "The Origins of Bolshevism: The Intellectual Evolution of Young Lenin". En: Pipes, R. (ed.). *Revolutionary Russia*. Harvard: Harvard University Press.
- Pipes, R. (2011). *The Russian Revolution*. New York: Vintage Books.
- Plechanow, G. (1894). *N.G. Tschernischewsky. Eine literar-historische Studie*. Stuttgart: Dietz Verlag.
- Plechanov, G. V. (1910). *Ot oborony k napadeniju*. M., B. Cicerón.
- Plekhanov, G. (1967). "La ideología del pequeño-burgués". En: *Obras Escogidas*. Buenos Aires: Quetzal.
- Plejanov, J. (1976). *El Materialismo militante*. México.
- Polevoi, I. Z. (1959). *Zarozhdenie marksizma v Rossii, 1883-1894*. Moskva: Izdatel'stvo Akademii Nauk SSSR.
- Pomper, P. (2008). Aleksandr Ul'ianov: darwinian terrorist. *Russian History*, 35, N° 1-2.
- Pomper, P. (2010). *Lenin's brother. The Origins of the October Revolution*. New York-London: Norton.
- Possony, S. T. (1966). *Lenin: The Compulsive Revolutionary*. London: Allen & Unwin.
- Possony, S. T. (1970). *Lenin. Una biografía*. Madrid: Iberia.
- Radek, K. (1924). "Iz rasskazov tovarisca Lenina o evo vstuplenii v revoljucionnoe dvizenie". En: *Rabocaja Mosvka*, N° 92 (656), p. 2 y ss.
- Semenov, M. I. (1940). *Revoljucionnaja Samara 80-90 h godov*. Kouibyshev.
- Sereni, E. (S.f.). "La categoría de 'Formación económico-social'". En: AA. VV. (1982): *El concepto de Formación económico-social. Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 39.
- Service, R. (1985). *Lenin. A political Life. The strenghts of contradiction*. Volume 1. London: MacMillan Press.
- Shapiro, L. (1978). *Turgenev, His Life and Times*. New York: Harvard University Press.
- Stalin, I. (1938). *Istoriya Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Partii bol'shevikov: Kratkii kurs*. Moscow.
- Stalin, J. (1939). *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*. Moscú: Ediciones de Lenguas Extranjeras.
- Stalin, J. (1953). *Obras Completas. Tomo XIV*. Moscú: Lenguas Extranjeras.
- Steklov, I. (1928). *N. G. Chernyshevski: ego zhizn i deiatelnost, 1828-1889*, II. Moscow-Leningrad.
- Trotsky, L. (1972). *El joven Lenin*. México: FCE.
- Tschernyschewski, N. G. (1953). *Ausgewählte philosophische Schriften*. Moskau: Verlag für fremdsprachige Literatur.
- Turin, S. P. (1930): "Nicholas Chernyshevsky and John Stuart Mill". *The Slavonic and East European Review*, Vol. 9, No. 25.
- Turton, K. (2007). *Forgotten Lives. The Role of Lenin's Sisters in the Russian Revolution, 1864–1937*. New York: Palgrave-Macmillan.
- Tvardovskaia, V. (1978). *El Populismo ruso*. México: Siglo XXI.
- Ul'ianova-Elizarova, A. (1927). *Aleksandr Il'ich Ul'ianov i delo 1 Marta 1887 g.* Leningrad-Moscow: Gos. Idz-vo.
- Valentinov, N. (1951). "Chernishevski i Leniné". *Novyi journal*, N° 26.

- Valentinov, N. (1958). "Vstreca Lenina s marksizmom". *Novyj Zurnal*, N° 53.
- Valentinov, N. (1964). *Mes rencontres avec Lénine*. Paris: Plon.
- Valentinov, N. (1968). *Encounters with Lenin*. New York: Oxford University Press.
- Valentinov, N. (1969). *The Early Years of Lenin*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Valentinov, N. (1972). *Maloznakomyi Lenin*. Paris: Librairie des Cinq Continents.
- Venturi, F. (1975). *El Populismo ruso*. Madrid: Revista de Occidente.
- Walicki, A. (1971). *Populismo y Marxismo en Rusia*. Barcelona: Editorial Estela.
- Weber, G. y Weber, H. (1975). *Crónica de Lenin. Datos sobre su vida y obra*. Barcelona: Anagrama.
- White, J. (2001). "Nikolai Sieber and Karl Marx". En: Paul Zarembka (ed.) *Marx's Capital and Capitalism; Markets in a Socialist Alternative*. Research in Political Economy, Volume 19. Emerald.
- Williams, R. C. (1986). *The other Bosheviks. Lenin and his critics, 1904-1914*. Bloomington: Indiana University press.
- Yasneva-Golubeva, M. (1924). Lenina. *Molodaia gvardiia*, N° 2-3.
- Yedlin, T. (1999): *Maxim Gorky. A political biography*. Westport: Praeger Publishers.
- Zil'bershtein, I. S. (1930). Nekotoye voprosy biografii molodogo Lenina. *Katorga i Ssylka*, N° 1.
- Zizek, S. (2004). *Repetir Lenin*. Madrid: Akal.
- Nicolás González Varela.** Ensayista, editor, traductor y periodista cultural.
Ramón y Cajal, 25. Las Cabezas de San Juan, Sevilla (41730).
- Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018

Requisitos para la presentación de manuscritos

Los trabajos presentados para ser evaluados deben cumplir todos los requisitos de esta lista. Se devolverán las propuestas de publicación que incumplan cualquiera de estas disposiciones.

1. Envíe la versión electrónica, por correo electrónico, preferiblemente en MS Word para Windows.
2. Incluya la numeración de notas o llamadas como parte del texto, entre paréntesis, sin usar los comandos específicos del procesador de texto. Coloque el texto respectivo de las notas al final del documento.
3. Las partes del artículo deben aparecer en el siguiente orden: nombre del autor, título del trabajo, resumen, palabras claves, texto, notas, bibliografía, datos biográficos e información adicional (cf. puntos 10 al 12).
4. Envíe únicamente trabajos originales e inéditos. El Consejo Editorial determinará si acepta o no traducciones de textos previamente publicados en otra lengua.
5. Se dará preferencia al trabajo filosófico en lengua castellana. El Consejo Editorial aceptará contribuciones en inglés, alemán, francés, italiano y portugués.
6. Los textos no deberán exceder de 55000 caracteres, contando espacios, e incluyendo notas y bibliografía. Use el contador de caracteres del procesador de texto para determinar la extensión.
7. No utilice subrayados. Si desea dar énfasis o escribir palabras en otra lengua, utilice cursivas (itálicas). El tipo en negrita se reserva para títulos y subtítulos. Si hace citas literales, póngalas entre comillas dobles si las escribe dentro del texto; no utilice comillas si las coloca en párrafo aparte, en cuyo caso debe escribirlas en un tipo de punto inferior (9, con el texto principal en 12).
8. El texto deberá estar antecedido de un resumen de no más de 50 palabras.
9. Anote, después del resumen del texto y antes del comienzo del artículo, no más de 5 palabras claves, con el fin de que el trabajo sea más fácilmente catalogado.
10. Anote, al final del documento, su afiliación académica o institucional y su grado.
11. Incluya también su dirección postal y su correo electrónico.
12. Cite las referencias bibliográficas de acuerdo con las disposiciones descritas a continuación.
13. Los pares académicos que evalúan los artículos serán anónimos para los autores.

Referencias bibliográficas

Las referencias deben hacerse en las disposiciones APA.

Modelo basado en las disposiciones de la APA. Este modelo se caracteriza por ser más breve. Dentro del texto se hará referencia a la obra entre paréntesis, anotando únicamente el apellido del autor, el año de la publicación y la página. En la Bibliografía debe anotar la referencia completa, de acuerdo con las siguientes disposiciones.

Anote únicamente la inicial del nombre del autor. El año escríbalo entre paréntesis, después del nombre. Por ejemplo:

Murillo, R. (1987) *La forma y la diferencia*. San José: Ed. de la Universidad de Costa Rica.

Dentro del cuerpo del artículo aparecería, cada vez que se cite este texto, únicamente: (Murillo, 1987, 34). Si menciona al autor en el cuerpo del texto no lo repita en la referencia; por ejemplo:

El profesor Murillo piensa que eso es un error (1987, 34).

Si, además, menciona el año de la publicación, tampoco debe repetirlo; por ejemplo:

En 1987 el profesor Murillo escribía, con énfasis, que eso era un error (34).

Cuando el paréntesis de la referencia coincida con el final de un párrafo, debe ponerlo antes del punto si está citando una oración incompleta, o si es una cita indirecta (como en el ejemplo anterior), y después del punto si está citando una oración completa; por ejemplo, véase esta cita en párrafo aparte:

La luz es el hilo que eleva al hombre desde el terreno de la apariencia hasta el del ente. (Murillo, 1987, 27)

Pero si la misma oración fuera a citarse, incompleta, dentro del texto, la referencia quedaría así:

En su texto de 1987, Roberto Murillo recordaba cómo se ha considerado, siempre, que la luz nos eleva “desde el terreno de la apariencia hasta el del ente” (27).

Si, en este modelo, debe anotar referencias del mismo autor con la misma fecha, distíngalas de este modo:

Gadamer, H. G. (1998a) *Arte y verdad en la palabra* (Trad. Arturo Parada). Barcelona: Paidós.
 _____. (1998b) *El giro hermenéutico* (Trad. José Francisco Zúñiga García y Faustino Oncina). Madrid: Cátedra.

Note que en este sistema los datos aclaratorios del título (traductor, número de edición, cantidad de volúmenes, etc.) se colocan entre paréntesis y no entre comas, como en el modelo tradicional. Por ejemplo:

Toffler, A. (1985) *La tercera ola* (Trad. Adolfo Martín, 2 Vols., 2ª ed.). Barcelona: Orbis.

Tenga presente que en este modelo el orden de apellido, primero, y nombre, después, debe mantenerse aunque sean dos o más autores. Por ejemplo:

Marx, K. y Engels, F. (1982) *Obras fundamentales* (Trad. Wenceslao Roces, t. 2). México: Fondo de Cultura económica.

Si el autor es compilador o editor, esta información va entre paréntesis, así:

Ramírez, É. R. (Comp.). (1985) *Ciencia, responsabilidad y valores*. Cartago: Ed. Tecnológica de Costa Rica.

Los títulos de artículos de revista no deben ir entre comillas; los demás datos se abrevian de la siguiente manera:

Lapoujade, M. N. (2001) Una mirada estética a lo invisible. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. 39 (97), 11-20.

Nótese que el volumen se escribe en números arábigos y en cursiva, el número entre paréntesis, y sólo se anota el año, no los meses de la publicación; se prescinde también de “pp.”.

En el modelo no debe anotarse el nombre de la editorial; de modo que en lugar de escribir, por ejemplo, “Editorial Grijalbo” o “Editorial Gredos”, debe apuntar solamente “Grijalbo” o “Gredos”.

En la bibliografía el ordenamiento se hará por orden alfabético del apellido de los autores. En el modelo basado en el APA, las referencias de un mismo autor se anotarán por año, del texto más reciente al menos reciente; las de un mismo año, por orden alfabético según el título de las obras.

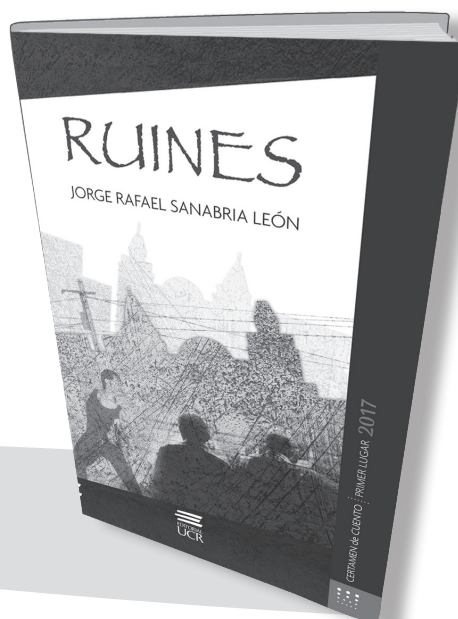
Recuerde, por último, que en castellano no suelen escribirse con mayúscula todas las palabras de los títulos; escriba, por ejemplo, *Teoría de la acción comunicativa*, y no *Teoría de la Acción Comunicativa*. En inglés y otros idiomas sí debe emplearse mayúscula.

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Ruines

**Primer lugar
Certamen de cuento 2017**

Jorge Rafael Sanabria León



1.^a ed. 2018
13,34 cm x 20,96 cm
88 pp.
ISBN 978-9968-46-685-1

El cuento es una forma de atisbo cotidiano. La parodia aspira a pocas palabras de picardía. En estos relatos se confrontan algunos dictados de la masculinidad. Son fantasías alrededor de personajes poco insólitos, pero “ruines”, por grotescos y encantadores.


EDITORIAL
UCR

LIBRERÍA — UCR
Tels.: 2511 5858 • 2511 5859

Portal DE LA Investigación

Ciencia universitaria a su alcance

Información

- Noticias de ciencia y tecnología
- Proyectos de investigación
- Agenda de investigación
- Nuevas publicaciones

Opinión

- Vox populi
- Opinión
- Foro

Plataforma de medios

- Programa En la Academia
- Serie televisiva Girasol
- Revista Girasol digital
- Cápsula Girasol



www.vinv.ucr.ac.cr



Estimados suscriptores:

Las revistas académicas de la Universidad de Costa Rica difunden los más recientes avances en artes, filosofía, ciencias y tecnología. Nuestras revistas se caracterizan por su alta calidad y precios accesibles. Mejorar continuamente es nuestra tarea. Para nosotros es muy importante el apoyo de nuestros lectores.

Le invitamos a renovar su suscripción.

El pago se puede realizar mediante depósito bancario o transferencia electrónica de fondos en la Cuenta Maestra 100-01-080-000980-6 de la Universidad de Costa Rica (UCR) con el Banco Nacional y enviarnos copia del comprobante por fax al N° (506) 2511-5417. También puede cancelar en la Sección de Comercialización, frente a la Facultad de Bellas Artes.

Horario de atención de 7:00 a. m. a 12:00 m.d. y de 1:00 p. m. a 4:00 p. m.

SUSCRIPCIÓN DE REVISTAS • JOURNAL SUBSCRIPTION FORM

Nombre / Name: _____

Dirección / Address: _____

Apartado / P.O. Box: _____ Teléfono / Telephone: _____ E-mail: _____

Suscripción anual / Annual subscription		Suscripción anual / Annual subscription		Suscripción anual / Annual subscription	
☐ AGRONOMÍA COSTARRICENSE	¢ 8 000,00	☐ CIENCIAS SOCIALES	¢ 12 000,00	☐ GEOLOGÍA DE AMÉRICA CENTRAL	¢ 8 000,00
☐ ANUARIO DE ESTUDIOS CENTROAMERICANOS	¢ 4 000,00	☐ DIÁLOGOS	¢ 8 000,00	☐ LENGUAS MODERNAS	¢ 8 000,00
☐ BIOLOGÍA TROPICAL	¢ 12 000,00	☐ FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA	¢ 8 000,00	☐ MATEMÁTICA: TEORÍA Y APLICACIONES	¢ 8 000,00
☐ CIENCIAS ECONÓMICAS	¢ 8 000,00	☐ FILOSOFÍA	¢ 12 000,00		

Precios internacionales / International prices

América Latina, Asia y África

US\$ 20,00

Resto del mundo

US\$ 70,00

Excepto Biología Tropical y Ciencias Sociales

US\$ 100,00

Filosofía

US\$ 90,00

FAVOR HACER SU PAGO A NOMBRE DE: • PLEASE MAKE CHECK PAYABLE:
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

www.editorial.ucr.ac.cr

Esta revista se terminó de imprimir en la Sección
de Impresión del SIEDIN, en agosto 2018.

Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

